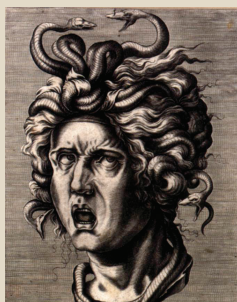


V

SERGIO FERNÁNDEZ LÓPEZ

*vidas paratextuales en traducciones
del Siglo de Oro. De Apuleyo a Virgilio*



MEDUSA PHORCI FILIA, CRINES HABIT
AVREOS CVM ANIMAE LA NEPTUNVS CONCUBIT
ET IN STABULO MINERVAE QVODAM TIVELL
TA MAREM, MEDUSA CRINES AVREOS IN ANGOLES
MUTAVIT. C. VITTIOR. DEL. S. C. AMSTELAE. 1624.

ETIÓPICAS

VIDAS PARATEXTUALES
EN TRADUCCIONES DEL SIGLO DE ORO

VIDAS PARATEXTUALES
EN TRADUCCIONES DEL SIGLO DE ORO
De Apuleyo a Virgilio

SERGIO FERNÁNDEZ LÓPEZ

Vidas paratextuales en traducciones del Siglo de Oro. De Apuleyo a Virgilio

Sergio Fernández López

Anejo n.º 6 de *Etiópicas. Revista de letras renacentistas*

Directores de la colección:

Valentín Núñez Rivera y Raúl Díaz Rosales

Edita:

Etiópicas. Revista de letras renacentistas

Departamento de Filología (Universidad de Huelva)

© 2020 Sergio Fernández López

© De esta edición: *Etiópicas. Revista de letras renacentistas*

Ilustración de cubierta: *Cabeza de Medusa*, de Cornelis Cort

Diseño y maquetación: CdV₃₂

Impreso en España - Printed in Spain

Impresión: Bonanza Sistemas Digitales S. L.

ISBN: 978-84-09-27028-6

ISSN: 1698-689X

Depósito legal: H-256-2020

<http://www.uhu.es/revista.etiopicas/>

Reservados todos los derechos

ÍNDICE

[ESTUDIO]

1. El oficio de traducir	11
2. <i>Accessus ad auctorem</i>	15
3. Nuestras biografías en paratextos	23
4. De la picaresca a la bizantina	26
5. La retórica	32
6. La épica culta	34
7. La comedia	45
8. La filosofía estoica	48
9. La sátira	65
10. La geografía	73

[BIOGRAFÍAS PARATEXTUALES]

[1] Vida de Lucio Apuleyo	95
[2] Vida de Heliodoro	97
[3] La vida de Heliodoro	101
[4] La vida de Cicerón, colegida de la variedad de sus escrituras	111
[5] Vida de Virgilio, escrita por Claudio Donato	123
[6] Vida de Virgilio	
[7] Exposición del ánimo de Virgilio	129
[8] La vida de Marco Anneo Lucano	131

[9] La vida de P. Ovidio Nasón, sacada de sus mismos libros	143
[10] Vida de Ovidio	147
[11] La vida del poeta Ovidio Nasón	153
[12] Vida de Terencio escrita por Elio Donato	163
[13] La vida de Lucio Anneo Séneca, sacada de muchos autores	165
[14] Vida de Q. Horacio Flaco, lírico poeta latino	173
[15] Vida, oficios y escritos de Cayo Cornelio Tácito	179
[16] La vida de C. Cornelio Tácito	183
[17] De la vida de Epicteto	189
[18] Vida de Epicteto, filósofo estoico	197
[19] Vida de Boecio Severino, como la escribió Juan Tritenhemio	203
[20] Vida de Boecio	
[21] Vida de Aulo Persio Flaco	
[22] Vida de Juvenal, sacada de algunos lugares de sus obras	
[23] La vida de Cayo Cristo Salustio	
[24] La vida de Luciano	
[25] La patria de Pomponio Mela, la edad en que floreció	

[BIBLIOGRAFÍA]

Referencias bibliográficas	217
----------------------------------	-----

[ESTUDIO]

1. EL OFICIO DE TRADUCIR¹

Comentaba Esperanza Seco hace treinta años que la cultura italiana no hubiese sido posible ni apenas conocida en la península ibérica sin los viajes que realizaron a Italia los poetas-soldados españoles ni, sobre todo, sin la labor de un grupo de traductores de nuestro Siglo de Oro a los que la cultura hispánica iba a deber gran parte de su producción literaria posterior. Fue el paciente y escrupuloso trabajo de esos traductores auriseculares, quienes, por lo común, ejercían a su vez como literatos de reconocido prestigio en su lengua materna, el que propició que España pudiese, terminaba de afirmar Seco, «contar con el ingente número de obras que tanto ha influido en nuestra Literatura».²

Y esto que no pocos han asegurado de la cultura italiana podría sostenerse del mismo modo de la literatura grecolatina, si bien las vías de transmisión en este último caso parecen ir más allá de la mera traducción de obras redactadas en latín e incluso en griego. Baste recordar el legado de la Antigüedad que la civilización islámica conservó y difundió por todo Occidente, aunque esta transferencia se esté poniendo cada vez más en entredicho.³

Como fuese, a nadie se le escapa que, seguramente con la finalidad principal de divulgar las obras de los autores grecolatinos entre un público que desconocía las lenguas clásicas, por un lado, y de respaldar sus propias obras con la publicación de aquellos escritores de la Antigüedad canonizados, por otro, un grupo de traductores, quizá no tan cuantioso como prolífico en su labor, dedicó gran parte de sus esfuerzos a verterlos a la lengua española durante el Siglo de Oro. Las motivaciones, en cualquier caso,

¹ Este estudio se integra en las actividades del Proyecto de Investigación «Vida y Escritura I. Biografía y autobiografía en la Edad Moderna» (FFI2015-63501-P), financiado por el Programa de Investigación Estatal de Fomento de la Investigación Científica y Técnica de Excelencia, y del Centro de Investigación Patrimonio Histórico, Cultural y Natural (CIPHNCN).

² Seco Santos (1990a: 231). La misma idea la recoge en Seco Santos (1989:121-132; 1990b: 41-98).

³ Frente a estudios como los de Watt (2004), que habían defendido la trascendencia de los textos árabes en la transmisión de la cultura clásica, en los últimos años han surgido trabajos que niegan incluso su importancia, tradicionalmente aceptada, en la conservación del pensamiento aristotélico. Véase a este respecto, entre otros, el estudio de Gougenheim (2009).

fueron muy numerosas e iban mucho más allá de las citadas, pues, como recuerda Victoria Pineda, «de ejercicio de estilo a vehículo de transmisión de saberes, la práctica de la traducción ocupó durante el Renacimiento a nobles y a humanistas, a clérigos y a caballeros», a los que unió, además, «la preocupación por reflexionar sobre los métodos y los fines de su actividad».⁴

Esos mismos traductores, respaldados por una costumbre que se remontaba ya a la Edad Media, fueron tomando cada vez mayor notabilidad en la época. Sus nombres, de hecho, solían aparecer ahora en los paratextos o en otros lugares más o menos paratextuales, cuando no en la misma portada, como un modo de reivindicar la labor del traductor, que a menudo quedaba casi igualada a la del autor clásico que transmitían. En el caso que nos ocupa, la casuística resulta variada y da para todos los gustos, si bien la tendencia iba encaminada a destacar con claridad el nombre del traductor, sobre todo a medida que avanzaban las décadas hacia el siglo XVII. Así, la traducción más temprana que se presenta en este estudio, fechada hacia 1513, lleva por título una amplia retahíla de acontecimientos contenidos en el libro, que comienza de este modo: *Libro de Lucio Apuleyo del Asno de Oro, en el que se tratan muchas historias y fábulas alegres...*,⁵ pero que nada nos dice acerca del traductor. Para ello, hay que acudir a unos versos latinos donde se informa, por ejemplo, de su oficio («*Hispalis urbis enim sum Archidiaconus ego*») o, acrósticamente, de sus mismos apellidos («*COR-durum tygris, aut hircana colubris / TE-ntant huius cui fabula nulla placet. / GA-nait nulla quidem ejus pars pietatis in aurem / NA-tus et in silvis trux garamanta fuit.*»), en inequívoca alusión a Diego López de Cortegana, arcediano de Sevilla por aquel entonces.

Según diversos autores, habría que esperar a la edición de 1601 para que aquella obra presentase explícitamente el nombre del traductor.⁶ Sin embargo, ni en la edición de Valladolid, impresa por los herederos de Bernardino Domingo, ni en la que ese mismo año salió también en Madrid de las prensas de Andrés Sánchez, que recrean la primitiva traducción de Cortegana, he encontrado mención alguna del autor, al menos en los ejemplares consultados. En cualquier caso, no parece que la ausencia del nombre del traductor en la primitiva edición de 1513, así como en las posteriores de 1536 o 1551, entre otras, respondiese a su fecha temprana, pues por ese entonces e incluso antes no faltaban obras que lo presentasen, incluso en un lugar preferente como la portada. Baste recordar el caso de otro arcediano, como Fernández de Villegas, cuyo nombre de pila aparecía al frente de su traducción del *Inferno* de Dante impresa en 1515: *Traducción del Dante de lengua toscana en verso castellano por el reverendo don Pedro Fernández de Villegas, arcediano de Burgos.*

⁴ Pineda (1998: 23).

⁵ El título completo reza así: «Libro de Lucio Apuleyo del Asno de oro, en el cual se tratan muchas historias y fábulas alegres, y de cómo una moza su amiga, por lo tornar ave como se había tornado su señora, que era gran hechicera, erró la bujeta e tornolo de hombre en asno, e andando fecho asno vido e oyó las maldades e traiciones que las malas mujeres hacen a sus maridos, e así anduvo fasta que a cabo de un año comió de unas rosas e tornose hombre, según que él largamente lo recuenta en este libro».

⁶ Entre otros, Pejenaute (1993) y Cañizares (2008).

La razón, pues, podría ser otra muy distinta y quizá relacionada con la fama del autor o, más bien, con el contenido del libro. No hay que olvidar que otra de las obras traducidas por el arcediano de Sevilla en 1520 aparecería luego en el Índice de Valdés de 1559: «La Querrela de la paz, de Erasmo, en romance», lo que podría ofrecer una idea de sus lecturas y pensamiento de probable filiación erasmista⁷. Y que su propia traducción de Apuleyo, según se ha venido repitiendo desde hace dos siglos, también se incluyó al parecer en aquel catálogo valdesiano⁸, si bien es verdad que no la he encontrado recogida ni en este índice ni en ningún otro índice prohibitorio hasta bien entrado el siglo xvii.⁹ Lo cierto es que algo tuvo que haber, pues la obra se publicó con expurgo de ciertos pasajes en la edición de Alcalá de 1584, así como en las posteriores de 1601, como recordaba ya don Antonio Pellicer:

Estas tres ediciones están tan conformes con su original que conservan todas las inmundicias en que se revuelca el asno de Apuleyo, por cuya razón en el primer Índice Expurgatorio que mandó dar a luz en Sevilla, año de 1559, don Fernando de Valdés y Llano, Inquisidor General, se prohíbe esta obra traducida en cualquier lengua vulgar. Pero no permitiendo el Consejo Real de Castilla que el público se privase de un libro tan entretenido, le remitió a la censura de un erudito, cuyo nombre ignoramos, que le limpió de todas sus obscenidades, y según estas enmiendas se imprimió la cuarta vez en Alcalá de Henares en casa de Hernán Ramírez año de 1584.¹⁰

De un modo u otro, llegase o no a prohibirse a mediados del siglo xvi, estaba claro que la obra y su traducción no tenían nada de inocentes, como demuestra la edición expurgada de 1584, cuyo título ya intentaba encaminar al lector hacia una lectura alegórica y moralizante: «Libro de Lucio Apuleyo..., obra de mucho gusto y provecho..., para recrear el ánimo del hombre..., huir de los vicios y seguir la virtud». Aquí debía de radicar posiblemente el motivo por el que el traductor no quiso sacar a relucir su nombre a un primer plano y optó por ocultarlo tras los citados versos acrósticos y mediante otras estratagemas y juegos de palabras.

Pero esto no fue lo más habitual, sobre todo a medida que iban transcurriendo las décadas y nos adentrábamos en el siglo xvii. A la altura de 1555, por ejemplo, Martín Cordero no tuvo inconveniente para que su nombre apareciese en la portada de las

⁷ No han sido pocos los investigadores que han asumido el erasmismo de Cortegana. Está claro que muestra cierta admiración por el humanista holandés y que comparte su irenismo. Pero queda lejos de los puntos centrales de la espiritualidad erasmista. En todo caso, cuando nuestro autor tradujo el *Asno de Oro*, la polémica sobre las tesis de Erasmo estaba aún por aparecer en España, por lo que entiendo que hay coincidencias puntuales con su pensamiento más que una suerte de discipulaje e influencia del maestro y su doctrina. En este sentido, creo que no está falto de razón García Pinilla (2012: 130-131).

⁸ Valgan los ejemplos más recientes de Pejenaute (1993: 160), Escobar (2003: 8) o García Gual (2005: 99).

⁹ La he localizado por primera vez en el índice del inquisidor Antonio Zapata, «Apuleyo. Su libro intitulado *Asno de oro* en romance o en cualquier lengua vulgar» (Zapata, 1632: 65).

¹⁰ Pellicer (1778: 49).

obras de Séneca que llevó a cabo la oficina plantiniana de Amberes: «*Flores de L. Anneo Séneca, traducidas de latín en romance castellano por Juan Martín Cordero, valenciano...*». Tampoco lo tuvo Diego Mexía en su traducción de Ovidio impresa en 1608: «*Primera parte del Parnaso Antártico de obras amatorias con las 21 epístolas de Ovidio...*, por Diego Mexía, natural de la ciudad de Sevilla». Lo mismo se repite en la traducción de Heliodoro que publica en Madrid la imprenta de Alonso Martín: «*Historia de los amores de Teagenes y Cariclea...*, traducida por Fernando de Mena». Y es también el caso de esta más tardía de Epicteto, publicada en 1635 y traducida nada menos que por Francisco de Quevedo: «*Epicteto y Focílides en español... A don Juan de Herrera... Don Francisco de Quevedo*».

En este último caso, además, el nombre de Quevedo se presenta en un tamaño de letra bastante generoso y se elimina el «traducido por...», rotulándose de este modo su nombre en la parte inferior de la portada y en renglón aparte, «Don Francisco de Quevedo Villegas, Caballero de la Orden de Santiago, señor de la villa y torre de Juan Abad», de tal manera que casi parecería más el autor del tratado que su simple traductor. Un caso más llamativo aún en este sentido sería el siguiente, donde autor y traductor, impresos ya en un mismo tamaño de letra, se igualan por completo en la disposición de la portada, que dice sin más: «*La Eneida de Virgilio de Cristóbal de Mesa*».¹¹ Los escritores, pues, reivindicaban cada vez más su labor de traducción y su importancia en la transmisión de saberes entre un público que desconocía por lo común las lenguas clásicas.

De ahí que no fuese extraño que insistiesen además en la revisión de la obra que trasladaban y en los nuevos aspectos que aportaba su reciente edición del escritor traducido, como eran los prefacios, comentarios explicativos de lugares complejos, argumentos, sumarios de libros, epígrafes o divisiones en capítulos que hacían más amena y descansada la lectura, índices, etc. Se trataba, en fin, de un esfuerzo que daba idea de la nueva toma de conciencia autorial, que quizá no se hacía sentir cuando el resultado era fruto del *scriptorium* de tal o cual monasterio y, por tanto, obra colectiva, como solía ocurrir, por ejemplo, durante la Edad Media.¹² El oficio de traducir alcanzaba por aquellos años un nuevo estatus, mientras sus protagonistas veían abrirse ante sus ojos un nuevo panorama impensable hasta entonces.

Todos los traductores querían destacar ahora su trabajo y no perdían la ocasión de aludir a ello, como había sucedido con el asunto del nombre, desde la misma portada del libro. Es lo que ocurre en la edición salmantina de 1586, impresa por Juan Fernández, de las *Geórgicas* de Virgilio, cuyo título añade: «nuevamente traducidas en nuestra lengua castellana en verso suelto...», con muchas notaciones que sirven en lugar de comento, por Juan de Guzmán». O en la edición toledana de la *Eneida*, publicada

¹¹ Se trata de la edición de 1615 publicada en Madrid por la viuda Alonso Martín.

¹² Aunque en el ámbito religioso, este cambio de conciencia se explica muy bien en el trabajo de Chauchadis (2009: 318-319).

por Juan de Ayala y traducida por Hernández de Velasco en 1574, cuyo título afirma graciosamente que es «esta última impresión reformada y limada con mucho estudio y cuidado, de tal manera que se puede decir nueva traducción», y que, junto a otras partes novedosas, se acompaña de églogas del autor, del libro de Mafeo Veggio llamado «Suplemento de la Eneida» y de una tabla que contiene la declaración de nombres propios, vocablos y lugares dificultosos. Y también es el caso, por citar otro ejemplo, de la traducción de Fernando de Mena de la *Historia de Teágenes y Cariclea* impresa por la viuda de Alonso Martín en 1615, en cuya portada se señala que la edición se acompaña, entre otras piezas originales, de una «tabla de sentencias y cosas notables».

Y es precisamente en aquellas nuevas partes recogidas en las ediciones que se daban a las prensas en las que, por diversos motivos, se solían incluir como novedades paratextuales las vidas de los autores cuyas obras se trasladaban, que son el objeto final e inicial de este estudio. Pero tiempo habrá en el próximo capítulo para tratar de las razones de su inclusión en las traducciones españolas.

2. *ACCESSUS AD AUCTOREM*

Muchas de las obras clásicas que se tradujeron al español durante el Siglo de Oro solían contener, como una pieza más de sus paratextos, las vidas de los autores trasladados. La inclusión de tales biografías preliminares formaba parte del *accessus ad auctorem* y vinculaba las obras traducidas con la tradición de comentarios que, como el de Servio y el de otros gramáticos clásicos y medievales, facilitaban de modo pedagógico el acceso a la obra y, claro está, al propio autor traducido.

En su mayoría, aquellas biografías paratextuales no eran en realidad originales o, mejor dicho, no las habían elaborado los traductores de las obras clásicas. Se trataban en verdad de traslaciones de vidas ya impresas en anteriores ediciones latinas de esos mismos tratados, comentados por autores medievales o por posteriores humanistas, e incluso publicadas por primera vez en ediciones italianas más tardías y casi coetáneas ya de la traducción aurisecular. En el caso de las biografías paratextuales incluidas en las traducciones españolas de clásicos italianos, desde Dante a Petrarca, la situación resultaba similar, pues la auténtica paternidad de casi todas ellas pertenecía a comentaristas y humanistas italianos, y no a sus editores españoles, que se limitaron las más de las veces a traducirlas casi al pie de la letra. La cuestión es que casi ninguno de aquellos traductores llegó a confesar su apropiación.

De las veinticinco vidas de autores clásicos que se presentan en este estudio, apenas en dos o tres ocasiones, como ocurre en la biografía de Terencio, se confiesa de manera expresa la fuente utilizada. En aquel caso, el traductor, Pedro Simón Abril, no solo revela esta cuestión mediante el subtítulo «Vida de Terencio de Elio Donato»,¹³ sino que

¹³ *Las seis comedias de Terencio*, 1577, f. a1r.

incluso dispone en dos columnas, confrontándolas, la vida redactada en latín originalmente por Donato y su propia traducción al español. Pero se trata de una de las poquísimas biografías en que nos encontramos con esta situación de sinceridad autorial, por llamarla de algún modo.

En otras ocasiones, bastante numerosas por cierto, los traductores comentan que han elaborado sus vidas basándose en pequeños detalles biográficos que los escritores clásicos habían deslizado en sus obras y en las vidas que ya habían compuesto con anterioridad antiguos escritores. Es el caso de la biografía de Lucano, cuyo traductor, Martín Lasso de Oropesa, afirma haber extraído «en suma de los más auténticos autores»;¹⁴ o de la vida de Horacio, cuyo traductor, Villén de Biedma, dice haber compuesto «según se collige de sus propias obras y de otros autores»,¹⁵ o también de la misma biografía de Séneca, de la que Juan Martín Cordero, su traductor, aseguraba estar «sacada de muchos autores muy verdaderamente».¹⁶

La verdad era, sin embargo, que en la mayor parte de ellas el traductor se había limitado a seguir con descaro alguna biografía anterior. Su labor, por tanto, quedaba a menudo muy lejos de la anunciada lectura de textos y de la confrontación de tantas fuentes como se prometía en los preliminares para componerlas. En otros casos, en cambio, la consulta de textos diversos e incluso la recreación de las vidas consultadas quedaban patentes. Martín Lasso de Oropesa, por ejemplo, parece haber seguido de cerca al inicio de su biografía de Lucano una *vita Lucani* atribuida a Vacca y publicada luego en un sinnúmero de ediciones como «*vita ex commentario antiquissimo*»,¹⁷ donde se afirma acerca de los inicios del escritor cordobés: «*Octavum enim mensem agens, Romani translatus est. Ac ne dispar eventus in eo narraretur ejus, qui in Hesiodo refertur, cum opinio tunc non dissimilis maneret, cunas infantis, quibus ferebatur, apis circumvolant, osque insidere complures, aut dulcem iam tum spiritum ejus inhaurientes, aut facundum, et qualem nunc existimamus, futurum significantes*».¹⁸

Pero nuestro traductor, aunque alude a los ocho meses que tenía Lucano cuando partió hacia Roma y al extraordinario acontecimiento de las abejas que auguraban la dulzura de su futura oratoria, como había sucedido también a Hesíodo según afirmaba el antiguo biógrafo, añade asimismo otras cuestiones de su cosecha que faltan en el original latino: «Y luego se fue el padre a Roma... Y llevó consigo a Lucano, de ocho meses, del cual cuentan como de Hesíodo, y después del santo Ambrosio, que estando en la cuna le cercó un enjambre de abejas y que se le asentó en la boca, significando la suavidad y dulzura que hoy vemos en sus versos».¹⁹

¹⁴ «La vida de Marco Anneo Lucano», *La historia que escribió en latín el poeta Lucano*, 1540, f. a4r.

¹⁵ «Vida de Q. Horacio Flaco», *Q. Horacio Flaco, poeta lirico latino. Sus obras*, 1599, f. a5r.

¹⁶ «La vida de Lucio Anneo Seneca», *Flores de L. Anneo Séneca*, 1555, f. a5r.

¹⁷ Valga el ejemplo de la edición de la *Farsalia* publicada en el siglo XVIII por la prestigiosa sociedad bipontina: Marci Annei Lucani, *Pharsalia*, Biponti, ex Typographia Societatis, 1783, p. III.

¹⁸ «M. Annei Lucani uita ex commentario antiquissimo», *M. Annei Lucani cordubensis Pharsalia*, 1514, f. a5r.

¹⁹ «La vida de Marco Anneo Lucano», *La historia que escribió en latín el poeta Lucano*, 1540, f. a4r.

Resulta evidente que la inclusión en el relato de un padre de la Iglesia como san Ambrosio no era casual y que la tendencia de Lasso de Oropesa a manipular el texto fuente, pues no se trata de la única vez que lo hace, respondía a una finalidad concreta: la de acercar la biografía a sus propias creencias y a las de sus lectores, así como a la tradición cultural en la que se insertaba la obra. La traducción humanística, concebida como un modo libre de *imitatio* (pues también era *inventio*), está además suficientemente estudiada.²⁰ Parece lógico, por tanto, que para aproximar los modelos clásicos a la práctica literaria de la época los traductores «recurriesen al empleo de una retórica viva e incluso ideológica»²¹ y que a menudo amplificasen u omitiesen según sus intereses.²²

En la mayoría de las ocasiones, sin embargo, el traductor incluía al inicio de la obra la vida del autor clásico sin hacer mención alguna de anteriores datos, manuscritos ni autores, negando al lector cualquier posible pista sobre las fuentes utilizadas, como si la biografía la hubiese compuesto el traductor mismo y fuera completamente original. La realidad, por supuesto, era muy diferente, pues en casi todos esos casos la vida de los autores clásicos se había traducido siguiendo al pie de la letra anteriores biografías, escritas bien en latín, bien en italiano. López de Cortegana, por ejemplo, la titula tan solo «Vida de Lucio Apuleyo»,²³ obviando así toda alusión a antiguos manuscritos, anteriores biógrafos o «ex clarissimis authoribus», como si la autoría de tal vida le perteneciera. Y no fue, desde luego, el único que lo hizo. Diego Mexía tituló su biografía de Ovidio «Vida de Ovidio»,²⁴ Diego López tituló la suya de Persio «Vida de Aulo Persio Flaco»,²⁵ Emanuel Sueyro tituló «Vida de Cayo Crispo Salustio» la biografía del autor que incluyó al inicio de la traducción de sus sátiras,²⁶ mientras que Cristóbal de Mesa, por citar otro caso más, tituló simplemente «Vida de Virgilio» su biografía del poeta latino.²⁷

Pero todos ellos habían seguido en realidad vidas anteriores, que tradujeron con mayor o menor fidelidad. Así ocurre, entre otras, con la citada vida de Virgilio traducida por Cristóbal de Mesa, quien plagia sin empacho la *vita Vergilii* que había compuesto un siglo antes Pietro Crinito. Las referencias a su ciudad de nacimiento, fecha y primitivos estudios («Siendo Pompeyo Magno y Licinio Crasso cónsules nació Publio Virgilio Maron a quince de octubre en una aldea de la ciudad de Mantua, que se dijo Andes... Estudió con muy doctos maestros en varias ciudades. Primero en Cremona y después en Milán, y últimamente en Nápoles, donde ejerció su ingenio en continuos estudios... Sábese por antigua tradición que el mismo día que se vistió toga viril murió

²⁰ Guillén (1982); Martinengo (1998: 25-78).

²¹ Perez Gómez (1993-1994: 394).

²² Azaustre (2017: 194).

²³ *Historia de Lucio Apuleyo del asno de oro*, 1551, f. a4v.

²⁴ *Primera parte del Parnaso Antártico de obras amatorias con las 21 epístolas de Ovidio*, 1608, f. 6v.

²⁵ *Aulo Persio Flaco traducido en lengua castellana*, 1609, f. a4v.

²⁶ *Obras Cayo Crispo Salustio traducidas por Emanuel Sueiro*, 1615, f. a4v.

²⁷ *La Eneida de Virgilio de Cristóbal de Mesa*, 1615, f. a7r.

Lucrecio...») traducen literalmente, como puede comprobarse, los datos siguientes que había ofrecido ya el humanista florentino:

*P. Vergilius Maro natalem suam habuit idibus Octobis, M. Crasso et Cn. Pompeyo Consulibus... Natus est in vico Ande, qui non longe abest ab urbe Mantua... Deinde cum tempus adventasset capiendae eruditionis optimis praeceptoribus atque eruditis operam dedit, idque effecit variis ac diversis urbibus. Nam Cremonae primum; deinceps Mediolani ac postremo Neapoli ingenium suum magna diligentia et incredibili studio excoluit... Traditum est a veteribus eodem die poetam Vergilium induisse virilem togam, quo T. Lucretius in fata concessit...*²⁸

Si atendemos a la vida de Ovidio que Juan de Gaitán había incluido al frente de su traslación española de las obras de Horacio, Ovidio y san Jerónimo, «Tuvo un hermano mayor que él 12 meses y, lo que es de maravillar, que nació en el propio día que su hermano»,²⁹ comprobamos igualmente que nuestro traductor sigue a la letra la *Vita Ovidii* que había editado Aldo Manutio: «*Fratem praterea habuit natu maiorem duodecim mensibus, et quod mirum, eodem, quo ipse, natum die*».³⁰

Pero con el ejemplo de estos autores que ocultaron las fuentes de sus biografías, pese a que habían seguido casi de forma literal vidas ajenas en sus traducciones, no se agota por entero la casuística. En algunas ocasiones, en efecto, el traductor se presenta de forma expresa como autor de la biografía del escritor clásico cuyas obras se han trasladado a la lengua española. Así ocurre en el *Epicteto y Focílides en español*, donde Francisco de Quevedo se presenta como autor único: «Vida de Epicteto, filósofo estoico. Escríbela don Francisco de Quevedo Villegas».³¹

Sin embargo, también en ocasiones como esta resulta posible rastrear a veces las fuentes utilizadas e incluso comprobar en algunas de ellas que el autor ha seguido con fidelidad una biografía anterior, aunque se haya presentado al lector como redactor original de la vida del autor clásico. No es el caso de la biografía de Epicteto que publica Francisco de Quevedo, cuyas abundantes apreciaciones claramente subjetivas le pertenecen sin duda alguna. Pero hasta en su traducción se puede advertir sin dificultad que Quevedo había seguido para los datos más objetivos la *vita Epicteti* que solía acompañar a los comentarios de Arriano en numerosas ediciones y que quizá había compuesto el propio discípulo del pensador estoico. La alusión a su ciudad de nacimiento, su esclavitud y sujeción al liberto de Nerón, Epafrodito, o sus primeros estudios se repiten luego en la biografía que escribe Francisco de Quevedo. Es más, coinciden hasta en curiosos detalles como el que alude a la lámpara de barro con la que había estudiado el joven Epicteto, de la que Luciano había comentado: «*qui Stoici Epicteti fictilem lucernam*

²⁸ Petri Criniti, «P. Vergilius Maro», *De poetis latinis lib. V*, 1508, cap. 37.

²⁹ Versiones de obras de Ovidio, Horacio y san Jerónimo, ms. 7892, f. 1.

³⁰ *Publii Ovidii Nasonis opera omnia*, 1727, vol. 4, p. 10.

³¹ *Epicteto y Focílides en español con consonantes*, 1635, f. 12v.

ter mille drachmis emit». ³² Quevedo, por su parte, repite el precio, el material e incluso la misma fuente literaria, por lo que no sería de extrañar que, como los datos anteriores, los debiese también a la citada *vita Epicteti ab Arriano descripta*: «después de muerto, dice Luciano que el candil de barro, a cuya luz estudiaba y escribía, se vendió en tres mil reales». ³³ Eso sí, nuestro poeta no duda en sustituir la moneda griega, el dracma, por los reales españoles con la idea de acercar el relato biográfico, como solían hacer todos por lo demás, al lector de su época.

En definitiva, la mayoría de traducciones renacentistas de obras grecolatinas solía iniciarse con la vida del autor, en un intento claramente pedagógico de acercarlas a los lectores. Esas vidas encabezaban de este modo el *accessus ad auctorem*, cuya estructura formal, como parte de la clásica *enarratio poetarum*, seguía más o menos de cerca conocidos modelos de la Antigüedad, que presentaban por lo común un esquema repetitivo: el *accessus*, seguido de los comentarios de la obra. El ejemplo del famoso gramático latino del siglo IV, Elio Donato, será suficiente para demostrarlo. Así, su comentario a las obras de Terencio se abre en efecto con una biografía del autor, a la que sigue una introducción sobre el género literario de la comedia y un comentario sobre cada una de las piezas que compuso el comediógrafo latino, mientras que su comentario a las *Bucólicas* de Virgilio se iniciaba con una carta dedicatoria a su patrón, donde explica su método filológico, más una introducción, compuesta de explicaciones sobre el autor y el título de la obra, el género literario, los motivos que llevaron a Virgilio a componerla y su significado, y el comentario propiamente dicho, centrado en aspectos estéticos, métricos y exegéticos, precedidas ambas partes de la biografía del poeta, extraída de la *Vita Vergilii* de Suetonio. Pero Donato, por supuesto, no fue el único. Sin salirnos de las vidas virgilianas, recuérdese que la *Vita Probi* precede al comentario del Pseudo-Probo y que la *Vita Servii* antecede al célebre comentario de las obras de Virgilio del gramático Servio Mauro Honorato. ³⁴

Los traductores áureos, por tanto, seguían con claridad aquella disposición y pretendían, de forma totalmente consciente, asimilar sus obras a los más famosos comentarios de la Antigüedad. Los traductores de poetas clásicos italianos, que estudiamos en otro lugar, ³⁵ ahijaron asimismo aquel esquema, pues también conocían a la perfección la tradición retórica. Entre otros, Fernández de Villegas, quien trasladó a la lengua española el *Infierno* de Dante, quiso dejarlo claro en su introducción: «Los intérpretes o glosadores de algún autor suelen permitir su vida y costumbres, lo cual hacen también los que comentaron este notable poeta, que escriben su vida y virtuosas costumbres, especialmente el docto y muy elegante Cristóforo Landino, que mejor y más copiosamente que ninguno le comentó». ³⁶

³² «*Epicteti vita*», *Epicteti Stoici philosophi Enchiridion*, 1655, f. 1v.

³³ *Epicteto y Focílides en español con consonantes*, 1635, f. 13r.

³⁴ Navarro (1993: 290).

³⁵ Fernández López (2018).

³⁶ «De la vida y costumbres del poeta», *La traducción del Dante, de lengua toscana en verso castellano*, 1515, f. a1r.

Por su parte, Antonio de Obregón, quien llegó a traducir a inicios del siglo XVI los *Triunfos* de Petrarca, ofreció la misma razón que Villegas para explicar la inclusión de la vida del poeta italiano al comienzo de su obra: «Es universal costumbre de los antiguos, señor muy ilustre, considerar muchas cosas con diligencia en el principio de sus libros [...], por esto diré cuatro cosas que más a nuestro propósito hacen: la primera será el sujeto y materia de esta obra; la segunda, la utilidad de ella; la tercera, el nombre del autor y del libro...».³⁷ Por último, Francisco de Madrid, traductor también de Petrarca, repetía ese mismo motivo: «Suelen, muy excelente señor, los que algún libro glosan o de una lengua en otra le trasladan, ante todas las cosas contar la vida del autor del tal libro».³⁸ Y lo mismo encontramos en la traducción de escritores grecolatinos, como explica, en fin, Diego López de Cortegana en el proemio que antecede a su versión romance de Apuleyo: «Y porque se acostumbra que los que interpretan algún autor han de declarar quién fue, digamos lo que se puede alcanzar a saber de la vida de nuestro Lucio Apuleyo».³⁹ Con todo, es cierto que, a medida que trascurren las décadas y la costumbre se encuentra más que asentada, los traductores dejan ya de justificar la inclusión de las biografías de los autores trasladados, aunque respeten en todo el esquema clásico. Ni que decir tiene que, dentro de la misma tradición hispánica, aquellos que se dedicaron no ya a traducir, sino a comentar y recopilar las obras de los propios escritores españoles del Siglo de Oro, a los que alzaron de este modo a la categoría de clásicos, también anticiparon sus biografías a la edición o comentario de sus obras⁴⁰.

Así pues, parece que todos los traductores siguieron en la práctica la clásica *enarratio poetarum* y se atuvieron, aunque no de manera muy rígida, al modelo retórico del *accessus ad auctorem*, dividido tradicionalmente en *vita auctoris*, *titulus operis*, *intentio escribendis*, *materia operis*, etc. Hay que tener en cuenta que a la altura de finales del siglo XVI el esquema paradigmático del *accessus* había sufrido ya no pocos cambios y variado su forma, debido fundamentalmente a la particular apropiación de los textos clásicos que llevaban a cabo traductores y comentaristas y a sus novedosos deseos de presentarlos. A principios de aquel siglo, en cambio, aún era posible encontrar traducciones que, aunque tampoco lo respetasen de manera estricta, sí que se atenían más al diseño tradicional. Era el caso, sin ir más lejos, de la citada traducción de Dante de Fernández de Villegas (1515) o de la misma traducción de Petrarca de Antonio de Obregón (1512), quien, bajo el apartado «vida del autor», advierte que dirá «cuatro cosas que más a nuestro propósito hacen: la primera será el sujeto y materia de esta obra; la segunda, la utilidad de ella; la tercera, el nombre del autor y del libro; la cuarta y última, su división».⁴¹

Los dos traductores, Villegas y Obregón, siguieron de cerca en ambos casos, por tanto, el modelo pautado de *accessus ad auctores* mencionado con anterioridad (*vita auc-*

³⁷ *Francisco Petrarca con los seis Triunfos de toscano*, 1512, f. a2v.

³⁸ *De los remedios contra Próspera e adversa Fortuna*, 1510, f. a4r.

³⁹ *Historia de Lucio Apuleyo del asno de oro*, 1551, f. a4v.

⁴⁰ Para las biografías paratextuales de estos escritores áureos, véase la obra de Nuñez Rivera (2020a).

⁴¹ *Francisco Petrarca con los seis Triunfos de toscano*, 1512, f. a2v.

toris, titulus operis, intentio scribentis, etc.) y catalogado como *accessus* tipo C en la obra de Richard W. Hunt,⁴² que luego retomarían además numerosos críticos como Alistair Minnis y A. B. Scott en sus trabajos,⁴³ según había hecho notar ya Cinthia Hamlin.⁴⁴ Por su parte, Hunt advierte que ese tipo de *accessus* llegó a ser el más extendido durante la Edad Media como forma natural de evolución de la tradición retórica latina,⁴⁵ aunque, como muestran ya las formas de *accessus* del siglo xvii, no dejó nunca de evolucionar, debido sobre todo a la voluntad de apropiarse de los textos.⁴⁶

Según parece, en Castilla no se dieron las condiciones sociales y culturales necesarias para la aplicación habitual de estos procedimientos hasta el siglo xv. Esas técnicas de lectura e interpretación, comunes desde entonces a gramáticos y traductores, se cimentaban en la aplicación de los preceptos compositivos retóricos a un sistema descriptivo de exégesis, por lo que aquella *poetarum enarratio* tenía «como objetivo la racionalización del texto como una unidad coherente de significado». Y una de estas técnicas, como vemos, consistía en anteponer a la obra traducida una serie de textos introductorios «organizados en función de un esquema tradicional, que se conocía entre los *artista*e como *accessus*», cuya aplicación se extendió a finales de la Edad Media.⁴⁷

Por lo que respecta al inicio de esta sección introductoria, es de nuevo Hamlin quien hace notar que casi todas las obras lo comienzan por un proemio o dedicatoria que, en su opinión, «no forma parte de lo que conformaría estrictamente el *accessus ad auctorem*, en cuanto esquema académico rígido de tópicos que pautan la estructura de la introducción».⁴⁸ Lo cierto es que, como reconoce la propia autora, este tipo de pieza exordial, que considera «esencial en traducciones y obras encomendadas», inaugura el *accessus* de un sinfín de obras y, de hecho, lo hace en todas las traducciones que aquí se presentan, entendiendo ahora ese *accessus* en un sentido amplio como aparato preliminar que pretende acercar la obra al lector, ya sea como aparato prologal o bajo la forma de epístola dedicatoria.

Por lo demás, su configuración, concluye Hamlin, responde también a pautas retóricas establecidas, que permanecen aún en las traducciones áureas que aquí se presentan, «relacionadas con el tópico de la *captatio benevolentia*, bajo sus diferentes fórmulas: *humilitas*, superioridad del noble», etc.,⁴⁹ bien estudiadas por Mónica Güell.⁵⁰ Baste el ejemplo de la dedicatoria que Diego López dirige a Baltasar de Céspedes en su traducción de Persio para mostrar ambos aspectos, tanto la fingida humildad de quien dedica la obra, como la alabada superioridad del destinatario:

⁴² Hunt (1948).

⁴³ Minnis y Scott (1988).

⁴⁴ Hamlin (2012a: 443).

⁴⁵ Wheeler (2015); Weiss (1990).

⁴⁶ Hamlin (2012a: 443-44).

⁴⁷ Doñas (2009b: 1263).

⁴⁸ Hamlin (2012a: 445).

⁴⁹ Hamlin (2012a: 445).

⁵⁰ Güell (2009).

Entendiendo que con los bajos quilates de mi rudo y pequeño ingenio he disminuido el oro fino encerrado en las obras de Persio..., tuve necesidad de buscar patrón y defensor, con el favor del cual se recuperase lo arriba dicho. Y aunque no es digna, por casusa de ser yo el autor, de tan gran patrón y defensor como vuestra merced..., con todo determiné de dedicar este trabajo a vuestra merced para descubrir con él la voluntad y deseo que tengo de servir a vuestra merced en otras cosas, y no porque entienda que añada algunos quilates a la claridad, resplandor, nombre, fama y ventaja, en las cuales cosas, como es notorio a todos, vuestra merced resplandece.⁵¹

Este aparato preliminar, por último, suele culminar con una suerte de «canon poético castellano», del que el autor o, en nuestro caso, traductor suele presentarse como último eslabón.⁵² De ahí que la finalidad de aquellos paratextos fuese en la mayoría de las ocasiones la propia vida e intereses del traductor. Y es que, como advertían Cinthia Hamlin y Rita Copeland, el *accessus ad auctorem* solía convertirse a menudo en un *accessus ad commentatorem*: «*The accessus ad auctorem*, as its name declares, is an introduction to the author; but we might say that its subtext is almost always an *accessus ad commentatorem*, an introduction to the interpretive strategies and interests of the exegete who takes possession of the text of the auctor».⁵³

De hecho, en la traducción de la *Eneida* que Cristóbal de Mesa dedica a su majestad, el poeta frexnense confiesa haber seguido la épica de Homero y Virgilio, mientras justifica su dedicatoria por tratarse ya del cuarto libro que componía en ese estilo y «haber hecho siempre mayor estudio de este estilo de la epopeya que de los demás».⁵⁴ Asimismo, en el «prólogo al lector» que Diego López colocó al inicio de su traslación de las sátiras de Juvenal, por citar otro ejemplo más, el escritor cacereño, en defensa de su propia labor, se remonta a los primeros traductores de las Escrituras, como san Jerónimo, y de otras materias y artes liberales para llegar casi a sus contemporáneos, como el Padre Mariana, fray Luis de León o Sánchez de las Brozas, presentándose de ese modo como el último integrante de aquel canon de famosos traductores de textos a las lenguas vulgares.⁵⁵ Y no otra cosa, en fin, procuró Villén de Biedma cuando, en el prólogo al secretario de Felipe II de su traducción de Horacio, se detuvo a elogiar la labor traductora de fray Luis de Granada, fray Luis de León, fray Estaban de Salazar, Hernando de Catillo, Hernando del Pulgar, Pedro Mexía, Ambrosio de Morales o Antonio de Guevara.

⁵¹ «Al maestro Baltasar de Céspedes...», *Aulo Persio Flaco traducido en lengua castellana*, 1609, f.4r-v.

⁵² Hamlin (2012a: 445; 2012b:).

⁵³ Copeland (1995: 72).

⁵⁴ *La Eneida de Virgilio de Cristóbal de Mesa*, 1615, f. a6r.

⁵⁵ *Declaración magistral sobre las sátiras de Juvenal*, 1642, ff. 4r-7v.

3. NUESTRAS BIOGRAFÍAS EN PARATEXTOS

En esta obra, se han recopilado más de una veintena de biografías, que pertenecen a diecisiete conocidos escritores grecolatinos. La razón de la disparidad numérica responde a que, en algunos casos, como en los de Heliodoro, Virgilio y Ovidio, por ejemplo, se han presentado dos o más biografías distintas, de entre las muchas existentes en los preliminares de las traducciones de nuestro Siglo de Oro, dada la notable disparidad que estas presentaban. En otros, ha sido necesario desechar diversas biografías, no tanto porque repitiesen, a menudo a grandes rasgos o con algunas pequeñas variantes, vidas anteriores, como porque se alejaban de la idea propuesta de editar únicamente biografías paratextuales. Así ocurre, por ejemplo, con las numerosas vidas de Esopo, tanto en verso como en prosa, que se encuentran en las traducciones áureas, pues responden más bien a relatos ficcionales y novelados, que no se avienen con el concepto de biografía en sentido estricto.

Del mismo modo, se ha desechado necesariamente la edición de algunas otras vidas bastante llamativas y extensas de autores clásicos, como podría ser una «vida de Boecio» de principios del siglo xvii,⁵⁶ tanto manuscrita como impresa, por tratarse en realidad de biografías editadas de manera exenta y alejadas, por tanto, de la idea de biografía paratextual que nos ocupa en el presente estudio. Por este mismo motivo, se ha descartado también la edición de algunas biografías de escritores grecolatinos recogidas en la curiosa obra *Vidas y excelentes dichos de los más sabios filósofos que hubo en este mundo*, impresa en Sevilla por Cromberger en 1516.

En definitiva, la nómina de autores clásicos cuyas vidas se editan en este estudio es la siguiente: Apuleyo, Boecio, Cicerón, Epicteto, Horacio, Heliodoro, Juvenal, Lucano, Luciano, Ovidio, Persio, Pomponio Mela, Salustio, Séneca, Tácito, Terencio y Virgilio. Por supuesto, las ediciones áureas de estos escritores resultan muy dispares, no solo en extensión, sino también en objetividad, dependiendo de la época y tradición textual de las que fuesen extraídas. Por lo que respecta a lo primero, la edición de la vida de Tácito, por ejemplo, apenas ocupa más de una página en un formato habitual, mientras que la de Pomponio Mela alcanza fácilmente las ocho páginas. En todo caso, la mayor parte suele ocupar uno o dos folios a lo sumo en la impresión original, como corresponde a una pieza paratextual común de la época.

En cuanto a la objetividad de las biografías, esta obedece directamente a la fuente y época de redacción de las vidas utilizadas como modelos en la traducción. De hecho, se sabe que las biografías medievales que recrearon las vidas escritas en la Antigüedad solían incluir un número considerable de elementos parahistóricos e incluso totalmente fantásticos, muy apreciados por el gusto literario medieval, mientras que las reelabora-

⁵⁶ Me refiero a la *Vida de Anicio Manlio Torcuato Severino Boecio*, escrita por don Francisco de Moncada, marqués de Aytona, Frankfurt, Gaspar Rotelio, 1642, que también se encuentra en dos manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid: *Vida de Boecio*, Ms. 6477, y *Biografías varias*, Ms. 6227, ff. 53v-64v.

ciones renacentistas de tales biografías traslucen habitualmente un esfuerzo humanístico por agrupar en una única vida las fuentes diversas y despojarlas de sus elementos más fantasiosos.⁵⁷

Pero, más allá de comprobar la originalidad de las vidas de autores clásicos incluidas en las traducciones áureas y de indagar en la mayor o menor dependencia de las fuentes y modelos biográficos traducidos, hay otras cuestiones de no poco interés que pueden abordarse en su estudio. Una de ellas, que considero no menor desde luego, responde a la intención del traductor que eligió trasladar la obra de un autor clásico concreto, frente a las de otros muchos que pudo haber editado. No todos los clásicos se tradujeron y difundieron en igual medida, ni recibieron la misma atención durante el Siglo de Oro, por lo que los traductores y, al cabo, verdaderos autores de las obras traducidas y dadas a la estampa buscaban unos beneficios específicos y defendían unos intereses concretos y particulares, como todo autor que lanzaba su obra a los caprichos del mercado editorial, en el que pretendía hacerse un hueco, mientras más amplio, mejor.

Así pues, a nadie resultará extraño que fuese precisamente Cristóbal de Mesa, máximo defensor del gran poeta épico Torquato Tasso en España, autor él mismo de poemas épicos como *Las Navas de Tolosa*, donde seguía el modelo implantado por aquel poeta italiano a la vez que imitaba a Virgilio,⁵⁸ quien tradujese en 1615 la epopeya clásica por excelencia, *La Eneida* virgiliana, en un momento en que la épica culta española venía de disfrutar de su mayores días de esplendor. Si el citado Antonio de Obregón, como recordaba Cortijo Ocaña, tuvo el acierto de ofrecer traducido a sus lectores a un poeta ya entronizado en el olimpo literario como Petrarca, en un contexto de primacías culturales que pasaban «por la canonización de la primeras figuras en lenguas nacionales»,⁵⁹ Cristóbal de Mesa no dudó en ofrecer a un poeta venerado como Virgilio ni tampoco en recrear e imitar sus obras, procurando situarse a sí mismo dentro del canon literario nacional y proyectarse de ese modo a los demás. Asimismo, a nadie resultará extraño que por esas mismas fechas Diego Mexía hubiese traducido a Ovidio, ni que algunas décadas antes Lasso de Oropesa hubiese hecho lo propio con Lucano, como referentes este de la épica culta española y de los episodios mitológicos incluidos en ella aquel.

Del mismo modo, resulta evidente que tras la edición de ciertos autores clásicos se escondían claros intereses editoriales, búsqueda de pingües beneficios y la intención de cubrir demandas y gustos lectores en el mercado. Aunque todos recuerdan y citan la primitiva edición del *Asno de oro* de 1513, no fue casual seguramente que a mediados del siglo XVI aquella traducción se reimprimiera en Sevilla, Medina del Campo o Amberes. Y que la versión saliese expurgada de la imprenta de Alcalá en 1584. La notable similitud con la trayectoria del también «castigado» *Lazarillo de Tormes*⁶⁰, obra deudora,

⁵⁷ Navarro (1993: 286-287).

⁵⁸ Gómez (2009).

⁵⁹ Cortijo Ocaña (2012: iii).

⁶⁰ Sobre esta obra véase el estudio de Núñez Rivera (2017).

como todos saben, del ingenio de Apuleyo, y con sus mismos lugares de impresión no pueden ser desde luego azarosos.

La historia de estas traducciones posee numerosas aristas y su estudio, por tanto, puede abordarse desde diferentes puntos de vista. Por ejemplo, resulta muy llamativo que la poesía completa de Horacio no se tradujese en la península hasta 1599. En italiano, sin embargo, existían versiones de sus obras en prosa desde mediados del siglo xvi, de gran éxito por cierto, como prueban sus reiteradas ediciones en 1566, 1572, 1573, 1581, etc., y su difusión incluso por bibliotecas conventuales. Se trata de un caso similar al de Ovidio, del que hubo que esperar hasta la tardía fecha de 1608 para ver impresas sus *Heroidas* completas y, como había ocurrido con Horacio, en una versión moralizada y con comentarios, aunque hecha al menos en tercetos.⁶¹ Si los italianos disfrutaron de traducciones de Ovidio en versos sueltos desde 1550, los españoles apenas tenían más acceso por esas fechas que a algunas versiones parciales y manuscritas, como pudo ser la que Cosme de Aldana atribuía a su hermano, luego perdida.

En definitiva, quienes quisieron acercarse a la obra de Horacio no gozaron hasta 1599 de otras ediciones que las latinas o las italianas, estas últimas en prosa o en versos sueltos para epístolas y sátiras. Esta cuestión, como recuerda Clara Marías, restringió sin duda la difusión de Horacio en España, pero también dejó un efecto positivo: la ausencia de una versión canónica en español dio libertad a todo escritor para enfrentarse al reto de traducir alguno de sus poemas, desde Sánchez de las Brozas a Lope de Vega, pasando por fray Luis, Herrera, Espinel, Medrano, Rioja, Arguijo, etc.⁶²

El estudio, en fin, de las traducciones de las biografías de clásicos grecolatinos y de las obras que las engloban puede abordarse desde no pocos puntos de vista. En nuestro caso, hemos querido destacar el aspecto genérico, no tanto en el que destacó el autor biografiado, como en el que influyó, aunque a menudo coincidan, y se integró al cabo la obra traducida, pues es muy posible que el protagonista de la traducción la presentase de ese modo de manera plenamente consciente y que el lector recociese en sus rasgos los de un género concreto, fuera este épico, pastoril o caballeresco. De ahí que englobemos la vida de Juvenal bajo la sátira, la de Apuleyo y su *Asno de Oro* bajo la picaresca⁶³ y la de Virgilio y su *Eneida* bajo la épica culta, por citar algunos ejemplos.

Quizá, el hecho de presentar un número considerable, pero limitado, de biografías haya facilitado esa disposición, pues es evidente que con el paso del tiempo los intereses se fueron ampliando y multiplicando los temas y géneros atendidos en las nuevas traducciones. En el siglo xvii, en algunos casos incluso antes, se traducen al español, por ejemplo, las obras más diversas, como los *Elementos de Geometría* de Euclides (1667) o el *Discurso apologético de la Theriaca* de Andrómaco (1657), y a autores de relevancia menor como Cornelio Nepote (1652), Herodiano (1666) y Quinto Curcio (1699), si bien

⁶¹ Marías (2016: 5).

⁶² Marías (2016: 5-6).

⁶³ Para esta relación, Núñez Rivera (2012).

ninguna de ellas incluía la biografía del autor clásico. No obstante, no se nos escapa que una posible pluralidad hubiese complicado la ordenación presentada en este trabajo.

No por este motivo, sino por otras circunstancias, no se han incluido aquí, dejándose necesariamente para un futuro estudio, las traducciones de diversas biografías paratextuales de autores grecolatinos, cuyos hallazgos llegaron demasiado tarde. Son los casos de la vida de Plinio el Joven, que Francisco de Barreda incluye en su traducción del *Panegírico* (Madrid, 1622), de la vida de Estacio de Juan de Arjona, dispuesta al inicio de su versión de la *Tebaida*, que se conserva en un manuscrito de la Biblioteca Nacional (ms. 3982), de las vidas de Plutarco y de Jenofonte, que Diego Gracián incluye en sus traducciones de *Los morales* (Alcalá, 1548) y de *Las obras de Xenophon* (Salamanca, 1552), o de la vida de Anacreonte que Quevedo recoge en su *Anacreón castellano* (1609), o de otros datos biográficos que podrían conformar en verdad vidas de autores clásicos, como los que presenta Andrés Laguna de Dioscórides en la versión de su *Materia médica* (Amberes, 1555) e incluso el «testimonio de san Jerónimo de Flavio Josefo» que presenta la traducción de las *Antigüedades judaicas* (Amberes, 1554).

Con todo, se tratan en gran parte de los mismos traductores que aparecen en las páginas que siguen, por lo que dejar al margen por el momento el estudio de esas versiones no parece que pudiera modificar de ningún modo el panorama planteado ni que variasen los resultados alcanzados con su inclusión, pues, en cualquier caso, la elección de unos autores clásicos u otros no respondía nunca al azar, sino a unos intereses prefijados, como se ha querido demostrar.

4. DE LA PICARESCA A LA BIZANTINA

Por supuesto, ni el *Asno de Oro* es una obra picaresca, ni la traducción de López de Cortegana se convirtió en ella. Pero ningún crítico negaría que pocas obras influyeron tanto en la ficción picaresca del Siglo de Oro hispánico como la de Apuleyo. La estructura y algunos de los pasajes del *Lazarillo de Tormes* son suficiente prueba de ello.⁶⁴ Y qué decir de su continuación, donde el protagonista se convierte en un hombre «atunizado», en un hombre-pep, del mismo modo que Lucio se había convertido en jumento en el tratado clásico, alejándose con ello del género propiamente picaresco en el que se había iniciado la obra para ofrecer, mediante el mundo de las transformaciones, una eficaz crítica de la sociedad humana desde un perspectivismo muy del gusto humanístico y en boga por entonces en numerosos diálogos.⁶⁵

Su influencia, además, no solo alcanzó a la tradición lazarllesca. Otras obras, como *La lozana andaluza*, mostraban a las claras que sus autores habían leído con atención la obra de Apuleyo y que incluso lo habían hecho a través de la traducción de Diego

⁶⁴ Así lo demostró Villanova (1989a y 1989b).

⁶⁵ Véase Mascarell (2011: 272).

López de Cortegana.⁶⁶ Así, todo parece indicar que tras la afirmación de, probablemente, Francisco Delicado, «yo confieso ser un asno y no de oro»,⁶⁷ se encontraban las palabras que el arcediano de Sevilla había deslizado al respaldar la moralidad de su traducción: «todos traemos a cuestras un asno y no precisamente de oro».⁶⁸ La traducción de Cortegana, en fin, no solo gozó de gran éxito, como muestran sus diversas reediciones, algunas con expurgo incluido, sino que tuvo el privilegio de ser la primera impresión *del Asno de oro* en una lengua vernácula y a la que se acercaron con el tiempo todos los lectores españoles de la obra, pues no tuvo competidora durante siglos.⁶⁹ De hecho, a la temprana edición sevillana de Cromberger en 1513,⁷⁰ siguieron las reediciones de Zamora (1536 y 1539)⁷¹, Medina del Campo (1543) Sevilla (Ca. 1520-1536 y 1546),⁷² Amberes (1551), y las expurgadas de Alcalá (1584), Madrid y Valladolid (1601), mientras que hubo que esperar a la segunda mitad del siglo xx para encontrar otras traducciones.

Lo que no parece descabellado pensar es que las diversas reimpresiones de la obra que se llevaron a cabo entre 1540 y 1551 abonaron el campo para la aparición de una obra como el *Lazarillo* y que mercaderes, libreros e impresores de lugares como Medina del Campo, Amberes o Sevilla vieron un mercado factible y un público lector lo suficientemente amplio como para invertir en el negocio y en aquel tipo de obras que abundaban en la burla, la crítica social o el anticlericalismo. Por su parte, López de Cortegana no dejó de defender, como en todo prólogo que se precie, la idoneidad de su traducción, que respaldó con la opinión de grandes escrituristas. De ahí que afirmase que, aunque muchos criticasen las fábulas alegres y desenfadadas, al estilo que «hacían los de Mlesia» como el *Asno de oro*, Padres de la Iglesia como Jerónimo y Agustín tuvieron siempre una excelente opinión de su autor Apuleyo, «pues los santos doctores, por más saber y otras veces por desenojarse, leían libros de gentiles y los tenían por familiares». La razón de ello era bien sencilla, insistía Cortegana, argumentando que «si a las cosas graves e honestas no mezclas algún pasatiempo, siempre estarás triste y con enojo».⁷³

Tras su defensa de la obra, López de Cortegana incluyó la vida de Lucio Apuleyo. Pero en ella, al igual que en otras piezas paratextuales, el arcediano no resultó tampoco nada original, pues a decir verdad la mayor parte de los preliminares traducían al dictado los que Beroaldo había incluido en su edición comentada del *Asno de Oro*,

⁶⁶ Para la influencia del *Asno de oro* en la *Lozana*, véase el trabajo de Gil Fernández (1986).

⁶⁷ *La lozana andaluza*, 2013, p. 330.

⁶⁸ *Libro de Lucio Apuleyo del Asno de Oro*, 1551, f. a3r.

⁶⁹ Pejenaute (1993: 162). Para el influjo de Apuleyo en la narrativa áurea, Cortés (1935).

⁷⁰ Aunque el único ejemplar, conservado en la Bibliothèque de Sainte Geneviève, no tiene lugar ni fecha de impresión, a esta conclusión llegaron desde Bonilla san Martín y Menéndez Pelayo hasta Griffin en su monografía sobre los Cromberger (1988). No obstante, aún se tienen dudas de la fecha, que algunos señalan algo posterior, e incluso del impresor, que a veces atribuyen a Juan Varela de Salamanca.

⁷¹ De la edición de 1536, pese a que la han citado en numerosas ocasiones antiguos bibliófilos y posteriores investigadores, no se conoce ningún ejemplar.

⁷² La más antigua la dio a conocer Martín Abad (1995); la de 1546, Escobar (2002).

⁷³ *Libro de Lucio Apuleyo del Asno de Oro*, 1551, f. a2r

siguiendo la tradición latina medieval del *accessus* o presentación del texto, como ya hiciera Servio en su comentario a Virgilio. Aquella relación, la de Cortegana con Beroaldo, no era nueva en absoluto. De hecho, la tradición crítica no solo la había señalado ya hace más de un siglo, sino que incluso había notado que el arcediano de Sevilla había traducido sin miramientos los comentarios del italiano.⁷⁴ A él le debe además la interpretación alegórica y moral del *Asno de oro*, propuesta en términos de vicio y virtud, como se comprueba al final de la vida de Apuleyo.⁷⁵ Una biografía, en fin, que López de Cortegana, como se ha indicado, tradujo siguiendo a pies juntillas a Beroaldo y un ejemplo será suficiente para demostrarlo.

Cortegana: La madre había nombre Salvia, excelente y honesta entre las dueñas. Su linaje y nobleza asaz parece, según que el mismo Apuleyo dice descender de aquel noble Plutarco queronense, y de Sexto, filósofo sobrino de Plutarco. La mujer de Plutarco se llamaba Pudentilla, adornada de todas las virtudes y hermosuras que en una dueña pueden ser.⁷⁶

Beroaldo: *Mater nomine Salvia, inter foeminas probitate praezellens, cuius nobilitas satis clara ut pote a Plutarcho illo inclyto cheronensi ac Sexto philosopho Plutarchi nepote derivata. Uxor Putendilla opulentiis virtutibusque quae in foeminam cadunt dotadissima ipse vero succulenta proceritate.*⁷⁷

Tres años después de que Juan Steelsio diese a las prensas la versión del *Asno de Oro* de Cortegana, se imprimía también en Amberes por Martín Nucio la *Historia etiópica de Heliodoro* traducida por «un secreto amigo de su patria» (1554). Es posible que no se tratase de su primer traductor, pues Alvar Gómez de Castro elogia ya una versión compuesta por Francisco de Vergara, continuada luego por su hermano Juan, ambos salpicados de heterodoxia en los procesos contra los alumbrados de Toledo. Pero aquella versión no llegó a imprimirse nunca seguramente y quedó manuscrita en la biblioteca del duque del Infantado.⁷⁸

En cuanto al anónimo autor de la traducción de 1554, poco es lo que puede saberse de él más allá de que la mayor parte de investigadores alude a su probable filiación erasmista.⁷⁹ Por lo demás, el prólogo de su versión muestra a las claras las diatribas que habían comenzado a extenderse por esos años en torno a la verosimilitud y a la dosis de partes fingidas y verdaderas que debían de incluirse en las narraciones de la época.⁸⁰ No hay más que recordar al respecto las durísimas críticas que recibieron por

⁷⁴ Menéndez Pelayo (1950: 89); Scobie (1978); Miralles (1988); García Gual (1989); Pérez Custodio (1998).

⁷⁵ Escobar (2001: 154).

⁷⁶ «Vida de Lucio Apuleyo», *Historia de Lucio Apuleyo del asno de oro*, 1551, f. a4v.

⁷⁷ «Vita Lucii Apuleii summam relata», *Commentarii a Philippo Beroaldo conditi in Asinum aureus Lucii Apuleii*, 1504, f. 6r.

⁷⁸ Carilla (1966: 276).

⁷⁹ Castro de Castro (2011: 272).

⁸⁰ Sobre esta cuestión, Fumaroli (2007).

entonces las ficciones caballerescas por parte de escritores, gramáticos y preceptistas, amparándose en la locura y falsedad de sus historias.

Claro que, a diferencia de esos libros de caballerías, que en opinión de nuestro anónimo traductor no poseían «ninguna erudición y ningún conocimiento de antigüedad», las narraciones bizantinas sí los tenían y se acercaban mucho más al precepto del *docere delectando* de la poesía horaciana: «de suerte que el placer no sea del todo ocioso, lo cual espero que en manera alguna se podrá hallar en esta fabulosa *Historia de las fortunas de Cariclea y Teágenes*, en la cual, de más de la ingeniosa ficción, hay en algunos lugares hermosos discursos sacados de la filosofía natural y moral, muchos dichos notables y palabras sentenciosas, muchas oraciones y pláticas, en las cuales el artificio de la elocuencia está muy bien empleado...»⁸¹. Con todo, el anónimo traductor no dejó de tener sus prevenciones, pues termina confesando que, pese a los logros de la historia «todavía no me quiero detener mucho a la encomendar, porque en fin es una fábula, a la cual aún falta, a mi juicio, una de los dos perfecciones para hacer una cosa hermosa, que es la grandeza, por causa que los cuentos..., no me parecen suficientemente ricos y no merecerían ser leídos si no fuese o por divertir enojo o, como dijimos, para tener después el entendimiento más libre».⁸²

Tras su defensa de la versión española de las *Etiópicas*, el traductor incluyó por fin, como última parte del prólogo, la vida de Heliodoro. Se trata de un autor del que apenas se conocen datos biográficos y estos, por lo común, suelen presentarse además de manera confusa en antiguas biografías e incluso mezclados con noticias de otros personajes de la Antigüedad con los que compartió nombre. Nuestro traductor, en cualquier caso, no se complicó en este sentido, pues siguió a la letra, como en todo lo anterior, la vida de Heliodoro que Jacques Amyot había incluido en su traducción francesa⁸³, publicada en París solo unos años antes, en 1547:

Anónima: Cuanto al autor de esta *Historia Etiópica*, piensan ser aquel Heliodoro del cual Filóstrato hace mención en el fin del segundo libro de *Sofistas*, lo cual se conjetura con justa causa, tanto por la calidad de su estilo, que sin falta es un poco afectado, como es ordinariamente el de aquellos que antiguamente hacían profesión de retórica y filosofía conjuntamente, que llamaban sofistas, como porque también Filóstrato tiene por sobrenombre Árabo, y que el mismo Heliodoro, en el fin de su libro, dice ser feniciano, nacido de la ciudad de Emesena, la cual está situada en los extremos de Fenicia y de la Arabia, por la cual ocasión de vecindad se juzga que Filóstrato le haya llamado Árabo.⁸⁴

⁸¹ «Prólogo» *Historia etiópica de Heliodoro trasla[dada...] en vulgar castellano por un secreto amigo de su patria*, 1554, ff. a3v-a4r.

⁸² «Prólogo» *Historia etiópica de Heliodoro trasla[dada...] en vulgar castellano*, 1554, f. a4v.

⁸³ Sobre esta traducción, véase la edición de Plazenet (2008).

⁸⁴ *Historia etiópica de Heliodoro trasla[dada...] en vulgar castellano*, 1554, f. f. a5v.

Amyot: *Et quant à l'auteur de ceste Histoire Aethiopique, on pensé que ce soit celuy Heliodorus duquel Philostratus fait mention à la fin du second livre de ses Sophistes, ce que l'on coniecture avecques grande raison, tant pour la qualité de son stille, qui sans pointe de doute est un petit affaité, ainsi que l'est ordinairement celuy de ceux qui anciennement faisoient profession de retorique e de philosophie tout emsemble, que lon apelloit sophistes, comme aussi pour ce que Philostratus le surnomme arabe, et que Heliodorus luy mesme à la fin de sin libre dit qu'il estoit phoenicien, natif de la ville d'Emessa, laquelle est situé es confins de la Phoenicie et de l'Arabia, à la ocasión de laquelle vicinité on estime que Philostratus l'apelle arabe.*⁸⁵

Mucho más famosa y elogiada fue la posterior traducción de Fernando de Mena, impresa en Alcalá por Juan Gracián en el año 1587. De hecho, a ella se debe de manera fundamental el prestigio y conocimiento que alcanzó Heliodoro entre los lectores españoles del Siglo de Oro. Francisco de Quevedo, tratando de los libros de la biblioteca del conde de Gondomar, elogia, entre otras, aquella traducción, afirmando que «apenas los más de ellos se ven mejores en sus originales», como ocurría con «Virgilio, cuya grandeza, siendo incapaz de versión, está contenta en la de Gregorio Hernández», y con «Heliodoro, *Teágenes y Clariquea*, en la segunda versión impresa en Alcalá».⁸⁶

Sin embargo, esta traducción no incorporó la biografía de Heliodoro hasta su edición madrileña de 1615, impresa en casa de Alonso Martín, como se indica en la propia portada: «añadida la vida del autor y una tabla de sentencias y cosas notables».⁸⁷ Fue costeada por Pedro Pablo Borgia, quien incluye una dedicatoria a su mecenas Nicolao Balbi, caballero genovés. Se trata, por tanto, de una impresión que se aleja de las dos precedentes, tanto de la primera edición de Alcalá de 1587, como de los ejemplares publicados en Barcelona en 1614, un año antes que la de Alonso Martín, pues tanto en una como en otra impresión el prólogo del traductor, Fernando de Mena, se acompaña de una dedicatoria de Juan Gracián a don Antonio Polo Cortés, señor de la villa de Escariche, dos piezas paratextuales que desaparecen, en cambio, de los ejemplares madrileños.

De ambas, merece la pena destacar el primitivo prólogo del traductor, donde Fernando de Mena explica los motivos que lo llevaron a trasladar la obra de Heliodoro al español: «La ocasión que me movió, lector discreto, a traducir de nuevo la Historia de Teágenes y Cariclea fue ver que la que andaba por ahí estampada, que fue traducida de lengua francesa, estaba falta en muchos lugares, por ventura porque el traductor no los debió de entender..., de más de que el estilo en que la puso se queda casi en los propios términos de la francesa. Vínome a las manos un ejemplar latino que hizo Stanislaio Po-

⁸⁵ *Historie Aethiopique d'Heliodore...*, traduite de grec en françois par Jacques Amyot, 1547, f. a3v.

⁸⁶ Francisco de Quevedo, *España defendida*, 2012, pp. 44-45.

⁸⁷ En un pequeño prólogo al lector, se indica de nuevo que: «Sale segunda vez a luz la historia de Heliodoro muy mejorada, porque lleva la vida del autor, sacada en suma de alguna autores griegos...». «Al lector», *Historia etiópica de los amores de Teágenes y Cariclea*, 1615, f. a4r. Un año antes, en 1614, había aparecido otra impresión de la obra en Barcelona, cuyos preliminares difieren bastante de la edición madrileña.

lono,⁸⁸ hombre de gran erudición en la lengua griega y en la latina, por el cual entendí las faltas, que así en la traducción francesa, como en otra italiana que se hizo y anda estampada, había».⁸⁹

Mena no solo muestra explícitamente que conocía la anónima traducción española de 1554, sino también otras traducciones vertidas a otras lenguas europeas, lo que no ha pasado desde luego desapercibido para la crítica. Emilio Crespo, traductor moderno de Heliodoro, asegura de hecho que la versión de Mena se basa sobre todo en la latina de Estanislao Warszewicki Polono, pero también en la anónima española de Amberes, en la francesa de Jacques Amyot e incluso en la italiana de Leonardo Ghini.⁹⁰ En cuanto a la biografía que incluye la edición madrileña de 1615, parece seguir, como se indica en un brevísimo prólogo al lector, datos diversos y dispersos por obras anteriores.

Así, comenta que «Heliodoro, según Fotio en su *Biblioteca*, fue hijo de Teodosio...; su patria, Amindena, o como otros mejor dicen, Emisena, lugar de Fenicia, de donde se llamó Amindeno o Emiseno. Martino Crusio le hace del linaje de los Hellios... Fue obispo de Trica, pueblo de Tesalia».⁹¹ Su linaje y patria, por ejemplo, aparecen en la pequeña biografía que presenta la edición de Warszewicki: «*Heliodorus Emesenus, Theodosii filius, sophista... Phoenices enim urbs est Emesa, quae et Emisos vocatur...*»,⁹² mientras que, como se indica en la propia biografía, su vinculación con el linaje de los Helios se recoge en los datos biográficos que incluye la edición de Martino Crusio, así como también su cargo de obispo en Tesalia: «*Fuit is in Phoeniciae oppido Emesa, ex Heliorum familia..., et tandem Thessalici oppidi Triccae Episcopus factus est*».⁹³

Todo parece indicar, pues, que nuestro editor no mentía y que su biografía seguía fuentes diversas, aunque los datos aportados fuesen de sobra conocidos y repetidos en anteriores impresiones de la obra de Heliodoro. De lo que no cabe duda es de que el prólogo de Amyot, seguido a la letra por el anónimo traductor de Amberes, ponía sobre el tapete a mediados del siglo XVI un asunto muy interesante, como la defensa de una ficción placentera que no atentase contra la razón y la verosimilitud, mediante una recreación, además, honesta,⁹⁴ del mismo modo que no cabe duda de que, en España, fue la traducción de Fernando de Mena la que puso a Heliodoro en el panorama literario peninsular. Es más, quizá no fuese casual que las ediciones de sus *Etiópicas* comenzaran a acompañarse de la biografía del autor en la segunda década del siglo XVII, pues, en opinión de Christine Marguet, es precisamente en esas fechas cuando Heliodoro se convierte en autoridad y modelo equivalente a Homero o Virgilio.⁹⁵

⁸⁸ «Prólogo al lector», *Historia de los dos leales amantes Theagenes y Chariclea*, 1614, f. A4r.

⁸⁹ El polaco Estanislao Polono se instaló en Sevilla en 1490 con al alemán Meinardo Ungut. De su taller salieron más de 70 ediciones. Más tarde, hacia 1503, colaboró con Juan Cromberger. Véase Martín y Moyano (2002).

⁹⁰ Crespo (1979: 47).

⁹¹ «La vida de Heliodoro», *Historia etiópica de los amores de Teágenes y Cariclea*, 1615, f. a4v.

⁹² «De auctore» *Heliodori Aethiopiae Historiae libri decem*, 1552, f. a4r.

⁹³ «Ex vita», *Martini Crosii Aethiopiae Heliodori Historiae Epitome*, 1584, f. a2v.

⁹⁴ Marguet (2009: 224).

⁹⁵ Marguet (2009: 229).

Como fuese, las sucesivas ediciones de Heliodoro y, sobre todo, sus traducciones a diversas lenguas vernáculas resultaron a la postre determinantes en la evolución del *romance* medieval. Es cierto que, con la excepción de Alonso López Pinciano y su *Philosophía antigua poética* de finales del siglo XVI, muy pocos tradadistas de relieve supieron comprender la novedad de su modelo, anclados aún en la consideración de Homero y Virgilio como las mejores autoridades clásicas para la narración.⁹⁶ Pero su situación no tardó en cambiar y muy pronto todos fueron capaces de valorar sus novedades, como muestra la cantidad de escritores que lo citaron y hasta siguieron su modelo, desde el Comendador griego, Hernán Núñez de Guzmán, a Cervantes, pasando por Lope de Vega, Céspedes y Meneses, Pedro de Espinosa, Góngora, Quevedo, Tamayo de Vargas o Rojas Zorrilla, entre otros. Baste recordar que, a la altura de 1627, Juan Pérez de Montalbán, a quien tocó en suerte aprobar la *Historia de Hipólito y Aminta* de Francisco de Quintana, decía del autor que «ojalá pidiera muchas [aprobaciones] para que tuviera España un mejorado Heliodoro en Manzanares»,⁹⁷ demostrando con ello que el escritor de Emesa ya se había convertido por entonces en modelo de narración.⁹⁸

5. LA RETÓRICA

Sin lugar a dudas, el príncipe de los oradores latinos fue Marco Tulio Cicerón. Así fue considerado entre sus contemporáneos y a lo largo de los siglos posteriores. La cantidad de manuscritos medievales con sus obras y las que fueron apareciendo, sobre todo en Italia, que no tardaron en editarse, dan prueba de la veneración por su elegante prosa e incluso, en mucha menor medida, por su pensamiento filosófico. Con todo, la traducción de sus tratados en España se hizo esperar hasta el siglo XV. Un siglo, sin embargo, que sí presentó una relevante actividad traductora. En su primer tercio, aparecen las traducciones del *De officiis* y *De senectute* a instancias de Alonso de Zamora (1422) y del *De inventione* a petición de don Duarte de Portugal (1431), las tres a cargo de Alfonso de Cartagena.

Como anota Carmen Codoñer, no es coincidencia que el primer interés por la traducción de Cicerón provenga de personajes de la realeza o ligados a la corte y que sus solicitudes vayan dirigidas a personajes destacados de la Iglesia, pues ello muestra sin más la situación de un país y un período de transición concretos: la España de la primera mitad del siglo XV, cuando se da un progresivo interés entre círculos nobiliarios de contar con obras adecuadas para orientar «el bien hablar», que no les son asequibles

⁹⁶ González Rovira (1994: 337).

⁹⁷ «Aprobación del doctor Juan Pérez de Montalbán, notario del santo Oficio de la Inquisición», *Historia de Hipólito y Aminta*, 1635, f. a2v. Lepe García (2013a: 574).

⁹⁸ Para la obra de Quintana, véase la magnífica tesis doctoral de Lepe García (2013a), de próxima aparición en la editorial SIAL, y sus trabajos (2013b y 2014).

en su lengua materna, y cuando apenas los clérigos de alto nivel estaban preparados para proporcionárselas.⁹⁹

Junto a Cartagena, aparecieron por supuesto otros traductores por aquel entonces, pero fue realmente en el siglo XVI cuando se dejó sentir en España el fenómeno del ciceronianismo, que no fue otra cosa «que un programa de enseñanza del latín, basado en la imitación de quien se consideraba que había sido su mejor usuario en época clásica».¹⁰⁰ Desde fray Luis de León a fray Luis de Granada quisieron imitar el estilo rítmico de la prosa ciceroniana. Ni siquiera el ataque mordaz de Erasmo pudo frenar aquella tendencia, pese a que el humanista holandés nunca pretendió apartar a los jóvenes de su lectura, sino enseñarles lo que consideraba el verdadero camino de la imitación, que, a la facundia oratoria propia del escritor latino, unía también la piedad cristiana, intentando frenar con ello quizás la exagerada exaltación de Cicerón como único patrón oratorio que ensombrecía a otros modelos de la Antigüedad.¹⁰¹

Si el número de imitadores no había dejado de incrementarse por esas fechas, la cantidad de traductores que se fue sumando a la empresa con el paso de las décadas no quedó a la zaga. La mayor atención la siguieron recibiendo en un principio sus obras morales, como demuestran las versiones que llevaron a cabo fray Ángel Cornejo, Francisco de Támara o Juan de Járava. No obstante, si algo caracterizó a aquel siglo XVI fue justamente el comienzo de las traducciones de sus epístolas y discursos, pues en ellas se encontraba el verdadero modelo de la oratoria ciceroniana.¹⁰² En tal empeño se centraron escritores como Andrés Laguna (1557), fray Gabriel Aulón (1574), Martín Lasso de Oropesa (1588) y, algo más tarde, otros como Sebastián de Mesa (1625).

Con todo, nadie destacó seguramente más en aquella faceta de traductor de sus cartas, tanto públicas como privadas, que Pedro Simón Abril, quien editó *Los dos libros de las epístolas selectas de Marco Tulio Cicerón* (1583) y la obra que ahora nos ocupa, donde incluyó la biografía de Cicerón que se recoge en este estudio. Me refiero a *Los dieciséis libros de las epístolas o cartas de M. Tulio Cicerón, vulgarmente llamadas familiares* (Madrid, 1589). En su prólogo, Simón Abril defendió su labor, que amparó en el beneficio que proporcionaba su traducción, pues decía que «cartas que tratan de cosas tan importantes en materia de gobierno, por la inorancia de la lengua», no debían de «dejar de andar por las manos de los hombres de maduro juicio y edad perfeta».¹⁰³

En cuanto a su traducción de la vida de Cicerón, el helenista afirmó haberse basado en los datos proporcionados en sus obras por el orador latino y en las *Vidas paralelas* de Plutarco. Y posiblemente no mentía, pues parece que su biografía fue tomando datos aquí y allí de las diversas vidas de Cicerón editadas en latín y otras lenguas vulga-

⁹⁹ Codoñer (2006: 25-26).

¹⁰⁰ Núñez González (2009: 228).

¹⁰¹ Jiménez Delgado (1958).

¹⁰² Núñez González (2009: 228).

¹⁰³ «A Mateo Vázquez de Leca Colona», *Los dieciséis libros de las epístolas o cartas de M. Tulio Cicerón, vulgarmente llamadas familiares*, 1589, f. a5v.

res europeas que se han consultado. Así, en la vida publicada al inicio de las epístolas familiares editadas por José Badio Ascencio, suegro del famoso Robert Estienne o Stephanus, se alude, por ejemplo, al lugar de nacimiento de Cicerón, «*M. Tullius Cicero Arpini natus, Romae, quo puer perductus fuerat, tantum in discendo profecti, ut in causis dicendis primum locum consecutus sit...*»,¹⁰⁴ pero queda lejos de los detalles que ofrece en todo momento la vida de Simón Abril: «Marco Tulio Cicerón fue natural de Arpino, pueblo mediano cerca de Roma. Fue de mediano estado, hijo de padres de la orden de caballeros, que era el estado medio entre la bajeza de los plebeyos y la alteza de los patricios. Fue de buen entendimiento y apto para toda manera de doctrina...».¹⁰⁵

Por lo demás, no es extraño que el humanista de Alcaraz sintiese predilección por el escritor latino, al margen de que lo pudiese considerar un modelo de elocuencia, pues si este luchó contra la dictadura de César, aquel tuvo que hacerlo por su idea de la enseñanza de artes y filosofía contra el monopolio de su docencia en ciertas universidades, que pretendían ser las únicas en impartir aquellas disciplinas.

6. LA ÉPICA CULTA

Tres autores latinos conforman este apartado. Dos de ellos, Lucano y Virgilio, se convirtieron durante el siglo XVI en los auténticos paradigmas de la epopeya hispánica. El tercero, Ovidio, fue también el modelo más inmediato en la recreación de los episodios mitológicos que los poetas épicos áureos recogieron en sus cantos, si bien, como los anteriores, podría haberse englobado asimismo en otras secciones y presentado como ejemplo de otras materias diversas.

Como es sabido, si por algo se distingue la épica culta renacentista de la épica medieval es por su deseo de acercarse a los modelos clásicos. Y entre ellos ocupa un lugar de honor, desde la irrupción de aquel género a mediados del siglo XVI, el poeta de Mantua, Virgilio. En efecto, muchos de los escritores españoles del Renacimiento siguieron el esquema de su *Eneida*, aunque la historia virgiliana les llegara a menudo tamizada, dado el prestigio que habían alcanzado por entonces otros modelos contemporáneos, a través de los poemas de Ariosto, primero, y Torcuato Tasso, más tarde.

De un modo u otro, todos ellos destacaban el espíritu último del modelo virgiliano, que se valía de Eneas para vincular a Augusto con los héroes vencidos en Ilión y actualizar —reivindicando— en el presente hechos pretéritos. No es de extrañar, pues, que fuese el modelo de Virgilio el que imperase en la épica peninsular, acaso porque el imperio de los Austrias se reconocía o quería reconocerse en el esplendor de la Roma de Augusto, haciendo de la épica un instrumento de propaganda explícita para enaltecer y justificar a los prohombres y sus gestas. Y es que la épica podía incorporar los mitos

¹⁰⁴ «*Marcii Tullii Ciceronis vita*», *Familiarium epistolarum libri XVI*, 1548, f. a2r.

¹⁰⁵ «Vida de Cicerón», *Los dieciséis libros de las epístolas o cartas de M. Tulio Cicerón*, 1589, f. a3r.

de una cultura imperial con enorme eficacia, al tiempo que recurría a las profecías y genealogías de la epopeya clásica para relacionar a la monarquía con un pasado remoto, creando con ello una ilusión de perdurabilidad. De ahí que la *Eneida* se editase y tradujese con prolijidad durante el Siglo de Oro.

Su primera versión completa a la lengua española se llevó a cabo, no obstante, mucho tiempo antes y se debió a la labor de Enrique de Villena, quien la tradujo en prosa en 1422. A Villena lo siguieron luego muchos otros imitadores y traductores de Virgilio. Pero la traducción de la *Eneida* que triunfó realmente en el siglo XVI y que revelaba ya una actitud propiamente renacentista fue la versión de Gregorio Hernández de Velasco, impresa en 1555. El toledano, por cierto, también tradujo poco después, en 1569, el *De partu virginis* de Sannazaro, modelo de épica religiosa en España, lo que mostraba a las claras los intereses del autor.¹⁰⁶ A diferencia de la versión de Villena, la del toledano, dedicada como no podía ser de otro modo al rey Felipe II, estaba traducida en verso, tanto en endecasílabos sueltos como en la estrofa propia de la épica: la octava real. Sus sucesivas reimpressiones, en Amberes (1557), Alcalá (1563) o Toledo (1574, 1577) dan muestra, por lo demás, del éxito de esta fiel traducción, en la que todos leyeron a Virgilio por entonces, hasta el propio Cervantes,¹⁰⁷ y en siglos posteriores, pues se siguió imprimiendo hasta el mismo siglo XX.

Sin embargo, ninguna de aquellas antiguas ediciones contenía la biografía del mantano, que Hernández de Velasco no incluyó hasta la segunda edición de la obra, impresa en 1586, en la que, junto a la vida de Virgilio, se añadían la traducción de sus églogas primera y cuarta, el decimotercer libro de la *Eneida* de Mapheo Veggio o una tabla de nombres propios, vocablos y lugares difíciles, partes estas últimas que ya se venían agregando desde la edición toledana de 1574. Por otro lado, tras la dedicatoria a Felipe II firmada por el traductor, no incluida en las primeras ediciones, aparece un prólogo que sí contienen todas, del «impresor a los lectores», donde este (¿Juan de Ayala?) confiesa, siguiendo a Plutarco, que, si todos los miembros de una república deben de procurar su buen gobierno, empleando en ello talento e industria, él, como un miembro más, no podía servirla mejor que «sacando a luz la *Eneida* castellana de Virgilio, libro de todos los estudiosos de buenas letras tan deseado, como para todos estados y condiciones de hombres provechosos».¹⁰⁸

En cuanto a la biografía, se indica en el título que se debe a Claudio Donato. Se trata seguramente de un error, pues si bien Tiberio Claudio Donato escribió un comentario parafrástico a la *Eneida* de enorme éxito, como muestra que entre 1488, en que fue descubierto, y 1599, se publicaran más de 50 ediciones, no se tiene noticia de que escribiera ninguna biografía del poeta latino. Sin duda alguna, el autor se refería a Elio Donato, como habrá ocasión de comprobar, lo que confirma además el hecho de que

¹⁰⁶ La aprobación de la obra la llevó a cabo el famoso agustino fray Alonso de Orozco.

¹⁰⁷ Cristóbal (2009b: 1157).

¹⁰⁸ «El impresor a los lectores», *La Eneida de Virgilio... , traducida en octava rima y verso castellano*, 1586, f. 3v-4r.

lo considerase «maestro de san Jerónimo». Está claro, en cualquier caso, que Virgilio fue objeto de numerosas biografías desde la Antigüedad, actualmente conocidas con la denominación genérica de *Vitae Vergilianae*, que podrían dividirse en *vitae* antiguas, *vitae* medievales y *vitae* renacentistas.

Las vidas antiguas, compuestas hacia finales de la Antigüedad, conforman un grupo de cuatro biografías que proceden en última instancia de la *Vita Vergiliana* incluida en el *De viris illustribus* de Suetonio y que se deben o atribuyen a Probio, Foca, Servio y Donato. Las vidas medievales conforman un grupo heterogéneo de vidas anónimas, fruto de varias manos, que refunden por lo general las vidas antiguas y añaden elementos paraliterarios y fantásticos (*Vita Bernensis*, *Vitae Gudianae*, *Vita Monacensis*, *Vita Noricensis*...). Las vidas renacentistas, por último, se suelen clasificar en dos tipologías: las reelaboraciones humanísticas, tendentes a despojar las vidas anteriores de elementos fantásticos y a unificarlas en una sola *vita* de contenido veraz, y las vidas de Virgilio incluidas en colecciones de biografías literarias de escritores o poetas, similares a las humanísticas y por lo común más breves que estas. Comparadas con las medievales, su número es bastante más reducido, destacando entre ellas el *Donatus auctus* (s. xv), y las *Vitae Vergilianae* de S. Polenton (s. xv) y P. Crinito (s. xvi).¹⁰⁹

La biografía incluida en la traducción de Hernández de Velasco sigue una de las citadas vidas antiguas, concretamente la de Elio Donato, que se supone la más fiel al modelo suetoniano. Claro que, como suele ocurrir con este género biográfico, el traductor no sigue el modelo con absoluta fidelidad. Por el contrario, suprime a menudo partes que no considera relevantes, del mismo modo que amplifica o añade comentarios y expresiones con la idea frecuente de acercar el texto al lector, como muestra el ejemplo que sigue, donde se alude, por ejemplo, al nacimiento de Cristo y la fundación de Roma para las fechas, que no estaban lógicamente en el original latino, mientras se eliminan partes relativas a la vida del padre de Virgilio, como su labor de agricultor y su crianza de abejas:

Publio Virgilio Marón tuvo padres pobres y especialmente lo fue Marón, su padre, el cual dicen haber sido alfarero. Nació a quince días del mes de octubre, en el año que fueron cónsules Pompeyo el Magno y Licinio Craso, a los seiscientos y ochenta y tres años de la fundación de Roma y sesenta y ocho años antes del nacimiento de Cristo. Nació en una Aldea de Mantua, que se dijo Andes. Maya, su madre, estando preñada de él, soñó la noche antes que le pariese que había parido un ramo de laurel...¹¹⁰

Virgilius Maro parentibus modicis fuit et praecipue patre Marone, quen quidam opificem figulum, plures Magi cuiusdam viatoris initio mercenarium, mox ob industriam generum tradiderunt. Quem cuum agricolationi reique rusticae et gre-gibus praefecisset socer silvis coemundis et apibus curandis reculam auxit. Natus

¹⁰⁹ Para todas estas cuestiones, Navarro (1993: 285-312).

¹¹⁰ «La vida de Virgilio, escrita por Claudio Donato, varón insigne en letras humanas, maestro en ellas de san Jerónimo», *La Eneida de Virgilio...*, traducida en octava rima y verso castellano, 1586, f. ggg3v.

*est Cn. Pompeio magno et M. Licinio Crasso primum cons. Iduum octobrium die in pago, qui Andes dicit, qui est a Mantua non procul. Pregnans eo mater Maia somniavit enixam se laurem ramum...*¹¹¹

El éxito abrumador que alcanzó la traducción de Hernández de Velasco no frenó el intento de verter a Virgilio a la lengua española de otros poetas. Antes bien, podría decirse que los animó, pues los hubo que dedicaron sus esfuerzos a traducir no solo alguno de sus grandes poemas, sino sus mismas obras completas. En ese sentido, destacó Diego López, quien consiguió publicarlas todas en 1601, y sobre todo Cristóbal de Mesa, que logró sumar a su traducción de la *Eneida* de 1615 la versión de las *Bucólicas* y *Geórgicas* apenas tres años más tarde, en 1618. El empeño de Mesa por presentar a Virgilio como cumbre del canon poético de la épica española no tenía por supuesto nada de casual. No hay que olvidar que él mismo había consagrado su ingenio a escribir poemas épicos algunos años antes, como *Las Navas de Tolosa* (1594), *La Restauración de España* (1607) o *El patrón de España* (1612), que seguían el modelo virgiliano, por lo que su traducción de la *Eneida*, dedicada al rey Felipe III, podía considerarse totalmente interesada.

Su prefacio, además, no deja lugar a la duda, pues afirma allí que: «por ser el poema del príncipe de los poetas latinos y el cuarto mío en este estilo, como los otros tres, lo dedico a su Majestad».¹¹² Lo mismo repite en el prólogo que destina al lector, donde, tras denostar la traducción por cuanto pierden las lenguas nobles vertidas a las vulgares, una vez persuadido, confiesa que se inclinó «más a esta del estilo heroico por haber hecho siempre mayor estudio de este estilo de la epopeya que de los demás».¹¹³ Al prólogo sigue, por fin, la biografía de Virgilio que precede a los doce libros del poema latino, que Cristóbal de Mesa tradujo en octavas reales, como convenía a su estilo elevado. Tampoco en este caso la vida del poeta de Mantua es original, pues sigue al dictado una de las biografías que hemos denominado «renacentistas»: la que compuso Pietro Crinito, resumiendo no obstante las partes en las que el humanista florentino se mostró más prolijo:

Tuvo tanta modestia y fue tan vergonzoso que vulgarmente le llamaban el Doncel, lo cual, después de muchos, testif[ic]a el poeta Ausonio en la epístola de Paulino. Servio dice que escribió ocho obras varias. Imitó al poeta Teócrito en las *Bucólicas* y a Hesíodo en las *Geórgicas*, y en la *Eneida*, de los griegos, a Partenio, Pisandro, Apolonio Rodio y principalmente a Homero, y de los latinos a Enio, Livio Andrónico, Nevio y Lucrecio y otros muchos, como advi[e]rte Macrobio y otros.¹¹⁴

¹¹¹ «Publii Virgilii Maronis Vita», *Opera*, 1475, f. a1v.

¹¹² «Señor», *La Eneida de Virgilio*, 1615, f. a5r.

¹¹³ «Al lector», *La Eneida de Virgilio*, 1615, f. a6r.

¹¹⁴ «Vida de Virgilio», *La Eneida de Virgilio*, 1615, f. a7r.

*Adeo insigni modestia et verecundis moribus dicitur fuisse ut vulgo appellatus sit Parthenias, quod praeter alios multos etiam Ausonius testatur in epistula ad Paulinum. De poematis ipsius minime oportet hoc loco pluribus agere [...]. Idem Servius octo opuscula pro Vergilianis enumerat, hoc est, Cirin, Aetnam [...]. In Bucolicis Theocritum poetam est imitates. In Georgicis Hesiodum, quem sine ulla quidem controversia superavit. In ipsa Aeneide secutus est ex auctoribus Graecis Parthenium, Pisandrum, Apollonium Rhodium e in primis Homerum; ex latinis Q. Ennium, Livium Andronicum, Naevium, T. Lucretium et alios complures, quod ipsum alii permulti adnotarunt, tum praecipue Macrobius.*¹¹⁵

En este caso, Cristóbal de Mesa omite algunas aclaraciones o comentarios de Pietro Crinito cuya información debió de estimar innecesaria para el relato biográfico. Por ejemplo, suprime la parte en la que el humanista florentino indica que no va a detenerse en todos sus poemas de manera extensa, pues ya lo habían hecho Servio y otros gramáticos, quienes trataron incluso de su correcta atribución y de sus momentos de composición más probables. Del mismo modo, omite el título de los ocho opúsculos que le había atribuido Servio: *Aetna*, *Culex*, *Cetalepta*, *Priapea*, etc. Por último, cita a los poetas latinos no por sus nombres completos, si no lo considera necesario para reconocerlos, sino por el que son realmente conocidos, prefiriendo «Enio» a «*Quinto Ennium*» y «Lucrecio» a «*Tito Lucretium*». En el resto del pasaje, la traducción Mesa era, no obstante, completamente literal.

Por supuesto, fueron más las biografías de Virgilio y más las traducciones españolas de sus obras que las incluyeron, al margen de la *Eneida*. Si nos detenemos en las *Bucólicas*, fue a Juan del Encina a quien le cupo el mérito de haber sido el primero en traducirlas al romance. Su *Traslación*, publicada en el *Cancionero* de sus obras juveniles de 1496, vertía las églogas en versos cancioneriles, como los octosílabos, el pie quebrado y el arte mayor, mientras aplicaba la obra, dedicada a los Reyes Católicos, al contexto presente, por lo que se perdía en ella la fidelidad al original en favor de la lectura política.¹¹⁶ A Juan del Encina siguieron otros como Ramírez Pagán, el propio Hernández de Velasco, quien incluyó la traducción de algunas bucólicas en su edición de la *Eneida* a partir de la impresión de 1574, como sabemos, y otros como Sánchez de la Brozas o fray Luis de León, cuyas versiones mostraban ya una clara evolución respecto de la antigua traducción de Encina.¹¹⁷ Luego vinieron muchos más.

Pero la primera traducción íntegra de las *Bucólicas* que incluyó una biografía de Virgilio fue la que compuso en endecasílabos libres Juan Fernández de Idiáquez, publicada en Barcelona en 1574. Se trataba, en realidad, de una traducción-comentario, cuyas piezas paratextuales, entre las que se encuentra la vida de Virgilio titulada «Exposición

¹¹⁵ «P. Virgilii Maronis Mantuani poetae vita ex commentariis Petri Criniti», *Libri de poetis latinis*, liber tertius, 1505, f. c4v.

¹¹⁶ Lawrence (1999).

¹¹⁷ Cristóbal (2009b: 1157); Escobar (2002: 267).

del ánimo de Virgilio y la causa que le movió a escribir estas églogas», seguían además muy de cerca el esquema del *accessus ad auctorem* medieval. Tampoco en esta ocasión, como en las anteriores, la vida del poeta latino resulta original, sino que, muy al contrario, sigue de cerca los modelos biográficos antiguos de Probo y Servio.

Por ejemplo, cuando se afirma que Virgilio había imitado a Teócrito en su obra, «en estas églogas imitó Virgilio a Teócrito, poeta griego natural de Zaragoza de Sicilia...», podría estar siguiendo a Servio: «*intentio poetae haec est, ut imitetur Theocritum Syracusanum...*», aunque no se trata ni mucho menos del único autor que había mencionado aquel modelo, mientras que cuando trata sobre el orden de publicación y escritura de las églogas, parece tener como modelo a Probo:

... No las publicó por el orden que las compuso. Porque, como por ellas mismas parece, la égloga nona es donde se queja del haber perdido sus heredades y la primera es donde da las gracias de haberlas cobrado... La razón que a esto le movió, según algunos, es que como este libro se había de leer en tiempo de Augusto, imaginó que le ofendería [s]i luego al principio salía con quejas, y así quiso entrar con las gracias. Tampoco puso las quejas en la última égloga porque, ordinariamente en la composición de cualquier obra, se lee con más atención el principio y el fin, donde se presume que el autor pone más estudio y diligencia...

*Gratias ergo agens Augusto quod recepisset agros, Bucolica scripsit, sed non eodem ordine edidit quo scripsit... Sed Virgilii consilium hoc fuit ne offenderet Imperatorem, cuius seculo librum legendum praebebat, maluit instare testimonio, Nam ipsa Egloga est, quae de damno refert, nec in ultimo posita est, ne vel insigniter legeretur. Plerumque enim quae in medio ponuntur inter prima delitescunt...*¹¹⁸

Las biografías españolas de Virgilio daban, por tanto, para todos los gustos, pues lo mismo seguían Vidas renacentistas, como la que compuso Pietro Crinito, que vidas antiguas, como las atribuidas a Probo y Servio o la que había elaborado Elio Donato. Los poetas áureos ofrecían con ello a sus lectores la vida de un poeta entronizado en el parnaso literario y auténtico modelo de la épica culta que ellos mismos practicaban. Claro que Virgilio no fue el único paradigma de la epopeya hispánica. Y es que la práctica del género se caracterizó también y muy particularmente por un predominio de poemas que abordaron la narración de la historia contemporánea, puesto que el propio presente imperial de la nación y el enorme peso que ejercía en la política europea así lo demandaban.

De este modo, junto a Virgilio, quien había optado en su *Eneida* por introducir referencias al presente por medio de profecías desde una narración mítica enclavada en el pasado, hubo otros que ofrecieron la posibilidad de poetizar de manera directa la historia reciente. Y es ahí donde sobresalió uno de sus más tempranos imitadores, el poeta cordobés Lucano, cuya *Farsalia* no tardó en convertirse por ese mismo motivo en nuevo modelo para la poesía épica de nuestro Siglo de Oro.

¹¹⁸ Tomo el texto de esta biografía y sus fuentes latinas de la edición de Escobar (2002: 288-289).

Está claro en este sentido que las traducciones de las grandes obras de poetas clásicos como Ovidio, Homero, Virgilio y Lucano contribuyeron de manera determinante a la consolidación y al afianzamiento de la épica culta en España. Las continuas reediciones de la *Ulyxea* homérica de Gonzalo Pérez, traducida «de griego en romance castellano» (la primera parte en Salamanca y Amberes, 1550, o Venecia, 1553, y la traducción íntegra en Amberes, 1556, y Venecia, 1562, por ejemplo), demuestran su aceptación y éxito.¹¹⁹ De una acogida similar llegó a gozar, como se ha comentado ya, la traducción completa de la *Eneida* de Gregorio Hernández de Velasco, reimpressa del mismo modo en varias ocasiones entre 1555 y 1614. Y lo mismo puede decirse, en fin, de la traducción en prosa de *La Farsalia* de Lucano, debida a la mano de Martín Lasso de Oropesa, que también vio la luz varias veces entre 1541 y 1578.¹²⁰

La obra del escritor cordobés se había traducido en todo caso mucho antes. Durante los años 70 del siglo XIII, los romanceros y compiladores alfonsíes, quienes se encontraban preparando una de las obras cumbre de las letras medievales castellanas, la *General Estoria*, la habían incluido ya en su Quinta Parte. Se trataba, como no podía ser de otro modo dada su prematura fecha, de la primera traducción al castellano de la *Farsalia*. Claro que, como afirma Belén Almeida, la existencia de aquella temprana fecha de traducción no resultaba nada extraña, si se atiende a la enorme popularidad que aquel poema épico había alcanzado durante la Edad Media, como muestran los numerosos pasajes en los que Lucano aparecía como uno de los dos o tres poetas latinos fundamentales, la cantidad de manuscritos que conservaban su obra y la influencia que ejerció desde aquel entonces.¹²¹

Pero la primera traducción «propriadamente dicha», en palabras de José Ignacio García, muestra inestimable del mejor humanismo español fue, pese a sus imperfecciones, la de Lasso de Oropesa, compuesta alrededor de 1535 en un lenguaje elegante y alejado del excesivo lucimiento que muestra la traducción en octavas de Juan de Jáuregui, publicada póstumamente en 1648.¹²² Su dedicatoria a Pedro de Guevara, donde evidencia su preocupación por el sistema de traducción («de lo que tuve algún cuidado fue sacar verdaderamente la sentencia y no levantar a Lucano lo que no escribí»), por el lenguaje y estilo («las maneras de decir puse las más llanas que se me ofrecieron») o por la utilización de ciertos términos latinos que perduran en la lengua española («de las que en nuestro tiempo se usan»)¹²³, entre otras cuestiones, descubre su gran respeto por la labor que se había encomendado y sus escrúpulos ante su posible distorsión del texto original.

En cuanto a su vida de Lucano, que Oropesa afirma «sacada en suma de los más auténticos autores», parece seguir de cerca una vida latina atribuida a Vacca y editada

¹¹⁹ Baldissera (2015).

¹²⁰ Cebrián (1989).

¹²¹ Almeida (2012).

¹²² García Armendáriz (2009: 723).

¹²³ «Al muy magnífico señor don Pedro de Guevara», *La historia que escribió en latín el poeta Lucano, trasladada en castellano por Martín Lasso de Oropesa*, 1540, f. a2v.

luego en un sinfín de ediciones como «*vita ex commentario antiquissimo*». Con todo, es posible que el humanista toledano, pariente del arzobispo Francisco Hurtado de Mendoza, no mintiese del todo, pues a algunos comentarios de su propia cosecha parece añadir también ciertos datos que se presentaban de modo muy similar en otras vidas antiguas y, sobre todo, renacentistas, como en las que compusieron Pomponio Infortunati o Pietro Crinito. Así, si el primero alude a la marcha del padre de Lucano a Roma, para estar junto a sus hermanos, cansado ya de la administración de su hacienda, o a su cruenta muerte, recogida en cualquier caso por todos los biógrafos, o a la ayuda que le prestó su mujer en la corrección de sus obras, el segundo alude, por citar un ejemplo, a las virtudes de su esposa de un modo similar a como haría luego Lasso de Oropesa en su biografía:

Fastiditus inde familiari cura octimestri infante Romam venit quietiori vitae apud fratres vacaturus... acceptoque mortis arbitrio venas solvit. Cum frigescere pedes, manusque et spiritum cederé intellexit, pronunciauit verss, quos per huiusmodi inaginem de milite fecerat: sanguis erant lachrymae... Decessit pridie Cal. Maii..., anno nondum septimo et vigésimo finito... Pharsaliam non finioit, cuius primos tris libros cum uxore correxit...¹²⁴ Uxorem habuit nomine Pollam Argentarim, de cuius ingenio, atque doctrina multa referuntur a Sidonio Apollinare, qui maxima quadam reverentia..., cuius eruditio atque nobilitas summa fuit.¹²⁵

Luego se fue el padre a Roma por vivir entre sus hermanos y cansado ya de administrar la hacienda. Y llevó consigo a Lucano, de ocho meses... Nerón dejó a la elección de Lucano escogiese la muerte que quería morir. Y él, haciéndose abrir las venas por muchas partes, dicen que, mirando los hilos de la sangre, cantaba unos versos que él mismo había compuesto, dichos de un caballero que, en aquella batalla por mar de Marsella, murió salida así la sangre por todas sus venas rotas..., antes que cumpliese veintiocho años... Fue Lucano casado con Polla Argentaria, muy docta y muy buena, y en quien colocó Estacio toda virtud que a mujer se puede atribuir..., ella le ayudó –según cuentan– a corregir los tres libros primeros de esta obra [Farsalia].¹²⁶

La traducción de la *Farsalia* por Martín Lasso de Oropesa y la inclusión de la vida del poeta cordobés al inicio de ella dieron el espaldarazo definitivo y terminaron de convertir a Lucano en un auténtico modelo para los escritores épicos de la segunda mitad del siglo XVI en España. Es cierto que Lucano ya formaba parte del canon de poetas clásicos desde la Edad Media. Al fin y al cabo, el éxito de su obra por entonces había sido abrumador. El hecho de que tratara de una guerra, asunto de enorme

¹²⁴ «*Pomponii Infortunati M. Annaei Lucani vita*», *M. Annaei Lucani cordubensis Pharsalia sive Belli vicilis libri decem*, 1728, f. e1r.

¹²⁵ «*Vita eadem ex Petri Crinito*», *M. Annaei Lucani cordubensis Pharsalia sive Belli vicilis libri decem*, 1728, f. e2v.

¹²⁶ «La vida de Marco Anneo Lucano», *La historia que escribió en latín el poeta Lucano*, 1540, f. a4r.

atracción para el gran público medieval, y que esta se centrara además, como advierte Almeida, en el paso de la República al Imperio, hacía que la Farsalia revistiese una relevancia extraordinaria.¹²⁷ Pero fueron seguramente las numerosas reimpresiones de la traducción de Oropesa las que devolvieron de nuevo a Lucano a la órbita del canon clásico durante el Renacimiento y las que lo convirtieron en paradigma indiscutible de la epopeya hispánica.

De las traducciones de otros poetas clásicos, pocas como las de Ovidio contribuyeron a la consolidación de esa misma épica culta en la península ibérica. No en vano, Ovidio fue seguramente el poeta que más se tradujo a la lengua española.¹²⁸ La difusión y fama de sus *Metamorphosis*, auténtico libro de cabecera de los cultivadores de la temática mitológica, ya fuesen épicos o no, está atestiguada por las numerosas versiones que aparecieron durante el Siglo de Oro: desde la primitiva traducción en prosa de Jorge de Bustamante (1542?),¹²⁹ hasta otras bastante más divulgadas, como la vertida en verso suelto y octava rima por Antonio Pérez Sigler (1580), o la traducida de manera parafrástica en tercetos y octavas reales por Pedro Sánchez de Viana (1589), y otras menos conocidas como la incompleta de Felipe Mey (1586).¹³⁰

De todas ellas, reimprimadas en diversas ocasiones, solo la de Sánchez de Viana incluye la biografía de Ovidio al final de su amplio «prólogo del autor a los lectores». Su defensa de la dignidad de la poesía resulta loable, pues, junto a ciertos párrafos dedicados, como en todo prefacio, a disculpar su traducción, a respaldar su interés por una obra de entretenimiento o a defender el uso de los versos utilizados, tercetos y octavas, destina diversas páginas a defender la labor de los poetas, que iguala a los mismos teólogos, haciendo un erudito recorrido en el que trae a colación desde Aristóteles a Piccolomini, desde Píndaro a Ficino o desde Moisés a Orígenes, pasando por Homero, Demócrito, Heráclito, Platón, Dionisio Areopagita y Hermes Trismegisto, entre otros, alabando por demás la variedad y riqueza poética de líricos, elegíacos o heroicos.

En cuanto a la vida de Ovidio que incluye luego, Sánchez de Viana afirma haberla extraído «de sus mismos libros». Sin embargo, su cotejo con las biografías ovidianas más difundidas demuestran que nuestro traductor mentía con descaro. La única obra que leyó el humanista vallisoletano para componerla fue quizás la biografía del poeta latino escrita por Rafael Regium y, con toda seguridad, la que redactó más tarde Aldo Manutio, que ampliaba la anterior y en la que, en efecto, se aducían fragmentos de los libros de Ovidio para apoyar sus afirmaciones. Un ejemplo bastará para demostrarlo:

Cum autem Romae una cum fratre sub clarissimus et Grammaticus et Rhetoribus plurimum profecisset, legibus, cogente patre, qui humanitatis studia inutilia

¹²⁷ Almeida (2012: 8).

¹²⁸ Cebrián (1989: 173).

¹²⁹ En la península, no obstante, hubo traducciones anteriores, como la vertida al catalán por Francesc Alegre en 1494.

¹³⁰ Cebrián (1989: 173); Highet (2018).

*ese contendeat, coepit incumbere et profecit legibus et horribus functus est. Sed cum fórum discliperet, quod esset maius onus eius viribus, relicta curia et lati clavi servitute, ad mansuetiores musas rediit; poetasque omnes illius temporibus natu maiores assidue coluit, atque a minoribus aequae cultus ipse est, quae omnia in IV De Trist., eleg. IX, elegantissime sic scribit.*¹³¹

Como estudiase juntamente con su hermano en Roma gramática y retórica de preceptores clarísimos, fue constrañido de su padre a estudiar leyes, diciéndole que las letras de humanidad eran inútiles. Y aprovechó en ellas mucho y gozó de oficios y cargos honrosos. Pero como el seguir la audiencia fuese carga más pesada que sus fuerzas suficientes para llevarla, dejada aquella manera de vida, se dio a seguir las dulces musas. Fue grande amigo de los poetas de su tiempo, estimándolos en mucho, y fue de ellos pagado en la misma moneda, lo cual todo escribe elegantísimamente en el mismo 4 *De Tristibus*.¹³²

La vida de Ovidio compuesta por Pedro Sánchez de Viana copiaba hasta en los detalles más nimios la biografía que había editado en 1502 Aldo Manucio en la ciudad de Venecia. Otras muchas obras posteriores fueron incluyendo luego biografías del poeta latino, especialmente las de temática amorosa. Del siglo XVI se conservan numerosas traducciones sueltas de sus *Heroidas*, particularmente en tercetos, que era la forma que más se asemejaba quizás al dístico elegíaco y que terminó convirtiéndose en el modo aceptado de traducirlos en las artes poéticas de la época. Desde Hurtado de Mendoza a Gutierre de Cetina no faltaron poetas que dedicaran sus esfuerzos a la traducción de aquellas cartas amorosas de diversas heroínas mitológicas. Hubo que esperar, sin embargo, hasta la tardía fecha de 1608, como sabemos, para verlas traducidas de modo íntegro.

La versión se debía a Diego Mexía de Fernangil, quien la publicó en Sevilla, pese a que su autor se encontraba desde hacía tiempo en Perú, como indica en la dedicatoria a Juan de Villena¹³³. El prólogo «a sus amigos» que añade luego resulta muy curioso, pues en él narra de modo autobiográfico todas las vicisitudes de su periplo por tierras americanas desde que se salvara milagrosamente del naufragio de su barco. Fueron precisamente las enormes distancias del territorio y la lentitud de los pequeños navíos en que viajaba la que le proporcionó, antes de llegar a su destino último, tiempo suficiente para traducir en su singladura casi todas las cartas que conforman las *Heroidas* de un libro que había comprado en la localidad de Sonsonate (El Salvador) a un estudiante. Las vertió en tercetos, pues, según afirmó el propio traductor, le parecía «que correspondían estas rimas con el verso elegíaco», imitando en ocasiones a

¹³¹ «P. Ovidii vita, ab Aldo Pio Manutio, ex eius ipsius operibus collecta», *Publii Ovidii Nasonis opera omnia IV voluminibus comprehensa*, 1727, vol. 4, p. 10.

¹³² «La vida de P. Ovidio Nason», *Las transformaciones de Ovidio*, 1586, f. 7r.

¹³³ Sobre el autor y la obra, véase Gil Fernández (2008) y la introducción que acompaña la edición facsímil de Barrera López (1990).

«Remigio Florentino, que en verso suelto las tradujo en su lengua toscana» y añadiendo la explicación de algunos lugares dificultosos, al estilo «de Hubertino, Ascensio y Juan Baptista Egnacio Veneciano».

El prólogo de Diego Mexía ofrecía otras cuestiones de no poco interés, como las dificultades para el estudio en aquellas lejanas Indias, frente «a los que gozan de la quietud de España, pues con tanta facilidad y con tantas ayudas de costa pueden ocuparse en oficios virtuosos», o el poco interés que tenían por asuntos de este tenor los sabios que allí pudo encontrar, preocupados únicamente en el beneficio y «la ganancia, que es lo que acá los trajo». ¹³⁴ Por lo que respecta a la vida de Ovidio que sigue luego, Mexía reproduce sin duda la citada biografía del poeta latino, editada por Aldo Manucio, a la que añade algunos pequeños comentarios con el único fin de presentarla como propia:

Fue de virtuosas costumbres; bebía poco vino y muy aguado, y con sumo estudio y pureza de ánimo huyó el pecado abominable, *por cuya razón leo sus obras con aficionados ojos, pues no entiendo que otro poeta en aquellos tiempos se puede alabar de esta excelente virtud.* Tres veces fue casado. Repudió las dos mujeres, y con la tercia vivió amantísimamente, por las virtudes que él canta de ella en los libros de su destierro. De más de algunos hijos, tuvo dos hijas, y según algunos autores, una sola, de la cual fue hecho abuelo. ¹³⁵

Fuit et moribus ornatissimus, nam et vinum multa dilutum bibebat, et a detestando puerorum concubitu abhorrebat, eratque purus omnis sceleris. Sic enim ipse 1 De Ponto... In secundo autem De Ponto... Habuit uxores tres, quarum duas repudiavit; cum terti vero coniunctissime et amantissime vixit, item filiam et alios liberos, sed ex filia et avus factus est, quare in quarto de Tristibus ait. ¹³⁶

En la biografía de Diego Mexía de Fernangil, pues, se suprimían los versos con los que Aldo Manutio había ejemplificado la vida de Ovidio, mientras se añadían algunos comentarios, como los señalados arriba, «por cuya razón leo sus obras con aficionados ojos...», con los que el autor intentaba dar apariencia de autoría propia a su biografía. La comparación de ambas vidas, sin embargo, desmentía la pretensión del traductor, al margen de que para algún dato recurriese también a las biografías latinas de Pietro Crinito o Hércules Ciofano.

Por supuesto, no se trató de un procedimiento nada inusual. Antes bien, casi todos los traductores se apropiaron de anteriores biografías latinas o italianas, que plagiaron y copiaron sin la menor preocupación, aunque publicaron como surgidas de sus propios ingenios. Fue el caso de la breve vida de Ovidio que Juan de Gaitán puso al frente de su traducción del poeta latino, que acompañó de la versión de otros autores como Horacio y san Jerónimo. Aquella resume la biografía de antiguos escritores. Las coinci-

¹³⁴ «El autor a sus amigos», *Primera parte del Parnaso Antártico de obras amatorias*, 1608, f. a2r-a4r.

¹³⁵ «Vida de Ovidio», *Primera parte del Parnaso*, f. a7r.

¹³⁶ «P. Ovidii vita, ab Aldo Pio Manutio, ex eius ipsius operibus clecta», *Publii Ovidii Nasonis opera omnia IV voluminibus comprehensa*, 1727, vol. 4, pp. 11-12.

dencias con la biografía latina de Aldo Manucio son significativas, si bien Gaitán tenía a su alcance por entonces no pocos ejemplos redactados ya en su propia lengua, a los que también pudo seguir sin duda. La confrontamos aquí, no obstante, con la vida elaborada por el humanista italiano, con la que coincide por completo en su mayor parte:

Tuvo rico patrimonio; estuvo su casa junto al Capitolio, que es como agora Audiencia o Consistorio. Tuvo un hermano mayor que él 12 meses, y lo que es de maravillar, que nació en el propio día que su hermano, en las quincuagintas de Minerva, que era una fiesta a primeros de marzo, cuando eran cónsules Hircio y Pansa, los cuales murieron en la ciudad de Mantina, en la guerra de Antonio.¹³⁷

*Patrimonium satis amplium habuisse consta, quod ab eodem in Ponto sic... Item domum non longe Capitolio: ait enim 1 De Tristibus... Fratrem prateram habuit natum maiorem duodecim mensibus et quod mirum est, eodem quo ipse, natum die, uterque enim quatordecimo Kaled. Aprilis Minervae quinquatriis natus est, quod ipse in quarto de Tristibus... Natus est autem Hircio et Pansa consulis qui bello Antoniano apud Mutinam perempti sunt...*¹³⁸

El cotejo demuestra que Gaitán omitió todos aquellos versos y ejemplos aducidos por Aldo Manucio en su biografía de Ovidio, mientras añadía alguna que otra explicación para acercar el texto a los lectores de su tiempo, como ocurre cuando alude al Capitolio, junto al que vivía el poeta latino, que describe, actualizándolo, como Audiencia o Consistorio. En todo lo demás, en cambio, la apropiación de la biografía de Manucio resulta evidente.

7. LA COMEDIA

Junto a Plauto, el comediógrafo clásico más difundido en España desde el siglo xv fue seguramente el cartaginés Terencio. Sus obras se difundieron en las escuelas y universidades, sobre todo porque se tenía la convicción de que mostraban el auténtico lenguaje de los romanos de su época, aunque tanto el alcance de su difusión como la misma veracidad de estas afirmaciones se han intentado matizar en estudios recientes.¹³⁹ Nadie puede negar, no obstante, que en el siglo xvi se publicaron cuando menos diez ediciones de sus comedias, siendo la más famosa la bilingüe latino-española de Pedro Simón Abril, impresa en el año 1577 y reimpressa luego hasta la saciedad. Aún a finales del siglo xix, sin que hubiese aparecido para la fecha otra traducción completa de las comedias de Terencio, Víctor Fernández Llera seguía refundiendo la antigua

¹³⁷ «La vida del poeta Ovidio Nasón», *Versiones de obras de Ovidio, Horacio y san Jerónimo*, BNE, ms. 7892, f. 1r.

¹³⁸ «P. Ovidii vita, ab Aldo Pio Manutio, ex eius ipsius operibus collecta», *Publii Ovidii Nasonis opera omnia IV voluminibus comprehensa*, 1727, vol. 4, p. 10.

¹³⁹ Paolini (2017).

edición de Simón Abril. Su éxito, por otra parte, podría explicar quizás la ausencia de otras traducciones durante siglos.

A todas estas ediciones antecedió un raro incunable impreso por Juan Rosembach en Barcelona en el año 1498. En cuanto a las traducciones de Terencio, la primera conocida se debió, según Webber, a Bernardino, racionero de Salamanca, quien compuso una versión en 1574 que quedó manuscrita.¹⁴⁰ A ella siguió la citada versión bilingüe del humanista Pedro Simón Abril, impresa en Zaragoza en 1577 y reeditada más tarde en lugares como Alcalá en 1583 o Barcelona en 1599.

En el prólogo a la primera edición, el humanista alcaraceño trata de los tres géneros que, en su opinión, puede encontrarse el lector a lo largo de su vida: la filosofía, la historia y la comedia o fábula. La primera enseña al hombre las buenas costumbres. Sin embargo, al tratarse de doctrina general, «no hace tanto fruto a solas como si se pusiese en acto práctico». Y es precisamente para ello para lo que sirven la historia y la comedia, pues «la una con ejemplos verdaderos y la otra con fingidos muestran por la experiencia el daño de los vicios y provecho de las virtudes»¹⁴¹. A la primera, por otro lado, dedicó su propio ingenio, traduciendo los libros de la *República* de Aristóteles. De la historia y hechos ilustres, afirma luego, hay abundantes muestras en España. Faltaba tan solo, por tanto, buenos ejemplos de comedia, pues las que de ordinario se representaban en su época tenían más «por fin hacer reír al auditorio que hacedlo discreto y virtuoso, como procuraron sobre todo de hacer Menandro en griego y en latín Terencio». De ahí que su traducción buscara en primer lugar el provecho y servicio a su patria.¹⁴²

Pero su verdadera intención se centraba de manera particular en perfeccionar la enseñanza del latín, pues con la traducción española de las comedias, que confrontaba en su edición a la versión original, «haría que los padres en el enseñar a sus hijos el latín ahorrasen mucho tiempo y gastos», a la vez que, afirmaba, «honraba también a mi lengua natural» porque también las otras naciones «podrán aprender nuestra lengua por el parangón de la latina».¹⁴³ La defensa de las lenguas vulgares fue un movimiento común al humanismo europeo. Todos se esforzaron por entonces por traducir a sus lenguas desde la gramática griega o latina a los mismos textos bíblicos, pasando por supuesto por los grandes autores clásicos, presentados, como en este caso, en ediciones bilingües.

Pedro Simón actuó de este modo convencido de que prestaba con ello un gran servicio a su país y a su lengua materna. Claro que, como maestro que era, también quiso consagrar su empeño a diseñar un método que «garantizase el aprendizaje del buen latín», una lengua que, en su opinión, «muy pocas personas eran capaces de hablar

¹⁴⁰ Webber (1957: 32).

¹⁴¹ «Prólogo del intérprete al lector», *Las seis comedias de Terencio escritas en latín y traducidas en vulgar castellano por Pedro Simón Abril*, 1577, f. 7r.

¹⁴² *Ibid.*, f. 7v.

¹⁴³ *Ibid.*, f. 7v-8r.

y escribir con propiedad», planteando un sistema alternativo de enseñanza «avalado por la autoridad de los clásicos y adaptado a las últimas tendencias de la pedagogía europea». ¹⁴⁴ Terencio y sus comedias despertaron de este modo un gran interés en el Renacimiento y, gracias a esfuerzos como el de Simón Abril, su presencia fue cada vez mayor en los programas de escuelas y universidades, hasta que cayó en desgracia, víctima de la censura moral eclesiástica, sobre todo en los centros regidos por jesuitas. ¹⁴⁵

Hay que agradecer, pues, que la versión de Simón Abril, que no se guardó nada, se difundiese sin censura ni expurgo, pues, aunque es cierto que las comedias de Terencio no llegaron a incluirse, que sepamos, en los Índices de libros prohibidos, no se libraron «de los ataques de los más conservadores, que veían con desagrado cómo se descuidaba la lectura de los Padres de la Iglesia en beneficio de las comedias de Terencio, escenario de alcahuetes, prostitutas y otros personajes poco edificantes». ¹⁴⁶ No hay que olvidar a este respecto que en 1553 san Ignacio ya había pedido que se suprimiera «en los colegios de la Compañía la lectura de Vives, Erasmo y Terencio». ¹⁴⁷

Por lo demás, el afán pedagógico y el esfuerzo traductor del humanista alcaraceño por ofrecer la mejor versión española se muestran también en la segunda edición de las comedias, donde incluyó un nuevo prólogo dirigido «al pio y benigno lector de esta segunda edición» para explicar que cuando «se divulgó el Terencio traducido en Zaragoza el año de 1577, no había aún tenido noticia del ejemplar de Gabriel Faerno, varón muy docto, que se imprimió en Florencia el año de mil quinientos setenta y cinco», por lo que su traducción no había podido resultar tan buena como la actual, al carecer por entonces del mejor texto base. Pero, sobre todo, porque, siguiendo una antiquísima disputa entre traductores, ahora «verá el estilo de la lengua castellana no tan arrimado al de la latina como en la primera y hecha la traducción más a la sentencia que a la letra». ¹⁴⁸

Por lo que respecta, en fin, a la biografía de Terencio, lo más curioso es que se suprime en su segunda edición, tanto en la impresa en Alcalá en 1583, como en la que se estampa en Barcelona algunos años más tarde, sin que conozcamos con exactitud los motivos de tal omisión. Así pues, únicamente la primera edición de Zaragoza, publicada en 1577,

¹⁴⁴ Román (2012: 1).

¹⁴⁵ Terencio encabezó llamativamente las prohibiciones de la Compañía, como puede verse, por ejemplo, en el caso del Colegio de Bilbao. En 1566, Diego de Ledesma, siendo rector del Colegio Romano, calificaba en su *Ordo et Ratio studiorum septem clasium* que, como poetas indecentes, «Terencio, Juvenal, Catullo o Tibulo..., no deben ser autorizados ni a los alumnos ni a los maestros». Unos autores que, en consideración del padre Mariana, mientras estuvo colaborando en la confección del Índice de Gaspar de Quiroga, calificó como «no honestos..., sin los cuales tenemos experiencia se pueden reprehender y aprender con perfección la lengua latina». De ahí que Terencio apareciera en un número llamativo de inventarios jesuíticos de libros reprobados, como ocurrió en el Colegio de Murcia con su edición de las *Comedias* de 1599. Véase a este respecto, García Gómez (2010: 248-250).

¹⁴⁶ Román (2012: 3).

¹⁴⁷ Gil Fernández (2006: 447).

¹⁴⁸ «Al pio y benigno lector de esta segunda edición de Terencio traducido en castellano», *Las seis comedias de Terencio conforme a la edición de Faerno...*, 1599, f. 2r.

presenta la vida del famoso comediógrafo, que Simón Abril traduce directamente, declarándolo además, de la que había elaborado el comentarista posiblemente más conocido de Terencio y uno de los gramáticos más influyentes de su tiempo, Elio Donato:

El *Eunuco* fue dos veces representado y mereció mayor premio que otra ninguna comedia de ningún otro poeta, que fueron doscientas coronas. Y por esto ponen en el título la suma. Y aún el principio de los *Adelfos* Varrón lo prefiere al principio de Menandro. Por muy cierto se tiene que Terencio en el hacer de sus comedias se valió del ayuda de Lelio y Escipión, con quien él tenía mucha familiaridad, la cual fama él la acrecentó, porque nunca él de esto se defiende sino ligeramente, como en el prólogo de los *Adelfos*.¹⁴⁹

*Eunuchus quidem bis acta est, meruitque pretium quantum nulla alia cuiusquam comoedia, videlicet octo millia nummum. Propterea summa quoque titulo adscribitur principium Varro etiam praefert principio Menandri. Non obscura fama est adiutum Terentium in scriptis a Lelio et Scipione, quibuscum familiariter vixit. Eandem ipse auxit, nunquam enim nisi leviter se tutari conatur, ut in prologo Adelporum.*¹⁵⁰

Nuestro humanista es fiel en todo momento a la biografía de Donato, si bien no traduce de forma literal, sino, como había explicado en muchos escritos, atendiendo sobre todo al significado y acercando siempre las expresiones latinas al vocabulario y comprensión del receptor. Por eso prefería traducir «*non obscura fama est*» como «por muy cierto se tiene» y adaptar los «*octo millia nummum*» a una cuantía que sus lectores pudiesen entender, «doscientas coronas». La labor de Pedro Simón en la difusión de la vida y obra de Terencio, en fin, no tiene apenas parangón entre los escritores españoles de su tiempo ni aun posteriores, pues estos leyeron sin duda al comediógrafo gracias a su traducción durante muchos años.

8. LA FILOSOFÍA ESTOICA

Las circunstancias políticas y sociales de la España de Felipe II habían cambiado de modo considerable si las comparamos con las que se vivieron bajo el reinado de su padre, Carlos V. La nueva situación influyó indudablemente en los centros de cultura y en los ambientes artísticos y literarios. Los humanistas cristianos, que habían visto florecer las lenguas semíticas en el Estudio salmantino o en la Universidad de Alcalá, veían ahora con qué facilidad se los podía acusar de hebraizantes por el simple hecho de dominarlas. El nuevo rigor de la censura, que venía acompañada por la aparición de

¹⁴⁹ «La vida de Terencio escrita por Elio Donato», *Las seis comedias de Terencio escritas en latín y traducidas en vulgar castellano por Pedro Simón Abril*, 1577, f. a3r-v.

¹⁵⁰ «Terentii vita ex Aelio Donato», *Las seis comedias de Terencio escritas en latín y traducidas en vulgar castellano por Pedro Simón Abril*, 1577, f. a3r-v.

los índices de libros prohibidos, o la amenaza constante de la Inquisición, provocaron que muchos fueran cambiando el optimismo heredado del esplendor renacentista por la cautela de los nuevos tiempos.

Es posible que «autores que quizás en otro momento no hubieran dudado en emplear en sus escritos un tono más abierto y polémico se vieran obligados a disimular sus ideas bajo el manto de un lenguaje forzosamente elíptico».¹⁵¹ Como fuese, la imposición de la Contrarreforma frenó los deseos renovadores de muchos humanistas y parecía lógico que, en general, «la esperanza y la confianza en el futuro no tuvieran más remedio que dejar paso al desencanto y la incertidumbre».¹⁵² No es de extrañar, por tanto, que en esos momentos se recurriese para afrontar la nueva situación a dos corrientes de pensamiento recurrentes en épocas de crisis: el epicureísmo y, sobre todo, el estoicismo. Al fin y al cabo, la filosofía estoica «contenía una ética a propósito para dominar los golpes más duros de la vida, y que además tenía la ventaja de ser capaz de dar un fundamento a todos los cristianos».¹⁵³

De ahí que no fuese extraño tampoco que entre la segunda mitad del siglo XVI y las primeras décadas del siglo XVII un número considerable de escritores, entre los que sobresalió el humanista flamenco Justo Lipsio con su obra *De constantia*, entre otras, dedicasen sus esfuerzos a recuperar y difundir la antigua corriente estoica en una nueva forma compatible con el cristianismo, tomando como modelo de partida para ello la obra del filósofo Séneca. Ni que muchos más se enfrentasen por aquellas fechas a la traducción de los tratados clásicos de los estoicos más afamados de la Antigüedad, entre los que sobresalían Séneca y Epicteto, dando lugar unos y otros al movimiento luego conocido como neoestoicismo, que tanto influyó en escritores contemporáneos y posteriores como el mismo Francisco de Quevedo.

Por estos motivos se han incluido bajo el rótulo de «La filosofía estoica» y se han explicado atendiendo a la corriente neoestoica de la época las traducciones de quienes consideramos los maestros en aquella conducta moral, como lo fueron Séneca y Epicteto, así como de otros autores clásicos que, si bien no fueron propiamente estoicos, coquetearon con aquel pensamiento en muchos de sus escritos. Es el caso de Horacio, comprendido también en este apartado y cuyas obras traslucen en no pocos casos un estoicismo que tanto habría de influir en conocidos poemas de fray Luis de León, o del historiador Tácito, quien, aunque tampoco se lo recuerde como un estoico puro, no puede negarse que sus historias solían teñirse a menudo de un componente filosófico de tendencias estoicas.

Por encima de todos ellos destacó en este sentido el filósofo Séneca. Claro que el pensador cordobés no tuvo que esperar a finales del siglo XVI para que sus obras se difundieran en España. Las bibliotecas medievales de reyes y nobles demuestran que

¹⁵¹ Domínguez Manzano (2011: 105).

¹⁵² Domínguez Manzano (2011: 106).

¹⁵³ Blüher (1983: 391).

la recepción de sus tratados fue considerable y que las traducciones al romance de sus obras ocupó un destacado lugar desde el siglo xv e incluso antes. Es cierto que el dominio del latín que poseían los aristócratas cercanos a la corte de Juan II o el de los escritores del círculo del marqués de Santillana, como el que tuvo su propio sobrino y poeta Fernán Pérez de Guzmán, debió de ser bastante rudimentario. Pero esto no impidió que, conscientes de su incapacidad para llevarlas a cabo ellos mismos, les encargasen las traducciones de las obras de Séneca a otros con un conocimiento mayor de la lengua latina. En esta labor destacaron algunos como Pedro Díaz de Toledo y, de manera particular, Alonso de Cartagena.

Las versiones de las obras originales de Séneca de este último, únicas hechas directamente sobre el latín en el siglo xv, debieron de gozar de una enorme aceptación en su tiempo, si tenemos en cuenta la gran cantidad de manuscritos que conservan sus traducciones en la actualidad. Algunas de ellas, como las publicadas más tarde con el título de *Los cinco libros de Séneca* (Sevilla, 1491), llegaron a imprimirse hasta en varias ocasiones a lo largo del siglo xvi. Un caso similar fue el de las *Epístolas de Séneca* que había encargado traducir Pérez de Guzmán, difundidas de manera manuscrita en el siglo xv e impresas de nuevo durante el xvi en lugares como Zaragoza (1496), Toledo (1502), Alcalá (1529), Amberes (1551) o Medina del Campo (1559), si bien estas se vertieron, como se indica en el proemio, «de lengua toscana en lengua castellana».¹⁵⁴

Así las cosas, en los catálogos de bibliotecas regias del siglo xvi, como en el de la reina Isabel de 1503 o en el inventario de donación de libros de Felipe II al Escorial de 1576, ya era posible encontrar una cantidad considerable de entradas con traducciones de Séneca, ya fuesen impresas e incunables, ya manuscritas. No hay que olvidar que la vuelta al clasicismo de la época se llevó a cabo en gran parte «en forma de una apropiación de la herencia considerada *española*», por lo que se entiende que Séneca entrara «en escena como un *español* clásico cuyas obras había que revitalizar por todos los medios».¹⁵⁵ Su presencia en los catálogos de las bibliotecas de Castilla y, sobre todo, de la zona catalano-aragonesa, donde las traducciones se dieron por cierto algunas décadas antes que en los círculos literarios castellanos, así lo demuestran.¹⁵⁶

Con todo, en el siglo xvi parece que no llegaron a imprimirse apenas nuevas versiones, sino tan solo reediciones de aquellas antiguas traducciones medievales. En el siglo xvii, en cambio, al arrimo, en mi opinión, del renovado interés por las tendencias estoicas, el panorama literario se llenó una vez más de flamantes traducciones de Séneca, con aportaciones en ese sentido de Gaspar Ruiz Montiano, Alonso de Revenga, Luis Carrillo de Sotomayor y, con una de las versiones más famosas, Pedro Fernández de Navarrete, entre otros. A ellas habría que sumar la que ahora nos ocupa, llevada a

¹⁵⁴ *Epístolas de Séneca a Lucilio*, BNM, Ms. 8368, f. 5r.

¹⁵⁵ Blüher (1983: 117).

¹⁵⁶ Pociña (2009: 1036). Para la recepción de Séneca en la España medieval, se ha seguido el citado estudio Blüher (1983).

cabo por Juan Martín Cordero, que no se trataba en realidad de una versión de una obra original del filósofo cordobés, sino de la traducción de un florilegio de tratados de Séneca que se editaron en 1515 al cuidado de Erasmo de Róterdam.

El contacto de este humanista valenciano con las obras del escritor holandés, de quien llegó a traducir tres tratados al español, no tenía nada de extraño. Y esto no solo por sus estudios en universidades como París o Lovaina o sus estancias en Inglaterra, sino también por sus antecedentes judíos, pues muchos conversos vieron en la espiritualidad interior defendida por Erasmo un cristianismo afín y mucho más adaptable a sus propias creencias que los ritos externos amparados por la ortodoxia católica. Por el motivo que fuese, lo cierto es que Juan Martín Cordero tradujo al romance en 1555 aquella edición de las obras de Séneca, publicadas en Amberes en la imprenta de Cristóbal Plantino, quien era amigo personal del traductor valenciano, según él mismo confiesa en sus memorias.¹⁵⁷

Su prólogo, que dedica a Martín López, recoge una curiosa alabanza de las armas y las letras, y demuestra que el rescate de Séneca, como se ha comentado ya, vino de la convicción de que se trataba de un escritor español más. De hecho, no tarda en afirmar que entre los muchos ejemplos de letras que podría presentar de su nación bastaría «nuestro Lucio Anneo Séneca, el cual dio tal y tan subido nombre a España y a su patria que, cuando no tuviéramos otro, fuera tanto como Sócrates, Platón y Aristóteles».¹⁵⁸ En cuanto a la biografía del filósofo cordobés, Martín Cordero intenta despistar al lector, pues, en la senda de tantos traductores, advierte que su vida de Séneca estaba «sacada de muchos autores muy verdaderamente». Sin embargo, su cotejo con la biografía que había incluido Erasmo en su edición de 1515, impresa en Basilea por Joannes Frobenius, demuestra que nuestro humanista había traducido al pie de la letra aquella biografía, que, sin embargo, aparecía titulada en la edición del escritor holandés como «*Vita Lucii Annei Senecae incerto auctore*». Véase el ejemplo que sigue para comprobarlo:

Sed quoniam de huius hominis continentia, integritate ac sapientia nunquam satis dic posset, pauca de eius natione, vita, ac genere subiiciemus. Lucius quidem Anneus Seneca, natione Hispanus, genere Cordubensis, professione vero Stoicus, non minus vita conspicuus quam scientia praeclarus extitit. Hic Cneo Domitio Aenobarbo, qui cum Romano exercitum missus fuerat ad expugnandam validissimam civitatem hispaniae Cordubam, quae Romanorum imperio desciverat, captus cum duobus fratribus, Iunio Anneo Gallione et Lucio Anneo Mella, patre Lucani poetae, libertate donatus est. Hic se Roman cum fratribus ac nepote hortatu Domitii potissimum contulit. Ubi tanto in honore ab omnibus habitus est, ut a nonnullis creditum sit Claudium imperatorem inde causam indignationis aut odii in Senecam traxisse...¹⁵⁹

¹⁵⁷ «Y traduje las Flores de Séneca que imprimió mi amigo Cristóbal Plantino y fue el primer libro que imprimió en Amberes». Martí Grajales (1927: 147-48).

¹⁵⁸ «Al muy magnífico señor Martín López, etc., mi señor», *Flores de L. Anneo Séneca*, 1555, f. a3r.

¹⁵⁹ «*Vita Lucii Annei Senecae incerto auctore*», *Lucii Annaei Senecae sanctissimi philosophi lucubriones omnes, additis etiam nonnullis, Erasmi Roterodami cura*, 1515, pp. 5-6.

Por tanto, dejando todo lo que aquí se podía para este fin traer de muchos autores que muy diversamente de ella tratan, contaré lo menos y más verdadero. Séneca fue español, nacido en una célebre ciudad que entonces, y aún hoy también, se llama Córdoba. Este se dio a la profesión de los estoicos, mostrándose no menos señalado en la bondad de su vida que en la doctrina, según de las obras que de él quedaron escritas se puede juzgar fácilmente. Y Neyo Domicio Enobarbo, el cual vino para tomar la fuerte ciudad de Córdoba porque se había rebelado contra el imperio romano, lo prendió a él y a dos hermanos suyos: Junio Anneo Galión y Lucio Anneo Mela, que fue padre del poeta Lucano. Pero luego le concedió su libertad. Después, por consejo y ruegos del mismo Domicio, Séneca se vino a Roma con sus hermanos y sobrino, donde fuera honrado, tan bien cabido y tan acatado de todos que se cree haber procedido de esto el odio e indignación del Emperador contra él...¹⁶⁰

Martín Cordero, con la habilidad de todo encubridor, amplifica algunas partes del original y se sirve de rodeos para dar impresión de veracidad al lector de su traducción. Así, comenta que contará «lo menos y más verdadero» de todo lo que podría de Séneca, añade que nació en una célebre ciudad «que entonces y aún hoy» se llama Córdoba o que se señaló en su doctrina «según de las obras que de él quedaron escritas se puede juzgar sabiamente». Pero ni esos ni otros comentarios podían esconder su apropiación de la vida de Séneca editada por Frobenius al cuidado de Erasmo.

Por lo respecta a Horacio, la visión que se tenía ya del autor del *Arte poética* como difusor de los valores epicúreos y estoicos en la España del siglo xv se refleja en la paráfrasis de una máxima de Epicuro que lleva a cabo Enrique de Villena en su traducción de la *Eneida* virgiliana:¹⁶¹ «Por eso dijo Horacio en la primera parte de sus epístolas que virtud e sabieza primera era fuir del vicio si quisiere abstenerse o apartarse de él».¹⁶²

Resulta llamativo que, pese a que durante el Renacimiento Horacio fue encumbrado como uno de los poetas canónicos y como modelo tanto de la lírica como de la ética, el siglo xvi no llegó a ver impresa la traducción de sus obras completas. Abundan, eso sí, las traducciones horacianas parciales o de piezas sueltas: fray Luis de León, Cetina, Diego Girón, Francisco de Medrano, los Argensola, Espinel, Mateo Alemán, Baltasar del Alcázar o Luis Zapata, entre otros muchos, pusieron su empeño en ello. Pero hubo que esperar hasta finales de siglo (1599) para encontrar un Horacio completo, si bien Vicente Cristóbal advertía hace años que no se trataba propiamente de tal, sino de un «comentario corrido de cada una de las piezas, al que se subordina y en el que se subsume, sin deslinde alguno, la presunta traducción».¹⁶³ En cualquier caso, se trata de

¹⁶⁰ «Vida de Lucio Anneo Séneca sacada de muchos autores muy verdaderamente», *Flores de L. Anneo Séneca*, 1555, f. a5r.

¹⁶¹ Mariás (2016: 2).

¹⁶² Enrique de Villena, *Traducción y glosas de la Eneida. Libros I-III*, 1994, p. 605.

¹⁶³ Cristóbal (2009b: 533).

lo más parecido que hubo hasta la fecha, si dejamos a un lado las dos supuestas traducciones completas que había mencionado ya Menéndez Pelayo, una de ellas anónima y manuscrita, hoy perdida, y otra igualmente manuscrita, conservada en la actualidad en la Biblioteca Nacional.

La traducción comentada fue obra de Villén de Biedma y se imprimió en la ciudad de Granada por Sebastián de Mena. Su prólogo, de más de alabar la familia y linaje de Francisco González de Heredia, secretario de Felipe II, a quien va dirigida la traducción, se detiene a elogiar la lengua española, «porque la lengua es como la moneda, que para gastarla no ha de ser del acuño que mil años se usaba, sino del que de presente es más conocido y pasa», y a todos aquellos que la engrandecieron con sus escritos y traducciones, como fray Luis de León y fray Luis de Granada, fray Esteban de Salazar y fray Hernando del Castillo, don Diego de Mendoza y Hernando Núñez de Guzmán, Antonio de Guevara y Diego de Mexía, Ambrosio de Morales y Pedro López de Ayala, de todos los cuales Biedma se muestra con habilidad como un mero continuador y último eslabón, casi obligado a traducir a Horacio, pues «todos los hombres tienen obligación de servir en lo que pueden a su patria y nación».¹⁶⁴

En cuanto a la vida de Horacio que precede a su traducción de los tratados del poeta latino, la compuso «según se colige de sus propias obras y de otros autores». Sin embargo, ya sabemos que todos los traductores disimularon por lo común la fuente de este tipo de piezas paratextuales y Villén de Biedma no fue desde luego una excepción. Como tantos otros, el teólogo granadino se había basado en una biografía anterior. En efecto, el cotejo de su vida de Horacio con las numerosas biografías del poeta latino que se habían redactado hasta la fecha en latín demostraba que Biedma había seguido la vida que había editado el humanista italiano Antonio Mancinelli, cuyos comentarios a Horacio empezaron a añadirse a la edición de sus obras desde 1492.¹⁶⁵ Villén de Biedma, no obstante, prefirió traducir de corrido y sin interrupción la biografía de Mancinelli, añadiendo al final de manera conjunta todas las citas de obras de Horacio que el humanista italiano había ido diseminando a lo largo de su biografía para ejemplificarla con las palabras del propio poeta latino. En lo demás, la vida que edita el teólogo granadino copia la del humanista de Vitrelli, añadiendo algunos comentarios de su cosecha:

Pasó en Atenas a estudiar filosofía, de donde con la ocasión de las guerras entre César Augusto y Bruto, le fue forzoso seguir la milicia y servir a Bruto, en cuya tierra se hallaba. Y así, contra la parte de César, fue tribuno de los soldados de Bruto. Mas, como prevaleciese la parte de César contra Bruto,

¹⁶⁴ «A don Francisco González de Heredia», *Quinto Horacio Flacco, poeta lírico latino. Sus obras con la declaración magistral en lengua castellana por el doctor Villén de Biedma*, 1599, ff. a3r-v.

¹⁶⁵ En las bibliotecas españolas, se han conservado algunos ejemplares editados en Venecia (1492 y 1505), con los comentarios de Landino (desde 1482), quien había elogiado a Horacio por su sabiduría, estilo y mensaje ético, junto a los de Acro, Mancinelli y Pomponio Porfirio. Sus comentarios se convirtieron en auténticos escolios. De ahí que los cuatro comentaristas acompañaran a las obras de Horacio durante todo el siglo XVI en numerosas ediciones.

hallose atajado y rendido de la necesidad, con pocos amigos que le pudiesen valer –por ser de la parte vencida–, y dióse a la poesía... Por este medio, y por la intercesión de Varo y Virgilio –sus particulares amigos, Mecenas lo eligió por amigo.¹⁶⁶

Postea Athenas iit, ubi philosophiae operam dabat. Inde tamen amotus propter bella civile inter Augustum et M. Brutum, Bruti partes secutus est, a quo et tribunus militum factus, sed habita clade in Philippis paupertate coactus ad carmina ses contulit. Hinc epistola ultima ad Iulium Florum ait: «Romae nutriti mihi contigit [...]». A Virgilio et Varro, Moecenati commendaus in amicorum ab illo receptus est, quod quidem eadem sat. VI sic ipse probat: «Nulla et enim mihi te fors obtulit...»¹⁶⁷

En este caso, Villén de Biedma literaturiza la biografía de Mancinelli con expresiones como «le fue forzoso seguir la milicia» o «rendido de la necesidad» y añade además algunas explicaciones inexistentes en la vida original, como «con pocos amigos que le pudiesen servir por ser de la parte vencida» o «sus particulares amigos». Pero la relación de los acontecimientos, en fin, era la misma.

A diferencia de Horacio, la recepción y difusión de Tácito fue tardía en España, si bien es cierto que ya en el siglo XVI se pueden encontrar algunos hitos que ayudaron con seguridad a la propagación de su ideario, aunque fuese de modo indirecto. De sobra conocida entre los humanistas europeos fue la edición comentada y anotada de sus obras al cuidado de Justo Lipsio, impresas en 1574 por Cristóbal Plantino. Claro que, a esas alturas, las ediciones latinas tenían una repercusión limitada. Lógicamente, estaban al alcance de escritores españoles como Baltasar Gracián, quien recuerda en su *Agudeza y arte de ingenio* cómo Tácito «no paraba en la corteza de los sucesos, sino que trascendía a los más reservados retretes, a los más ocultos senos de la intención»,¹⁶⁸ o como Arias Montano y Francisco de Quevedo, entre otros, con los que Lipsio incluso mantuvo correspondencia.¹⁶⁹

Pero el tacitismo sí que debió de difundirse de modo indirecto y con mucha más amplitud a través de las traducciones de las obras del humanista flamenco, convertido por esas fechas en el máximo divulgador de la ideas de Tácito y del neostoicismo. En 1604, el historiador Bernardino de Mendoza vertió al español *Los seis libros de las políticas o doctrina civil de Justo Lipsio*, que estaba construida, según su propio autor, sobre conceptos tacitistas, y cuya traducción Mendoza dedicó a la «nobleza española que no entiende la lengua latina» para que pudiese «gozar de semejante beneficio».¹⁷⁰ Poco

¹⁶⁶ «Vida de Q. Horacio Flacco», *Quinto Horacio Flacco, poeta lírico latino. Sus obras con la declaración magistral en lengua castellana por el doctor Villén de Biedma*, 1599, f. a5r.

¹⁶⁷ «Vita Horatii venusini per Antonium Macinellum edita», *Q. Horatii Flacci poetae venusini omnia poemata cum ratione carminum*, 1562, f. a2v.

¹⁶⁸ Gracián (1993: 511).

¹⁶⁹ Ramírez (1966).

¹⁷⁰ *Los seis libros de las políticas o doctrina civil de Justo Lipsio*, 1604, f. a5v.

después, Juan Bautista de Mesa tradujo su *Libro de la Constancia*, posiblemente la obra más conocida de Lipsio, que no hizo sino «extender su fama como la pólvora».¹⁷¹ Para esas fechas, no obstante, ya se habían dado intentos esporádicos de acercar a Tácito a los lectores de habla hispana de manera directa, como el de Antonio de Toledo, quien terminó su traducción del libro primero de los *Anales* y de las *Historias* en marzo de 1590, hoy conservada en la Biblioteca de Palacio (ms. 1438).¹⁷²

Con todo, al margen de otros intentos, hoy perdidos, como los de Pedro Simón Abril o Lupercio Leonardo de Argensola, el gran momento del tacitismo en España, como no podía ser de otro modo, coincidió con las primeras décadas del siglo xvii. Y es que, a diferencia de historiadores como Tito Livio, cuyo entusiasmo por la República que describió en sus tratados era evidente, pese a su relación con Augusto, Tácito escribió sobre una Roma imperial en franca decadencia, que el lector español de la época podía identificar sin dificultad con el propio declive de la monarquía española. El famoso adagio ciceroniano, *historia magistra vitae*, reflejaba de este modo la actitud que los hombres del barroco tenían en relación al estudio del pasado. De ahí que, como anota Mateo Ballester, «los escritos de Tácito ofrecieran [a los españoles] indicaciones y enseñanzas útiles para abordar aquella situación de debilitamiento».¹⁷³

El siglo xvii se iniciaba, pues, con un sinfín de obras en las que se citaban los aforismos y enseñanzas del historiador latino y también, aunque en un número lógicamente menor, con diversas traducciones españolas de sus obras, algunas de las cuales podrían considerarse completas. Es el caso de la versión que Emanuel Sueyro, escritor de ascendencia portuguesa nacido en Amberes, publicó en su ciudad natal en 1613 y apenas un año después en Madrid, en la imprenta de la viuda de Alonso Martín. En este mismo año de 1614, Baltasar Álamos de Barrientos dio a las prensas su *Tácito español, ilustrado con aforismos*, que dedicó a Francisco Gómez de Sandoval, duque de Lerma. Al año siguiente, en 1615, tocó el turno a Antonio Herrera de Tordesillas, cuya traducción, esta vez parcial, publicó en la imprenta de Juan de la Cuesta y dedicó a Rodrigo Calderón, marqués de la Siete Iglesias, a quien se quejaba de que Tácito hubiese permanecido tanto tiempo en el olvido, hasta que Lipsio lo sacara de las tinieblas, y de que los españoles hubiesen sido además los últimos en rescatarlo.¹⁷⁴ Más tarde llegó, jalonado este tiempo de reediciones, como la de Sueyro de 1619 publicada en Amberes, la traducción completa de Tácito impresa en Douai a cargo de Carlos Coloma, cuyo éxito editorial hizo que se siguiese reeditando hasta nuestros días.

¹⁷¹ Sánchez Madrid (2015: 56-57).

¹⁷² Tierno Galván (1948: 900).

¹⁷³ Ballester (2015: 234).

¹⁷⁴ «Cornelio Tácito, después de haber estado larguísimo curso de tiempo en las tinieblas del olvido, es tenido en grandísima estimación y por el primero de todos los historiadores antiguos, y mediante la diligencia de Justo Lipsio ha sido tan recibido de todas las naciones que ejercitan las letras que lo han querido ver en sus propias lenguas, unos todo y otros algo. Los españoles hemos sido los postreros y no por menor necesidad...», «A don Rodrigo Calderón», *Los cinco primeros libros de los Anales de Cornelio Tácito*, 1615, f. a3r.

De todas ellas, solo la primera traducción de Sueyro y la posterior de Álamos de Barrientos, al menos por lo que respecta al momento de impresión, pues su autor la tenía traducida desde hacía bastantes años, incluían la biografía de Tácito entre los paratextos. La edición de Emanuel Sueyro, impresa en Amberes en 1613, como sabemos, por los herederos de Pedro Bellerio, está dedicada al soberano de los Países Bajos y nieto de Carlos V, el príncipe Alberto, archiduque de Austria, del mismo modo que Justo Lipsio había dedicado su edición latina de Tácito al padre del futuro archiduque, a Maximiliano II de Austria, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Tras la escueta dedicatoria, donde Sueyro no comenta nada reseñable, incluye la vida de Tácito, a la que siguen el privilegio, aprobaciones, fe de erratas y una brevísima nota del «Traductor a los lectores» de apenas unas líneas, donde trata únicamente de pedir disculpas por las erratas de la edición, que dice no achacables solo a su descuido «pues no ha podido asistir siempre a esta impresión, sino a los correctores flamencos», de modo que nuestro traductor, cosa extraña para la época, no incluye ningún prólogo al lector, a imitación, quizás, de Justo Lipsio.

A diferencia de la traducción de Sueyro, la de Baltasar Álamos de Barrientos resulta prolija en paratextos. La obra se abre con la relación de tratados traducidos en el volumen, que se acompañan, según indica el autor, de tablas y de aforismos «necesarios para aumento y conservación de esta monarquía, del gobierno de la vida y moderación de los afectos...», de donde nace la experiencia universal, madre de la prudencia política, en lo que puede alcanzar la flaqueza del juicio humano». Continúan las tasas, erratas y privilegio real, a lo que sigue una aprobación de Antonio de Covarrubias, sin fecha, que más que aprobación parece análisis del texto, pues su valoración y elogios se extienden a lo largo de tres páginas completas.

Como veremos enseguida, el hecho de que Barrientos incluyese esta extensísima aprobación obedecía a un motivo muy concreto,¹⁷⁵ pues parece bastante extraño que aquella precediese a otras dos aprobaciones, a cargo una del secretario de Felipe III, Antonio Navarro de Larreátegui, y otra del famoso historiador y secretario real, Luis Cabrera de Córdoba, ambas fechadas, esta vez sí, en 1613. La razón se debía seguramente al hecho de que Álamos de Barrientos hubiese sido encarcelado en 1590, permaneciendo confinado durante casi trece años por su amistad con Antonio Pérez, quien había sido acusado de traición a la corona. De hecho, en su prólogo «al lector», el propio Barrientos no solo comenta las dificultades de toda traducción y de seguir el original «a la letra» en todo cuanto «fuese posible, siempre que no hiciese disonancia», sino que también recuerda otras cuestiones, como su encarcelamiento, el hecho de que tuviese aprobación, la de Antonio de Covarrubias, para imprimir su versión desde hacía diez

¹⁷⁵ Dos de los ejemplares consultados (Universidad Complutense y Bavarian State Library), tienen un error en la encuadernación, pues a las dos primeras páginas con la aprobación de Covarrubias siguen el contenido del volumen, las tasas, erratas y privilegio real, tras lo que viene la tercera y última página de la aprobación del humanista toledano. El ejemplar de la Universidad de Sevilla, correctamente encuadernado, comienza con el contenido, tasas, erratas y privilegio, a los que sigue la aprobación de Covarrubias.

años y su propósito de sacarla a luz, pese a que ya se le hubiese adelantado con la suya Emanuel Sueyro:

Ninguno me juzgue por temerario en haber acometido tan gran empresa y con la calidad que prometo. Comencé por obediencia, duré por entretenimiento de mis trabajos, púselo en perfección y publicolo por el provecho universal. Fue trabajo de mis prisiones, no de menos calidad por eso, pues el principio, paciencia y fin de ellas pudieran dar nombre y fama a quien no le tuviera, mayormente para sujeto en que se trata de moderación de la vida... En ella misma quise publicarlos por el año de mil y quinientos y noventa y cuatro, y se cometió la censura de ellos al licenciado Antonio de Covarrubias, que antes había sido del Consejo de su majestad del rey don Felipe II..., hombre eminentísimo en la ciencia de derechos y todas buenas letras, y escogido por tal para ver una obra grande... Violos y aprobolos con tan honrada censura que no he querido quitar esta gloria a mis trabajos, por ser la mayor que ellos pueden tener... El libro se me volvió a entregar en la libertad. Las ocupaciones de ella, tanto mayores cuantos más años había estado sin ellas, me embarazaron para que no tratase de la impresión, aunque entonces y agora he tenido he tenido privilegio y licencia... Y aunque agora había salido otro Tácito, traducido por Manuel Sueyro, no quise dejase de publicarse el mío...¹⁷⁶

Es posible que Álamos de Barrientos hubiese comenzado su traducción antes de que los acontecimientos lo llevaran a la cárcel y que, como indica el propio traductor, intentase editar su obra durante su encarcelamiento, para lo que había llegado incluso a pedir aprobación. En cualquier caso, la obra no se le devolvió hasta que recuperó su libertad. De ahí que, tras trece años de suplicio y algunos más ocupados en otras cuestiones, a la altura de 1613 se decidiese a publicarla de nuevo, incluyendo al principio el elogioso examen que había emitido hacía casi dos décadas Antonio de Covarrubias con la única satisfacción de presentar al lector las alabanzas que vertió por entonces sobre su obra, pues la censura carecía ya de validez, y que, por tanto, se viene obligado a solicitar nueva aprobación, que correspondía a las emitidas por Navarro de Larreátegui y Cabrera de Córdoba, fechadas en aquel año mismo de 1613 previo a la publicación final de la versión.

Por lo demás, no tenía nada de extraño que aquel prólogo viniese precedido por un «discurso para inteligencia de los aforismos», donde Barrientos comparaba «los sucesos y accidentes» que refería Tácito en su obra «a los de nuestros tiempos», y por una amplísima dedicatoria de diez páginas dirigida a don Francisco Gómez de Sandoval, pues el duque Lerma había sido precisamente su protector, con el que consiguió, juntamente con la ayuda del conde-duque de Olivares, altos puestos dentro del gobierno, y quien lo ayudó seguramente a salir indemne de su encarcelamiento. De hecho, llega a comentar en ella que, puesto que las demás naciones poseían ya a Tácito en su lengua,

¹⁷⁶ «Al lector», *Tácito español ilustrado con aforismos*, 1614, b1r-v.

quiso que «tuviese también la nuestra en la suya este maestro de la conservación y aumento de su monarquía, leyéndole más claro», lo que hizo «en aquella ociosidad proliza de mis prisiones, notorias al mundo, pero que era ociosidad, a lo menos seguridad y sosiego del ánimo, por no ser pena de culpas, como lo mostró la libertad entera y libre con que su majestad, que viva felicísimos años, me sacó de ellas».¹⁷⁷

A todas estas piezas seguía, por último, la biografía de Tácito que precedía a la traducción de sus obras. Se trataba de una biografía muy similar a la que había presentado un año antes Emanuel Sueyro. Sin embargo, la similitud no respondía a que Baltasar Álamos de Barrientos hubiese copiado la de su predecesor en la traducción de Tácito, sino a otro motivo, en cuya pista nos ponía el propio traductor de Medina del Campo. Si atendemos a la biografía de Sueyro, vemos que el escritor belga la había titulado, sin más, «Vida de C. Cornelio Tácito», como si se tratase de una traducción de su mismo puño y letra. El vallisoletano, en cambio, tituló su biografía «Vida, oficios y escritos de Cayo Cornelio Tácito, como lo escribe de él Justo Lipsio». Álamos de Barrientos, por tanto, no escondió sus fuentes, algo que sabemos que no era nada habitual. Y es que, en efecto, si atendemos a la biografía de Tácito de Lipsio, comprobamos no solo que el humanista belga la había titulado del mismo modo, «*C. Cor. Taciti, vita, res gestae et scripta*», sino que tanto la biografía de Barrientos como la de Sueyro la seguían literalmente. La similitud entre ambas vidas, pues, se debía a que los dos habían traducido la vida compuesta por Justo Lipsio, y el cotejo de un breve pasaje de las tres biografías resultará suficiente para comprobarlo:

Lipsio: *C. Cornelius Tacitus, cui vulgo P. praenomen faciunt, non illa patricia Cornelia gente sed equestri loco Romae natus est, mediis, ut opino mea fert, Ti. Claudii imp. temporibus. Pater avusque honores gesserint et ad remp.accesserint, necne, ut re vetusta et incerta nihil adfirmem: proprius a vero abest ipsum primum ius imagines et honores in familiam non nimis illustrem intulisse.*¹⁷⁸

Sueyro: Cayo Cornelio Tácito no fue del linaje de los Cornelios, sino de otro menos ilustre, y nació, según puedo coligar, en los últimos años del Imperio de Claudio. No me atrevo a afirmar si su padre o su agüelo tuvieron algún cargo en la República, como cosa tan incierta por su antigüedad, aunque también es muy probable que no fue el primero que alcanzó para su linaje el derecho de poder ser admitido en los oficios y tener los retratos e imágenes de sus antepasados.¹⁷⁹

Barrientos: Cayo Cornelio Tácito, a quien vulgarmente dan Publio por su primer nombre, nación no de aquel linaje patricio, que se llamó Cornelio, sino de otra familia menos ilustre y, a mi opinión, en los últimos tiempos de Tiberio Claudio emperador. No afirmaré si su padre y abuelo adminis-

¹⁷⁷ «A don Francisco Gómez de Sandoval...», *Tácito español ilustrado con aforismos*, 1614, f. a4r-v.

¹⁷⁸ «*C. Cor. Taciti, vita, res gestae et scripta*», *C. Cornelii Taciti Historiarum et Annalium libri qui existant, Iusti Lipsii studio emendati et illustati*, 1574, f. a5r.

¹⁷⁹ «La vida de C. Cornelio Tácito», *Las obras de C. Cornelio Tácito traducidas de latín en castellano*, f. a3r.

traron oficios públicos de honra o trataron del gobierno público, como cosa antigua y dudosa. Lo que más cerca está de la verdad es que él fue quien primero metió en su familia, no demasiado ilustre, el derecho de poder poner imagen y oficios de honra pública.¹⁸⁰

Pese a las enormes similitudes de ambas traducciones, Emanuel Sueyro tradujo el texto latino de la vida de Tácito de un modo mucho más libre que Barrientos, que sí lo siguió de manera literal. Es más, Sueyro no solo se tomó ciertas licencias en su versión, dejando de traducir algún que otro detalle, como el que aludía al nombre con el que el pueblo solía denominar al historiador latino, sino que incluso tradujo de manera incorrecta algunas expresiones, aunque el pasaje no dejase de perder el sentido por ello, como cuando trasladó el latín «*proprius a vero abest ipsum primum*» por «aunque también es muy probable que no fue el primero», frente a la versión más correcta de Barrientos: «lo que más cerca está de la verdad es que él fue quien primero». Lo que no puede negarse en cualquier caso es que ambos se habían apropiado de la biografía que Justo Lipsio había elaborado algunos años antes.

Aunque a la sombra de Séneca, Epicteto fue sin duda el otro gran referente del estoicismo o neoestoicismo en España, cuyas enseñanzas fueron transmitidas ampliamente a través del *Manual* que redactó su discípulo Arriano. Rescatado en Italia durante el siglo xvi, su influencia entre los humanistas cristianos del renacimiento hispánico no tardó en dejarse notar, particularmente en figuras como Ignacio de Loyola o fray Luis de Granada. No obstante, fue al flamenco Justo Lipsio de nuevo, ocupado como pocos en cristianizar al filósofo, a quien más se debió su resurgimiento posterior y a quien respondió el afán de los escritores españoles por traducir sus obras.¹⁸¹ Al arrimo de sus ediciones y en la línea de su afán cristianizador del filósofo latino, el trío que conformaban Francisco Sánchez de las Brozas (1600), Gonzalo Correas (1630) y Francisco de Quevedo (1635) convirtieron a Epicteto en el nuevo paradigma del neoestoicismo en España durante el primer tercio del siglo xvii.

Los desencuentros del humanista extremeño con el santo Oficio, que determinaron al cabo su arresto domiciliario, la confiscación de sus escritos y su largo procesamiento final propiciaron posiblemente que el Brocense buscase refugio en el estoicismo en sus años postreros de vida. A ellos dedicó la traducción del filósofo griego, impresa póstumamente por Juan de la Cuesta.¹⁸² La escueta vida de Epicteto que incluye en ella apenas aporta más dato que su lugar de nacimiento y alguna que otra cuestión. Más interesante resulta, en cambio, el prólogo de la obra, donde Sánchez de las Brozas ofrece su particular visión del estoicismo como doctrina válida en sí misma, más allá de cuestiones metafísicas.¹⁸³

¹⁸⁰ «Vida, oficios y escritos de Cayo Cornelio Tácito, como lo escribe de él Justo Lipsio», *Tácito español ilustrado con aforismos*, 1614, f. b2r.

¹⁸¹ Fuentes González (2009a: 349).

¹⁸² «Prólogo», *Doctrina del estoico filósofo Epicteto, que se llama comúnmente Enchiridion*, 1612, ff. 4r-6r.

¹⁸³ Véase la edición de Gómez Canseco (1993).

Algo más amplia que la anterior es la biografía de Epicteto que Gonzalo Correas incluyó en su traducción del *Enquiridión* y que tituló con un lacónico «Vida de Epicteto». Pese a la apariencia inicial, tampoco en este caso respondía a una biografía original compuesta por el catedrático salmantino. De hecho, Correas tradujo con bastante fidelidad la vida del filósofo estoico que aparecía al frente de un sinfín de ediciones latinas de sus obras desde hacía décadas, como la que se publicó en Colonia al cuidado Jerónimo Wolfio en el año 1595. Véase al respecto el ejemplo que sigue:

*Vir sanctissimae et integerrimae vitae, alienissimus ab omni fastu et arrogantia... Tantaem autem fuit apud omnes existimationis et famaem ut lucernam eius fictilis tribus drachmarum millibus divendita olim fuisse feratur. Meminit huius et Lucianus graecus autor... Summam totius philosophiae duobus his verbis contineri dicebat. Id est, sustine et abstinence.*¹⁸⁴

Fue varón de loables costumbres y vida, y ajeno de toda presunción y arrogancia. Y tenido en tanta reputación y estima que su candil, siendo de barro, se vendió en tres mil reales, como refiere Luciano... Decía Epicteto que toda su filosofía se cifraba y contenía en estas dos palabras, 'sufre y abstente', 'sé sufrido y abstente'.¹⁸⁵

Gonzalo Correas duplica algunas expresiones, como las que describen el significado de los términos griegos o como los verbos que aluden a la filosofía de Epicteto, e intenta acercar su biografía al lector de su tiempo y a sus creencias, como cuando adapta los dracmas griegos a los reales españoles o cuando alude, tratando en otro pasaje de la época de nacimiento del filósofo, al momento del martirio de san Felipe. Pero ninguna de esas cuestiones resultaba suficiente para esconder la fuente directa de la que tradujo su vida de Epicteto.

En pocos autores, por otro lado, influyeron más sus doctrinas morales que en Francisco de Quevedo, quien, descontento con las versiones de sus predecesores, tradujo sus obras cinco años después de Gonzalo Correas.¹⁸⁶ Su paráfrasis poética fue publicada en 1635 por María de Quiñones, la famosa editora y esposa de Juan de la Cuesta.¹⁸⁷ De las piezas paratextuales, destaca su dedicatoria a Juan de Herrera, donde Quevedo hace un espectacular ejercicio de síntesis con los mayores logros de la doctrina estoica de Epicteto e incluso parafrasea expresiones, como cuando avisa al dedicatario de la necesidad de «vivir con todos, mas para nosotros, pues moriremos para nosotros», que

¹⁸⁴ «*Epicteti vita*», *Epicteti Sotici Philosophi Encheiridion...*, Hieronymo Wolphio interprete, 1595, f. a2r.

¹⁸⁵ «De la vida de Epicteto», *El Enquiridión de Epicteto...*, traducido de griego en castellano por el M. Gonzalo Correas, 1630, f. a3r.

¹⁸⁶ El propio Quevedo dice en su dedicatoria a Juan de Herrera: «Hanle traducido en todos los idiomas doctísimos varones y, en nuestra habla, el maestro Franciso Sánchez de las Brozas y poco después el maestro Gonzalo Correas con algún rigor más ajustado al original y por eso menos apacible. De las advertencias de todos he procurado adornar esta versión, que hago en versos, con la suavidad de consonantes», *Epicteto y Focilides en español*, 1635, f. 1r-v.

¹⁸⁷ Un resumen de su labor puede consultarse en Rodríguez Ortega (2016).

luego recogerá en su propia poesía: «vive para ti solo, si pudieres, pues solo para ti, si mueres, mueres».¹⁸⁸ De este modo, advierte a «su amigo» de que no se trata de un libro para entretener el tiempo, sino para no perderlo: «Es su doctrina paz de nuestra discordia en la composición humana... Enseña al alma a ser señora... Enseña cuán rico está el sabio con el desprecio de los bienes de Fortuna, que con la posesión de ellos no promete premios de la virtud, sino virtud, que ella misma es premios...».¹⁸⁹

Tras este compendio de enseñanzas del filósofo griego, Quevedo se dirige al lector para exponerle «la razón de esta traducción», que trata de justificar por varios motivos. Se trata en realidad de un análisis de ciertos pasajes, donde no solo compara su traducción con las de sus dos inmediatos predecesores, Sánchez de las Brozas y Correas, sino también con otras versiones francesas e italianas. Ello demuestra que Francisco de Quevedo estaba al tanto de todo lo que se venía publicando en Europa acerca de Epicuro, Epicteto, Séneca y los estoicos, desde las ediciones elaboradas por Wolfio hasta las de Justo Lipsio, a la vez que justifica la cantidad de fuentes que presentaba su posterior biografía del pensador de Hierápolis. Antes, Quevedo incluyó otra pieza titulada «Prevencción a la pluralidad de los dioses», en la que disculpaba la utilización del término en plural, «herética entre los católicos y entre los idólatras frecuente», pues no creía que, en realidad, los antiguos creyeran en multiplicidad de dioses. En su opinión, aquella palabra respondía tan solo a sus muchos atributos, siendo Dios solo uno para los antiguos, como intentó respaldar con ejemplos de Séneca, Virgilio, etc.

Por último, Quevedo insertó, justo antes de su traducción, la biografía de Epicteto. Por supuesto, Quevedo no la creó desde la nada. Su inicio, donde aludía a su lugar de nacimiento, «fue nuestro Epicteto natural de Hierápolis, ciudad Frigia», bien podía responder al inicio de tantas otras biografías latinas: «*Epictetus, Hierapoli Phrygiae natus*». Su alusión a Luciano y al candil de barro con el que, según este, se alumbraba en las noches, vendida a su muerte en tres mil dracmas, parecía extraída de la vida editada por Wolfio, aunque la anécdota se repetía en diversas biografías antiguas y modernas. Pero nuestro traductor no se quedó ahí. Citó también las anotaciones de Arriano, detalles mencionados por Justo Lipsio e incluso refirió unas posibles epístolas de Epicteto que Gonzalo Correas afirmaba que aún se conservaban en una biblioteca de Florencia.

Francisco de Quevedo, en definitiva, no se limitó a utilizar vidas anteriores, ni a acercarlas, como otros traductores, a las creencias y lenguaje de sus coetáneos, sino que reelaboró materiales diversos para presentar al cabo una biografía original y propia del filósofo griego, preñada además de apreciaciones y comentarios particulares y privados de su modo de pensar, como puede comprobarse en el ejemplo que sigue:

Fue esclavo de Epafrodito, soldado de las guardas de Nerón en Roma.
Tal fue Nerón que en su tiempo ser esclavo en Roma no era nota, sino ser
ciudadano pues era esclavo en la República, que era esclava. Todos lo eran:

¹⁸⁸ Quevedo (1990: 11).

¹⁸⁹ «A don Juan de Herrera, su amigo», *Epicteto y Focílides en español*, 1635, f. 1v.

el Emperador, de sus vicios; la República, del Emperador; Epicteto, de Epafrodito. ¡O alto blasón de la filosofía, que cuando el César era esclavo y la República cautiva, solo el esclavo era libre!¹⁹⁰

Boecio es el último autor clásico incluido en este apartado. Como poeta, filósofo y teólogo, bien se podría haber incluido en cualquier otro, al igual que ocurre con más escritores recogidos en este estudio, e incluso se podría haber creado uno exclusivo para él. Sin embargo, a nadie se le escapa que fue precisamente el neostoicismo del siglo xvii el que renovó su interés por este autor y el que provocó que las versiones españolas de sus obras volvieran a multiplicarse. Claro que Boecio no tuvo que esperar hasta estas fechas para ser leído en España. Antonio Doñas recuerda a este respecto que cuando Meinardo Ungut y Estanislao Polono imprimieron en Sevilla una versión anónima de su *Consolatio* en el año 1497, Boecio era ya «uno de los autores más leídos y de mayor influencia en la Península Ibérica» y aquella obra, con tres ediciones en castellano y una en catalán entre 1488 y 1499, «el texto de la Antigüedad grecolatina impreso en mayor número de ocasiones durante la época incunable».¹⁹¹

Es más, se trataba posiblemente de la «obra más traducida en el Medievo hispánico».¹⁹² Y es que, al margen del prestigio que había alcanzado Boecio por esas fechas por su actividad en distintos campos del saber y su fama como mártir de la fe cristiana por su supuesta oposición al arrianismo herético de Teodorico, la *Consolatio* trataba cuestiones claves para el público de la época, como «la *rota fortunae*, el *contemptus mundi*, la conciliación de providencia y libre albedrío, etc.».¹⁹³ Y todo ello sin contar además con las circunstancias en las que Boecio compuso el tratado –en la cárcel, mientras esperaba la ejecución de su sentencia–, que sin duda debieron de atraer al lector de entonces y al de todos los tiempos.

A inicios del siglo xvi, se siguieron imprimiendo antiguas traducciones, como la que Juan Valera de Salamanca editó en Sevilla en 1511, basada en la antigua versión de Pere Saplana, o como la de fray Alberto de Aguayo, impresa también en Sevilla, aunque por Juan Cromberger, en el año 1518, elogiada luego como modelo de lengua castellana por escritores como Alfonso de Valdés o Ambrosio de Morales. Pero es a inicios del siglo xvii, con la difusión de las nuevas tendencias estoicas, cuando se renueva el interés por Boecio y las ediciones de sus obras, en especial de la *Consolatio*, vuelven a multiplicarse.

¹⁹⁰ «Vida de Epicteto, filósofo estoico. Escribela don Francisco de Quevedo Villegas», *Epicteto y Focilides en español*, 1635, ff. 11v-12r.

¹⁹¹ Doñas (2012:1).

¹⁹² Doñas (2012:1). De los siglos xiv y xv se conservan numerosos testimonios, que suelen agruparse en cuatro ramas: la versión catalana de Pere Saplana (1358-1362) revisada por Ginebreda en torno a 1390; la versión castellana de los comentarios latinos conocida como «Trevet castellano»; la llamada *versión interpolada*, seguramente de finales del xiv, y la traducción que encargó Ruy López Dávalos, atribuida tradicionalmente a López de Ayala, que se llevó a cabo entre 1422 y 1427. Más tarde llegarían otras traducciones, como la famosa de fray Alberto de Aguayo, impresa en Sevilla en 1518. Véase también Doñas (2007).

¹⁹³ Doñas (2012: 1).

Entre ellas, se encuentran la traducción anotada de Pedro Sánchez de Viana, conservada en un único manuscrito y compuesta alrededor de 1600, la versión de fray Agustín López, impresa en Valladolid en 1604, y la de Esteban Manuel de Villegas, editada en Madrid en 1665.¹⁹⁴ En el año 1642 se edita en Fráncfort incluso una *Vida de Boecio*, escrita por el marqués de Aytona, Francisco de Moncada, que también se conserva manuscrita en la Biblioteca Nacional de Madrid (mss. 6227 y 6477).

De todas las traducciones citadas, solo las dos últimas recogen la biografía paratextual del escritor clásico, si bien es cierto que la antigua versión interpolada, por ejemplo, incluía alguna alusión al nombre, linaje y muerte de Boecio, que a duras penas podría considerarse como una biografía más. La versión de 1604 impresa por Juan de Bostillo, se inicia con las acostumbradas fe de erratas, tasas, aprobaciones y licencias, a las que siguen algunos poemas que alaban al traductor, a la obra y al mismo autor clásico, entre los que cabe destacar la décima de Francisco Sánchez de Villanueva o el soneto del poeta antequerano Agustín de Tejada. Continúa la dedicatoria a Felipe III, a quien fray Agustín López agradece su patronazgo del monasterio, pues según parece solía dormir en él cuando iba a cazar a los cercanos montes de Valbuena, como había hecho ya su abuelo, Carlos V.

A ella añade una declaración del título y materia del libro y del nombre del propio escritor clásico, más un prólogo al lector, donde justifica que saque a luz en lengua española este «tesoro de inestimable valor para el desengaño de las cosas de esta vida» para «adorno y utilidad de todo género de personas» y que lo haga además «no contando las palabras, sino pesando las sentencias, que es el modo que guardaron Cicerón y san Jerónimo».¹⁹⁵ Justo antes del prólogo, Agustín López incluye la vida de Boecio, que, según había comentado el monje bernardo, había escrito ya Johanne Tritenhemio, autor de otras biografías diversas. El siguiente cotejo no deja desde luego lugar a la duda:

Boecio Manlio Severino, cónsul ordinario romano, filósofo, orador y poeta insigne, fue docto en las letras divinas, y en las humanas, eruditísimo. Fue yerno de Símaco Patricio. Fue varón eminentísimo en la lengua latina y en la griega. Tradujo muchos libros de Aristóteles y de otros filósofos de griego en latín. De ingenio sutil en el sentido claro y católico...¹⁹⁶

*Boethius manlius Severinus, consul ordinarius Romanus, philosophus, orator et poeta insignis, in divinis scripturis doctus et in secularibus literis oim suo tpe eruditissimus, gener Symnachi patricii fuit. Vir graeco et latino copiosissime imbutus eloquio, quippe qui multa volumina tam Aristotelis q aliorum philosophorum de Attica lingua transtulerit in latinam, ingenio subtilis, sensu promptus atque catholicus...*¹⁹⁷

¹⁹⁴ Doñas (2009a: 128).

¹⁹⁵ «Prólogo al lector», *Boecio de Consolación, traducido y comentado por el padre fray Agustín López*, 1665, ff. b4v-b5r.

¹⁹⁶ «Vida de Boecio Severino, filósofo», *Boecio de Consolación, traducido y comentado por el padre fray Agustín López*, 1665, f. b1v.

¹⁹⁷ «*Severini Boethii philosophi acutissimi vita, a Johanne Tritenhemio abbate Spanhemense conscripta*», *D. Dionysii*

Fray Agustín había traducido sin más la biografía de Trittenhemio. Sin embargo, la biografía de este abad era bastante más breve que la del fraile Bernardo, que debió de servirse de otros escritos para completar su vida del pensador clásico. A otras fuentes acudió sin duda Esteban Manuel de Villegas para componer la suya, que incluyó en su traducción de los *Cinco libros de la Consolación que compuso Severino Boecio*, impresa en Madrid por Andrés García de la Iglesia en 1665. La obra la dedicó a los «excelentísimos señores conde de la Revilla, duque de Nájara, marqués de Belmonte, padre e hijos ilustrísimos», a quienes agradece su protección,¹⁹⁸ mientras que el prólogo al lector lo destinó, como solía hacerse por lo demás, a justificar su traducción de Boecio, amparándose para ello en el poco acierto de sus predecesores: «Este libro fue en tiempos pasados traducido, pero con poco adorno y mucho volumen. Y así no hizo ruido, antes dejó a muchos descontentos y al autor con poco crédito de los romancistas».¹⁹⁹

A esta pieza seguía, por último, su biografía del filósofo romano. A diferencia de Agustín López, Manuel de Villegas no copió de manera literal una antigua vida latina de Boecio. Sin embargo, si cotejamos la biografía de su edición con la que presentaba cualquiera de las ediciones humanísticas de la *Consolación* impresa durante el siglo XVI, las coincidencias resultaban numerosas. Tanto en estas últimas como en las renacentistas se referían del mismo modo hasta los detalles más curiosos, como los diferentes epitafios de sus sepulcros, la alusión a la cabeza de un pez, que al rey Teodorico pareció la de Símaco, o a la falta de lesa majestad que le imputaron sus enemigos. Aunque Villegas no lo hiciese al pie de la letra, recogía incluso la alusión al hecho milagroso de que Boecio hubiese respondido al verdugo que lo degolló después de que le cortase la cabeza:

Esta prisión se perpetuó con la vida por espacio de cuatro años y diole fin el cuchillo de un verdugo. Tienen por tradición los de aquella ciudad que un verdugo le cortó la cabeza y que, al dividilla del cuello, le preguntó que quién le había herido, y que respondió: «Los impíos». Y que luego, tomando la cabeza en sus manos, la llevaron sus pies con lo demás del cuerpo, y la llevaron al templo vecino, y junto a las divinas aras del altar, puesto de rodillas invocando el santo nombre de Dios, dio su espíritu.²⁰⁰

*Quam ob rem tyrannus coniectos in carcerem obruncari iussit. Ticini incolae sibi a maioribus traditum constanter asseverant, Severinum cum regius speculator laetale vulnus intulisset, utraque manu divulgum caput sustinuisse, interrogatumque a quonam se percussum existimaret, ab impiis respondisse, atque ita cum in vicinum templum venisset et flexis genibus ante altare sacra percepisset, post paulum exspirasse.*²⁰¹

Carthusiani, Operum minorum tomus tertius, Colonia, Melchor Novesiano, 1540, f. a4r.

¹⁹⁸ *Los cinco libros de la Consolación que compuso Severino Boecio...*, traducidos en lengua castellana por don Esteban Manuel de Villegas, 1665, f. a2r.

¹⁹⁹ «Prólogo a la obra», *Los cinco libros de la Consolación que compuso Severino Boecio...*, 1665, ff. a7v-a8r.

²⁰⁰ «Vida de Boecio», *Los cinco libros de la Consolación que compuso Severino Boecio...*, 1665, ff. b2r-b3v.

²⁰¹ «Vita autoris», *Anitii Manlii Seuerini Boethii, inter latinos Aristotelis interpretes et aetate primi, et doctrina*

Basta comparar ambos textos para comprobar que Manuel de Villegas no solo recogió la anécdota en líneas generales, sino también detalles particulares como la respuesta exacta del filósofo, la genuflexión de Boecio antes de expirar o el hecho de que llevase su cabeza cortada al templo vecino para morir allí. Por supuesto, también incluyó algunos datos para acercar la narración al lector de su época, como la invocación de Boecio del «santo nombre de Dios» justo antes de morir. Pero se trataba de una cuestión que hacían, como hemos podido observar, todos los traductores. No hay que olvidar que las traducciones intentaban ser socialmente eficaces y que los traductores, en su intento de aproximar el modelo clásico, recurrían al empleo de una retórica viva e incluso ideológica.²⁰²

9. LA SÁTIRA

Otros cuatro escritores clásicos, con suerte bastante desigual tanto en su difusión y recepción en la península ibérica, como en el número de traducciones de sus obras a las letras hispánicas, conforman este apartado: Salustio, Luciano, Juvenal y Persio. Este último gozó de escasa fortuna en España durante el siglo de Oro. Nicolás Antonio ofreció ya noticias de dos traducciones, de puño y letra de Luis Jerónimo la una y de Bartolomé Melgarejo la otra, de las que, según Rosario Cortés, nadie volvió a dar más detalles.²⁰³ Si atendemos al tejuelo de uno de los volúmenes custodiados en la Biblioteca Nacional, la versión de Melgarejo de las sátiras de Persio con comentarios explicativos se conserva en el manuscrito 3679.

La obra va dedicada a Felipe II, a quien el humanista llama aún «príncipe don Felipe», por lo que todo parece indicar que la compuso antes de 1556, mientras el traductor hacía vida en México.²⁰⁴ El manuscrito se inicia con una «Cantilena (sic) a la Virgen», en latín y español, la dedicatoria al futuro monarca, también bilingüe en dísticos elegíacos traducidos en versos dodecasílabos, y una breve biografía del autor clásico, que acompaña de la materia de las sátiras en un intento de moralizar la obra y mostrar el bien que un autor profano puede hacer a los cristianos lectores.

La primera traducción completa de Persio, esta vez en prosa, se debió al cacereño Diego López, impresa en 1609 por Juan Bautista Baresio en la ciudad de Burgos.²⁰⁵ Se trata por tanto de la versión más relevante de Persio en la época, a la que hoy podrían sumarse algunas traducciones parciales de ciertas piezas, como la de Francisco de Quevedo de la sátira segunda o la de J. Antonio González de Salas de la tercera, si se

praecipui dialectica, 1551, f. a2r.

²⁰² Pérez Gómez (1993-1994: 394).

²⁰³ Cortés Tovar (2009a: 887).

²⁰⁴ A esa misma conclusión llega la reciente editora del texto, quien no se ocupa de la biografía, Del Amo Lozano (2011: 176).

²⁰⁵ A menudo suele citarse como primera traducción de Persio la edición madrileña de 1642, en la que aparece como segunda parte del volumen, tras la traducción de las sátiras de Juvenal.

hubiesen conservado. La traducción está dedicada a Baltasar de Céspedes, catedrático de prima de latinidad en Salamanca, a quien pide protección para su obra, como sabio, siendo él de tan «pequeño y rudo ingenio»,²⁰⁶ en un ejercicio de humildad característico de este tipo de piezas. Sigue el prólogo, que «sirve como de argumento para entender la obra», donde Diego López expone los contenidos de cada sátira y los vicios en los que, aludiendo a menudo a su propia época, «caen muchos en nuestro tiempo», como ocurre en la segunda, que trata, por ejemplo, de los que «buscan ocasión para no estudiar, contentándose con un poco de mayorazgo».

Su labor, en definitiva, favorecía la difusión de la moral y doctrina de Persio, crítica contra todo tipo de vicios, por lo que la traducción española tendría un efecto beneficioso, «no cayendo en manos de envidiosos, porque los tales, ciegos con la envidia, no podrán juzgar ni decir bien de la obra».²⁰⁷ En una época como la barroca, tan dada a la puya y escarnecimiento, Persio se alzaba por primera vez con un puesto de relevancia entre los clásicos y no es de extrañar que, como otros satíricos de la Antigüedad, comenzara a imitarse y traducirse en las letras hispánicas. De ahí que el humanista incluyese luego la canonizada biografía del autor que solía anteceder a la traducción de sus obras, como otros habían hecho con Virgilio, Horacio, Ovidio, etc.

Se trata de una vida bastante sucinta, cuya brevedad el propio traductor intenta justificar aludiendo a su temprana muerte y sus pocas obras: «Por haber vivido tan poco tiempo no es más larga su vida, ni se halla que escribiese otra cosa sacando estas seis sátiras». Por otro lado, el cacereño parece respaldar cada dato de su vida de Persio con alguna fuente, acudiendo en particular a los detalles autobiográficos que ofrecen sus mismas sátiras. Sin embargo, todas las noticias utilizadas se encontraban ya en biografías latinas anteriores. Es cierto que Diego López no siguió solo una única biografía, de las muchas *vitae Persii* que se habían compuesto hasta la fecha, pues la suya no coincidía en su totalidad con ninguna de ellas. Podría pensarse entonces que, para algunas cuestiones puntuales, se sirvió quizás de lo anotado por Antonio de Nebrija y por Pietro Crinito, de los testimonios biográficos aportados por distintos autores incluidos por Josse Badio en su edición de Persio e incluso de las biografías del escritor latino publicadas por Isaac Casaubón.

Pero la realidad era mucho más simple. Como ha hecho notar Abigail Castellano,²⁰⁸ la fuente directa de su biografía era la más cercana *vita Persii* que su maestro Sánchez de las Brozas había antepuesto a su propia edición de las sátiras, publicada unos pocos años antes, si bien no puede negarse que Diego López tuvo presente también las citadas vidas de Persio recogidas por Badio Ascensio, en particular las que elaboraron Joannes Britannicus y, en menor medida, Pietro Crinito, como refleja el ejemplo que sigue:

²⁰⁶ «Al maestro Baltasar de Céspedes...», *Aulo Persio Flaco traducido en lengua castellana*, 1609, f. 4r.

²⁰⁷ «Prólogo al lector y sirve como argumento para entender la obra», *Aulo Persio Flaco traducido en lengua castellana*, 1609, f. 7r.

²⁰⁸ Castellano López (2018: 276).

Vino a Roma por causa de deprender letras y doctrina, donde oyó filosofía de su maestro Cornuto, al cual tenía gran reverencia y respeto, como declaramos en la sátira quinta. Tuvo amistad con Minucio Macrino, príncipe de la Orden Ecuestre, y habla con él en el principio de la sátira segunda, y con Cessio Basso, poeta lírico, como se ve en el principio de la sátira sexta. Quintiliano afirma que no escribió más que estas seis sátiras, pero bien mostró en ellas el grande ingenio que tenía, pues contienen tanta erudición y doctrina. Y por esto dijo Quintiliano de él: *multum et verae gloriae, quamvis uno libro Persius meruit* («Persio mereció, aunque con solo un libro, mucha gloria y fama verdadera»). Y Marcial...²⁰⁹

*Roman litterarum causa profectus, sumpta virili toga, Cornuto Philosopho dedit operam, quem praecipue observabat*²¹⁰, *vt ipse testatur Satyra quinta, [...]. Amicos in primis coluit Minutium Macrinum equestris ordinis principem, et Cesium Bassum poetam Liryicum. Praeter has satyras, nihil scripsisse testatur Quintilianus ubi decimo de satyras loquens, in hanc sententiam: «Multum et verae gloriae quamvis uno libro Persius meruit». Et Martialis...*²¹¹

La vida de Persio que ofrecía Diego López, en definitiva, se debía, como la mayoría, a la labor de anteriores biógrafos, aunque nuestro traductor pretendiera imprimirle un sello personal. En cuanto a la vida que había elaborado Bartolomé Melgarejo, se trata más de una declaración del nombre y lugar de nacimiento de Persio que de una biografía propiamente: «El autor es Aelio Persio Flaco, poeta satírico volaterrano. Aelio es prenombre, del cual usaban los romanos en señal de honra y nobleza... Persio es nombre propio; Flaco es cognombre o sobrenombre, el cual le vino porque los de su linaje se llamaban flacos...».²¹² Por supuesto, las interpretaciones que ofreció Melgarejo eran particulares. Pero su modelo se debía sin duda a Nebrija, quien había establecido un comentario similar: «*Author est A. Persius Flaccus volaterranus, ut Aulus sit praenomen, quod in compendium... Persius, propii nominis locum positum est... Flaccus, cognomen est Persius...*».²¹³ Con todo, no puede afirmarse que Melgarejo copiase a la letra la biografía

²⁰⁹ «La vida de Aulo Persio Flacco», », *Aulo Persio Flaco traducido en lengua castellana*, 1609, f. a8v-b1r.

²¹⁰ En la vida de Joannes Britannicus, por ejemplo, en lugar de «*quem praecipue observabat*», se dice al hablar de Cornuto «*Eum summa pietate coluit et obedientia*» que responde con mayor fidelidad a la traducción de Diego López «al cual tenía gran reverencia y respeto». Lo mismo ocurre en otros pasajes, como cuando se afirma que las sátiras de Persio contienen «gran erudición y doctrina». Frente a la biografía del Brocense, que no dice nada al respecto, la de Britannicus comenta: «in quibus summa eius ingenii virtus iudicant» («*Vita Persii per Ioannem Britannicum*», *Auli Flacci Persii satyrici ingeniosissimi et doctissimi satyrae cum quinque commentariis*, 1523, f. b3v). En cuanto al colofón de la biografía, donde se afirma que Persio no escribió más debido a su pronta muerte, parece responder más bien a la vida que elaboró Pietro Crinito, también recogida por Ascensio en su edición, donde se dice «*quod mihi verisimile videtur, propter immaturum illius obitum*» («*A. Persii Flacci vita ex libro Petri Criniti, ex "De poetis latinis tertio"*», *Auli Flacci Persii satyrici ingeniosissimi et doctissimi satyrae cum quinque commentariis*, 1523, f. c1r).

²¹¹ «*Aulii Persii Vita*», *Auli Persii Flacci Saturae sex, cum ephrasi et scholiis Franc. Sanctii Brocent.*, Salamanca, Diego de Cosío, 1599, s.f.

²¹² «Aelio Persio Flaco, poeta satírico volaterrano», *Elio Persio Flaco Sátiras*, BNM, Ms. 3679, f. 3r.

²¹³ «*Praefatio*», *Aelij Antonij Nebrissensis grammatici atque regii historiographi in. A. Persii flaci satyras interpretatio*, 1521, f. a2r.

de Nebrija, pese a que numerosas lecturas de su traducción fuesen únicas y coincidentes con la edición del conocido gramático. Pero sí que, junto a otras ediciones, se sirvió de ella para elaborar su versión.

Con frecuencia, las obras de Persio se imprimieron y tradujeron junto con las del gran poeta Juvenal. Es lo que hizo el humanista cacereño Diego López, quien incluyó su antigua versión de Persio de 1609 como segunda parte en su nueva traducción de las sátiras del escritor romano, impresa en 1642 por Diego Díaz de la Carrera. Se trataba, además, de la primera versión completa de Juvenal en lengua española, que culminaba un proceso de traducciones parciales de su obra que venían sucediéndose desde el siglo anterior.²¹⁴ Hasta 1817 no hubo curiosamente otra traducción íntegra de sus obras,²¹⁵ por lo que los españoles de los siglos XVII y XVIII no tuvieron más remedio que leer a Juvenal en aquella versión, que había aprobado ya el famoso cronista Gil González Dávila siete años antes de su edición.

A la aprobación del Cronista Mayor del Reino y, poco después, sucesor de Tamaño de Vargas como Cronista de Indias, siguen la dedicatoria a don Fernando Pizarro, caballero de la orden de Calatrava, redactada en los términos habituales, y el prólogo «al lector». En esta última pieza paratextual, Diego López, al igual que habían hecho muchos otros, defiende la idea de que los originales no pierden nada por andar traducidos, amparándose en la sagrada Escritura y en las versiones que los LXX o el mismo san Jerónimo hicieron de ellas desde el original hebreo. Y esto no ocurría solo con los textos sacros. La misma utilidad, en su opinión, se advertía en las traducciones de materias como la medicina, filosofía, historia, poesía y otras muchas artes liberales, lo que ejemplifica con los casos de Juan de Mariana, el Brocense o fray Luis de León. Lo que Diego López perseguía sin más era presentarse como el último eslabón de esa saga de afamados traductores, por lo que elogiar la labor de sus predecesores significaba al cabo alabarse a sí mismo como postrero continuador de tan grandes esfuerzos.

El prólogo de este discípulo del Brocense y miembro de la orden de Alcántara, según advierte en sus propias traducciones, no se quedó ahí. Sus declaraciones acerca del origen de la lengua romance, algo peregrinas a decir verdad, aunque no muy extrañas en aquella etapa precientífica en el estudio de las lenguas, llaman la atención si tenemos en cuenta que fue maestro de latinidad durante muchos años y que había traducido del latín a escritores como Virgilio,²¹⁶ Persio o Valerio Máximo²¹⁷. A este respecto, afirma no solo que el español no procedía del latín, sino también que el vascuence procedía de la lengua española. Más interesantes resultan, quizá, sus apreciaciones ortográficas

²¹⁴ Por ejemplo, en la imprenta vallisoletana de Arnao Guillén de Brocar se edita en 1519 la «sexta sátira de Juvenal, poeta muy famoso, en la cual se reprehenden algunos vicios y costumbres de mujeres en coplas de arte mayor».

²¹⁵ Cortés Tovar (2009b: 637).

²¹⁶ Su traducción completa de Virgilio, impresa en Valladolid en 1601, fue seguramente la más difundida entre los lectores españoles de los siglos XVII y XVIII.

²¹⁷ Fortuny (2005).

y fonéticas, cuando trata de la representación de la *f*, la aspiración de la *h*, la grafía *m* ante *b*, etc.

Diego López, por último, incluyó antes de su traducción de la obra de Juvenal la biografía del satírico romano. Pese a que tenía bastantes modelos que seguir, como las vidas antiguas atribuidas a Suetonio y Suidas o las más modernas editadas por Antonio Mancinelli o Domitius de Calderiis, el humanista valenciano parece que elaboró, a diferencia de lo que había hecho en su vida de Persio, una de las pocas biografías originales que encontramos entre las traducciones áureas de escritores clásicos. Es cierto que algunos aspectos podían tener como modelos anteriores biografías de Juvenal. Así, el comienzo, donde se alude a Umbricio: «Fue Junio Juvenal natural de Aquino, como se colige cuando, fingiendo que le habla Unbricio, dice: *«et quoties te / Roma tuo refici prosperantem reddet Aquino»*,²¹⁸ quizá tenía como referente una de las dos vidas que había editado Mancinelli: *«Juvenalis satyrum scriptor illustris aquinas fuisse magis ex eo versu qui sub Unbricii persona legitur, qu. alio scribente cognocitur, quibus autem parentibus genitus»*.²¹⁹

Sin embargo, ni Diego López siguió este ejemplo de manera literal, ni siguió luego en absoluto aquella biografía latina. Su vida de Juvenal, como había afirmado desde el mismo título, parecía en efecto sacada de «algunos lugares de sus obras». De hecho, el humanista no trata de la muerte del satírico latino, porque, según alega al final de su biografía, «no he hallado quien trate de su muerte ni quien diga cómo ni dónde murió». ²²⁰ La suya era, en fin, una vida de Juvenal original y propia.

Otro de los escritores satíricos que criticó sin tapujos el declive y degeneración de la vieja aristocracia y corrupción de la moral romanas fue el historiador Salustio. Elogiado por Séneca, Quintiliano, Tácito y muchos otros, su fama como fuente histórica y moral perduró hasta la Edad Media, cuando sus obras, ya desde el siglo *xiv*, comenzaron a verse a distintas lenguas romances, mucho antes de que tuviese lugar incluso la edición príncipe de sus tratados, impresos en Venecia en 1470. En España, se imprimieron pocos años más tarde, en 1475, en la ciudad de Valencia.

Poco antes, en la primera mitad del siglo *xv*, habían aparecido las primeras traducciones españolas. La más antigua se debe al arcediano de Toledo, Vasco Ramírez de Guzmán, quien trabajó en ella por encargo de Fernán Pérez de Guzmán.²²¹ A esta versión siguió la traducción de Francisco Vidal de Noya, impresa primeramente en Zaragoza en el año 1493, con el título de *El salustio catilinario y Iugurta en romance*, y

²¹⁸ «Vida de Juvenal, sacada de algunos lugares de sus obras», *Declaración magistral sobre las sátiras de Juvenal*, 1642, f. a7v. En algunos estudios, se menciona una edición de 1613, que no he podido localizar en ningún catálogo europeo, por lo que quizá se podría conjeturar que ha habido en algún momento un error de lectura, leyéndose la fecha de impresión MDCXLII como MDCXIII.

²¹⁹ «*Nec tamen caetera spreverit lector Poeta Vita*», *In satyras Iuvenalis commentarii*, Venecia, 1498, f. a4v.

²²⁰ «Vida de Juvenal, sacada de algunos lugares de sus obras», *Declaración magistral sobre las sátiras de Juvenal*, 1642, f. a8r.

²²¹ Se conserva, por ejemplo, en dos manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, con las signaturas 8774 y 10445, procedente este último de la Biblioteca del duque de Osuna e Infantado. La traducción de Sueyro que veremos enseguida está dirigida precisamente a Juan Hurtado de Mendoza, duque del Infantado.

reimpresión luego en diversos lugares como Valladolid (1500 y 1519) Logroño (1529), Medina del Campo (1548) y Amberes (1554). No en vano, fue el Salustio leído por todos a lo largo del siglo XVI, al margen de puntuales traducciones humanísticas, y principios del siglo XVII, cuando se publicó por fin la traducción de Emanuel Sueyro, editada en Amberes en 1615 y más tarde en 1632, entre otras muchas reimpresiones posteriores.²²²

La versión de este escritor de origen portugués, que había traducido a Tácito y publicado sus obras solo dos años antes en Amberes, se inicia con una breve dedicatoria a Juan Hurtado de Mendoza, duque del Infantado, a quien pide la habitual protección para su obra. A ella sigue la biografía de Salustio. De este modo, Emanuel Sueyro no incluye, al igual que en su traducción de Tácito, ningún prólogo ni pieza paratextual destinados al lector. Por lo que respecta a la biografía, la titula sin más indicación de fuentes posibles «vida de Cayo Crispo Salustio», como si se tratase de una vida original compuesta por el propio traductor. Pero su cotejo con otras biografías latinas anteriores del historiador romano demuestra que, como era habitual, Sueyro no había compuesto la vida de Salustio, sino únicamente traducido una de aquellas vidas antiguas:

Tuvo por maestro a Atteio Praetextato e imitó los escritos de Marco Catón. Compuso la historia de *La conjuración de Catilina*, *La guerra de Yugurta* y otros libros de los sucesos de los romanos, como de Mario y Sila y Pompeyo contra el rey Mitridates, en que se vio su diligencia y la gravedad de su estilo, que alaban, entre otros muchos, Anieno Rufo...²²³

Praeceptorem havit inter alios Atrium Praetextam, qui Philologum se appellavit, et ab eo edoctus est de ratione recte scribendi... Maxime autem Mar. Catonis studio fuit, ex cuius commentariis verba excerpit... Historiam composuit de Lucii Catilinae coniuratione contra Romanum Senat. et ítem de bello Iugurthae, qui Numidae Rex... Historia praeterea de Romanorum gestis, ut de Mario et Sylla, nec non de Pompeio contra regem Mithridatem..., in quibus Salustii diligentia in historia describenda, atque gravitas appareat... Avienus certe Rufus plurimum Salustii diligentiam, atque studium commendavit...²²⁴

En este caso, Emanuel Sueyro había abreviado sin más cambios la vida de Salustio que había compuesto el humanista italiano Pietro Crinito y que, aunque estaba destinada para su trabajo sobre historiadores y oradores latinos, el *De historicis ac oratoribus latinis*, que quizá se perdió o no llegó a terminar nunca, se publicó finalmente en 1503 en la edición florentina de las obras de Salustio impresa por Philippus Guinta y, más

²²² Véase Segura Ramos (2009: 1006).

²²³ «La vida de Gallo Crispo Salustio», *Obras de Cayo Crispo Salustio traducidas por Emmanuel Sueiro*, 1615, f. a3v-a4r.

²²⁴ «Vita Salustii ex libris Petri Criniti de Historicis», *C. Crispi Salustii de Sergii Catilinae coniuratione*, 1550, ff. 3v-4r.

tarde, en la edición que preparó Aldo Manuzio en 1509, donde se publicó junto a la vida que había compuesto Squarzafico.²²⁵

En el Siglo de Oro, se tradujo también a uno de los mayores genios satíricos de todos los tiempos: Luciano de Samosata, reintroducido en el Occidente europeo a través de Italia por humanistas bizantinos, gracias a la edición de Janos Lascaris de 1496. Se lo imitó y tradujo en numerosas ocasiones, sobre todo tras la publicación de las primeras ediciones latinas²²⁶. De los *Dialogui mortuorum* de Giovanni Aurispa proceden las primeras traducciones españolas de Vasco de Guzmán y Martín de Ávila, entre otros.²²⁷ Pero fueron las ediciones latinas de sus obras completas, como la de Gilbert Cousin y Johann Sambucus (París, 1563), cuya circulación en España fue considerable, las que acabaron por favorecer realmente las traducciones de Luciano. En la Península, no tardaron tampoco en llevarse a cabo ediciones latinas de sus obras, sobre todo de piezas sueltas, como la que realizó Andrés Laguna de la *Tragapodagra* (Alcalá, 1538 y Roma, 1551), o la que publicó Juan Francisco Más de la famosa versión de los *Dialogui* hecha por Erasmo (Valencia, 1551). De ahí que, como advierten algunos autores, muchos asimilaran pronto lucianismo y erasmismo.²²⁸

Las traducciones castellanas tampoco se hicieron esperar, como las del *Icaromenipo* de Juan de Járava (Lovaina, 1544), la del *Toxaris* de fray Ángel Cornejo (Medina del Campo, 1548), o las del *Toxaris*, *Charon*, el *Gallo* o la *Historia verdadera*, entre otras, de Francisco de Enzinas (Lyon, 1550).²²⁹ No obstante, fueron los escritores de las últimas décadas del siglo XVI y, sobre todo, de las primeras del siglo XVII quienes mostraron mayor veneración por los textos lucianescos. Sus ironías frente a los excesos y sus críticas de la conducta y pecados humanos fueron auténticos acicates para los escritores barrocos, proclives a deslizar todo tipo de puyas en sus escritos²³⁰. De ahí que lo ensalzaran a la cumbre del Parnaso literario y lo convirtieran en inmediato referente y modelo de sus obras, destacando entre ellos Francisco de Quevedo, a quien no en vano apodaron el Luciano español.

No es extraño, por tanto, que en la primera mitad del siglo XVII diversos escritores se lanzaran a trasladar sus obras a la lengua española. Fue el caso de Francisco Herrera Maldonado, gran amigo de Lope de Vega, quien le regaló una décima de elogio para su *Luciano español* (1621), o Sancho Bravo de Lagunas (Lisboa, 1626; Madrid, 1634). A ellos se unieron otros, cuyas traducciones, como ocurrió también con algunas de los anteriores, quedaron inéditas, tales como Juan de Aguilar Villaquirán, de cuya versión trataremos enseguida, o Tomás de Carlebal, a quien se consideró durante tiempo el úl-

²²⁵ Osmond (2015: 46-47).

²²⁶ Véase el estupendo panorama de Luciano en Vian Herrero (2005).

²²⁷ Para todas estas cuestiones, Fuentes González (2009b: 722-723).

²²⁸ Fuentes González (2009a: 273).

²²⁹ Rodríguez Pantoja (1990: 98).

²³⁰ De ahí que dejase su impronta también en otras obras anteriores de corte satírico y burlesco, como ocurre en el propio *Lazarillo* y en su continuación posterior. Sobre esta cuestión, Núñez Rivera (2016).

timo traductor de Luciano durante el Siglo de Oro.²³¹ Hubo, sin embargo, muchos otros. Así lo puso de manifiesto hace años Teodora Grigoriadu, exhumando de las bibliotecas nuevas traducciones del satírico de Samosata, como la de Francisco de la Reguera,²³² peculiar continuador además de la obra de Luciano.²³³

Si se coteja, volviendo a la versión de Villaquirán, única de las anteriores que incluye la vida de Luciano, con las ediciones latinas de Jacobo Moltzer (Frankfurt, 1538), Cognatus y Sambucus (Basilea, 1563) y la edición italiana de Nicolo da Lonigo (Venecia, 1535), se comprueba que la de Juan de Aguilar, posterior a todas ellas, pues está fechada en 1617, se sirve de estas tres ediciones, además de los *Dialogui* de Erasmo de Rotterdam para su traducción del coloquio *Carón*.²³⁴ Por lo que respecta a la «epístola dedicatoria» que hace las veces de prólogo, resulta «una amalgama de varios tópicos literarios y del *Luciani Elogium* de la edición de Cognatus», que recoge todos los tópicos de este tipo de piezas en la época: la *captatio benevolentiae*, la traducción al vulgar y su defensa, la elección del autor, el elogio de la retórica clásica, la obediencia al mecenas en la labor acometida, etc.²³⁵

En cuanto a la biografía de Luciano que Villaquirán dispone justo antes de la citada «Epístola dedicatoria», se trata una copia literal de la *Vita Luciani* publicada en la edición latina de Jacobo Moltzer que, a su vez, se trata de «la traducción latina del texto griego sobre Luciano del *Suidas Lexicon*». Es más, Moltzer añade a «esta traducción los comentarios que Volaterrano hace en su *Anthropologia* sobre el samosatense y lo mismo hace Juan de Aguilar». ²³⁶ Comparemos ambos textos:

Luciano samosatente, por sobrenombre el Blasfemo o Maldiciente, o, porque usemos del vocablo griego, el *Atheos* o Ateista, que es en castellano 'el sin dios', porque en sus diálogos propone de por burla las cosas que el mundo tiene recibidas por divinas y sagradas, vivió, según Suidas, en los tiempos de los emperadores Trajano y Adriano. Al principio de su vida fue en Antioquía de Siria abogado. Pero, como este modo de vida no le armase mucho, convirtió su gusto y cuidado en escribir, y escribió casi infinitas cosas.²³⁷

Lucianus Samosatensis, cognomento blesphemus, sive maledictus, aut atheos potius apeliatus, eo quod in Dialogus suis ridicula etiam illa ese proponit, quae de rebus divinis et sacris prodita sunt. Dicitur autem vixisse temporibus Traiani Cae-

²³¹ Según Vives Coll (1959: 41), «El último traductor de Luciano en el Siglo de Oro es Tomás de Carlebal... Traduce *La maledicencia no debe ser creída de ligero*». Se trata de una obra a la que dedicaron sus esfuerzos gran parte de los traductores citados, haciendo de Luciano un moralista comedido muy del gusto de los escritores de finales del siglo XVI (Redondo Pérez, 2019: 289).

²³² Su traducción se conserva en la BNM, ms. 17729.

²³³ Grigoriadu (2006).

²³⁴ Grigoriadu (2010: 102).

²³⁵ Grigoriadu (2010: 105-106).

²³⁶ Grigoriadu (2010: 103-104).

²³⁷ Se sigue para esta biografía la edición de Grigoriadu (2010: 166).

*saris et deinceps. Caeterum fuit ab initio causicus, Antiochiae, quae in Syria est, sed cum ea rea illi in satis ex sententia succederet, ad scribendum sese convertit, scripsit quae adeo infinita.*²³⁸

Con la excepción de la referencia a Suidas de la versión española y la aclaración del término *Atheos* que aparece en ella ('el sin dios'), el resto copia con descaro, como en tantas otras, el modelo latino seguido y sobran, en fin, los ejemplos para demostrarlo.

10. LA GEOGRAFÍA

Según María José Carrizo, España es, al margen de Italia, el único país donde se editó la obra de Pomponio Mela en época incunable (Valencia, 1482; Salamanca, 1498).²³⁹ Al parecer, fue una copia adquirida por Petrarca la que permitió su difusión en el Renacimiento, pues todas las posteriores copias humanísticas derivaron de ella. La labor de Petrarca en la difusión de la *Cosmographia* entre eruditos italianos y geógrafos interesados en aquella obra resultó al cabo fundamental.

Durante el siglo XVI, no faltaron tampoco autores españoles que la estudiaran, comentaran o editaran, como Pedro Juan Olivar (París, 1538), Fernando Núñez de Guzmán (Salamanca, 1543), Pedro Juan Núñez, Pedro Chacón,²⁴⁰ Francisco Sánchez de las Brozas (Salamanca, 1574 y 1598)²⁴¹ o Andrés Escoto (Amberes, 1582). En cuanto a las traducciones hispánicas, apenas se encuentra durante el siglo XVI otra que la de João Faras. Posiblemente, el carácter erudito de la temática ayudara a que la obra se difundiese en latín y a que aquellos que se acercaran al tratado de Mela dominasen aquella lengua. De hecho, hubo que esperar hasta mediados del siglo XVII para encontrarnos con otra traducción, que llevó a cabo Luis Tribaldos de Toledo (Madrid, 1642), a la que siguió, solo dos años más tarde, la de González de Salas (Madrid, 1644), en la que nos detendremos seguidamente.

A través de ediciones latinas o de traducciones, la obra de Pomponio Mela tuvo una difusión considerable en la España áurea. Según María José Carrizo, quien ha estudiado los ejemplares conservados en las bibliotecas hispánicas, la divulgación del texto de Mela se debió al interés por la geografía antigua y a la utilización de su *Cosmographia* como obra didáctica para la enseñanza de la lengua latina, como demuestran las numerosas anotaciones manuscritas de muchos de ellos, frente a los volúmenes más

²³⁸ «*Luciani vita, ex Suida*», *Luciani Samosatensis Opera quae quidem extant omnia*, 1538, f. 2v.

²³⁹ Carrizo Gómez (2013: 56).

²⁴⁰ La aportación de Juan Núñez consiste, según parece, en unos apuntes sobre el lugar de nacimiento de Pomponio Mela y los primeros capítulos de la *Cosmografía* que envía por carta a Andrés Escoto y que se conservan, junto a las aportaciones de Pedro Chacón, en el manuscrito Q120 de los códices *Vossiani latini* la Universidad de Leiden (Barbeito, 2000: 144).

²⁴¹ Guzmán Arias (1987: 557-558).

limpios que demuestran un uso particular. De ahí su presencia en los catálogos de las bibliotecas de humanistas y bibliófilos nobles y eclesiásticos, sobre todo del siglo xvi, como el marqués de los Vélez, Juan de Vergara, Diego Hurtado de Mendoza, Ponce de la Fuente, Francisco de Vargas, Arias Montano y Bartolomé Carranza, entre otros.²⁴²

Volviendo a la versión de José Antonio González de Salas, se imprimió en Madrid por Diego Díaz de la Carrera en el año 1644. Curiosamente, dos años antes había salido de aquellas mismas prensas la traducción de Tribaldos de Toledo. Quizá por eso mismo, González de Salas incluyó un breve párrafo al final de la fe de erratas indicando que «débese advertir también que los tres primeros pliegos de esta impresión se estamparon más de un año antes que se continuasen los siguientes..., y así contienen algunas voces escusadas... en el tiempo, pues intermedio del año referido salió a luz la otra impresión del *Pomponio traducido de latín en castellano* el año 1642»,²⁴³ como si quisiese dar a entender al lector que su traducción de Mela tenía primacía temporal sobre la de Tribaldos.

Antes, González de Salas había dedicado la obra a Pedro Pacheco Girón, sobrino del Inquisidor Andrés Pacheco y, posiblemente por ese mismo motivo, miembro más tarde del Consejo de Inquisición y de Castilla. La dedicatoria se atiene a sus fines y retórica tradicionales, que el traductor domina a la perfección, como muestran sus propias palabras: «Antigua es mucho... la acordada costumbre de dedicar a personas grandes los escritos, siendo tres las razones que dieron ocasión a la fórmula...: el acogerse al sagrado de su protección..., el empeñarlos de ese modo a la defensa de su traducción..., y encomendar a la memoria el ánimo agradecido en monumento de mayor duración que de bronce algún testimonio de su reconocimiento».²⁴⁴ A ellas, González de Salas añade también otro motivo repetido: «no desconfío que haya de ser también para la patria este algún adorno, ignorándose hasta hoy en su lengua propia la *Geografía* de los antiguos».²⁴⁵

A la dedicatoria siguen las censuras de la traducción, que corresponden a Martín Vázquez Siruela y, cómo no, al gran amigo del traductor, Francisco de Quevedo. No hay que olvidar que González de Salas fue precisamente el editor de sus poesías, impresas cuatro años más tarde (*Parnaso español, monte en dos cumbres dividido*, 1648). Por último, tras la versión española del tratado de Pomponio Mela, González de Salas incluyó una pieza final dividida en tres partes, tituladas, la primera, «Noticias que deben prevenir a este compendio, en que se da razón de esta impresión española, de la *Geographia Antigua* de Pomponio Mela»; la segunda, «Importancia, origen, novedades, progresos y advertimiento de la geografía antigua», y la última, que es la que ahora nos interesa, «La patria de Pomponio Mela, la edad en que floreció y las cualidades de su escrito».

²⁴² Carrizo Gómez (2013: 73-74).

²⁴³ «Errores y omisiones de la impresión» *Compendio geográfico y histórico del orbe antiguo*, 1644, f. 4r.

²⁴⁴ «Al muy ilustre señor Don Pedro Pacheco Girón», *Compendio geográfico y histórico del orbe antiguo*, 1644, f. 2r.

²⁴⁵ «Al muy ilustre señor Don Pedro Pacheco Girón», *Compendio geográfico y histórico del orbe antiguo*, 1644, f. 2v-3r.

Se trata de una biografía del escritor latino que, en contra de la costumbre que parece establecida en la mayoría de traductores, resulta totalmente original, siguiendo en ello a su amigo Quevedo, cuya vida de Epicteto estaba redactada en términos similares:

La patria suya es la primera cuestión. Y dejándola él mismo encomendada a la memoria para redimirse en la posteridad de equivocaciones y contiendas, ni pudo enteramente conseguirlo. Español solo se nos quedó asegurado y de la provincia de la Bética, sin que en eso pudiese admitirse ni pequeña duda. Qué lugar, empero, fuese el de su naturaleza precisamente hoy lo ignoramos con todos cuantos hasta ahora lo han inquirido. El testimonio suyo, por donde se procura averiguar, está en el cap. 6 del lib. 2, pero turbado así y mendoso en los manuscritos y después en las impresiones más antiguas, que de allí no se colige sino un seminario de adivinaciones y de delirios. De ese modo, sucesivamente, muchos hombres doctos probaron en este lugar su argucia y su ingenio y no prestaron allí más que multiplicar conjeturas e incertidumbres...Nuestro doctísimo Pedro Chacón la concibió el primero; después la admitió en una edición suya Francisco Sánchez el Brocense y últimamente ilustró con ella Andrés Scotto, la que sacó a luz del propio Mela en la Oficina Plantiniana. De Tarteso, después llamada Carteya, hoy Cartaya, o Algezira, le hicieron estos eruditos varones. El crédito corre por ellos, que yo, sin empeñar mi fe por alguno, indiferente quedaré en esta parte.²⁴⁶

El carácter literario del texto, abundante en adjetivación («turbado y mendoso») y en duplicaciones de términos («conjeturas e incertidumbres»), las apreciaciones subjetivas del autor («yo, sin empeñar mi fe por alguno, indiferente quedaré») y la documentación que muestra haber utilizado González de Salas («turbado así y mendoso en los manuscritos y después en las impresiones más antiguas»), hacen de la biografía de Mela compuesta por González Salas, en definitiva, una vida original y diferente.

²⁴⁶ «La patria de Pomponio Mela, la edad en que floreció y las cualidades de su escrito», *Compendio geográfico y histórico del orbe antiguo*, 1644, f. h3r.

[*BIOGRAFÍAS PARATEXTUALES*]

[1]

VIDA DE LUCIO APULEYO¹
[Diego López de Cortegana]

Lucio Apuleyo, de noble linaje y en su secta platónico, fue natural de África, de una ciudad que se llama Orán, colonia y población de romanos, debajo del señorío del rey Sifax, la cual está asentada en los confines de Numidia y de Getulia, de donde el mismo Apuleyo confiesa ser medio númida y medio gétulo. Y asimismo, Sidonio le llama «platónico de Orán».

Su padre se llamaba Teseo, de los principales de la ciudad. La madre había nombre Salvia, excelente y honesta entre las dueñas. Su linaje y nobleza asaz parece, según que el mismo Apuleyo dice descender de aquel noble Plutarco queronense, y de Sexto, filósofo sobrino de Plutarco. La mujer de Plutarco se llamaba Pudentilla, adornada de todas las virtudes y hermosuras que en una dueña pueden ser.

Él era de buena estatura, los ojos verdes y el cabello rubio. Floreció en la ciudad de Cartago, seyendo procónsules Juliano Avito y Claudio Máximo, adonde en su mocedad él se empleó en todas las artes liberales y aprovechó mucho debajo de la disciplina de los maestros y preceptores cartaginenses, de donde no sin causa él se alaba y predica ser criado de la ciudad de Cartago, a la cual llama la «celestial musa y venerable maestra de Africa, donde moro».

Y estuvo en la ciudad de Atenas, de donde antiguamente se sacaban los ríos de todas las doctrinas, de los cuales él bebió gran cantidad de todas las ciencias, conviene a saber: la ficción de la poesía y la limpieza de la geometría, y del dulzor de la música, la austeridad de la dialéctica y el manjar celestial de la filosofía, en tal manera que, con su grande estudio y sudor continuo, alcanzó las nueve musas, que son nueve ciencias liberales.

Después vino a Roma, adonde fue tan dado a la ciencia de la lengua latina que llegó a la cima y cumbre de la facundia romana, en tal manera que él fue habido y tenido igualmente por tan doctísimo cuan elocuente. Aquí fue ordenado y agregado en el número de los sacerdotes principales de Osiris, el cual se llama el colegio Sacrosanto, adonde por mandado de aquel Dios él tomó cargo de abogar en las causas de los pobres.

¹ «Vida de Lucio Apuleyo», *Historia de Lucio Apuleyo del asno de oro, repartida en once libros y traducida en romance castellano*, Amberes, Juan Steelsio, 1551, ff. a4v-a7v.

Escribió algunos tratados y libros, no menos doctos que elocuentes, de los cuales por negligencia de los tiempos pasados algunos son deseados y otros han parecido, así como cuatro libros que se llaman *Floridos*, en los cuales su florida facundia y olorosa doctrina maravillosamente deleita y aplice a quien lo leyere. Asimismo la oración copiosísima, por la cual se defiende contra sus adversarios, que le imponían crimen de mágica, con tanta fuerza y vehemencia que parece que a sí mismo se vence. Escribió también un libro del demonio de Sócrates, cuya autoridad y testimonio alega el bienaventurado san Agustín en la definición de los demonios y en la descripción de los hombres. Asimismo, escribió dos libros del decreto y enseñanza de Platón, donde lo que Platón escribió en diversos libros Apuleyo recogió breve y maravillosamente en aquellos dos tratados.

Escribió de cosmografía un libro, adonde no pocas cosas se contienen de los *Meteoros* de Aristóteles y el diálogo de Trimegisto, y estos once libros del *Asno de Oro*, con tanta hermosura y tanta elegancia y diversidad de la narración que no hay cosa que se pueda decir más hermosa ni elegantemente, ni más florida, ni más amable, en tal manera que con mucha razón se puede llamar *Asno de Oro* por el estilo cubierto de oro y limpia hermosura de su decir, comoquier que algunos le llaman transfiguración o transformación, tomando argumento de la misma materia. Y porque se acostumbra a querer saber la intención del que escribió, es de saber que Apuleyo imitó y fingió en el argumento de esta obra a Luciano, filósofo griego. Pero en este envolvimiento y oscuridad de transformación, parece que quiso, como de paso, notar y señalar la natura de los mortales y costumbres humanas porque seamos amonestados que nos tornamos de hombres en asnos cuando como brutos animales seguimos tras los deleites y vicios carnales con una asnal necedad y que no reluce en nosotros una centella de razón ni virtud.

Y en esta manera, el hombre, según que enseña Orígenes en sus libros, es hecho como caballo y mulo, y así se transmuda el cuerpo humano en cuerpo de bestia. Además de esto, la reformatión del asno en hombre significa que, hallados los vicios y quitados los deleites corporales, resucita la razón y el hombre de dentro, que es verdadero hombre salido de aquella cárcel y ciego del pecado mediante la virtud y religión, torna a la clara y luciente vida, en tal manera que podemos decir que los mancebos poseídos de los deleites se tornan en asnos. Y después, cuando son viejos, esforzándose los ojos de la razón y madurándose las virtudes, apartada la figura de bestia, tornan a recibir la humana. Porque según escribe Platón, entonces comienzan los ojos de la razón a ver agudamente, cuando los ojos del cuerpo desfallecen.

Asimismo, escribe Prócuro, discípulo de Platón, que muchos hay en esta vida lobos y muchos, puercos. Y muchos otros cercados de una fortuna de bestias brutas, de lo cual no nos debemos de maravillar, pues que en este lugar terreno está aquella maga Circes que transforma a los hombres en bestias. Y esto es que cuando la razón está llena de olores terrenos y embriagada de placeres mundanos tórnase como bruto animal, hasta tanto que, gustadas las rosas, conviene a saber, la ciencia, que es alumbramien-

to de la razón, cuyo olor suavísimo, gustado, se torna en humana forma y razonable entendimiento, apartada de sí la gruesa cobertura de las cosas terrenales. E cierto que muy pocos hombres se hallan que, estando revueltos en los vicios corporales, vivan templadamente y sin perturbación alguna.

También se puede referir esta materia de transmutación a los muchos trabajos y muchas variedades de la vida humana, en los cuales el hombre cuasi cada día se transmuta. Y porque estas prefaciones nos enseñan el argumento de la materia propuesta, dejando de más alargar en esto, vengamos a la lección presente y argumento de ella.

[2]

VIDA DE HELIODORO²

[Anónimo]

Cuanto al autor de esta *Historia Etiópica*, piensan ser aquel Heliodoro del cual Filóstrato hace mención en el fin del segundo libro de *Sofistas*, lo cual se conjetura con justa causa, tanto por la calidad de su estilo, que sin falta es un poco afectado, como es ordinariamente el de aquellos que antiguamente hacían profesión de retórica y filosofía conjuntamente, que llamaban sofistas, como porque también Filóstrato tiene por sobrenombre árabo, y que el mismo Heliodoro, en el fin de su libro, dice ser feniciano, nacido de la ciudad de Emesena, la cual está situada en los extremos de Fenicia y de la Arabia, por la cual ocasión de vecindad se juzga que Filóstrato le haya llamado árabo.

Si aquel es, él fue del mismo tiempo de Filóstrato, el cual, como dice Suidas, vivió en tiempo del emperador Severo y de sus sucesores hasta Filipo, desde el cual tiempo hasta el nuestro hay más de mil y trescientos años. Y con todo esto no había este libro jamás sido impreso, sino después que la librería del rey Matías de Hungría fue saqueada, en el cual saco se halló un soldado alemán que puso la mano encima, porque le vio ricamente estofado, y le vendió al que después le hizo imprimir en Alemania. Puede haber catorce o quince años, aunque cierto antes él estuvo entre manos de algunos particulares, como de Policiano, que le cita en su libro *Miscelanes*.

Mas cierto yo no he podido saber que haya sido nunca traducido, por lo cual, si por ventura mi juicio ha sido engañado, restituyendo por conjetura algunos lugares corrompidos y viciosamente impresos, los píos y justos lectores me escuran, tanto porque no he podido cobrar diversidad de ejemplares para los conferir, como porque he sido el primero que lo ha traducido, sin ser el trabajo de ningún precedente ayudado. De una cosa me puedo bien loar, que no pienso haber dejado ni añadido cosa que al caso no hiciese, como los lectores podrán ver si les place tomar pena y trabajo de le conferir.

² Prólogo», *Historia etiópica de Heliodoro trasla[dada...] en vulgar castellano por un secreto amigo de su patria y corregida según el griego por él mismo*, Amberes, Martín Nucio, 1554, ff. a5v-a6r.

LA VIDA DE HELIODORO³
[Fernando de Mena]

Heliodoro, según Fotio en su *Biblioteca*, fue hijo de Teodosio, de la casa Fenix, que debía ser noble en Grecia; su patria, Amindena, o como otros mejor dicen, Emisena, lugar de Fenicia, de donde se llamó Amindeno o Emiseno. Martino Crusio le hace del linaje de los Hellios. Este, pues, según los autores alegados y Nicéforo Calixto y Sócrates en la *Historia Eclesiástica*, compuso siendo mozo estos *Amores de Teágenes y Cariclea* debajo del nombre de *Historia Etiópica*.

Fue obispo de Trica, pueblo de Tesalia y patria de Esculapio, a cuya dignidad subió por su virtud y letras, según Nicéforo y Sócrates. Fue el que introdujo en Tesalia que el clérigo que con la mujer con quien había contraído matrimonio siendo seglar volvía a habitar fuese privado del sacerdocio y privilegios sacerdotales.

De sus letras y erudición dan bastante testimonio sus escritos, a que me remito. De su muerte no hallo cosa cierta en estos autores. Solo sé floreció en tiempo que los antiguos Padres de la Iglesia contendían entre sí sobre el tiempo idóneo de la celebración de la Pascua de Resurrección, por los años del magno Constantino, en cuyo tiempo debió de morir, o en los de su hijo. Esto es, curioso lector, lo que he podido hallar de la vida de Heliodoro. Si hallas otra cosa, añade o quita, que al rigor de tu censura bien probada la sujeto. *Vale*.

³ «La vida de Heliodoro», *Historia etiópica de los amores de Teágenes y Cariclea*, Madrid, Alonso Martín, 1615, f. a4v.

LA VIDA DE CICERÓN, COLEGIDA DE LA VARIEDAD DE SUS ESCRITURAS
Y DE LOS PARALELOS DE PLUTARCO⁴

[Pedro Simón Abril]

Marco Tulio Cicerón fue natural de Arpino, pueblo mediano cerca de Roma. Fue de mediano estado, hijo de padres de la orden de caballeros, que era el estado medio entre la bajeza de los plebeyos y la alteza de los patricios. Fue de buen entendimiento y apto para toda manera de doctrina, y como a tal sus padres procuraron enseñalle las letras que en aquellos tiempos se podían alcanzar. Y así, le enseñaron la gramática latina y griega, que en aquellos tiempos eran lenguas vulgares de los pueblos latino y griego. Y por esto les era muy más fácil el aprender la doctrina que nos es a nosotros ahora, por estar puesta en lenguas para nosotros tan extrañas y tan dificultosas de usarse bien y propiamente, por ser tan ajenas del uso popular.

Le enseñaron también lógica y filosofía, así natural como moral, y él después por sí aprendió las leyes y derechos de la República, todo lo cual lo encaminó a la elocuencia, que entonces en Roma como en república libre florecía mucho, y por ella venían los hombres a alcanzar honra y dignidad en ella, aunque no fuesen de los más antiguos linajes y de los más esclarecidos. La gramática aprendió en Italia y las demás ciencias y doctrias en Atenas, que en aquellos tiempos era la más afamada escuela del mundo, donde todos los buenos que querían criar sus hijos bien y hacellos aptos para cosas grandes los enviaban a que aprendiesen doctrina, con que llegados a la edad madura supiesen regirse bien a sí y a sus familias, y también a la República, cuando les tocase.

Tuvo en todas las ciencias maestros muy esclarecidos, siguiendo aquel parecer que cita Aristóteles de Hesíodo en sus *Morales*, cuya sentencia es, que las cosas buenas han de aprenderse de los buenos. Y buenos en las ciencias se dicen no solamente los que son virtuosos en sus costumbres, sino que además de esto entienden bien aquello en que hacen profesión, no solamente para sí, sino también para sabello enseñar a sus discípulos.

Habiendo, pues, gastado todos los años de su niñez y mocedad en aprender todas buenas letras y doctrina, y habiendo cobrado muy gran nombre y fama entre sus discípulos, se volvió a Roma y comenzó a hacer oficio de abogado después de haber

⁴ «La vida de Cicerón, colegida de la variedad de sus escrituras y de los paralelos de Plutarco», *Los dieciséis libros de las epístolas o cartas de M. Tulio Cicerón, vulgarmente llamadas familiares, traducidas de lengua latina en castellana por el doctor Pedro Simón Abril, natural de Alcaraz, Madrid, Pedro Madrigal, 1589, ff. a3r-a7v.*

estado a la plática con Publio Mucio Cevola algún tiempo. Como venía tan bien apercebido de todas aquellas partes que el oficio de abogado ha menester, en poco tiempo se señaló tanto que, aunque mozo, vino a ser el primero de las audiencias. Desde los veintiocho años de su vida hasta los treinta y seis se empleó solamente en pleitos de entre particulares, así civiles como criminales, salvo un año que gastó en Sicilia con cargo de tesorero del pretor Sesto Peducco, en todo el cual tiempo siempre hizo oficio de defensor y nunca de acusador, salvo en la causa de residencia contra Gayo Verres, en la cual, movido de la lástima de los sicilianos, a quien Verres siendo pretor había hecho muy malos tratamientos, hizo tan bien su oficio que Hortensio, patrón de Verres, no osó respondelle y desamparó la causa. Con este tan buen nombre alcanzó el oficio de fiel mayor, que en aquella república se llamaba Edil Curul, a cuyo cargo tocaba el tener la plaza bien proveída de bastimentos.

En este cargo le honraron tanto sus amigos los sicilianos, teniéndole siempre la plaza muy abastecida, que el pueblo le quedó muy aficionado. Y así, llegado el tiempo, lo nombró por primer pretor, en el cual cargo se trató muy bien y esforzó la ley Manilia, en que Cneo Pompeyo fue nombrado por emperador, que así se llamaban entonces los capitanes generales, contra el rey Mitrídates. Este fue el primer escalón de la estrecha amistad que después vino a tener con Cneo Pompeyo y esta fue la primera oración que Marco Tulio hizo al pueblo romano, habiéndose empleado hasta entonces, como arriba dije, en causas y negocios de particulares amigos. Acabado el año del oficio de pretor, le cupo por suerte la provincia de España, la cual él renunció en poder del Senado, pareciéndole que, para alcanzar el consulado, que era la mayor dignidad que entonces se alcanzaba en Roma, era mejor la presencia que la ausencia. Y así perseveró en su antigua costumbre de defender a sus amigos.

No le engañó su pensamiento, porque llegado el tiempo en que conforme a ley podía pretender el consulado, que era a los cuarenta y tres años de su vida, lo pretendió. Y con la voluntad y afición que el pueblo le tenía por habelle tratado tan bien en los otros cargos inferiores y con el favor de muchos amigos principales que él había ganado con su elocuencia y oficio de abogado, alcanzó a ser nombrado por primer cónsul, en compañía de Gayo Antonio, quedando excluidos Catilina y Galva, hombres patricios y de muy antiguas casas, lo cual fue parte para que algunos comenzasen a cobralle secretas envidias, aunque exteriormente no se las mostraban por habello menester. La voluntad y afición con que el pueblo romano nombró a Cicerón por primer cónsul se echará de ver en esto, que siendo su maestro Publio Mucio, hombre patricio y de muchos más años que él, lo nombró por cónsul muchos años antes que a Publio Mucio.

Sucedieron dos cosas en el consulado de Cicerón en que él se trató con tanto valor y discreción que vino a ser tenido por uno de los tres más principales de la República de Roma. La una fue que un tribuno del pueblo, llamado Publio Servilio Rulo, publicó una ley al parecer popular en que repartía muchos términos a la gente pobre de Roma, muy en perjuicio de la República, al cual Cicerón resistió de tal manera con su buen ingenio y elocuencia que a los mismos a quien la ley parecía ser favorable, les persuadió que

les era muy perjudicial, con aquellas oraciones que tenemos de él intituladas *De la Ley Agraria*. Y así, la ley fue abrogada y la República por aquella parte libre de alteraciones y motines.

La otra fue que un ciudadano principal llamado Lucio Sergio Catilina, a quien Cicerón en una residencia había defendido, viéndose cargado de deudas y que en la pretensión del consulado había sido dos veces excluido, hizo conjuración con otros malos ciudadanos, entre los cuales era uno Publio Cornelio Léntulo, que aquel año tenía cargo de pretor, para matar a Cicerón y a los más principales senadores, y, apoderándose del capitolio, alzarse por tiranos. Descubrió Cicerón esta conjuración con mucha prudencia. Y estando Catilina en el Senado, de tal manera lo convenció que le mandó salir de Roma y él se salió a apercibirse de gente, dejando en Roma los demás conjurados apercibidos de lo que habían de hacer, sobre quien Cicerón tuvo tanta vigilancia que los tomó con el hurto, como dicen, en la mano, y les cogió cartas firmadas de sus nombres y selladas con sus propios sellos para los de Saboya, que entonces se llamaban Alóbroges, en que manifestaban toda la conjuración. Traídas estas cartas al Senado y reconocidas las firmas y sellos, fueron condenados a muerte cinco de ellos, los más principales de parecer del Senado, y ejecutada la sentencia, y Catilina dado por rebelde, y mandado al otro cónsul, Gayo Antonio, que fuese contra él con ejército, donde murió como desesperado con muchos de los que se le habían juntado.

Con estas dos cosas quedó tan bien reputado Cicerón, así con el pueblo como con el Senado, que su parecer era el que gobernaba la República, en la cual autoridad se conservó algunos años hasta que vino en movimiento con un ciudadano muy principal y patricio, llamado Publio Clodio, por haber Cicerón jurado contra él en una causa de adulterio cometida contra su religión. Este, por hacelle mal y vengarse de él, se hizo adoptar de un ciudadano plebeyo para poder alcanzar el tribunado del pueblo, el cual no podía obtener ningún patricio. Alcanzado por este medio el tribunado, Clodio acusó a Cicerón delante del pueblo por haber muerto, contra las leyes Plocia y Sempronía, los ciudadanos principales de la conjuración sin parecer del pueblo.

Al tiempo del acusar, juntó Clodio todos los más alborotados ciudadanos y gran número de siervos armados, de que hinchó la plaza, de manera que Cicerón no osó parecer en juicio de temor de la fuerza y se salió de Roma. Y en ausencia, lo hizo condenar a destierro y confiscalle los bienes: le derribó la casa, le taló las granjas y le hizo todos los males y vejaciones que pudo. En esta persecución de Cicerón se echó de ver lo poco que hay que fiar en las amistades de hombres principales, pues se estuvo a la mira Cneo Pompeyo, a quien Tulio había obligado con muy buenas obras, por serles natural el pesalles que otros crezcan y se levanten a igualarse con ellos, y muchos principales que le tenían secretas envidias las descubrieron entonces.

Quiso Julio César, que era su amigo, librallo de este peligro, llevándolo consigo a Francia por su embajador hasta que pasase el tribunado de Clodio. Y le pareció al principio bien a Cicerón este consejo y así le dio la palabra de ser su embajador. Después,

mudó de parecer y retirósele de la palabra, de que César quedó tan ofendido que favoreció a Clodio contra él.

Pasado el año de la persecución de Clodio, vinieron otros cónsules y otros tribunos, que eran amigos de Cicerón, y particularmente dos tribunos, Publio Sestio y Tito Annio Milón. Y Pompeyo, arrepentido de la falta que con él había hecho y airado contra Clodio por cosas fuertes que Clodio había hecho contra él en su tribunado, se declaró en favor de Cicerón. Y todos trataron con el pueblo que revocase todo lo que Clodio había hecho contra Cicerón como cosa atentada por fuerza y no determinada conforme a la ley, lo cual el pueblo hizo. Y mandó que se le edificasen las casas y pagasen los daños de las granjas del dinero público, aunque no sin mucha contradicción y muertes, que sobre ello se siguieron resistiendo con armas la parcialidad de Clodio, de donde tuvieron principio las enemistades entre Clodio y Milón, de que sucedió que, topándose en un camino Milón y Clodio, trabaron entre sí una brega muy sangrienta, en que Clodio quedó muerto y Milón fue por ello desterrado, no bastando para defenderlo la elocuencia de su amigo. Pero esto sucedió años después de ser restituido Cicerón en su honra y dignidad.

Abrogadas las leyes de Clodio, fue restituido Cicerón en su honra y dignidad con mucho aplauso y solemne recibimiento desde Brandizo hasta Roma, viniéndole a ver y honrar todos los pueblos que estaban cerca del camino por donde él venía, tanto que se solía él jactar que Italia lo había traído sobre sus hombros. Tornó, pues, en Tulio su antigua dignidad de senador y consular, y aceptó lo que antes no había querido, que fue ir con cargo de prócónsul a la provincia de Cilicia, la cual gobernó con mucha bondad, prudencia y justicia por tiempo de un año, el cual acabado se volvió a Roma, la cual halló ya alterada con las guerras civiles entre César y Pompeyo.

Declarose por pompeyano cuando vio que no los podía reducir en concordia y amistad, acordándose de la buena obra que Pompeyo le había hecho en su restitución y de la mala de César, favoreciendo a Clodio contra él, y también porque le pareció que la causa de Pompeyo era por la libertad pública, y la de César, por su propia tiranía. Vencido Pompeyo en Farsala, no prosiguió el bando con los que quedaron, sino que dejó las armas y se volvió a Italia, donde César se reconcilió con él. Pero no lo empleó en cosa del gobierno, ni en cosa ninguna se sirvió de su consejo y parecer. Antes, por darle pena, mandó a Cneo Dolabela, que era uno de sus más privados y casado con Tullia, hija de Cicerón, que se descasase de con ella, que entre ellos se llamaba dar cédula de repudio y les era conforme a sus leyes permitido.

En este tiempo que duró la tiranía de César, Cicerón, como hombre desocupado de negocios, por entretener el tiempo se puso a escribir cosas de filosofía y escribió dos libros filosóficos, que andan con sus obras, y más los que se han perdido. Muerto César por mano de los Brutos y de los más conjurados, Cicerón se puso a defendellos muy de propósito y a perseguir a Marco Antonio, que levantaba el bando de César, contra el cual escribió las oraciones que él llamó *Filípicas*, a imitación de las que Demóstenes escribió contra Filipe, rey de Macedonia, padre de Alexandre; de do sucedió que en

la conjuración que después hicieron entre sí Marco Antonio, Marco Lépido y Octavio, que después se llamó Augusto César, fue por ellos condenado a muerte. Y por su orden le fue quitada la cabeza y puesta en la plaza en el mismo púlpito donde él había hecho muchas oraciones en favor de la República. Este es el fin que tuvo Cicerón, persona de tanta doctrina y elocuencia, y que tan celoso fue del bien público, que fue parte para que perdiese la vida antes que le obligase a ello la naturaleza. Le mataron siendo de sesenta y tres años.

Al principio no fue muy rico, pero después lo fue por habello dejado heredero muchos amigos, a quien él había defendido en sus negocios. Tuvo muchas virtudes y particularmente gran agradecimiento a los que le hicieron buenas obras. Fue algo ambicioso como hombre nuevo. Gustaba mucho que se hablase de él y de sus cosas e inducía a ello a los historiadores. Fue también algo demasiadamente libre en el decir donaires, cosa que le quitaba mucho de su autoridad y aún le acarreaba muchas malas voluntades. Tuvo de Terencia dos hijos: Tulia, que casó tres veces muy bien, una con Gneo Pisón, otra con Crassípede y la tercera con Cneo Dolabela. Murió de parto, cuya muerte sintió extremadamente Cicerón. El hijo salió hombre vicioso y así Plinio lo puso en el catálogo de los hijos que degeneraron de sus padres, aunque vino a alcanzar el consulado por la memoria del padre después, en tiempo de Octaviano.

Hizo Cicerón al cabo de su vida divorcio con Terencia por quejas que tenía de ella y casose con Publilia, moza rica y muchacha que estaba debajo de su tutela. Pero repudiola luego, porque entendió que se había alegrado de la muerte de su hija. Esto es lo que de la vida de Cicerón habemos podido recopilar, así de sus escritos como de los *Paralelos* de Plutarco.

LA VIDA DE VIRGILIO, ESCRITA POR CLAUDIO DONATO,
 VARÓN INSIGNE EN LETRAS HUMANAS, MAESTRO EN ELLAS DE SAN JERÓNIMO⁵
 [Gregorio Hernández de Velasco]

Publio Virgilio Marón tuvo padres pobres y especialmente lo fue Marón, su padre, el cual dicen haber sido alfarero. Nació a quince días del mes de octubre, en el año que fueron cónsules Pompeyo el Magno y Licinio Craso, a los seiscientos y ochenta y tres años de la fundación de Roma y sesenta y ocho años antes del nacimiento de Cristo. Nació en una Aldea de Mantua, que se dijo Andes. Maya, su madre, estando preñada de él, soñó la noche antes que le pariese que había parido un ramo de laurel y que le habían plantado en la tierra, y que había luego prendido y crecido hasta tener cuerpo de grande árbol, cargado de varias flores y frutas. El día siguiente, yendo su marido al campo, sintiendo dolores de parto, apartose del camino a una cueva o foso que se halló allí cerca y parió a Virgilio. Dícese de él que en su nacimiento no lloró, indicio grande de lo que después en él se vido.

Dícese asimismo que una rama de álamo blanco, que según costumbre de aquellos tiempos se plantó en el lugar del parto, prendió y creció de manera que en pocos días igualó a muchos otros álamos plantados mucho tiempo antes. Este álamo se dijo «el árbol de Virgilio», como consagrado a él, y se le tomó tanta devoción y se le hizo tanta reverencia que muchas de las mujeres que parían iban allí con gran religión a hacer gracias y a ofrecer votos por el buen suceso de sus partos.

Hasta la edad de siete años se crio en la ciudad de Cremona. A los diecisiete años se vistió la toga viril, siendo cónsules los mismos que lo habían sido el año en que nació. Y en este mismo día murió Ennio, aquel insigne poeta latino. Pasose de Cremona a Milán y de allí después a Nápoles, donde habiendo con grande instancia y cuidado aprendido letras griegas y latinas pasó al estudio de la medicina y matemáticas, en lo cual, como ya estuviese aventajado a todos los de su tiempo, vino a Roma y trabó estrecha familiaridad con el caballero mayor del emperador Augusto César. Y allí curó muchos de los caballos del Emperador de diversas enfermedades, por lo cual el Emperador le mandó dar la misma ración de pan que se daba a los otros oficiales de la caballeriza.

⁵ «La vida de Virgilio, escrita pr Claudio Donato, varón insigne en letras humanas, maestro en ellas de san Jerónimo», *La Eneida de Virgilio, príncipe de los poetas latinos, traducida en octava rima y verso castellano* [por Gregorio Hernández de Velasco], Alcalá, Juan Íñiguez de Lequerica, 1586, ff. ggg3v-ggg7v.

En aquella sazón, ciertos vecinos de Crotón, ciudad de Italia, enviaron a Augusto César un potro hermosísimo, que al juicio de cuantos le veían se esperaba que sería de grandísimo valor y de gran ligereza. Como le viese Virgilio, dijo al caballero mayor: «este potro es hijo de yegua enferma y ni terná fuerza ni ligereza, ni será de provecho». Y así se vido por experiencia, lo cual, como Augusto César entendiése, mandó que le doblasen la ración del pan. Pocos días después trajeron a Augusto César ciertos perros de España, presentados por cosa muy escogida. Virgilio, viéndolos, dijo luego de qué casta eran y que serían muy ligeros y muy de provecho en su menester. Y así lo aprobó la experiencia. El Emperador, entendiendo esto, mandole doblar segunda vez la ración del pan.

Dudando Augusto César si realmente era hijo de Octavio, como se decía, o de otro alguno, y entendiendo que Virgilio le podría sacar de la duda, pues tan bien había acertado en las naturalezas y condiciones de los caballos y de los perros, llamole en secreto y a solas le preguntó si sabía quién era y qué poder tenía para levantar y aventajar los hombres. Virgilio respondió: «Conózcote por César Augusto y entiendo que tienes poder casi igual con los dioses inmortales para enriquecer y hacer dichoso al que quisieres». Díjole Augusto: «Pues sabe que si conforme a lo que yo preguntare me respondieres la verdad, que tengo voluntad de te hacer dichoso y bien andante». Respondió Virgilio: «Deseo yo por cierto poder decir a V. M. la verdad de lo que me preguntare». Dijo Augusto César: «Hay opinión pública y común de que yo soy hijo ilegítimo de Octavio. Otros sospechan que soy hijo de otro padre. ¿Qué me respondes?». Virgilio, riéndose, dijo: «Fácilmente, si me das licencia, diré la verdad y lo que siento». Habiéndole asegurado Augusto César con juramento de que no solo no recibiría pesadumbre de cosa que le dijese, mas que le haría merced, Virgilio, fijando los ojos en el rostro y ojos de Augusto César, dijo: «Más fácilmente se pueden colegir las calidades y condiciones naturales de los otros animales por la vista exterior que las del hombre. Mas lo que yo de vuestra majestad sospecho y puedo rastrear de su naturaleza y descendencia, creo que vuestra majestad es hijo de panadero».

El Emperador, admirado de la respuesta, estaba entre sí considerando qué causa habría tenido Virgilio para decirle aquello. Virgilio, viéndole así, le dijo: «Oye, Emperador, la causa que tengo para lo que he dicho. Habiendo yo dicho y pronosticado cosas de grande importancia y momento, las cuales era imposible saberse y decirse sino por hombres muy doctos y muy aventajados en letras y prudencia, tú, con ser príncipe de todo el orbe, has mandado tres veces darme y doblarme ración de pan. Atento a esto, entiendo que eres panadero o hijo de panadero». Cayó muy en gracia al Emperador la libertad y donaire de Virgilio y díjole: «Pues entiende que de hoy más no serás tratado de mí como de panadero, sino como de Emperador de Roma». Y de allí adelante le estimó y amó mucho, y le encomendó a Asinio Polion, que era estrecho amigo del Emperador.

Fue grande de cuerpo, de color aguileña, de rostro bazo y grosero. Tuvo enfermedades de estómago y de garganta y de cabeza, que a tiempos le fatigaban. Echaba también

sangre por las narices y boca muchas veces. Comía y bebía muy poco. Fue tan honesto y tuvo siempre tanta modestia, y vivió tan virtuosa y ejemplarmente, que en Nápoles le decían «Partenias», que quiere decir 'doncella'. Y si alguna vez iba a Roma, donde era muy conocido, cuando entendía que le miraban y le seguían por la gran fama y raro nombre que tenía, se entraba huyendo en la primera casa que hallaba.

Llegó a tener gran suma de hacienda, allegada por la liberalidad de los señores y amigos principales, que le daban muchas cosas. Tuvo a Augusto César tan propicio que nunca le negó cosa que le pidiese. Enviaba a sus padres cada año desde Roma a Andes la suma de dinero que les bastaba para vivir honradamente. En hablar era tardo, tanto que parecía hombre ignorante. Siendo mozo tomó a cargo una causa o pleito en el tribunal romano y oró una sola vez. Al tiempo que en su mocedad comenzó a hacer versos, hizo un dístico para poner por epitafio sobre un hombre que se decía Balista, que había tenido fama de salteador, cuyo cuerpo estaba debajo de un gran montón de piedras, que dice así: «*Monte sub hoc lapidum tegitur Balista sepultus. Nocte dieque tuum carpe, viator, iter*».

Después escribió, siendo de quince años, el *Moreto* y las *Epigramas*, y la obra cuyo título es *Diras contra Bataro*, y las *Exequias del mosquito*. Escribió también la *Edna* en aquel tiempo. Y luego, comenzando a escribir las *Cosas romanas*, ofendido con la gravedad de la materia, pasó a la *Bucólica*. Después escribió la *Geórgica*, a contemplación y en honor de Mecenas, el cual le había favorecido contra los soldados de Claudio, que le quería quitar sus campos. Comenzó en fin la *Eneida*, obra heroica y de grande argumento, donde juntaron el caudal de la *Ilíada* y *Ulixea* de Homero.

Dícese de él que cuando escribía su poesía, por la mañana escribía mucha cantidad de versos, los cuales por todo el día limaba y polía, de manera que los reducía a muy pocos. Y decía él que hacía con sus versos lo que hace la osa con sus hijos, que los pare sin forma y distinción de miembros y lamiéndolos les da forma. Escribió la *Bucólica* a instancia de Asinio Polion en tres años. La *Geórgica* escribió en Nápoles, en la cual gastó siete años. La *Eneida* escribió, parte en Sicilia, parte en Campania, en once años. Sucedióle tan prósperamente la *Bucólica* que en su tiempo se representó muchas veces en teatros públicamente. Estimole en tanto Marco Tulio que, oyendo ciertos versos suyos, dijo de él estas palabras: «*Magnae spes altera Romae*», las cuales palabras el mismo Virgilio injurió en el libro 12 de su *Eneida*.

Pronunciaba lo que decía con gran suavidad y con maravillosa gracia. Luego como salió a luz una parte de su *Eneida*, fue tanta la estimación que con ella cobró que Propercio, poeta singular de aquel tiempo, dijo de él estas palabras: «*Cedite Romani scriptores, cedite Graii. Nescio quid maius nascitur Iliade*».

El emperador Augusto César, estando en la guerra de Vizcaya, escribió a Virgilio, rogándole que le enviase algún pedazo de lo que había compuesto de la *Eneida*, que deseaba mucho verlo. Virgilio le respondió que su Majestad le perdonase, que no podía hacerlo por entonces. Mucho tiempo después le recitó tres libros enteros de la *Eneida*, el segundo y cuarto y sexto, y llegando en el dicho sexto libro a aquellos versos donde

trata de Marcelo, sobrino de Augusto César, hijo de Octavia, su hermana, a quién él había adoptado por hijo y después casádole con Julia, su hija, el cual murió muy mozo, oyendo los versos Octavia, su madre, fue tanto su dolor y sentimiento de oírlos que se desmayó. Y después de vuelta en sí, mandó dar a Virgilio por cada verso de los que había recitado diez sestercios.

A los cincuenta y dos años de su edad, emendó y limó con mucho cuidado la *Bucólica* y *Geórgica*. Y por hacer lo mesmo en la *Eneida* y dejarla limada y acabada del todo, parecióle irse a Grecia y allí gastar tres años en ella, para después, descuidado de poesía, darse del todo a la filosofía y a las ciencias importantes. A esta sazón venía Augusto del Oriente y, juntándose con él en Atenas, determinó de volverse con él a Roma. Y en la primera jornada cayó en una enfermedad grave, la cual, como con la navegación se acrecentase, llegado a Brundusio, ciudad de Calabria, que oí se dice Brandizo, en pocos días murió a veinte y dos de septiembre del año en que fueron cónsules Cayo Sencio y Quinto Lucrecio, a los cincuenta y dos años de su edad.

Estando ya cierto de que se moría, pidió con mucha instancia muchas veces todos sus escritos y papeles para hacerlos quemar allí delante de sí. Y negándoselos sus amigos dejó en su testamento mandado que quemasen todas sus obras. Mas Tuca y Varo, poetas de aquel tiempo, amigos suyos, le dieron a entender que Augusto César no lo había de permitir. Virgilio, creyéndolo así, rogó a los dichos Tuca y Varo que se encargasen de sus escritos con tal condición que no añadiesen palabra a lo que él dejaba escrito. Y que si algunos versos quedasen comenzados, los dejaran así. Mandó llevar su cuerpo a Nápoles, ciudad donde él había vivido mucho tiempo muy a su gusto.

Estando ya muy cerca de la muerte, hizo este dístico para epitafio de su sepultura: «*Mantua me genuit, Calabri rapuere, tenet nunc / Parthenope, cecini Pasqua, Rura, Duces*». El emperador Augusto César, luego que supo la muerte de Virgilio, mandó pasar su cuerpo a Nápoles y enterrarlo con gran solemnidad en la sepultura que él se había señalado. Y mandó poner sobre ella en una piedra el dicho epitafio. *Laus Deo*.

VIDA DE VIRGILIO⁶
[Cristóbal de Mesa]

Siendo Pompeyo Magno y Licinio Crasso cónsules nació Publio Virgilio Marón a quince de octubre en una aldea de la ciudad de Mantua, que se dijo Andes. Fue en su niñez pobre. Y cuando tuvo edad, estudió con muy doctos maestros en varias ciudades. Primero en Cremona y después en Milán, y últimamente en Nápoles, donde ejerció su ingenio en continuos estudios.

Sábase por antigua tradición que el mismo día que se vistió toga viril murió Lucrecio. Tuvo tanta modestia y fue tan vergonzoso que vulgarmente le llamaban el Doncel, lo cual, después de muchos, testif[ic]a el poeta Ausonio en la epístola de Paulino. Servio dice que escribió ocho obras varias. Imitó al poeta Teócrito en las *Bucólicas* y a Hesíodo en las *Geórgicas*, y en la *Eneida*, de los griegos, a Partenio, Pisandro, Apolonio Rodio y principalmente a Homero, y de los latinos a Enio, Livio Andrónico, Nevio y Lucrecio y otros muchos, como advi[e]rte Macrobio y otros.

Otaviano Augusto, que en aquel tiempo felicemente gobernaba el Imperio y era excelente en la facultad poética, se deleitaba en leer y oír los versos de Virgilio, tanto que le escribía muchas cartas que testificaban su mucha amistad y benevolencia, como Símaco refiere. Estacio Papinio y Silio Itálico así estimaron las obras de Virgilio que decían que no tenían mayor deseo que de imitar la majestad de sus versos. Y cuando Fabio Quintiliano habla de los poetas latinos, constituye a Virgilio por príncipe de todos ellos, lo cual también sintió Domicio Africano cuando le dio el segundo lugar después de Homero.

No faltaron antiguos de tan mal ingenio que se atrevieron a reprehender a Virgilio, diciendo que era falto de toda elegancia poética. Carbilio gramático compuso un libro de los errores de Virgilio, y otros, notando sus hurtos, lo culparon de mal ladrón, como refiere Macrobio. César Calígula no dudó de afirmar que Virgilio no tenía ingenio ni doctrina y, como dice Suetonio, estuvo en punto de mandar quitar de todas las librerías sus obras y sus retratos. Pero los que tienen suma erudición y grande autoridad y opinión en la Antigüedad afirman que es principal alabanza y gloria de Virgilio que con ningunos loores crezca, ni con ningún vituperio se desminuya.

⁶ «Vida de Virgilio», *La Eneida de Virgilio de Cristóbal de Mesa*, Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1615, ff. a7r-a8v.

Sabida cosa es que mandó en su testamento que quemasen su *Eneida* como obra que dejaba imperfecta y por enmendar, por cuya causa hizo el emperador Augusto aquellos versos tan celebrados de todos los antiguos, que comienzan: *Ergo ne supremis potuit vox improba verbis*. Entre los principales amigos tuvo a Asinio Polion, Cornelio Galeo, Quintilio Varo, Horacio Flaco y a Mecenas, con quien trató con suma familiaridad, y fue tan acepto al emperador Octaviano por singular modestia y las demás virtudes que nunca le negó cosa que le pidiese.

Cornelio Tácito dice que Virgilio fue tan venerado del pueblo romano que se levantaban a él en el teatro oyendo sus versos, haciéndole la misma honra que a Otaviano. Dícese que vivía cabe los huertos de su amigo Mecenas y que solía muchas veces, para recrear el ánimo y alentar el ingenio, retirarse a Campania, porque la amenidad del lugar le ayudase para acabar las obras que tenía comenzadas.

Helio Melisso Gramático dice que Virgilio era un poco tardo en el hablar y hombre silvestre. Lo que hay escrito de sus motes con César Augusto y de sus contiendas con Cornificio Gramático y de los versos puestos en las puertas de palacio no lo contradigo ni lo refiero.

Murió en Brundusio, ciudad de Calabria, ocasionándosele la enfermedad de los muchos calores del camino, viniéndose a ver con el Esperador, que volvía de Oriente. Poco después trajeron su cuerpo a Nápoles, donde fue sepultado y puestos en su sepulcro estos versos por epitafio:

*Mantua me genuit, Calabri rapuere tener nunc
Partenope, cecini Pascua, Rura, Duces.*

Lo cual también refiere Eusebio. Celebraron su muerte muchos buenos espíritus, entre los cuales Cornelio Galo, con versos a Augusto César, que comienzan:

*Temporibus laetis tristamur maxime Caesar
hoc uno amisso, quem gemo Virgilium.*

De su figura y persona y las virtudes de su ánimo escriben tanto varios autores que sería largo referir en este lugar.

[7]

EXPOSICIÓN DEL ÁNIMO DE VIRGILIO
Y LA CAUSA QUE LE MOVIÓ A ESCRIBIR ESTAS ÉGLOGAS⁷
[Juan Fernández de Idiáquez]

Virgilio fue natural de una aldea a tres millas de Mantua, llamada Andica. Fue hijo de un labrador llamado Virgilio y de su mujer, Maya Pala. Nació a quince de octubre, siendo cónsules Licinio Craso y Pompeyo Magno. Escribió estas églogas, siendo de veinte y ocho años, por congraciarse con Alfeno Varo y Asinio Polión y Cornelio Galo, su condiscípulo, por cuyo favor él había cobrado sus heredades y hacienda. Para esto es de saber que, muerto Julio César en el Senado por los conjurados, como los soldados veteranos sin consentimiento del Senado hubiesen elegido por su capitán general a Octaviano Augusto –casi niño–, se levantaron de nuevo las guerras civiles entre el Augusto y los matadores de su padre Julio César, que eran Bruto y Casio, y después entre él y Marco Antonio, porque repudiando la hermana del Augusto, con la cual estaba casado, tomó a Cleopatra, reina de Egipto. En las cuales, el Augusto quedó vencedor, no habiendo dejado vivo ninguno de sus enemigos, y así tornó victorioso y triunfante a Roma.

En estas guerras, hubo muchos bandos y parcialidades, que muchas ciudades de Italia favorecían la parte contraria de Octaviano, entre los cuales una fue Cremona. Por lo cual, indignado el Emperador contra los cremonenses, repartió sus heredades entre los soldados veteranos, las cuales no bastando, según el número de los soldados, tocó también perder parte de las suyas a muchos de los mantuanos, no por culpa que ellos tuviesen, mas por confinar las heredades de Mantua con las de Cremona. Entre los mantuanos que perdieron sus tierras fue uno Virgilio, cuyas heredades cupieron en la partija a un centurión llamado Arrio. Virgilio, sintiéndose mucho de esta pérdida, se fue a Roma, donde con favor y ayuda de sus amigos alcanzó que le fuesen restituidas sus tierras y así tomó con letras patentes a cobrarlas. De lo cual se enojó tanto el centurión que, como le vio, con grandísima cólera echó mano a la espada para matalle. Virgilio escapó de sus manos huyendo y de tal manera que para salvarse se le convino pasar el río Mincio a nado, lo cual quiso él significar en la égloga tercera cuando dijo: «¿No veis cómo el carnero está secando aun hasta agora su vellón peloso?».

⁷ «Exposición del ánimo de Virgilio y la causa que le movió a escribir estas églogas», *Églogas de Virgilio traducidas de latín en español* por Juan Fernández de Idiáquez, Barcelona, Pedro Malo, 1574. Se toma la edición de Escobar (2002: 288-289).

Visto esto por Virgilio, tornó a Roma, donde con favor de Mecenas y de Polión y del mismo Augusto hizo tanto que cobró su hacienda. En estas églogas imitó Virgilio a Teócrito, poeta griego natural de Zaragoza de Sicilia, pero no las publicó por el orden que las compuso. Porque, como por ellas mismas parece, la égloga nona es donde se queja del haber perdido sus heredades y la primera es donde da las gracias de haberlas cobrado que, según estilo común, había de ser al revés. La razón que a esto le movió, según algunos, es que como este libro se había de leer en tiempo de Augusto, imaginó que le ofendería [s]i luego al principio salía con quejas, y así quiso entrar con las gracias. Tampoco puso las quejas en la última égloga porque, ordinariamente en la composición de cualquier obra, se lee con más atención el principio y el fin, donde se presume que el autor pone más estudio y diligencia, por hacer que los lectores miren con más atención la obra y los deje con buen gusto.

LA VIDA DE MARCO ANNEO LUCANO
 SACADA EN SUMA DE LOS MÁS AUTÉNTICOS AUTORES⁸
 [Martín Lasso de Oropesa]

Anneo Séneca, varón docto y de estimación natural y nacido en Córdoba, siendo ya hombre de edad, se fue a vivir a Roma, que era la corte y cabeza del mundo. Y luego fue hecho de la orden de los Caballeros. Este había habido en Córdoba de Albina, su mujer, tres hijos varones: a Lucio Anneo Séneca, que fue el gran filósofo y maestro de Nerón, y a Julio Gallion y a Anneo Mela, al cual, que era el menor de los tres, dejó en casa cuando se fue a Roma para que administrase la hacienda. Y en ausencia fue también hecho caballero romano.

Casose en Córdoba con Caya Acilia, hija de Acilio Lucano, orador y hombre de gran ingenio, y tenido en mucha reputación por todos los gobernadores romanos que iban a aquella provincia. Y de ella hubo a nuestro autor, Marco Anneo Lucano, que tomó el sobrenombre del abuelo de parte de madre. Y nació a cuatro días de noviembre, muy pocos años después de la pasión de nuestro redentor. Y luego se fue el padre a Roma por vivir entre sus hermanos y cansado ya de administrar la hacienda. Y llevó consigo a Lucano, de ocho meses, del cual cuentan como de Hesíodo, y después del santo Ambrosio, que estando en la cuna le cercó un enjambre de abejas y que se le asentó en la boca, significando la suavidad y dulzura que hoy vemos en sus versos.

Una cosa es cierta, que él fue muy docto y muy elocuente en latín y en griego, y gran filósofo. Y que escribió muchas más obras, sino que la confusión de los tiempos que han pasado las consumieron, que no quedó sino esta *Farsalia*, donde escribe la revuelta de Roma, que fue una manera de comunidad, siendo de la una parte capitán Cesar, y de la otra, Pompeyo. Todos los autores de su tiempo y los que después fueron le loaron en gran manera y sin discrepar le dan el segundo lugar, dejando a Vergilio en el primero. Y aún Estacio dice que la *Eneida* de Vergilio reverenciará a Lucano cuando le vea cantar sus versos. Una cosa no podrá Vergilio dejar de conceder: que nuestro autor escribió historia siempre verdadera y grande, y atado al hilo de ella. Y él íbase por donde quería, cogiendo las flores que más hermosas le parecían para hacer la guirnalda de su *Eneida*, sin curar cosa tan perfecta y quedarse en el primer lugar.

⁸ «La vida de Marco Anneo Lucano, sacada en suma de los más auténticos autores», *La historia que escribió en latín el poeta Lucano*, [S.l.], [s.n.], 1540, ff. a4r-a4v.

Fue Lucano casado con Polla Argentaria, muy docta y muy buena, y en quien colocó Estacio toda virtud que a mujer se puede atribuir. Amola mucho y ella le ayudó –según cuentan– a corregir los tres libros primeros de esta obra, y corrigió sola los otros siete, porque a él no le dio lugar para los corregir la crueldad de Nerón, que le mandó se matase antes que cumpliese veintiocho años. Aunque, hablando verdad, no lo mandó Nerón sin razón, porque allende de otros sinsabores que ya tenía con Lucano, que tuvieron origen sobre la competencia que había entre ellos en la composición de los versos, por donde se comenzaron a desavenir del amor que antes Nerón le tenía y de la continua conversación y familiaridad que entre ellos había, Lucano conjuró contra Nerón con otros algunos, cuya cabeza y principal era Pisón, mancebo de muy noble sangre y muy amado de todos; la cual conjuración, sabida por Nerón, dejó a la elección de Lucano escogiese la muerte que quería morir. Y él, haciéndose abrir las venas por muchas partes, dicen que, mirando los hilos de la sangre, cantaba unos versos que él mismo había compuesto, que están en el tercer libro de esta obra, dichos de un caballero que, en aquella batalla por mar de Marsella, murió salida así la sangre por todas sus venas rotas, que le quebraron en dos partes el cuerpo. Mandole después Nerón honradamente sepultar. Como era hombre de suerte y alto ingenio y muy rico, siempre fue tenido en mucho y amigo de los principales de su tiempo. Pero a los que él estimó fueron los que más valían en letras, como se ve en la grande amistad que tuvo y perpetua con Persio, cuyas sátiras hoy día tenemos.

Cuando fue descubierta la conjuración, se mostró flaco. Y así hizo flaquezas para librarse. Pero ya sabido que había de morir, se determinó como hombre honrado y varón. Muy más larga fuera esta obra suya si la muerte no se travesara, según parece significar cuando propone al principio y después dentro de la obra, que toca algunas veces las guerras que después pasaron entre Augusto César y Sexto Pompeyo, hijo de Pompeyo, y entre Marco Antonio y Augusto, y todas, en fin, las guerras civiles que después de muerto Julio César hubo. Y en el libro último se ve que está por acabar. Pero los que nos dejó escritos, es averiguado ser lo mejor que hay en la lengua latina, que sea historia verdadera y verso.

LA VIDA DE P. OVIDIO NASÓN,
SACADA DE SUS MISMOS LIBROS⁹
[Pedro Sánchez de Viana]

Pareciome no haría pequeño servicio a los que no saben latín, devotos de Ovidio, si ante todas cosas escribiese su vida. Fue, pues, este excelente poeta natural de Sulmo, pueblo de los pelignos, como él afirma en el libro 4 de *Tristibus*, diciendo: «Sulmo es mi patria clara y abundante de frescas aguas, que de la gran Roma está noventa mil pasos distante». Fue llamada así de Solemo, compañero de Eneas, fundador de aquella ciudad, como él mismo dice, 4 de los *Fastos*.

Fue de sangre noble y caballero, como en muchas partes dice, muy rico de patrimonio, como consta de sus escritos en el *Ponto*. Tuvo su casa junta con el Capitolio, como dice 1 *De Tristibus*, y un hermano doce meses justo mayor que él, porque ambos nacieron en un mismo día, que fue a diecinueve de marzo en las fiestas de Minerva, siendo cónsules Hircio y Pansa, los cuales ambos murieron cerca de Mutina en la guerra Antoniana.

Como estudiase juntamente con su hermano en Roma gramática y retórica de preceptores clarísimos, fue constringido de su padre a estudiar leyes, diciéndole que las letras de humanidad eran inútiles. Y aprovechó en ellas mucho y gozó de oficios y cargos honrosos. Pero como el seguir la audiencia fuese carga más pesada que sus fuerzas suficientes para llevarla, dejada aquella manera de vida, se dio a seguir las dulces musas.

Fue grande amigo de los poetas de su tiempo, estimándolos en mucho, y fue de ellos pagado en la misma moneda, lo cual todo escribe elegantísimamente en el mismo 4 *De Tristibus*. Fue benigno en tanta manera que ninguno de sus libros mordió a nadie y por eso ninguno reprehendió sus dulcísimos versos. Bien acostumbrado y modesto en extremo, amigo de poco vino y ese muy aguado, enemigo en gran manera del vicio detestando, usado con gran libertad en aquellos tiempos y no del todo olvidado en estos.

Tuvo tres mujeres, de las cuales repudió a las dos. Pero con la tercera vivió conjuntamente, de la cual hubo una hija y otros hijos, y de la hija, nietos, lo cual él dice en el cuarto *De Tristibus*. Pero como hubiese ignorantemente ofendido al emperador Augusto César, fue desterrado de él al Ponto Euxino siendo de cincuenta años. Des-

⁹ «La vida de P. Ovidio Nason, sacada de sus mismos libros», *Las transformaciones de Ovidio, traducidas del verso latino en tercetos y octavas rimas por el licenciado Viana en lengua vulgar castellana*, Valladolid, Diego Fernández de Córdoba, 1589, ff. 7r-8v.

cribe su partida de Roma, las lágrimas y sentimiento de su mujer y familia, la dura y peligrosa navegación suya en el primero *De Tristibus*. Y en el primero del *Ponto*, en una elegía a Rufino, escribe la esterilidad, miseria, frío y pobreza de todo bien que había en la desventurada tierra adonde estaba desterrado.

Dos causas pone de su destierro, la una de las cuales confiesa en muchas partes y la otra siempre la encubre y calla. Muchas veces culpa a los libros del *Arte del amar*, dando a entender que por ellos comenzó a caer de la privanza del Emperador. Y haber visto alguna cosa por error confiesa haber sido ocasión de su destierro. Pero cuál haya sido este error, en ninguna parte lo manifiesta por no irritar la ira de Augusto contra sí. Pero cuanto menos noticia tenemos de este yerro, tanto mayor deseo hay en algunos de saber cuál fuese, de los cuales parte sospecharon que Ovidio vio alguna vez al Emperador ocupado en algún gran pecado secreto por no haber en palacio puerta cerrada para él: tan privado era del César. Mas esta opinión parece falsa, que no es de creer el poeta hiciera de este yerro tantas veces mención, tratando de aplacar al Emperador, pues fuera renovarle su delito y exacerbar su enojo antes que moverle a misericordia como él deseaba.

Otros dicen que amó el poeta debajo del nombre de Corina a una hija de César Augusto, la cual, como dice Plinio y Suetonio Tranquilino, tuvo ruin fama y fue por adúltera condenada. Y esta opinión da a entender Sidonio poeta diciendo:

Et te carmina per libidinosa
notum Naso tener, tomosque missum
quondam Cesarea nimis puellae
falso nomine subditum Corinae.

Las desventuras que padeció en su destierro sería cosa larga de contarlas. Pero no fuera de propósito acabar la relación de su vida con relatar los títulos de los que compuso. Luego que mancebo escribió muchos versos a diversos propósitos amorosos. Después, las cartas amorosas, y de más edad, los libros amatorios y los tres del *Arte del amar* y los dos del *Remedio del amor*. Doce libros de los *Fastos* antes de su destierro, los cuales dedicó a César Germánico estando ya desterrado, aunque por culpa del tiempo carecemos de los seis, como también de la tragedia *Medea*, en la cual se echaba de ver, según Fabio Quintiliano, cuánto pudiera y valiera con su ingenio este celeberrimo poeta, si con moderación y templanza, y no a rienda suelta, usara de él.

Los libros de las *Transformaciones* escribió después, los cuales al tiempo que salía desterrado de Roma entregó al fuego por parecerle no estaban tan limados como él quisiera. Pero no bastó tal crueldad para que careciésemos de ellos, porque ya había en la ciudad en poder de algunos curiosos traslados, de los cuales resultó venir a nuestras manos esta excelente obra.

Estando ya en el destierro, escribió los libros del *Ponto*, *De Tristibus*, el *Triunfo* de César en elegantísimos versos, de la cual carecemos. Escribió el libro *Ibn Ibin*, y como

se enteró que había de morir desterrado, escribió a su mujer que luego que muriese hiciese traer sus huesos a Roma. Y mandola que sobre su sepultura pusiese este epitafio:

Hic Ego qui iaceo tenerorum lusor amorum
Ingenio peri Naso poet meo,
At tibi qui transis ne sit grave quisquis amasti,
Dicere, Nasonis molliter ossa cubent.

El cual epitafio yo traduje así:

Quien yace en esta fría sepultura
soy Ovidio, escritor tierno amoroso.
Mi ingenio me causó la muerte dura,
la vida me costó ser ingenioso.
Mas tú que pasas, si de la atadura
Supiste del amor, toma reposo
y dale a aquestos huesos, suplicando
a Dios le dé quietud y asiento blando.

VIDA DE OVIDIO¹⁰
[Diego Mexía de Fernangil]

Publio Ovidio Nasón fue de noble sangre y caballero romano, natural de la ciudad famosa de Sulmo y que hoy lo es en Italia. Nasón, su padre, fue muy rico y él asimesmo gozó de próspero patrimonio, según él lo afirma en el libro de *Ponto*. Tuvo un hermano mayor un año y, lo que es de notar, que nacieron en un día, a los catorce de marzo, siendo cónsules en Roma Hircio y Pansa, los cuales murieron en la guerra Antoniana. Y como los dos hermanos estudiasen en Roma, resplandeció Ovidio en retórica y poesía sobre todos los de su edad. Pero juzgando el padre ser este estudio de tan poco fruto y utilidad, como lo es en nuestros tiempos, persuadióle y aun le forzó a que estudiase leyes. Estudiólas y, mediante su divino ingenio, alcanzó en ellas amplíficos honores. Mas como tuviese por pesadísima carga la toga y los letrados y audiencias lo enfadasen, dándoles de mano, se volvió al estudio de las suaves musas.

Reverenció a los poetas sus antecesores y trató benevolentemente con sus compañeros. Fue tan suave y apacible en cuanto escribió que, según veremos en su invectiva, jamás hizo sátira ni ofendió a persona con sus versos, virtud tan admirable y tan dina de imitación de los cristianos poetas que, cuando en este ilustre varón no se hallara otra cosa, merecía ser muy estimado. Fue de virtuosas costumbres; bebía poco vino y muy aguado, y con sumo estudio y pureza de ánimo huyó el pecado abominable, por cuya razón leo sus obras con aficionados ojos, pues no entiendo que otro poeta en aquellos tiempos se puede alabar de esta excelente virtud.

Tres veces fue casado. Repudió las dos mujeres, y con la tercia vivió amantísimamente, por las virtudes que él canta de ella en los libros de su destierro. De más de algunos hijos, tuvo dos hijas, y según algunos autores, una sola, de la cual fue hecho abuelo. Sucedió pues que, ofendiendo gravemente al Emperador Augusto Cesar, sin quererlo Ovidio ofender, fue desterrado a unas islas del Ponto Euximo, siendo de cincuenta años. Las causas diremos en el argumento del *in Ibn*.

Escribió antes de su destierro las epístolas que llamó *Heróidas*, que son las traducidas. Derivó la etiología de este nombre, según el glorioso san Agustín en el décimo de la *Ciudad de Dios*, de un hijo de la diosa Juno, la cual, en lengua griega, es dicha Hera, que es lo mesmo que 'acria' o 'celeste' en latín, y de aquí su hijo fue llamado Hero. Y

¹⁰ Vida de Ovidio», Primera parte del Parnaso Antártico de obras amatorias, Sevilla, Alonso Rodríguez Gamarra, 1608, f. a6v-a8r.

como la ciega gentilidad tuviese a Juno o Hera por suprema diosa del cielo, seguía-se que estimasen a su hijo Hero por el más célebre y famoso de la tierra. De aquí, a todos los hombres ilustres por sangre o por hazañas célebres llamaron heroicos, y a los versos con que los celebraban los poetas dieron el mismo nombre, el cual ha llegado a nuestros tiempos. Y asimismo las mujeres ilustres se intitularon heroidas, de donde estas epístolas tienen el título por ser escritas de mujeres principales.

Compuso asimismo cinco libros de obras amatorias, que, reduciéndolos a tres, los dirigió a su Corina. Y de más de los cinco de *Arte amandi* y *Remedio amoris*, escribió los quince de sus *Transformaciones*. Y como antes de los limar fuese desterrado, consagroslos al fuego, siendo dignos de eternizarse. Pero como hubiese dado en Roma un traslado, no permitió el cielo que quedásemos huérfanos de tan grande tesoro, en el cual resplandecen y hallamos todas las partes que en un excelente y consumado poema épico se desean, porque la imitación es única; la disposición, admirable; los tropos y las figuras, muchas y excelentes; los metros, puros; el lenguaje, casto y artificioso y lleno de majestad; la encadenación de las cosas, la más rara que hasta hoy se ha visto en poema.

Escribió también la tragedia de *Medea*, donde afirman graves autores que mostró el resplandor de su ingenio. Compuso en su destierro los de *Tristes*, los de *Ponto*, el *in Ibin*, el *Triunfo de Cesar* y otras muchas obras, parte de las cuales gozamos y parte, y no pequeña, ha consumido el avaro tiempo.

Vivió en el destierro ochos años, cantando en ellos como el cisne que su fin barrunta. Y murió siendo de pocos más de cincuenta y ocho. Pero su nombre y gloriosa fama vivirán en sus escritos en tanto que durare la memoria de los hombres, como él mismo lo predijo de sí en el tercero de *Tristes*, y Propercio en el tercero de sus elegías, cuyos versos, para los curiosos, son estos:

Ovidio

*Singula quid referam? Nihil non mortale tenemos
pectoris exceptis ingenique bonis.
En ego cum patria caream, vobisque, domoque
raptaque sint adimi, quae potuere mihi,
ingenio tamen ipsi meo comtiorque favorque;
Cesar in hoc iuris potuit habere nihil.
Quilibet hanc saevo vitam mihi finiat ense
me tamen extincto fama superstes erit.*

Propercio

*At non ingenio quaesitum nomen ad aevo
Excidit ingenio, stat sine morte deus.*

LA VIDA DEL POETA OVIDIO NASÓN¹¹

[Juan de Gaitán]

Ovidio, sabio poeta, nació en la ciudad de Sulmo, que está en la región de Peligna. Fue caballero y de la familia y linaje de los Nasones. Tuvo rico patrimonio; estuvo su casa junto al Capitolio, que es como agora Audiencia o Consistorio. Tuvo un hermano mayor que él 12 meses, y lo que es de maravillar, que nació en el propio día que su hermano, en las quincuagintas de Minerva, que era una fiesta a primeros de marzo, cuando eran cónsules Hircio y Pansa, los cuales murieron en la ciudad de Mantina, en la guerra de Antonio.

Estudió juntamente con su hermano gramática y leyes, aunque tenía más deseo de oír poesía, sino que obedeció a su padre. Mas después que fue muerto, se dio a las letras humanas y tuvo por maestro a Marco Varrón.

Fue de buen ingenio y condición, y de buena complisión, razonable estatura. Bebía poco vino y bien aguado. Tuvo tres mujeres: las dos de ellas repudió y con la postrera vivió muy bien, y en ella tuvo una hija, de la cual hubo un nieto. Desterróle César Augusto por dos causas: la una cuenta y la otra calla. Unos dicen porque tuvo cuenta con la hija de César, mas esto no es de creer, porque César le mandara matar. Otros porque la procuró. Otros porque tuvo cuenta con una criada de César. Otros porque deshonoró a la hija de César. Por cualquier cosa que sea, él fue desterrado de Roma allá en el Ponto a los vesos y getas, en la ciudad de Tomos. Tenía cincuenta años y estuvo en él ocho y algunos meses. Murió al fin de ellos y tiene sepulcro en la entrada de la ciudad de Tomos. Mas él da la causa de su destierro haber sido el libro *De arte amandi* y un billete que envió a la hija de César. Al fin, tenía grande esperanza que le sería alzado o mudado el destierro.

Muchas cosas nos dejó escritas de su ingenio: parte, antes del destierro, como *Los metafoseos* y el libro *De remedio y Arte amandi*, y *Las epístolas*, y *ad ibin*, *A Livia*, de la muerte de Druso, la comedia de *Medea*. Después, en su destierro, compuso muchas epístolas de los *Heroides* y otras cinco a Corina, que después mudó en tres, y otro libro de los malos poetas, el cual no le tenemos, y otro del triunfo de César, y *ad Pices*. Y escribió en lengua de los getas sobre la alabanza de César. Y aquel libro de los peces no le acabó, más después fue acabado por Opiano en griego y le dedicó al emperador Antonino.

¹¹ «La vida del poeta Ovidio Nasón», *Versiones de obras de Ovidio, Horacio y san Jerónimo*, BNE, ms. 7892, ff. 1r-2r.

También hay muchas obras que dicen haber compuesto Ovidio, como *De nuce*, *De medicamine faciei*, *De pulice*, *De somno*, *De cuculo*, *De Aurora*, *De Filomena*, *De Limace*, *De vetual*, *De quattuor humoribus*, los cuales dé reír decir habello compuesto, fuera del *De nuce* y *medicamine*, lo cual, si lo compuso, sería como principiante, compuso más los *De tristibus*, *De Ponto*, *De fastos* y otros muchos.

Esta es la vida del famoso poeta Ovidio, al cual en ingenio y en la manera de su verso y en elegancias ninguno de los antiguos le igualó, como lo refiere Lucano sabiamente en el *Segunde declamacionum*, y declara su ingenio acerca de la comedia de *Medea*. Eusebio escribe cómo fue desterrado, a cincuenta y dos años de la gobernación de César Augusto, y murió a cinco años del imperio de Tiberio, en la ciudad de Tomos, y cerca de cincuenta y nueve años.

LA VIDA DE TERCENCIO ESCRITA POR ELIO DONATO¹²

[Pedro Simón Abril]

Publio Terencio Africano, natural de Cartago, fue en Roma esclavo de Terencio Lucano Senador, el cual por su habilidad y buena gracia no solamente lo instruyó en las artes liberales, pero aun en breve tiempo lo libertó. Algunos son de opinión que fue por guerra cautivado, lo cual no ser posible prueba Fenestella, pues nació y murió Terencio entre el fin de la Segunda Guerra Púnica y principio de la Tercera. Y ya que alárabes o gétulos le prendieran, no pudiera venir a manos del capitán general romano, pues no había contratación entre los italianos y africanos hasta después de la destrucción de Cartago.

Fue Terencio muy cabido con los principales de Roma, pero mayormente con Escipión Africano y con Lelio, en cuya gracia dice haber caído por la gentileza de su persona. Pero esto también lo refuta Fenestella probando haber sido mayor de días que cualquiera de ellos, aunque Cornelio Nepote dice haber sido todos iguales en la edad. Porcio hace sospechosa la familiaridad de estos en estos versos.

Por el seguir el garbo y gallardía
de los nobles y falsas alabanzas,
por gozar con orejas deseosas
de aquella voz divina de africano,
por se preciar de ser muy convidado,
de Furio y aún de Lelio y sus amigos,
por pretender de ser de ellos muy bien quisto,
indo muy a menudo al campo albano,
amado por su edad y su hermosura,
perdida hacienda y bienes el cuitado,
vino a necesidad y gran pobreza.
Y así se fue de Roma muy corrido
hasta la última tierra de la Grecia.
Murió en Stymphalo, pueblo de la Arcadia.
Ni Escipión, ni Lelio ni aún su Furio
cosa ninguna al triste le valieron,
aunque eran tres ilustres ciudadanos

¹² «La vida de Terencio escrita por Elio Donato», *Las seis comedias de Terencio escritas en latín y traducidas en vulgar castellano por Pedro Simón Abril*, Zaragoza, Juan Soler, 1577, ff. a1r-a7v.

que llevaban el peso del gobierno.
Ni pudo el favor a estos valer tanto
al triste, que siquiera una casilla
tuviese de alquiler donde pudiese
traer la nueva el siervo de la muerte.¹³

Compuso seis comedias, de las cuales la primera, *Andria*, cuando la presentó a los fieles, mandaron se la recitase a Cerio. Llegando a su casa, como venía con traje de poca estofa y lo halló cenando, dicen le mandó recitar el principio de la comedia sentado en un escabel junto de su cama, y que a cabo de pocos versos le convidó cenase con él y que lo hizo. Y después de cena se la acabó de recitar con gran contento y admiración del Cerio. Y que así aquella como las demás cinco cayeron al pueblo muy en gusto, aunque Volcatio en la orden de ellas dice de esta suerte: «Será entre ellas la *Hecyra* la sexta».

El *Eunuco* fue dos veces representado y mereció mayor premio que ninguna otra comedia de ningún otro poeta, que fueron doscientas coronas, y por esto ponen en el título la suma. Y aún el principio de los *Adelfos* Varrón lo prefiere al principio de Menandro.¹⁴ Por muy cierto se tiene que Terencio en el hacer de sus comedias se valió del ayuda de Lelio y Escipión, con quien él tenía mucha familiaridad, la cual fama él la acrecentó porque nunca él de esto se defiende sino ligeramente, como en el prólogo de los *Adelfos*: «Porque cuanto a lo que estos maliciosos dicen, que personas nobles / le favorecen y con él juntamente escriben, / lo que ellos reputan por una grave afrenta, / nuestro poeta lo tiene por muy gran honra, / pues agrada a aquellos que a todos vosotros y al pueblo agradan, / de cuyo favor en la guerra, en la paz, en los negocios, / quien quiera se ha valido en su sazón sin arrogancia».

Parece pues haberse ligeramente defendido, porque sabía que esta fama aplacía a Lelio y también a Escipión, la cual prevaleció más y duró mucho tiempo. Quinto Memmio en la oración que hizo en su propia causa dice: «Publio Africano, el cual tomando prestada la persona de Terencio, lo que él de burla escribía en su casa, lo divulgaba en la escena a nombre de Terencio». Cornelio Nepote escribe que por autor cierto le constaba que Gayo Lelio, una vez estando en su granja Puteolana primer día de marzo y llamándole su mujer algo temprano a cena, le había rogado no le estorbase, y que viniendo tarde a cenar a su recámara dijo que pocas veces había tenido tan buena vena en el escribir y que, rogándole recitase lo que había escrito, recitó aquellos versos que están en el *Eautontimorumenos*: «Con harta importunación en buena fe / me hicieron venir aquí las promesas de Syro».

Santra es de opinión que si Terencio en su escribir tuviera necesidad de valedores, no tanto se pudiera valer de Escipión y Lelio, que entonces eran mancebos, como de

¹³ Al margen: «Vocem divinam [...] ipsus [...] ad suam inopiam redactus est. / Itaque e conspectu omnium abiit Graeciam in terram ultimam / [...] nihil Publius / [...] nihil Furius».

¹⁴ Al margen: «Octo H. S. ducentorum coronatorum pretium est. Praelatus Menandro Terentius»

Sulpicio Gallo, varón muy docto, que fue el primero que dio principio al representar de las comedias en las fiestas consulares, o de Quinto Fabio Labeon o de Marco Popilio, ambos consulares y poetas. Y que por esto no había nombrado él mancebos que lo hubiesen cuidado, sino varones de cuyo valor en la guerra, en la paz y en los negocios el pueblo tenía hecha experiencia.

Después de divulgadas las comedias, no teniendo aún treinta y cinco años cumplidos, por cuitar la fama de que publicaba lo ajeno como cosa suya o por aprender las costumbres y leyes de los griegos para representarlas al vivo en sus escritos, se fue de Roma y nunca más apareció. De su muerte escribe esto Volcatio:

Cuando vio el africano divulgado
sus seis comedias al romano pueblo,
partiose dende Roma para la Asia.
Y después de embarcado ya en su nave,
ojos ningunos vieron que volviese:
Así fenece la cuitada la vida.

Quinto Consetio dice que volviendo de Grecia se anegó en la mar con ciento ocho comedias que había traducido de Menandro. Pero se tiene por cierto que murió en Stymphalo, pueblo de la Arcadia, o en Leucadia, siendo cónsules Cneo Cornelio Dolabella y Marco Fulvio, el más noble, de una grave enfermedad que le tomó del dolor y tristeza de haber perecido las fábulas que había enviado delante en una nave y de las que había hecho nuevas.

Escriben que fue de mediana estatura, de delicado cuerpo, un poco atezado de color. Dejó una hija, la cual casó con un caballero romano, y unas huertas de veinte juntas en la vía Appia, junto a la granja de Marte, por lo cual me maravillo que escribiese Porcio:

Ni Escipión, ni Lelio ni aún su Furio
cosa ninguna al triste le valieron,
aunque eran tres ilustres ciudadanos
que llevaban el peso del gobierno.
Ni pudo el favor de estos valer tanto
al triste, que siquiera una casilla
tuviese de alquiler donde pudiese
traer la nueva el siervo de la muerte.

Afranio le da a este la palma entre los cómicos, escribiendo estas palabras en sus *Compitales*: «No igualarás a nadie con Terencio». Volcatio no solo lo hace inferior de Nevio, Plauto y Cecilio, pero aun de Licinio. Cicerón en el *Limón* lo alaba de esta suerte:

Terencio, tú que solo en buen lenguaje
en la latina lengua tradujiste
las muy doctas comedias de Menandro,

[Sergio Fernández López]

y con afectos mansos al romano
pueblo representadas divulgaste,
y con urbanidad y buen estilo
dijiste toda cosa dulcemente.

También Cayo César,

También tú
entre los grandes ser contado
mereces con razón, medio Menandro,
amigo del lenguaje terso y puro.
Porque si tus escritos moderados,
vigor y fuerza cómica alcanzan,
corriera tu virtud a las parejas
con los griegos y en todo se igualara,
ni en esta parte fueras despreciado;
por solo esto, Terencio, estás afligido
de ver una tal falta en tus escritos.

Esto escribe Suetonio Tranquillo, porque Metio escribe haber habido dos Terencios: el uno natural de Fregellas, llamado Terencio Libón, y el otro el Libertino, natural de África, de quien tratamos. Valgio, en su *Acteón*, escribe que Terencio divulgó las comedias de Escipión:

¿Cuyas son las que aquí llaman comedias?
¿No veis que son de aquel que gobernaba
el pueblo con sus leyes rigurosas,
puesto en la cumbre y cima de la honra,
y que él por su deporte las compuso?

Dos de ellas se dice haber sido traducidas del cómico Apolodoro, el *Phormio* y la *Hecyra*, y las demás de Menandro, de las cuales la que mejor suceso tuvo y mayor premio mereció fue el *Eunuco* o *Capado*. La *Hecyra* muchas veces fue desechada y se representó con dificultad.

LA VIDA DE LUCIO ANNEO SÉNECA,
SACADA DE MUCHOS AUTORES MUY VERDADERAMENTE¹⁵

[Juan Martín Cordero]

No instituyo hacer otro sino contar, lo más brevemente que me fuere posible, la vida de nuestro español Lucio Anneo Séneca. Por tanto, dejando todo lo que aquí se podía para este fin traer de muchos autores que muy diversamente de ella tratan, contaré lo menos y más verdadero.

Séneca fue español, nacido en una célebre ciudad que entonces, y aún hoy también, se llama Córdoba. Este se dio a la profesión de los estoicos, mostrándose no menos señalado en la bondad de su vida que en la doctrina, según de las obras que de él quedaron escritas se puede juzgar fácilmente. Y Neyo Domicio Enobarbo, el cual vino para tomar la fuerte ciudad de Córdoba porque se había rebelado contra el Imperio romano, lo prendió a él y a dos hermanos suyos: Junio Anneo Galión y Lucio Anneo Mela, que fue padre del poeta Lucano. Pero luego le concedió su libertad. Después, por consejo y ruegos del mismo Domicio, Séneca se vino a Roma con sus hermanos y sobrino, donde fuera honrado, tan bien cabido y tan acatado de todos que se cree haber procedido de esto el odio e indignación del Emperador contra él, con la cual, o movido por envidia de otros hombres o por falta de su misma naturaleza, lo desterró de Roma en la isla de Córcega, de lo cual él mismo en sus obras hace con un epigrama mención.

Después, habiendo Claudio muerto a Mesalina, su mujer, por adulterio público, tomó a Agripina, hija de Germánico, que había sido primero mujer de Neyo Domicio y madre de Nerón. Esta impetró la restitución de la libertad a Séneca, y Claudio y Agripina le encomendaron el cargo a Nerón. Muerto el dicho Claudio, creció tanto el poder y riquezas de nuestro Séneca que movió a muchos a muy gran envidia, porque tuvo las mayores dignidades de Roma. Fue cónsul, fue senador, fue maestro de Nerón y mucho tiempo muy poderoso acerca de este, tanto que mientras Nerón mostró bondad y mostró hacer lo que debía a la obligación de un buen príncipe, nunca hizo algo sin consejo de Lucio Séneca.

Pero sucedió que Nerón tomó por mujer a Pompeya Sabina, la cual, según todos creyeron, fue causa de la muerte de nuestro Séneca, o porque aconsejaba a Nerón que

¹⁵ «La vida de Lucio Anneo Séneca, sacada de muchos autores muy verdaderamente», *Flores de L. Anneo Séneca, traducidas de latín en romance castellano por Juan Martín Cordero, valenciano, Amberes, Critóbal Plantino, 1555, ff. a5r-a8r.*

se apartase de ella o porque le descontentaban sus obras y palabras. Entendiendo esto, el varón sabio Séneca determinó de apartarse de Nerón y pedir licencia de él para dejar todos los cargos que tenía por asegurar más su vejez. Así, suplicó a Nerón que tomase todos sus bienes y diese a otro sus honras y dignidades, confiando que trayendo por excusa su vejez que de día en día iba creciendo y su poca sanidad, él se lo concedería.

Hecho esto, se salió de Roma a los campos de Campania y por otros lugares vecinos de la ciudad, en la cual peregrinación escribió la mayor parte de sus *Epístolas a Lucilio*. Pero un día, volviendo de Campania a Nomentano, su villa, Nerón le envió a Silano, tribuno, ya casi tarde con mucha gente de armas, y le cercó la villa y entró en la casa de Séneca, donde lo halló que estaba cenando con Paulina su mujer y dos amigos. Preguntando Séneca la causa de su venida, Silano respondió ser porque o él mismo de su voluntad se diese la muerte que quisiese o que mirase de qué manera y de qué género de muerte quería morir, dando por causa de su muerte que se había apartado de Nerón por odio y aborrecimiento grande que le tenía; al cual, Séneca, con gran constancia y con ánimo muy valeroso, respondió no haberse él jamás ausentado de sus amigos, ni haber dejado la compañía de alguno por negligencia ni por pereza, pero porque tenía más fe en su reposo que no la amistad de hombre alguno, y que, como en otro tiempo se había dado al bien y provecho de los otros, así quería ahora darse a su reposo y descansar su vejez con la contemplación de las cosas naturales.

Pero cuanto a lo que del odio y aborrecimiento de Nerón, él tenía por muy cierto que Nerón no pensaba ni creía tal, mas que con todo podía determinar de su vida y de su muerte, según su parecer fuese, y que él no tenía ocasión alguna de desear la muerte para dársela él mismo con sus manos, ni tampoco veía algún mal en la muerte por la cual la hubiese de temer y desear la vida, y que había ya llegado a tan buen punto que ni por la vida ni por la muerte haría grandes ruegos ni oraciones a Dios ni a los hombres. Entonces Silano, dejando guarda a la casa de Séneca, se volvió a Nerón, a quien en presencia de Pompeya contó lo que había pasado con el dicho Séneca.

Pidióle Nerón a Silano qué cara había hecho Séneca con tal respuesta. El Silano respondió que no había visto en él ni conocido señal alguna de temor. Entonces Nerón tornó a enviar al dicho tribuno para que con toda diligencia efectuase lo que le había la primera vez mandado. Pero avergonzado el tribuno de salir delante del dicho Séneca, envió uno de sus centuriones para denunciarle ser ya llegada su hora. Oyó esto el varón sabio muy constantemente sin mudar su gesto ni aun sus palabras. Y sabiendo que se había de poner en efecto aquel mandamiento, mandó traer delante unas tablas para hacer testamento. Pero como viese que sus parientes y amigos se dolían y lloraban por su muerte, les hizo un razonamiento muy largo y muy digno de ser anotado de la virtud y sabiduría, encomendando a todos los solos estudios y aun dejando esto por testamento, como lo que más amaba y máspreciado tenía. Aconsoló mucho a todos, pero principalmente a su mujer Paulina, diciendo que se guardase, que con los demasiados llantos no mostrase o haberlo amado demasiado o haberle tenido envidia de su gloria y prosperidad.

Siendo ya de edad de ciento catorce años, mandó cortar las venas de sus brazos y rodillas, porque de esta manera, saliéndole toda la sangre, presto muriese. Pero no pudo salir por estar helada con la senectud y vejez. Mas como él viese que se le alargaba la vida, rogó a su amigo Eustacio, médico, que le ordenase una ponzoña, y tomada, no pudo llegarle al corazón por estar tan debilitado. Entonces, por consejo de Eustacio, mandó hacerse un baño con agua muy caliente, y como hubiese entrado en él, oyéronle apenas unas palabras dignas de ser muy anotadas. Y sintiendo ya que la muerte llegaba, para mostrar mayor ánimo y menos temor, miró como riendo a los suyos, y después tomó del agua mezclada con la sangre y se la echó encima, diciendo: «este licor consagro a Júpiter que me da hoy libertad y me saca de este cautiverio», entendiendo por Júpiter, según algunos creen, al verdadero Dios Nuestro Señor. Y así luego murió. Lo enterraron los suyos con gran honra. Y él, estando en el baño, compuso este epitafio:

Trabajos y cuidados y las honras
que tengo justamente recibidas
por mis merecimientos y mis cargos:
yo os despido de agora, buscad otros
a quien importunéis, pues Dios me llama
y manda me aleje de vosotros.
Acabé mi camino en este mundo
y así dejo la tierra como huésped.
Pero con sepultura muy solemne
recibirás avara este mi cuerpo.
De ti lo tomé y a ti lo vuelvo,
y a Dios, que la crió, dejo mi alma.

VIDA DE Q. HORARIO FLACO, LÍRICO POETA LATINO,
SEGÚN SE COLLIGE DE SUS PROPIAS OBRAS Y DE OTROS AUTORES.
SUS LUGARES ALEGADOS¹⁶
[Villén de Biedma]

Horacio nació en Venusia, que hoy se llama Venosa, ciudad de Italia en la parte del Apulia, cerca de los confines y términos de la Basilica, en el año de cinco mil y ciento y treinta y tres de la creación del mundo, según Eusebio Cesariense en el *Tratado de los tiempos*. Fue hijo de un hombre humilde, pregonero en su oficio, según la presunción de sus palabras, antes esclavo, que llamaban Libertino o Rescatado.

Siendo niño fue llevado a Roma para que aprendiese letras y costumbres, y su mismo padre lo acompañaba, sin perderle de vista, como ayo y fiel custodia que miraba por él, para que no se divertiese en las niñerías, juego y pasatiempos que suelen apeteecer los muchachos, y que granjease con el tiempo el saber que después tanto le valió, siendo estimado y querido de todos los poderosos y príncipes que entonces había.

Hallábase con él en la presencia de sus maestros para ser testigo de lo que aprovechaba. Y como ya tuviese principios para los estudios de mayor importancia, pasó en Atenas a estudiar filosofía, de donde con la ocasión de las guerras entre César Augusto y Bruto, le fue forzoso seguir la milicia y servir a Bruto, en cuya tierra se hallaba. Y así, contra la parte de César, fue tribuno de los soldados de Bruto. Mas como prevaleciese la parte de César contra Bruto, hallose atajado y rendido de la necesidad, con pocos amigos que le pudiesen valer —por ser de la parte vencida—, y dióse a la poesía, socorrida por ser agradable para ganar amigos y reconciliar enemigos, siendo, como es, agradable en todos los tiempos a los hombres de mejor juicio.

Por este medio y por la intercesión de Varo y Virgilio —sus particulares amigos—, Mecenas lo eligió por amigo, con el cual tanto fue próspera su fortuna que muchos le tuvieron envidia, viendo lo que con él privaba y podía. Tuvo también otros amigos de su profesión y algunos que, ambiciosos, le quisieron mal por el resplandor de su juicio, que los escurecía, de los cuales habló como sabio sin perdonarles nada.

Fue hombre no atrevido, sino de corto ánimo: en sus palabras, moderado; en su comer, templado. No fue arrogante en sus escritos. De cuerpo grueso, estatura pequeña,

¹⁶ «Vida de Q. Horacio Flacco, lirico poeta latino, según se collige de sus propias obras y de otros autores. Sus lugares alegados», *Quinto Horacio Flacco, poeta lírico latino. Sus obras con la declaración magistral en lengua castellana por el doctor Villén de Biedma*, Granada, Sebastián de Mena, 1599, ff. a5r-a7r.

color blanco y el cabello negro, aunque después encaneció y fue calvo. De su compleción colérico, fácil a enojarse y aplacarse. Inclinado a mentir, mas no que de ello fuese notado por irse a la mano. Tuvo enfermedad en los ojos, a cuya causa veía muy poco. Vivió con moderada hacienda y Augusto la heredó en el año de treinta y cuatro de su Imperio, cincuenta y siete de su edad, y cinco mil y ciento y noventa y uno de la creación del mundo, ocho años antes de la natividad de nuestro Señor y Salvador.

Fue sepultado en las Exquias, cerca del sepulcro de Mecenas en Roma. Colígese lo dicho de los comendadores latinos y de sus propias palabras en diferentes lugares de su doctrina, según aquí van señalados.

Síguense los lugares que dicen la vida de Horacio:

- Saty.*[1].li.2. *Lucanus an Appulus anceps*
Nam venusinus erat finem sub utrunque colonus
- Saty.*6.li.I. *Nec timuit sibi vitio quis verteret olim*
Si praecox paucas aut ut fuit ipse cofactor
Mercedes, sequer: neque ego essem questus, ob hoc nunc
- Saty.*6.li.I *Laus illi debetur et a me gratia maior*
Nunc ad me reddeo Libertino patrenatum, etc.
- Saty.*6.li.I *Set puerum est ausus Romam portare docendum*
Artes, etc.
Ipse mihi custos in corruptissimus omnes
Circum doctores aderat, quid multa?
- Epis.*2.li.2 *Romae nutriti mihi contigit, atque doceri,*
Iratus Gratis quantum nocuisset Achilles.
Adiecere bonae paulo plus artis Athenae:
Scilicet ut possem curvo dignoscere rectum.
Atque inter sylvas Academi quaerere verum.
Dura sed emovere loco me tempora grato:
Civilisque rudem belli tulit aestus in arma,
Caesaris Augusti non responsura lacertis.
Unde simul primum me dimisere Philippi
Decisis humilem pennis, inopenque paterni
Et laris et fundi paupertas impulit audax,
Ut versus facerem...
- Saty.*6.li.I. *Quod mihi pareret legio Romana tribuno.*
- Saty.*6.li.I. *Nulla etenim mihi te fors obtulit. Optimus olim*
Vergilius, post hunc Varius, dixere quid essem,
Ut veni coram, singultim pauca locutus:
(Infans nanque pudor prohiberat plura pro fari)
Non ego me claro natum patre, non ego circum
Me satureiano vectari rura caballo,
Sed, quod eram, narro. Respondens (ut tuus est mos)
Pauca: abeo: et revocas nono post mense, iubesque
Esse in amicorum numero, etc.

[Bibliografías paratextuales]

- Saty.5.li.I *Postera lux oritur multo gratissima nanque
Plocius et Varius Sinuesse Virgiliusque
Occurrunt: anime quales neque candidiores
Tera tullit, neque quis me sit devincior alter.*
- Saty.5.li.I *Postera lux oritur multo gratissima nanque
Plocius et Varius Sinuesse Virgiliusque
Occurrunt: anime quales neque candidiores
Tera tullit, neque quis me sit devincior alter.*
- Saty.4.li.I *Dii bene fecerunt: inopis me quodque pusili
Finxerunt animi raro et pauca loquentis.*
- Saty.6.li.I *Saepe fórum: assisto diurnis: inde domum me*
- Saty.4.li.I *Ad porri et eiceris refferro, laganique Catinum.
Nom recito cuiquam nisi amicis idque coactus.
Me pinguem et nitidum bene curata cute visses.*
- Epis.20.li.I *Corporis exigui precanum solibus aptum
Irasci scelerem tamen ut placabilis essem.*
- Saty.6.li.I *Quod si me nollis unquam discedere: redde
Forte latus, nigros angusta fronte capillos.*
- Epis.7.li.I *At qui si vitiis mediocribus: ac mea paucis
Mendosa est natura, alioqui recta, etc.*
- Saty.5.li.I *Lussum it Mecenas, dormitum ego Virgiliusque
Namque pilla lippis inimicum, et ludere crudis.*

VIDA, OFICIOS Y ESCRITOS DE CAYO CORNELIO TÁCITO,
 COMO LO ESCRIBE DE ÉL JUSTO LIPSIO¹⁷
 [Baltasar Álamos de Barrientos]

Cayo Cornelio Tácito, a quien vulgarmente dan Publio por su primer nombre, nació no de aquel linaje patricio que se llamó Cornelio, sino de otra familia menos ilustre y, a mi opinión, en los últimos tiempos de Tiberio Claudio emperador. No afirmaré si su padre y abuelo administraron oficios públicos de honra o trataron del gobierno público, como en cosa antigua y dudosa. Lo que más cerca está de la verdad es que él fue quien primero metió en su familia, no demasiado ilustre, el derecho de poder poner imagen y oficios de honra pública.

El principio de su dignidad fue en el imperio de Vespasiano, de quien, como escribe Plinio, fue proveído por procurador de la provincia Bélgica, donde administró la hacienda del Príncipe, dignidad que mucho tiempo tocó particularmente al estado de Caballeros. Habiendo vuelto de este oficio, recibió de Tito, a lo que yo pienso, la Cuestura. Y, a la verdad, él mismo afirma en las *Historias* «que su dignidad que había comenzado Vespasiano acrecentó Tito». ¹⁸ Y por estas razones no se puede sospechar otra cosa sino que fue la Cuestura la que recibió o si por ventura le nombró por edil, porque el aumento de la Pretura vínole en el catorceno consulado de Domiciano, en lo cual está manifiestamente errado un estudioso varón, que hace pretor a Tácito, siendo cónsules Domiciano la novena vez y Verginio Rufo la segunda, porque el mismo Tácito dice en el II de los *Anales* «que siendo sacerdote de los quince y pretor entonces, había asistido a las fiestas seculares que celebró Domiciano y cuidado de ellas». ¹⁹

Y es verdad muy clara y asentada que los juegos seculares se celebraron por Domiciano el año 841 de Roma. Y así cinco después de lo que quiso Vertranio. Y hállanse muchas monedas con estas notas: «*Imp. Caes. Flav. Domitianus Aug Gfrm. Pont. Max. Tr. Potest VIII Cos. XIII.LVD Saecul. Fec.*». Quiere decir: «El emperador César Flavio Domiciano Augusto Alemánico, Pontífice máximo en el octavo año de la potestad tribunicia y en su catorceno consulado, celebró los juegos seculares».

¹⁷ «Vida, oficios y escritos de Cayo Cornelio Tácito, como lo escribe de él Justo Lipsio», *Tácito español con aforismos por don Baltasar Álamos de Barrientos*, Madrid, Luis Sánchez, 1614, ff. b2r-b2v.

¹⁸ Al margen: Lib. I, al afor. 5.

¹⁹ Al margen: § 4, en el principio.

Después de esto, de ahí a muchos años, llegó el consulado, siendo emperador Nerva y el sustituido, en lugar de Tito, Verginio Rufo, que había muerto antes de cumplir su tiempo. De aquel digo que había menospreciado constantemente el Imperio que le ofrecían las legiones alemánicas, a quien también Tácito alabó en su mortuorio con una oración pública.

Algunos han dejado escrito que fue desterrado en tiempo de Domiciano. Pero esto, a lo que yo pienso, mas es por la costumbre del vulgo, que gusta de componer y fingir insignes sucesos en los grandes varones, que porque haya autor cierto que lo afirme. Yo, en lo que he leído, no hallo más que haber estado ausente de Roma algunos años. Y esto en aquel mismo tiempo que murió Julio Agrícola, su suegro, siendo cónsules Pompeyo Conlega y Cornelio Prisco. Y a lo que me parece, no tanto fue necesitado de cumplir destierro como llevado de la pesadumbre y enfado de los tiempos y de la codicia de sosiego. Porque lo que aquellos escriben, para que por todas partes se manifieste su tan cuidadosa diligencia, de que vivió diez años desterrado y que al fin pudieron alcanzar con ruegos de Domiciano que le restituyese, es patraña.

Yo creo que aquellos hombres, cuando escribieron esto, habían dormido sobre la guerra troyana y tomado de allí sus decenarios, porque entre los hombres templados y que velan en lo que escriben, es cosa cierta que Domiciano, desde sus juegos seculares en que realmente Tácito asistió a Roma como pretor, solo vivió siete años y en el octavo murió por conjuración de los suyos. Esto casi es lo que hay en lo que toca a la administración y gobierno público que tuvo.

En lo particular de su vida, que casó con la hija de Agrícola en el año 83º de Roma, siendo cónsules Vespasiano la octava vez y el mismo Cayo Julio Agrícola. Y en este matrimonio vivió en concordia y sosegadamente hasta su última edad. Sin duda, dejó hijos, y de estos, si no me engaña la conjetura que tengo hecha, después de largo espacio de años fue descendiente Marco Claudio Tácito, que después llamaron Emperador, porque así le nombran las monedas, y no como el vulgo, Publio Annio Tácito, el cual, como refiere Flavio Vopisco, solía llamar antepasado suyo a este Tácito.

Siendo ya viejo, se ocupó en escribir historia, que el resto de su edad habíale pasado en las audiencias y defender causas. Por las epístolas de Plinio entendemos que también Tácito se contó en el número de los oradores principales y que publicó algunas oraciones. Tuvo por contemporáneos a Fabio Quintiliano, a ambos Plinios, Julio Floro, Secundo Materno, Marco Apro, Eprio Marcelo y Vipsanio Mesala.

Escribió primero, como mostraré en los comentarios, los libros de las *Historias*, desde la muerte de Nerón hasta el imperio de Nerva. Después los *Anales*, desde la muerte de Augusto hasta el fin de Nerón. Y cuánto se haya perdido de todas estas obras y en qué lugares, yo lo diré a su tiempo. También Fulgencio nombra por suyos los libros de los *Donaires y motes*.

No declaró el tiempo de su muerte. Pero el año de su nacimiento casi agora le he hallado. Vénele a rastrear por la carta 20 de Plinio el Segundo en el libro 7, porque dice que casi tenía igual edad que Tácito. Y Plinio, cuando se quemó el monte de Soma, don-

de murió su tío, hermano de su madre, andaba, como él mismo dice, en dieciocho años. Nació, pues, Plinio, porque este fuego fue en el segundo año de Tito, en el 816 de Roma, siendo cónsules Memio Regulo y Verginio Rufo. Pero Tácito era un poco mayor, lo cual también afirma Plinio en aquella misma carta, luego síguese que nació en lo último del imperio de Claudio o, por mejor decir, en el principio del de Nerón. Y pienso que vivió hasta el imperio de Adriano.

Comenzó a escribir historia después de la muerte de Nerva. Y esto es llano, porque en el principio del primero de las *Historias* dice «el divo Nerva», que es honra que no se daba entre los romanos sino a príncipe muerto.

Cayo Cornelio Tácito no fue del linaje de los Cornelios, sino de otro menos ilustre, y nació, según puedo coligar, en los últimos años del imperio de Claudio. No me atrevo a afirmar si su padre o su agüelo tuvieron algún cargo en la República, como cosa tan incierta por su antigüedad, aunque también es muy probable que no fue el primero que alcanzó para su linaje el derecho de poder ser admitido en los oficios y tener los retratos e imágenes de sus antepasados.

Comenzó a emplearse en las cosas de la República en tiempo de Vespasiano, el cual, según Plinio, le hizo procurador de la Gallia Belgica. Y este cargo no se había concedido en muchos años sino a los que eran del orden de los caballeros.

Después que volvió a Roma, le dio Tito, a lo que creo, la cuestura, porque él mismo afirma en el primer libro de sus *Historias* que su honra tuvo principio de Vespasiano y que después le acrecentó Tito. Y en esto se engañó un varón docto, diciendo que Tácito fue electo por pretor en el nono consulado de Domitiano, porque el mismo Tácito en el undécimo libro de los *Anales* escribe que asistió a los juegos seculares que hizo Domitiano, porque era entonces un de los siete sacerdotes y Pretor. Estos juegos fueron representados en el año de la fundación de Roma de 841, que fue cinco años más tarde de lo que puso Vertranio, como parece por las inscripciones antiguas. Y también se hallan muchas medallas que dan fe de ello con este título: *Imp. Caes. Flav. Domitianus Aug. Germ. Pont. Max. Tr. Potest. VIII Coss. Lud. Saec. Fec.*

Alcanzó después el consulado en el imperio de Nerva, 850 años después de fundada Roma. Algunos escribieron que fue desterrado por Domitiano. Esto es todo lo que he leído de sus oficios y honras.

Casó con la hija de Cayo Julio Agrícola y dejó sin duda hijos de ella. Y también me persuado que era su nieto M. Claudio Tácito, el cual fue después llamado Emperador y, según refiere Fl. Vopisco, solía llamar padre a este nuestro Tácito. Siendo ya viejo escribió estas *Historias*, porque había empleado lo demás de su vida en abogar en la plaza. Y fue grande orador si habemos de dar crédito a las *Epístolas* de Plinio.

Florecieron en su tiempo Fabio Quintiliano, entrambos los Plinios, Julio Floro, Secundo Materno, M. Apro, Eprio Marcello y Vipsanio Messala. Escribió primero los li-

²⁰ «La vida de C. Cornelio Tácito», *Las obras de C. Cornelio Tácito traducidas de latín en castellano por Emanuel Sueyro, natural de la ciudad de Anvers, Amberes, Herederos de Pedro Bellero, 1613, ff. a3r-a3v.*

bros de las *Historias*, desde la muerte de Nero hasta el imperio de Nerva, y después los *Anales*, desde la muerte de Augusto hasta la de Nero. Fugentio hace mención de otro librito suyo y que hay de él este fragmento: *caesi itaque morum eclogio in filiis relicto*.

No se sabe de cierto el tiempo en que murió, aunque casi se halla el de su nacimiento, y esto por una carta de Plinio el Menor, el cual escribe en el libro séptimo que era de la misma edad que Tácito. Y este Plinio tenía diez y ocho años, como él mismo escribe, cuando se abrasó el monte Vesubio y murió Plinio, su tío. Y así nació Plinio en el año de la fundación de Roma de 816, porque este incendio fue en el segundo año de Tito, mas Tácito era algo más viejo que Plinio, porque también dice esto en la misma epístola, de donde se ha de inferir que nació en los últimos años del imperio de Claudio o en los primeros del de Nero y que vino hasta el imperio de Adriano.

Es cosa cierta que comenzó a escribir las *Historias* después de la muerte de Nerva, porque en el primer libro de ellas le llama «divino» y esta honra no se da a los príncipes sino después de muertos.

DE LA VIDA DE EPICTETO²¹

[Gonzalo Correas]

El filósofo Epicteto era natural de Hierápoli, ciudad de Frigia, adonde en aquellos tiempos martirizaron al apóstol san Felipe, y fue esclavo en Roma de Epafrodito, uno de la guarda de Nerón. Siguió la filosofía y secta de los estoicos. Fue varón de loables costumbres y vida, y ajeno de toda presunción y arrogancia, y tenido en tanta reputación y estima que su candil, siendo de barro, se vendió en tres mil reales, como refiere Luciano, pareciéndole al comprador que alumbrándose con él alcanzaría la ciencia y saber de aquel sabio viejo.

Decía Epicteto que toda la filosofía se cifraba y contenía en estas dos palabras: «sufrir y abstente», sé sufrido y abstente. Quiere decir: 'sufrir con paciencia y ánimo los trabajos y tentaciones, y apártate de los vicios y pecados'. Tan ejercitado estaba en esto Epicteto que se atrevió a pedir a su Júpiter que lluviesen sobre él calamidades y probase en su constancia.

Siendo emperador Domiciano, ora ofendido de la tiranía de aquel príncipe, ora forzado por un decreto del Senado en que se mandaba que todos los filósofos saliesen desterrados de Roma, se fue a Hierápoli, su patria, aunque Suidas dice que perseveró en Roma hasta los tiempos de Marco Antonino y que también vivió en Nicópoli, ciudad de la nueva Epiro, y que escribió muchas cosas. Y se cree que hay epístolas suyas en la librería de Florencia. Cierto es que serían ejemplares y de provecho si saliesen a luz.

²¹ «De la vida de Epicteto», *El manual de Epicteto y la tabla de Cebes, filósofos estoicos, traducidos de griego en castellano por el M. Gonzalo Correas*, Salamanca, Jacinto Tabernier, 1630, ff. a3r-a5r.

VIDA DE EPICTETO, FILÓSOFO ESTOICO²²

[Francisco de Quevedo]

Fue nuestro Epicteto natural de Hierópolis, ciudad frigia. Tuvo más dicha con la noticia su patria que sus padres, pues nadie los nombra. Reconozco esta ignorancia por grande providencia del olvido para que la memoria no se acordase, que sin otra descendencia fue nuestro filósofo todo de la filosofía y, de sí, progenie de su virtud.

Fue esclavo de Epafrodito, soldado de las guardas de Nerón en Roma. Tal fue Nerón que en su tiempo ser esclavo en Roma no era nota, sino ser ciudadano. Pues era esclavo en la República, que era esclava, todos lo eran: el Emperador, de sus vicios; la República, del Emperador; Epicteto, de Epafrodito. ¡O alto blasón de la Filosofía, que cuando el César era esclavo y la República cautiva, solo el esclavo era libre!

La persona de Epicteto era defetuousa: cojeaba impedido el paso de una destilación a una pierna. Todas las calamidades de su edad, estado y cuerpo sirvieron de recomendaciones a su alma. Siguió la secta estoica, enseñola y obrola, adquiriendo tan encarecida estimación que, después de muerto, dice Luciano que el candil de barro, a cuya luz estudiaba y escribía, se vendió en tres mil reales, juzgándole el comprador bastante a comunicarle la propia doctrina por haberle asistido. Ya le sirvió de maestro el candil, pues le ocasionó acción en la virtud tan admirable que se refiere igualmente por ejemplar con la vida de Epicteto.

Cerró nuestro filósofo toda la doctrina de las costumbres en estas dos palabras: «sufrer, abstente». Aquella, por medicina de lo que sucede al sabio o le puede suceder que no le conviene. Esta, de lo que le conviene que ni tenga ni le suceda. Con esta brevedad quitó el miedo de los grandes volúmenes que son embarazo a la casa, tarea a la vida y carga a los brazos. Hizo un libro en estas dos palabras que se oye en una cláusula y que no necesita de repeticiones a la memoria. Tan acostumbrado estaba al ejercicio de estas dos voces que muchas veces, ambicioso de vitorias contra los trabajos y calamidades, provocaba fervoroso a Dios exclamando: «¡Llueve, o Júpiter, calamidades sobre mí!». ¡O hazañoso espíritu, o grito lleno de valentía, que pidiese a Dios calamidades, hombre esclavo y manco y súbdito de Nerón!

²² «Vida de Epicteto, filósofo estoico. Escríbela don Francisco de Quevedo Villegas», *Epicteto y Focílides en español con conconantes, con el origen de los estoicos y su defensa de Plutarco y la defensa de Epicuro contra la común opinión*, Madrid, María Quiñones, 1635, ff. 12r-13v.

Alcanzó el imperio de Domiciano. Salió de Roma: unos dicen huyendo de la tiranía de aquel Emperador. Esto no es creíble en quien pedía a Dios trabajos y persecuciones. Otros dicen que salió de Roma expulso por el decreto del Senado, que desterró a todos los filósofos de la ciudad. Afirman se restituyó a Hierópolis, su patria, si bien Suidas dice perseveró en Roma hasta los tiempos de Marco Antonino y que pasó a Nicópolis, ciudad de la nueva Epiro. Lipsio entiende este Antonino por el filósofo en la *Manuducción estoica*, disertación 19. Considerando, y cuidadosamente, que desde la muerte de Nerón hasta el principio de Marco Antonino pasaron noventa y cuatro años, y había de ser recién nacido en tiempo de Nerón Epicteto, persuádesse Lipsio fue esclavo de Epafrodito después de la muerte de Nerón, y defiéndese con el propio Epicteto en la primera disertación de las que juntó Arriano, cap. 19.

Escribió las disertaciones que Arriano dispuso en este manual que tenemos. En la librería de Florencia, dice Correas se cree hay epístolas suyas. Yo no me persuado que si las hubiera faltara en Florencia quien las diera al público. Esta que he escrito es la vida que vivió Epicteto. Este libro que él escribió es la vida que Epicteto vive y vivirá.

VIDA DE BOECIO SEVERINO, FILÓSOFO,
 COMO LA ESCRIBIÓ JUAN TRITENHEMIO, ABAD SPANHEMENSE²³
 [Fray Agustín López]

Boecio Manlio Severino, cónsul ordinario romano, filósofo, orador y poeta insigne, fue docto en las letras divinas, y en las humanas, eruditísimo. Fue yerno de Símaco Patricio. Fue varón eminentísimo en la lengua latina y en la griega. Tradujo muchos libros de Aristóteles y de otros filósofos de griego en latín. De ingenio sutil en el sentido claro y católico. En la elocuencia, igual a Cicerón. Fue amigo de nuestro beatísimo patriarca san Benito y comió con él en el monte Casino, yendo en compañía de Tertulio Senador, padre de Plácido, monje que después fue mártir.

Escribió muchas obras excelentísimas, de las cuales yo hallé las siguientes: *De la santísima Trinidad*, un libro. *De la unidad de la Trinidad*, un libro. *De las dos naturalezas de Cristo*, un libro. *De la fe a Juan Diácono*, un libro. *De la unidad y del uno*, un libro. *De las isagoges de Porfirio*, dos libros. *Sobre la segunda edición del mismo*, un libro. *Sobre las categorías de Aristóteles*, dos libros. *Sobre las Perehermenias*, un libro. *Sobre la segunda edición del mismo*, seis libros. *De las divisiones*, un libro. *De las definiciones*, un libro. *De la introducción para los silogismos*, un libro. *Sobre los tópicos de Cicerón*, seis libros. *Del silogismo categórico*, dos libros. *De las semanas*, dos libros. *De la Aritmética*, dos libros. *De la consolación filosófica*, cinco libros. *Sobre la geometría de Euclides*, tres libros. *De la disciplina de los estudiantes*, un libro. *De los lugares retóricos*, un libro. *De cartas escritas a diferentes personas*, un libro.

Dícese que escribió otras cosas, pero no han llegado a mi noticia. Murió Boecio el mismo año que el Papa Juan y Símaco Patricio, en tiempo de Anastasio emperador, en Rávena, después de un largo destierro por mandado de Teodorico, que le mandó degollar en la cárcel, año de quinientos y veinte y cuatro.²⁴ Y debajo del nombre de Severino se dice estar inserto en el número y catálogo de los santos.

San Gregorio Magno, en el 4º libro de los *Diálogos*, cap. 30, dice que oyó a personas fidedignas que un ermitaño que estaba en la isla de Liparis había dicho a cierto hombre principal de Roma, que, pasando por allí, entre tanto que la gente y la nave se reparaba, había ido con algunos compañeros a pedir al ermitaño los encomendase a Dios: «¿Sa-

²³ «Vida de Boecio Severino, filósofo, como la escribió Juan Tritenhemio, abad spanhemense», *Boecio de Consolación, traducido y comentado por el padre fray Agustín López, monje de nuestra Señora santa María de Valbuena, de la orden de san Bernardo*, Valladolid, Juan de Bostillo, 1604, ff. b1v-b4r.

²⁴ Al margen: Indiction, 2.

béis, señor, si el rey Teodorico es muerto?», y que le respondieron: «No sabemos cómo pueda ser eso, que nosotros le dejamos sano y bueno y no habemos tenido prueba de otra cosa». – «Pues muerto es –dijo el siervo de Dios–, porque ayer a la hora de nona le vi ir en medio del Papa Juan y de Símaco Patricio, mal compuesto, descalzo y atadas las manos atrás. Y vi que le echaron en estas bocas de Vulcano, que están aquí vecinas». Hallose después, llegados a Roma, que había muerto a la hora que el ermitaño les dijo. Porque este mal rey Teodorico arriano, [que] había muerto al Papa Juan con la aspereza de la cárcel y había degollado a Símaco, suegro de Boecio, injustamente, por justo juicio de Dios fue llevado al fuego eterno por ellos mismos.

El mismo Teodorico describe la cualidad del lugar donde el miserable fue sepultado, cuando mandó por sus letras llevar a esta isla a Jovino, homicida, de las cuales hace mención Casiodoro, lib. 3, epístola 48: «Carezca –dice el Rey– del suelo de su patria y vaya a vivir con el incendio perpetuo a donde no faltan jamás las entrañas de la tierra que tantos siglos ha que arden sin consumirse». Y después de haber declarado cómo la naturaleza provee de tanta materia como el fuego va gastando, concluye de esta manera: «Sea, pues, echado vivo en el dicho lugar el que es merecedor de la muerte y carezca del mundo de que gozamos todos el que privó de él a otro hombre con muerte tan inhumana».²⁵ Esto dice Teodorico, el cual, siendo cruel homicida de los siervos de Dios, vino después a experimentar la sentencia que él había fulminado contra el homicida.

Procopio, historiador de aquellos tiempos, en *De bello Gotho*, libro primero, refiere la muerte triste de Teodorico, diciendo que, estando cenando este mal Rey, poco después del martirio de Símaco Patricio, le trujeron la cabeza de un gran pez y que en ella se le representó la cabeza de Símaco recién muerto, amenazándole con la muerte, porque tenía los dientes de arriba clavados en el labio de abajo y centelleando los ojos. Espantado el rey Teodorico, como otro Baltasar,²⁶ con la novedad del monstruo y de su visión, se echó de la cama y murió muy en breve. Los criados echaron fama que había muerto de un flujo de sangre.²⁷ Pero su hija Amalasiunta, que sabía el caso, sucediendo en el reino, dijo cómo había muerto su padre, no de la manera que sus criados decían, sino del espanto que le causó la visión de la cabeza del pez. Y volvió a los herederos de Símaco y de Boecio la hacienda que se había aplicado al fisco.

En cuánta veneración tuviese el mal Rey a Boecio, cuando su ánimo gozaba de tranquilidad, en una carta que le escribió lo da bien claramente a entender, en la cual dice que él había hecho que las sentencias de los griegos fuesen doctrina romana y que él solo había hecho que Pitágoras el Músico, Nicómaco el Aritmético, Euclides el Geómetra, Platón el Teólogo y Aristóteles el Lógico disputasen en lengua quirina,²⁸ y que todo lo que la Grecia fecunda enseñó por medio de tantos y tan ilustres varones lo

²⁵ Al margen: Cesar Baronius, tomo 7, anno 526.

²⁶ Al margen: Dan 5.

²⁷ Al margen: Julius Martianus, *De vida Boetii*.

²⁸ Al margen: *Apud* Casiodoro, lib. I, epístola 45.

había aprendido Roma por su propia lengua por medio de solo Boecio. Y esto con tanta propiedad y elegancia que los mismos griegos dieran a Boecio la ventaja si alcanzaran a conocerle. Trastornósele después el seso a este mal Rey y prevaricó de la fe a la vez como otro Salomón, de donde le nació el mudar también acerca de Símaco y de Boecio, y martirizarlos, porque contradecían a los arrianos.

Estuvo Boecio mucho tiempo preso en Pavía, donde compuso estos libros dorados de consolación y de la santísima Trinidad y de la disciplina de los estudiantes, y inventó un instrumento de música, del cual hace mención el *Suplemento de las Crónicas*.²⁹ Y se ha de creer que fue el inventor del reloj de admirable artificio que el emperador Carlos Quinto trujo a España y lo tiene ahora el rey don Felipe, nuestro señor, el cual no solamente señala las horas como los demás, sino los cursos y movimientos de las estrellas, de la luna y del sol.

Persuádome a tener por verisímil lo que digo, porque Boecio, antes que fuese a Pavía preso, inventó el reloj de pesas en Roma de que ahora usa todo el mundo, como dice Sacco en la *Historia ticinense*, libro séptimo.³⁰ Él mismo dice que el año de mil y quinientos y veinte y nueve, cuando Carlos Quinto tomó la corona de Emperador en Bolonia, le trujeron este reloj, que estaba en el castillo de Pavía desbaratado sin saber quién hubiese sido el autor, comido de orín el hierro por la mucha antigüedad de la obra. Maravillado el Emperador, quiso restaurarlo. Para esto se llamaron diferentes artífices, los cuales trabajaron en vano. Llamaron a Juan Janelo. Este dijo que se obligaba a restaurar aquella máquina, pero sin provecho por estar el hierro acabado, que al modelo de aquel reloj haría otro, como lo hizo. Mandó su Majestad del Emperador que así el reloj como Janelo pasasen a España. Este excelente artífice fue el que hizo el artificio del agua de Toledo, que nunca acaba de maravillar a todos los que lo ven.

Los moradores de Pavía, dice Julio Marciano que escribió la *Vida de Boecio*,³¹ afirman constantemente que cuando Boecio fue degollado tomó en sus manos la cabeza como otro Dionisio. Y preguntando por vía de risa de él el sayón: «¿quién te hirió, Boecio?», respondió: «Los impíos». Y que con la cabeza en las manos se fue a la iglesia de san Agustín, que era la más cercana, y hincado de rodillas recibió el santísimo sacramento, y de allí a poco expiró. Añade Julio Marciano que por haber muerto por defender a los católicos de los arrianos alcanzó los honores divinos que se hacían, dice Cesar Baronius, a los mártires en aquel tiempo. Léase san Antonio en la parte 2 de las *Historiales*, tit. 15, cap. 2, § 4 fine y cap. 15.³²

Muéstrase en Pavía la torre de ladrillo, donde estuvo preso el santo mártir. Está su sepulcro en las gradas del altar mayor en la iglesia de san Agustín con este epitafio:³³

²⁹ Al margen: *Supplementum Croniconum*.

³⁰ Al margen: *Saccus in historia ticinensi*. Lib. 7.

³¹ Al margen: *Iulius Martianus. Baronius ubi supra. Ribadeneyra in vita Ioanis Papa*.

³² Al margen: *Antoninus*.

³³ Al margen: *Iulius Martianus, De vita Boetii*.

[Sergio Fernández López]

*Maeonia et latia lingua clarissimus, et qui
Consul eram, hic perii, missus in exilium,
Et quia mors rapuit? probitas me vexit ad auras
Et nunc fama viget máxima, vivit opus.*

Luithprando, rey de los longobardos, le trasladó al lugar donde al presente está. Tenía en el primer sepulcro el epitafio que sigue, donde se expresa más largamente la vida y muerte del santo:

*Ecce Boethus adest coelo magnus et omni
Perspectus mundo, mirus habendus homo,
Qui Theodorico Regi delatus iniquo
Ticini senium duxit in exilio
In qua se maestum solans dedit urbe libellum,
Post ictus gladio, exiit e medio.*

Ticino es un río que pasa por Pavía, del cual se denomina algunas veces la ciudad, y a esta causa unas veces la llaman Pavía, otras veces, Ticino. Adviértese para la inteligencia de estos versos y de las historias.

VIDA DE BOECIO³⁴
[Esteban Manuel de Villegas]

La vida de Severino Boecio quiero ponerte delante de los ojos primero que llegues a ver estos libros que compuso de la *Consolación* para que entres más advertido y, sabiendo la autoridad de su dueño y la ocasión a que se compusieron, puedas hacer más estimación de ellos.

Nació, pues, según sienten los que más saben en la ciudad de Roma, de padres nobilísimos cuyos nombres se ignoran. Solo se saben eran de las familias Anicia y Manlia, y ellos se sacan más por su nomenclatura que por historias que lo digan. Qué año fuese el de su nacimiento también se ignora. Dícese de su primer consulado haber sido el año duodécimo de la entrada en Italia de Odoacre, rey de los Hérulos, dos antes de la de Teodorico.

La adolescencia pasó en Atenas, ciudad fatalmente dedicada a las ciencias, en las cuales fue consumadísimo, que como el ingenio era grande y la inclinación sucedió el trabajo, no se le hicieron de rogar. Estas y la nobleza de su sangre le tuvieron siempre en pie, sin que la falta de su padre, que le perdió en su niñez, le detuviese los aumentos, y así se dio a conocer luego. Y de aquí la fama le llevó al Consulado. Tuvo, mientras le duró la libertad, tres.

Casó con la hija de Símaco, varón insigne, llamada Elpis, matrona de raras habilidades y en los versos igual a su consorte. Hoy día canta la Iglesia algunos himnos suyos y en los breviarios antiguos se hallan graduados con su nombre. Engañose un autor grave que escribió la vida de Boecio llamándole Rusticana y prevaricole el nombre del suegro, porque esta fue mujer de otro Símaco y no hija. Este fue Quinto Aurelio Símaco, abuelo o bisabuelo del nuestro, si bien no tan bueno, porque fue enemigo acérrimo de cristianos y sumo venerador de los ídolos, como se ve en la carta que escribió al emperador Valentiniano II, que llamaron la *Relación*, donde hizo gran esfuerzo de que se volviese otra vez al Senado la ara de la vitoria y se quitase la cruz que había sido admitida por él.

Atribuía en esta *Relación* a nuestra cristiandad la esterilidad de los campos y la avenida de tantas naciones bárbaras sobre el Imperio, y las disensiones de guerras y rebeliones de algunos tiranos, como si fuera todo nuevo en el mundo antes de nuestro

³⁴ «Vida de Boecio», *Los cinco libros de la Consolación que compuso Severino Boecio...*, traducidos en lengua castellana por don Esteban Manuel de Villegas, Madrid, Andrés García de la Iglesia, 1665, ff. a8v-b4r.

Salvador. Escribieron contra él san Ambrosio y Aurelio Prudencio: el uno en dos tratados de prosa y el otro en otros dos en verso. De este fue, como tengo dicho, mujer Rusticiana, hija de Orfito, varón consular y *Perfecto urbis*, de quien afirman los historiadores haber sido buen gobernador, pero hombre sin letras.

De Elpis, pues, tuvo Boecio dos hijos, que después fueron cónsules, y en unas fiestas públicas le llevaron en medio a verlas, con que parece que echó el sello a sus felicidades. Pero como estas no se hicieron perpetuas para los escogidos, volvió la adversidad tan pujante que dio con todos en una horrible cárcel, siendo el delito de crimen *lesae maiestatis* por personas falidas y sobornadas. El cómo fue esto y por quién, nos lo dice en este libro en la prosa cuarta del libro I con estas palabras: «Pero, ¿por quién te parece que somos acusados por un Basilio que ha días que fue despojado de su real oficio? Este por dinero que le dieron fue movido a querellar de mi nombre. Demás de esto, Opilio y Gaudencio, por grandes embustes y fraudes que habían urdido, se les había notificado el destierro en que por sentencia del Rey estaban condenados, y como se acogiesen a la Iglesia por no obedecerla, sabido del Rey, mandó que dentro del término señalado, si no salían de la ciudad de Rávena, fuesen sacados con señales en sus frentes. Pues, ¿qué cosa se puede añadir a esta riguridad que el mismo día y por estos mismos dada fuese admitida nuestra acusación?, ¿qué diremos a esto?, ¿acaso merecieron estas nuestras acciones?» Hasta aquí Boecio.

Esta prisión se perpetuó con la vida por espacio de cuatro años y diole fin el cuchillo de un verdugo. Tienen por tradición los de aquella ciudad que un verdugo le cortó la cabeza y que, al dividilla del cuello, le preguntó que quién le había herido, y que respondió: –«Los impíos». Y que luego, tomando la cabeza en sus manos, la llevaron sus pies con lo demás del cuerpo, y la llevaron al templo vecino, y junto a las divinas aras del altar, puesto de rodillas invocando el santo nombre de Dios, dio su espíritu. De este prodigioso milagro, que es de los mayores que se sabe haber obrado Dios por ninguno de sus santos, no hay historiador que se acuerde, ni en los tres epitafios que se le colgaron en su sepulcro se hace mención de nada de esto. El primero que se le puso a su túmulo dice así:

*Ecce Boetius in coelo fit magnus et omni
Perspectus mundo, mirus habendus homo.
Qui Theodorico Regi delatus iniquo
Ticini sentum duxit in exilio.
In qua se moestum solans dedit urbe libellum?
Prostatu gladio en exit e medio.*

Aquí solo hace memoria de que fue acusado inicuaemente y que ya viejo le llevaron a Pavía desterrado, y que allí se consoló triste con nuestro libro. El segundo epitafio le hizo poner Luitprando, rey de los longobardos, y se levantó segunda vez su sepulcro. Dice así:

*Meonia et latia lingua clarissimus et qui
Consul eram, hic perii missus in exilium :
Et quia mors rapuit ? Probitas me vexit ad auras
Et nunc fama viget maxima, vivit opus.*

Aquí se hace mención de la elegancia y facultad que tuvo en las dos lenguas, griega y latina, y del destierro, y cómo pereció en él, y de la fama que dejó. El tercero fue compuesto por Gerberto, obispo de Rávena y después pontífice. Floreció en tiempo del emperador Otón III. Dice así:

*Roma potens dum iura suo declarat in orbe
Tu pater et patriae lumen, Severine Boethi,
Consulis officio rerum disponis habenas,
Infundis lumen studiis et cedere nescis,
Graecorum ingeniis sed mens divina coercet
Imperium mundi. Gladio bacchante Gotorum,
Libertas Romana periit, tu Consul et exul
Insignes titulos praeclara morte relinquis.
Nunc decus Imperii, summas qui praegravat artes,
Tertius Otto, sua dignum te iudicat aula
Aeternumque tui statuit monumenta laboris,
Et bene promeritum meritis exornat honestis.*

En estos tres epitafios, compuestos por personas grandes y con ánimo de no quitarle ninguno de sus honores, sino antes de engrandecerles sus hechos, con todo eso no vemos que aún le traten como a santo, cuanto y más como a tan prodigioso. Y aunque en el primero diga *in coelo fit magnus*, y en el segundo, *probitas me vexit ad auras*, no por eso se presume que era del catálogo de los santos. Porque este modo de hablar y aún con más ensanche, lo usamos con los difuntos de honesta vida, y más cuando se procede poéticamente, que entonces no hay límite. Y los que le presumen de mártir, dando a entender que le mataron por ser católico, presumo que no lo aciertan, porque el rey Teodorico nunca los persiguió, antes los estimó y se sirvió de ellos. Testigo sea Casiodoro, que fuese su secretario, y una o dos de sus *varias* escritas a nuestro Boecio con grandes elogios. Ni tuvo necesidad de valerse de este achaque para matarle, que harto paño tuvo para ello en el crimen que le imputaron.

Y si a lo último de su reinado se volvió contra el Papa Juan y contra Símaco, fue porque el emperador Justino I, que fue religioso príncipe, dio en prohibir las iglesias arrianas y reducirlas a católicas. Y se tuvo por cierto que intervino en esto el dicho Papa, de lo cual, sentido, le hizo prender a la vuelta y meterle en una cárcel en que murió. Y añadióse a este sentimiento el haberle enviado a Constantinopla a tratar negocios suyos y haberse divertido a los que le parecieron tan perjudiciales. Degolló también a Símaco por algo de esto y verificóse en su muerte haber sido inicua. Y lo dio a entender

el suceso, pues estando comiendo la cabeza de un pez, se le apareció la de Símaco muy indignada.

Después, un ermitaño declaró haber visto al Rey, en hábito de reo, descalzo y apisionado en medio de este santo varón y del Papa Juan, meterlo en las ollas infernales. Pero aquí no se hace mención de Boecio y es porque fue diferente su causa. Y esto baste en cuanto a Boecio.

[21]

VOZ DE AULO PERSIO FLACCO³⁵

[Diego López]

Aulo Persio Flacco nació en Volturreno, que era una villa de Tuscia, en tiempo de Tiberio, y murió en tiempo de Nerón, no habiendo vivido más de treinta años. Vino a Roma por causa de deprender letras y doctrina, donde oyó filosofía de su maestro Cornuto, al cual tenía gran reverencia y respeto, como declaramos en la sátira quinta. Tuvo amistad con Minucio Macrino, príncipe de la orden ecuestre, y habla con él en el principio de la sátira segunda, y con Cessio Basso, poeta lírico, como se ve en el principio de la sátira sexta.

Quintiliano afirma que no escribió más que estas seis sátiras, pero bien mostró en ellas el grande ingenio que tenía, pues contienen tanta erudición y doctrina. Y por esto dijo Quintiliano de él: *multum et verae gloriae, quanvis uno libro Persius meruit* («Persio mereció, aunque con solo un libro, mucha gloria y fama verdadera»). Y Marcial le alabó mucho diciendo: *Saepius sin libro memoratur Persius uno, quam levis in tota Marsus Amazonide* («Más fama tiene Persio en solo un libro que Marso en cuanto escribió de las Amazonas»). Por haber vivido tan poco tiempo no es más larga su vida, ni se halla que escribiese otra cosa sacando estas seis sátiras.

³⁵ «La vida de Aulo Persio Flacco», », *Aulo Persio Flaco traducido en lengua castellana por Diego López, natural de Valencia*, Burgos, Juan Bautista Varesio, 1609, f. a8v-b1v.

VIDA DE JUVENAL
SACADA DE ALGUNOS LUGARES DE SUS OBRAS³⁶
[Diego López]

Fue Junio Juvenal natural de Aquino, como se colige cuando, fingiendo que le habla Unbricio, dice: *et quoties te / Roma tuo refici properantem reddet Aquino*.³⁷ Estudió retórica, lo cual se colige de la explicación de este verso: *et nos consilium Syllae, provatus ut altum Dormiret*.³⁸ También estudió filosofía, y de ella sacó la doctrina moral que enseña en sus sátiras, en que excedió a Horacio, a quien antes habían tenido por el más aventajado, pues ninguno podía igualarse con él, como dice Acrón: *Nisi Iuvenalis scripsisset, Horatio nemo essit melior*. Y fue más libre porque se atrevió reprehender al emperador Domiciano, en cuyo tiempo floreció, como se ve en la sátira segunda, donde le reprehende de incesto y, en la cuarta, de glotón y comedor, y cómo llamó a los de su Consejo para tratar qué se había de hacer de un pece que le habían presentado.

En el modo de escribir no solamente se aventajó a todos los que antes habían escrito sátiras. Pero su intención fue escribir una política con nombre de ellas, porque muy política y muy bien instruida y adornada será la República donde no hubiere los vicios que reprehende y florecieren las virtudes y doctrina que amonesta sin perdonar a nadie, pues se atrevió al mismo Emperador. Porque si el rey, emperador o príncipe es vicioso, muy poco o ninguna política puede haber en la República, porque muchos los imitaran.

Tuvo muy grande amistad con Marcial, con quien algunos procuraron ponerle mal, de donde tomó ocasión de reprehender a los maldicientes murmuradores, diciéndoles:

*Cum Iuvenale meo, quae me committere tentas?
Quid non audebis pérfida lingua loqui?*³⁹

Y por ser tan grandes amigos, solía enviarle presentes y regalarle en las fiestas saturnales:

³⁶ «Vida de Juvenal, sacada de algunos lugares de sus obras», *Declaración magistral sobre las sátiras de Juvenal, príncipe de los poetas satíricos, por Diego Lopez, natural de la villa de Valencia, de la orden de Alcántara*, Madrid, Diego Díaz de la Carrera, 1642, f. a7v-a8v.

³⁷ Al margen: Sat. 3.

³⁸ Al margen: Sat. 1.

³⁹ Al margen: Lib. 7. Epig. 23.

*De nostro facundet tibi Iuvenalis agello
Saturnalitiis mittimus ecce nuces.*⁴⁰

Donde con mucha razón le llama facundo, título bien merecido y que se debe a la muy gran facundia con que siguió los agudos pensamientos en sus sátiras, extendiéndolos con la doctrina de diferentes filósofos.

Vivió honestamente, porque en su presencia no se había de hacer deshonestidad alguna, como lo escribe a su amigo Pérsico, convidándole a cenar, a quien dice no espere ver en su casa, después de cena, los bailes deshonestos de las mujeres de Cádiz, ni otra cosa que le mueva a deshonestidad, porque no quiere que en ella haya ocasiones semejantes:

*Forsitan expectes, ut Gaditana canoro
Incipiat prurire choro, plausoque probatae,
Ad terram tremulo descendat clune puellae
Irritamentum Veneris languentis et acres
Divitis urticae.*⁴¹

Añade poco más adelante que después de cena se leerá Homero o Virgilio en lugar de los bailes y saraos deshonestos que se usan en otros convites y cenas.

*Haec eadem illi
Omnia cum faciant, hilares, nitidique vocantur,
Nostra dabunt alios hodie convivium ludos,
Conditor Iliados contabitur, atque Maronis
Altisoni dubiam facientia carmina palmam.*⁴²

Y aunque usa de algunas palabras lascivas y deshonestas, hácelo por la gran cólera con que reprehende los vicios, torpezas y deshonestidades. Enojado Domiciano contra él por le haber reprehendido muy libre y ásperamente, le desterró. Y no falta quien diga murió en el destierro. Pero engáñase, porque primero murió Domiciano, pues con su muerte acabó la sátira cuarta:

*Sed periit, postquam cerdonibus esse timendus
Coepereat, hoc nocuit Lamiarum cade madenti.*

⁴⁰ Al margen: Lib. 8. Epig. 90.

⁴¹ Al margen: Sat. 11.

⁴² Al margen: *Ibidem*.

No se sabe si escribió otra obra, pero con esta se aventajó a todos los poetas de su profesión, porque fue el más agudo, sentencioso y grave reprehensor de vicios. Y así fue el príncipe de los satíricos entre todos los latinos que escribieron sátiras. Yo no he hallado quien trate de su muerte, ni quien diga cómo ni dónde murió.

LA VIDA DE CAYO CRISPO SALUSTIO⁴³
[Emmanuel Sueyro]

Cayo Crispo Salustio fue natural de Amiterno, lugar de los sabinos. Y nació en el mismo año en que destruyó Sila a Atenas. Fue noble y hombre de grandísimo ingenio, que empeló desde su niñez en los estudios de Roma, donde se crió y ocupó después en servicio de la República, entregándose también a los vicios que tanto atormentaban aquella gran ciudad.

Tuvo por maestro a Atteio Pretextato e imitó los escritos de Marco Catón. Compuso la historia de *La conjuración de Catilina*, *La guerra de Yugurta* y otros libros de los sucesos de los romanos, como de Mario y Sila y Pompeyo contra el rey Mitridates, en que se vio su diligencia y la gravedad de su estilo, que alaban, entre otros muchos, Anienio Rufo, Gelio, Cornelio Tácito y Fabio Quintiliano, que le compara a Tucídides. Y la estimación que de él hicieron se comprueba con el testimonio que de la verdad de su historia da san Agustín, a que añade el Petrarca que para referir más puntualmente la guerra de Yugurta fue a ver a África los lugares.

Fueron sus amigos muchos varones insignes, como Cornelio Nepos, Mesala y Nigidio Fígulo y Julio César, que le honró con la Pretura. Y Salustio, por adularle, se atrevió a ofender la fama del gran Pompeyo, cuyo liberto, Leneo, compuso contra él algunas sátiras en que escribió todos sus defectos y maldades, que no eran pocas, pues vendió la casa en que moraba su padre por redimir las penas de sus adulterios. Y por andar solicitando a las matronas ilustres le excluyeron del Senado los censores.

Fue grandísimo enemigo de Marco Tulio. Y por saber sus designios y secretos se casó con Terencia, a quien había repudiado Cicerón. Vivió sesenta y dos años y fue tan celebrada su elocuencia en Roma que se recitaban por toda ella en su loor estos versos:

*Hic erit ut perhibent doctorum corda virorum
Crispus Romana primus in historia.*

⁴³ «La vida de Cayo Crispo Salustio», *Obras de Cayo Crispo Salustio traducidas por Emmanuel Sueyro*, Amberes, Juan Keerberghio, 1615, ff. a3v-a4v.

LA VIDA DE LUCIANO⁴⁴
[Juan de Aguilar Villaquirán]

Luciano samosatense, por sobrenombre el Blasfemo o Maldiciente, o, porque usemos del vocablo griego, el *Atheos* o Ateísta, que es en castellano ‘el sin dios’, porque en sus diálogos propone de por burla las cosas que el mundo tiene recibidas por divinas y sagradas, vivió, según Suidas, en los tiempos de los emperadores Trajano y Adriano.

Al principio de su vida fue en Antioquía de Siria abogado. Pero, como este modo de vida no le armase mucho, convirtió su gusto y cuidado en escribir, y escribió casi infinitas cosas. Ya viejo, alcanzó del Emperador plaza de ser procurador fiscal en todo el reino de Egipto con muy crecido salario. Finalmente, es fama certísima que murió despedazado de perros por haber ejercitado su rabiosa condición de maldecir contra la misma verdad, porque en el diálogo que él mismo intituló *Vida y muerte del peregrino* persiguió el Cristianismo. Y del mismo Cristo aquel más que malvado y atrevido habló contumeliosísimamente; por lo cual, justísimamente comenzaron a tomar la venganza de esta rabia, en la vida presente, perros rabiosos, y en la venidera será coheredero del fuego eterno de Satanás.

Añade Volaterrano por de no sé qué autor que la primera ley que profesó fue la de los cristianos, de la cual apostató después diciendo que no había sacado de ella otra cosa más que su nombre corrompido de Lucio en Luciano.

Fue Natural de Samósata, ciudad sita no lejos del río Éufrates, metrópoli de la provincia Comagena, según Plinio y Estéfano. Tiene esta ciudad una laguna que lleva un cieno de tan admirable naturaleza que se enciende con agua y se apaga con tierra y no con otra cosa, con el cual sus moradores defendieron su ciudad de Lucio Lúculo, quemando a sus enemigos y a sus armas con él, como lo dice Plinio.

Comúnmente afirman de él que fue muy supeditado del vicio nefando, lo que hoy día no contradicen las pinturas que de él andan, pues en ellas se ve siempre estar vuelto de espaldas y desnudo, que no es justo se vea la cara de hombre que tal comete. Otros quieren que sinifique, el estar vuelto de espaldas, su natural humor de hacer burla de todo y de todos, sin conceder con cosa alguna ni satisfacerle, y ansí se ve estar vuelta la cabeza a otra arte, como negando lo que dicen.

⁴⁴ «La vida de Luciano», *Las obras de Luciano samosatense, orador y filósofo excelente, traducidas de latín en romance castellano por Joan de Aguilar Villaquirán, natural de la villa de Escalona, año 1617*, Bblioteca Menendez Pelayo, Ms. 55, ff. 2r-3r. Se toma la biografía de la edición de Grigoriadu (2010: 166).

[Sergio Fernández López]

Fue su lengua materna la griega y, con eso, supo la latina perfectísimamente, como se colige del diálogo intitulado *Pro eo, quod inter salutandum verbo lapsus fuerat* antes del fin, y en aquella fue conocidamente el padre de la Retórica.

LA PATRIA DE POMPONIO MELA, LA EDAD EN QUE FLORECIÓ
 Y LAS CUALIDADES DE SU ESCRITO⁴⁵
 [José Antonio González de Salas]

Toda esta postrera noticia dedicamos singularmente a nuestro Pomponio. Tres partes ha de contener: las dos primeras son controversiosas y, casi para algunos, indeterminables. Pero la tercera, importantísima para el conocimiento de este escritor y también para la mejoría de su predicamento y de su fortuna en la edad de adelante. Del modo, pues, procedemos por ellas que aquí parece más conveniente.

La patria suya es la primera cuestión. Y dejándola él mismo encomendada a la memoria para redimirse en la posteridad de equivocaciones y contiendas, ni pudo enteramente conseguirlo. Español solo se nos quedó asegurado y de la provincia de la Bética, sin que en eso pudiese admitirse ni pequeña duda. Qué lugar, empero, fuese el de su naturaleza precisamente hoy lo ignoramos con todos cuantos hasta ahora lo han inquirido.

El testimonio suyo, por donde se procura averiguar, está en el cap. 6 del lib. 2, pero turbado así y mendoso en los manuscritos y después en las impresiones más antiguas, que de allí no se colige sino un seminario de adivinaciones y de delirios. De ese modo, sucesivamente, muchos hombres doctos probaron en este lugar su argucia y su ingenio y no prestaron allí más que multiplicar conjeturas e incertidumbres. De ningún uso es aquí el repetir las. Solo diremos cúa haya sido la lección que preferimos en esta impresión española. Nuestro doctísimo Pedro Chacón la concibió el primero; después la admitió en una edición suya Francisco Sánchez el Brocense y, últimamente, ilustró con ella Andrés Scotto, la que sacó a luz del propio Mela en la *Officina Plantiniana*. De Tarteso, después llamada Carteya, hoy Cartaya, o Algezira, le hicieron estos eruditos varones. El crédito corre por ellos, que yo, sin empeñar mi fe por alguno, indiferente quedaré en esta parte.

No empero en la segunda cuestión, que a la edad pertenece en que floreció nuestro geógrafo, aquí la mía determinada sentencia es sin ambigüedad ni recelos, aunque opuesta a la que han tenido hombres insignes en las letras. Mas eso no acobarda a quien no rinde el ánimo a la ajena autoridad, sino solo al precio y al valor propio y verdadero de las razones.

⁴⁵ «La patria de Pomponio Mela, la edad en que floreció y las cualidades de su escritos», *Compendio geográfico y histórico del orbe antiguo*, Madrid, Diego Díaz de la Carrera, 1644, f. h3r-h8v.

El primero que tuvo la opinión que repruebo creo yo que fue Joaquín Vadiano, intérprete cuidadoso y diligente de Pomponio Mela. Él prosiguió dilatadamente esta disputación cronológica. Y después de haber ponderado los contrarios y los propios argumentos, vino resueltamente en la determinación de hacerle contemporáneo de Claudio, V emperador de la romana monarquía. Las razones que le mueven, tomadas de las memorias que hace Pomponio de la edad de Pompeyo y de Augusto, como que por eso hubiese de haber sido mucho inferior a ellos, no tienen alguna fuerza, pues basta y aun sobra el haber sido su igual.

La principal, la valerosa y en que todos han también insistido cuantos después han abrazado la sentencia de Vadiano es el triunfo de que hace mención el geógrafo cuando escribe de la isla de Britania, pues expreso aquel se nombra en la *Historia* de Claudio. Y entre los cinco que se nombran César, ninguno parece haber sido por victoria británica. Las palabras de Mela son las siguientes: «el que como afectó la verdadera reputación de sus acciones peleando, triunfando la manifiesta y acredita».⁴⁶ Argumento, pues, se ha de juzgar este de grave peso en su apariencia, pues oprimir pudo el sentir de doctos varones.

El que siguió más próximo a Vadiano, entiendo yo que fue Cristiano Urstisio, maestro de las ciencias matemáticas, en una edición que adornó de Mela. Luego, en otra que hizo Elías Vineto, consta de su prólogo el haber tenido la misma opinión. Ansí también Andrés Escoto en la suya plantiniana, Filipe Cluverio en su *Italia Antigua*, Aventino en el lib. 1 *Rer. Boic.*, Juan Gerardo Vossio en los *Históricos Latinos*, y otros que ahora no se ofrecen a la memoria.

Yo, empero, asintiendo al parecer que antes hallo haber sido aprobado de algunos (Genebrardo y Gualtero juzgo que fueron los antesignados), a la edad de Julio César reduzgo la de nuestro Pomponio, pero de modo que alcanzase mucha parte de la de Augusto. De esta suerte, ninguna disonancia se sentirá en las noticias que los contrarios oponen de Augusto y de Pompeyo. Y cuando diésemos que en la vida de Julio hubiese lucubrado esa admirable obra suya geográfica, no sería aún de impedimento, pues en gracia y veneración del príncipe siguiente (y más floreciendo él mismo insigne en la propia geografía, como arriba observamos) refingiría los lugares que se hubiesen ilustrado de nuevo con su nombre, celebridad oficiosa que siempre fue común y lisonja política, y aun loable en todos los imperios.

Esto ansí ya propuesto y sin que pueda tener dificultad alguna ni repugnancia que lo estorbe, paso a averiguar cómo ha de ser posible no convenir al gran Julio lo que del descubrimiento de la Britania nos dejó escrito Mela. Y cómo también de ninguna manera puede admitirlo Claudio, con el semblante firme y entero, aunque de hierro le figurase la frente aquella facción que referimos de los suyos, si no era admitiendo en él la metempsicosi fabulosa de Pitágoras. Ansí es la ponderación del geógrafo: «Que tal isla sea Britania y que tales los hombres que engendra, en otra ocasión se dirá lo que

⁴⁶ Al margen: pág. 201.

más cierto tuviéramos y más bien averiguado. Porque ahora es cuando la manifiesta y descubre el mayor príncipe del orbe, después de haber sido tantas edades ignorada, no solo vencedor de las naciones antes de él indómitas, sino también de las conocidas». ⁴⁷ Mas para ver cómo este testimonio fuese propio de César, oír tenemos a algunos de sus historiadores. Brevemente y como apuntándolo no más, según es compendioso, lo dijo así Suetonio Tranquilo: «Emprendió también los britanos, ignorados antes. Y después de vencidos, les tomó rehenes y les impuso tributos». ⁴⁸

Lo mismo afirmaron más dilatadamente muchos, que el nombrarlos es tibia erudición. Tácito, en la *Vida de Agrícola*, lo significó muy a nuestro propósito, pues, diciendo que fue Julio el primero de los romanos que entró en la isla, añade «que pareció más haber dado principio a su noticia que de todo punto entregádola a los suyos». ⁴⁹ De donde también se percibe la ocasión de haber sido limitado el conocimiento que tuvo Pomponio entonces de su sitio y de sus propiedades, remitiendo para otro tiempo el dar razón más exacta y cumplida de todo, conviene a saber, cuando hubiese habido más espacio para la comunicación. Estrabón ayuda lo propio, significando haberse vuelto César brevemente y sin haber entrado la tierra muy adentro.

La consonancia que tenga con este Emperador el lugar entero de Pomponio sentirlo sin duda ya las más lacias orejas. Advirtamos pues ahora en la disonancia que ha de hacer el mismo lugar a las acciones de Claudio. Solas en él se contienen alabadas las militares; veremos las que corresponden en el discurso todo de su imperio. Brevemente las comprendió todas Suetonio en el cap. 17 de su *Vida* y el repetir las yo ha de ser necesario: «Sola emprendió –dice– una expedición militar y esa no grande, no más de para adquirir con legítimo título las insignias triunfales que tenía antes concedidas por decreto del Senado. Eligió para este fin la Britania, no intentada de otro después de Julio, y entonces algo inobedientes por no haberla restituido uso sus fugitivos». Vino a ella en efecto y en poquísimos días –dieciséis dice Dion que fueron–, habiéndosele rendido alguna parte de la isla sin guerra, ni sangre, dentro de seis meses volvió a Roma y triunfó con grande aparato.

No pudiera esta victoria admitir lisonja tan desaforada, como fuera allí el elogio de Mela, sin oprobio grande y vergüenza de aquel Príncipe. ¿Cómo le hubiera de decir que descubría la isla entonces, habiendo esa sido antes empresa de Julio? ¿Dónde pudiera simular que estaban las naciones vencidas por él indómitas, cuando faltaran las –que añade también– ignoradas? Si nunca peleó, en cuáles guerras hubo de afectar la reputación de sus acciones, nada tiene que responder el mismo Claudio.

Grande fuera de la propia suerte la inconveniencia en la disculpa del geógrafo para las limitadas noticias de Britania, por ser tan reciente su descubrimiento. Si había ya cien años que sujeta estaba a la República romana cuando Claudio volvió a ella –añade

⁴⁷ Al margen: pág. 201.

⁴⁸ Al margen: cap. 25.

⁴⁹ Al margen: cap. 13.

después, cuando empieza a descubrirla—, que diría aquello que como en breve espacio había podido entender, si un siglo, pues, no le bastaba, ¿qué plazo era al que apelaba Pomponio?

Pero aunque así, poco habrían de prestar tantas fortificaciones cuando, para abatirlas y arrasarlas, presumen los contrarios les sobra aun de su máquina bélica. Contra César, en suma, triunfan con el triunfo de Claudio. Mas por ventura vana podría volverse su presunción fantástico ese ariete. Verdaderamente, discurriendo en esta parte, si de cada empresa del valeroso emperador Cayo Julio y de cada victoria suya hubiera de designársele un triunfo particular y distinto, de otra edad hubiera necesidad para sus pompas igual a la que ocupó en merecerlas.

Las guerras contra los alemanes y contra los britanos apéndice fueron y como circunstancias accesorias de la guerra gálica. Quien leyere sus *Comentarios*,⁵⁰ bien enterado quedará de que sea esto infalible. Triunfa, pues, César de Francia, y en este triunfo, es sin duda, se comprendió la gloria de esotros vencimientos. Y en su pompa fueron también insignias de los mismos, sin que quisiese admitir triunfar tres veces, aunque pudiera, de aquellas tres naciones, cuando tuvo para solo un mes cuatro estupendos triunfos.

A Claudio, que mendigaba simuladas victorias, le pudo quedar la memoria del triunfo británico, de quien César, siendo el vencedor verdadero, se sirvió solo en el gálico aparato triunfal, llevando alguna imagen suya, como era así costumbre en los triunfos el llevar imágenes de las ciudades vencidas, de los ríos, de los montes, de las islas, etc.

Pruebo lo que he dicho del triunfo de César con otra observación mía que lo conviene. Refiriendo Suetonio el triunfo mismo de Claudio, dice «que entre los despojos del enemigo, puso una corona naval como insignia y testimonio de haber domado al océano y vencídole».⁵¹ Y los historiadores, describiendo el *Gallico* de Julio, afirman que cautivas fueron en él grandes naciones y muchas, y entre los simulacros ríos como el Ródano, el Reno, etc., «llevó uno también de oro del océano vencido»,⁵² que, en aquel triunfo, no pudo tener respecto a otra facción alguna sino a la británica, bien así como le tuvo el de Claudio la imagen propia, exprimiendo lo mismo.

Bastantemente, creo, habíamos dádole a Julio existencia de británico triunfo, si fuera necesario que le hubiera tenido, para que pudiera remitirse a él Pomponio en el lugar propuesto, sin que ya se buscara otro emperador a quien le conviniese. Pero lo mejor es aún que no se necesita de aquel triunfo señaladamente para que en el propio lugar se aluda, sin inconveniencia alguna, al mismo César, después que tantos hombres doctos ponderaron el defecto de esa circunstancia para solo por ella exterminar a nuestro geó-

⁵⁰ Al margen: Lib. 4. *Belli Gallici*.

⁵¹ Al margen: *Traiecti et quasi domiti oceani insigne*.

⁵² Al margen: *Et ex auro captivi oceani simulacrum inter Pompae fuere gestamina (ex libris XXIII in vetera imperatorum romanorum numismata aeneae vici*.

grafo de la edad de aquel príncipe. Que no es necesario, digo, pues, que haya triunfado César de Britania para que Mela hable de él mismo, cuando en aquel lugar nos advierte su descubrimiento y dice haber triunfado, por de ningún modo quiere él significar triunfo particular alguno, sino en común, que «como –ansí es nuestra versión– afectó la verdadera reputación de sus acciones peleando, triunfando la manifiesta y acredita».

No era, después de los dichos, débil otro argumento deducido de la escogidísima elegancia de este autor en su estilo, propia singularmente a la edad de César y de Augusto, como ya ha sido observación nuestra en otras ocasiones. También pudieran serlo las opiniones esparcidas en el contexto de este libro y preferidas de Pomponio, cuando consta juntamente que en aquella propia edad fueron prevaledidas. Pero ociosas se podrían juzgar cualesquiera propugnaciones después ya de un vencimiento legítimo.

Vengo, pues, a la tercera parte de esta noticia,⁵³ donde algunas afecciones habemos de considerar de este escritor. Unas, que suyas le son, propias y naturales. Y otras, exteriores y venidas del accidente. Pero todas, que contra él se conjuran, para dejarle más y más dificultoso.

De las primeras y de las segundas insinuamos alguna parte, como en el progreso de esta obra se ofrecen las ocasiones. Pero ahora, por ser aquí su lugar propio, las prevenimos, si bien sucintamente. Con pocas palabras, a mi entender, podría quedar nuestra proposición persuadida cerca de la dificultad grande de este geógrafo, discurriendo de esta suerte. Su asunto es describir el orbe entero de la tierra, brevísimo es su escrito. Mal podrá, pues, quedar fácil y conseguirse esta empresa. ¿Qué será, pasando más adelante, si aún no llega a la tercera parte suya lo que se ocupa en aquella descripción y son más de las dos las que se distraen en narraciones históricas? A esta comprensión tan compendiosa ayuda también otra razón, por sí sola bien suficiente, a dejar muy difícil este escrito, cuando en él hubiera dispendido su autor largos almacenes de palabras. El ser, digo, una profesión la de esta geografía donde las voces no bastan sin el auxilio juntamente de los ojos en ejemplos reales, que expriman y trasladen en delincaciones aquello mismo que contienen en su original las regiones y provincias de la esfera terrestre.

Dos son, pues, las causas de la dificultad de Pomponio, que intrínsecas están en la naturaleza de su escrito. Y a ellas acompañan otras dos, que de todo punto le son forasteras y extrínsecas. La una es la depravación grande que padeció su primero original en los manuscritos que después le sucedieron en todas las edades, pues tan deformes y adulterados se han conocido cuantos hasta hoy han llegado a la noticia de los doctos, como testimonio pueden dar sus primeras impresiones; que verdaderamente se debe confesar fueron de horrible contextura, habiendo solo válidole para la memoria grande a que fue reduciéndose la comparación con otros escritores. Y ansí mismo la conjetura y el estudio atento de los ingeniosos y no menos eruditos, pues, según lo juzgo, no dura de la Antigüedad otro algún escritor que, en el principio de publicarse, apareciese tan

⁵³ Al margen: Las cualidades.

turbado y ofendido del tiempo y de la ignorancia y rudeza de los librarios o amanuenses que multiplicaron sus ejemplares.

La otra causa, que también de afuera se le comunica para que él venga a parecer más dificultoso, pende sin duda de lo desapacible que es su materia y de lo poco deleitosa y suave que se da a sentir la parte seca y desnuda de la geografía. Bien conoció este defecto el mismo ilustre varón y le previno tan adelantadamente que las primeras palabras, después de la brevísimas en la proporción de su asunto, fueron para luego advertirnosle, porque un instante aun no quiso que pudiese peligrar el crédito de su elocuencia. Y Cicerón, que igualmente presumió de elegante y facundo, confesó a su Pomponio Ático que le arredraba del escribir geografía, como lo había prometido antes, solo el riesgo de que se malograra la amenidad de su estilo.⁵⁴

Es este, para el concepto de Mela, un lugar bien considerable. Añado yo, pues, ahora que, como el que se ocupa en su lección, si encuentra con la aspereza geográfica –según siempre sucede, estando esparcida por todo el contexto de su obra– es cosa averiguada que se halla poco deleitado y atraído de lo sabroso de la materia; viene también a ser certísimo que por esa ocasión quede menos atento y que lo que le falta de atención, que no aplica, crezca de dificultad en lo que había de comprender de la sentencia, no estando en ella toda la culpa, sino en la ajena atención que allí se ocasiona.

De tantas causas, en efecto, como habemos significado, para la dificultad con que retira sus conceptos Pomponio, procede –según lo observo– una fortuna especialísima que ha corrido su escrito en algunas edades. Es, pues, que sean rarísimos los lectores que le traten con frecuencia, y los que enteramente le lean, casi ningunos. Y llega en esta parte a término tal mi recelo que juzgo se pueda hoy hallar alguno dificultosamente que hasta leerle todo entero haya preservado, aumentando aún más esta ponderación el ser tan brevísimo. Experiencia es, a que yo he atendido cuidadosamente, el no haber, digo, hasta ahora comunicado a algún hombre docto, ni de mediana erudición ni de alguna, natural sea o extranjero, en quien no lo haya verificado de este modo.

De escritores son, para referirlos, acreditados los testimonios. Y de dos, no poco conocidos ambos por sus nombres, he de traer aquí dos ejemplos bien singulares, excusando otros muchos. Y que creo que, como a mí, han de admirar a todos. El primero ha de ser de Filippe Cluverio, cuya profesión casi únicamente fue la antigua geografía. Y en ella, su principal asunto y, con más diligencia, cuidado, la Italia antigua.⁵⁵ Hablando, pues, Mela, de las islas del mar Mediterráneo, nombra una Faros que se juntaba y así a Brundisio, ciudad de los pueblos saletinos, hoy Brindis. Bien ansí como el propio capítulo había enseñado, estaba otra Faro junta a Alejandría en Egipto. Observación había de ser sin duda digna de no pasarla en silencio por muchos títulos, aun al que no fuera aquella descripción como entonces era al mismo instituto legítimo y propio. Y lo más aun por no hallarse advertida cosa tan particular de otro algún escritor griego

⁵⁴ Al margen: Lib. 2 Epist.6.

⁵⁵ Al margen: Lib. 2. Cap. 7.

o latino. Fuerza luego hubo de ser que el no haber hecho de ella memoria, hablando largamente en aquella Brundisio, fuese sola la ocasión el no haberla visto Pomponio, y que si le hubiera leído enteramente, no pudiera allí prevalecer olvido tan profundo.

El otro ejemplo ha de venir de Claudio Dausqueyo, de quien en todo un libro no es otro el argumento sino la historia de unas islas que se sostienen sobre la agua. Y habiéndole ofrecido Mela algunas, que le fueron de adorno muy ilustre, y pudiendo prometerse por la misma razón, que el suministrarle de otras fuese tan posible, y siendo también el espacio tan corto, donde, inquiriéndolo, lo hallara asegurado, no sé cómo faltalmente quedó también para la ejecución impedido, faltándole por esa ocasión la isla más notable que hubiera contenídose en su asunto.

Antros dice Mela que era su nombre, fluctuante en el río Garumna.⁵⁶ Admirable sobremana por la suspensión en la agua corriente y más delgada que la marina. Y así mismo por las poblaciones que contuvo, memorables en los antiguos monumentos, como después decimos.

Pero no nos detengamos en más comprobaciones, sino pongamos término ya a estas noticias con prevenir últimamente a los estudiosos que el hacer la guerra a la repugnancia referida y del debelar la contradicción y repulsa que padecían los lectores de Pomponio fue la principal intención y causa final que me movió entre muchas para procurar estas dos ediciones. Suave, apetecible y deleitoso pretendo volver a este escritor. Grande provincia habría vencido si lo consiguiese. Y supuesto que su dificultad vimos lo contradecía, volviéndole fácil cuanto posible fuese, se hubo de solicitar este vencimiento. La limitación de sus palabras, la concisión de su sentencia, fue la causa primera que propusimos entre las que le hacían dificultoso. Y a ella aplicamos remedio en esta impresión española, alentado con la versión alguna vez su contexto: muchas veces, desatándole más en las notas de las márgenes. Y más aún en las ilustraciones.

A la edición latina remitimos brevemente. Si el Señor concede vida, las *Tablas geográficas*, que en segundo lugar dijimos, necesitaba este autor para su iluminación cumplida y entera. Allí juntamente le daremos emendado y cerca restituido a su original. Y así mismo adornado de tal arte con otras tan escrupulosas atenciones que puedan por sí prestar veces de comentario. Demás que otras lucubraciones le tenemos también prevenidas, que me facilitan la esperanza de que le dejen ya blando y apacible a la comunicación.

Así son también las que ahora añadimos en esta impresión primera, que constan, conviene a saber, la de unas prelocuciones que preceden a cada capítulo, donde se instruye al lector de lo que importa vaya prevenido. Y juntamente le ofrecen novedades alguna vez que varíen el gusto y le soliciten. Ya constan así mismo de unos sumarios en el fin de cada libro que advierten en menor compendio la parte, que es solo geográfica, que sin duda ayudará grandemente a la perspicuidad y comprensión que se procura, acudiendo también a ellos en los lugares embarazados y confusos.

⁵⁶ Al margen: Lib. 3. Cap. 2.

La parte, empero, histórica suya, qué ilustre es, qué extraña y deleitosamente erudita, pudiera sola calificarle merecimientos por quien se dispensarán las asperezas que tuviera desapacibles. Busque estas en su tedio mayor el que fuere menos atento y de más delicada saliva, que le detendrán sin duda entretenido y le dejarán con exquisita erudición mejorado juntamente. Y si valiere todo, pues, para que desde hoy ya traten a este español más familiarmente los suyos y los extraños, siendo ellos de verdad los interesados en este beneficio, me juzgaré solo el remunerado yo, por el adorno de la patria, cuyo crédito pretendí adelantar, ilustrándole un escritor por títulos tantos venerable.

[BIBLIOGRAFÍA]

the 1990s, the number of people with a mental health problem has increased in the Netherlands. The prevalence of mental health problems in the Netherlands is estimated to be 15% (Van Tilburg *et al.* 2000). The prevalence of mental health problems is expected to increase in the future because of the ageing of the population (Van Tilburg *et al.* 2000).

People with a mental health problem often experience difficulties in their daily lives. These difficulties can be caused by the mental health problem itself, but also by the social environment. People with a mental health problem often experience difficulties in their social environment. These difficulties can be caused by the mental health problem itself, but also by the social environment. These difficulties can be caused by the mental health problem itself, but also by the social environment.

People with a mental health problem often experience difficulties in their social environment. These difficulties can be caused by the mental health problem itself, but also by the social environment. These difficulties can be caused by the mental health problem itself, but also by the social environment. These difficulties can be caused by the mental health problem itself, but also by the social environment.

People with a mental health problem often experience difficulties in their social environment. These difficulties can be caused by the mental health problem itself, but also by the social environment. These difficulties can be caused by the mental health problem itself, but also by the social environment. These difficulties can be caused by the mental health problem itself, but also by the social environment.

People with a mental health problem often experience difficulties in their social environment. These difficulties can be caused by the mental health problem itself, but also by the social environment. These difficulties can be caused by the mental health problem itself, but also by the social environment. These difficulties can be caused by the mental health problem itself, but also by the social environment.

People with a mental health problem often experience difficulties in their social environment. These difficulties can be caused by the mental health problem itself, but also by the social environment. These difficulties can be caused by the mental health problem itself, but also by the social environment. These difficulties can be caused by the mental health problem itself, but also by the social environment.

People with a mental health problem often experience difficulties in their social environment. These difficulties can be caused by the mental health problem itself, but also by the social environment. These difficulties can be caused by the mental health problem itself, but also by the social environment. These difficulties can be caused by the mental health problem itself, but also by the social environment.

People with a mental health problem often experience difficulties in their social environment. These difficulties can be caused by the mental health problem itself, but also by the social environment. These difficulties can be caused by the mental health problem itself, but also by the social environment. These difficulties can be caused by the mental health problem itself, but also by the social environment.

- A**LCALÁ, Ángel (2001): *Literatura y Ciencia ante la Inquisición Española*, Madrid, Ediciones del Laberinto.
- Almeida Cabrejas, Belén (2012): «Las primeras traducciones de la *Farsalia* al castellano y al francés: semejanzas, diferencias y relaciones», en *Rumbos del hispanismo en el umbral del cincuentenario de la AIH*, coord. Patrizia Botta, Roma, Bagatto Libri, vol. II, pp. 8-18.
- Apuleyo, Lucio (1551): *Historia de Lucio Apuleyo del asno de oro, repartida en once libros y traducida en romance castellano*, trad. Diego López de Cortegana, Amberes, Juan Steelsio.
- Azaustre Galiana, Antonio (2017): «La argumentación retórica en cuatro obras políticas de Quevedo: *Grandes anales de quince días, Mundo caduco y desvaríos de la edad, Política de Dios y Primera parte de la vida de Marco Bruto*», *La Perinola* 21, 151-206.
- B**ALDISSERA, Andrea (2015): «Homero en España. La *Ulixeya* de Gonzalo Pérez», en *Corpus Eve* [en ligne], *Homère en Europe à la Renaissance. Traductions et réécritures*, mis en ligne le 31 décembre 2015.
- Ballester Rodríguez, Mateo (2015): «Pablo Badillo O'Farrel y Miguel A. Pastor Pérez (eds.): *Tácito y tacitismo en España*; Anthopos, Barcelona, 336 págs.», *Revista de Estudios Políticos*, 167, pp. 233-238.
- Barbeito Díez, Pilar (2000): *Pedro Juan Núñez, humanista valenciano*, Valencia, Direcció General del Llibre.
- Barrera López, Trinidad (1990): «Introducción», en *Primera parte del Parnaso Antártico or Diego Mexía*, (Sevilla, Alonso Rodríguez Gamarra, 1608), ed. facsímil, Roma, Bulzoni, pp. 8-34.
- Beardsley, Theodore S. (1970): *Hispano-Classical Translations printed between 1482 and 1699*, Pittsburg, Duquesne University Press.
- Beroaldo, Filipo (1504): *Commentarii a Philippo Beroaldo conditi in Asinum aureum Lucii Apuleii, Venetiis, Bartolomeum de Zanis*.
- Boecio, Anicio Manlio Severino (1551): *Anitii Manlii Seuerini Boethii, inter Latinos Aristotelis interpretes et aetate primi, et doctrina praecipui dialéctica*, Venetiis, Apud Hieronymum Scotthum.
- Boecio, Anicio Manlio Severino (1604): *Boecio de Consolación, traducido y comentado por el padre fray Agustín López, monje de nuestra Señora santa María de Valbuena, de la orden de san Bernardo*, Valladolid, Juan de Bostillo.
- Boecio, Anicio Manlio Severino (1665): *Los cinco libros de la Consolación que compuso Severino Boecio...*, traducidos en lengua castellana por don Esteban Manuel de Villegas, Madrid, Andrés García de la Iglesia.
- Blüher, Karl Alfred (1983): *Séneca en España. Investigaciones sobre la Recepción de Séneca en España desde el siglo XIII hasta el siglo XVII*, Madrid, Gredos.
- Burmanus, Petrus, ed. (1727): *Publii Ovidii Nasonis opera omnia IV voluminibus comprehensa*, Amstelodami, Janssonio Waesbergios.
- C**AÑIZARES FERRIZ, Patricia (2008): «La traducción en el humanismo español. Un primer ejemplo: Diego López de Cortegana». En línea: [<https://eurhum.hypo-theses.org/conferences-plenieres/conference-debudapest-2008/diego-lopez-de-cortegana>].
- Carilla, Emilio (1966): «La novela bizantina en España», *Revista de Filología Española*, 49, pp. 275-287.
- Carrizo Gómez, M. José (2013): «Las ediciones de Pomponio Mela en España: análisis de la tradición incunable», *Epos*, 29, pp. 55-78.
- Castellano López, Abigail (2018): *Aulo Persio Flaco, traducido en lengua castellana por Diego*

- López. *Con declaración magistral en que se declaran todas las historias, fábulas, versos dificultosos y moralidad que tiene el poeta: edición crítica y estudio*, tesis doctoral, Huelva, Universidad de Huelva.
- Castro de Castro, J. D. (2011) «Notas sobre traducciones de *Las Etiópicas* de Heliodoro: La nueva *Cariclea* (1722) de Castillejo», en Israel Muñoz, Rafael Bonilla y Rafael Fernández (eds.), *Cuenca Capta, los libros griegos del siglo XVI en el seminario conciliar de san Julián*, Cuenca, Diputación Provincial de Cuenca, pp. 271-282.
- Cebrián, José (1989): «El género épico en España: de los poemas mayores al canto épico», *Philologia hispalensis*, 4, pp. 171-183.
- Chauchadis, Claude (2009): «Paratexto y autoría en el *Flos Sanctorum* renacentista», en M. Soledad Arredondo, Pierre Civil y Michel Monner (eds.), *Paratextos en la Literatura Española. Siglos xv-xviii*, Madrid, Casa Velázquez, pp. 307-319.
- Cicerón, Marco Tulio (1548): *Familiarium epistolarum libri XVI*, Venetiis, Apud haeredes Petri Ravani.
- Cicerón, Marco Tulio (1589): *Los dieciséis libros de las epístolas o cartas de M. Tulio Cicerón, vulgarmente llamadas familiares, traducidas de lengua latina en castellana por el doctor Pedro Simón Abril, natural de Alcaraz*, Madrid, Pedro Madrugal.
- Codoñer, Carmen (2006): «Cicerón en los humanistas españoles», *Ciceroniana*, 12, pp. 25-44.
- Copeland, Rita (1991): *Rhetoric, Hermeneutics and translation in the Middle Ages*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Cortés, H. (1935): «Algunas reminiscencias de Apuleyo en la narrativa áurea», *Revista de Filología Española*, 22, pp. 44-53.
- Cortés Tovar, Rosario (2009a): «Persio Flaco, Aulo», en Francisco Lafarga y Luis Pegenauete (eds.), *Diccionario histórico de la traducción en España*, pp. 886-887.
- Cortés Tovar, Rosario (2009b): «Juvenal, Décimo Junio», en Francisco Lafarga y Luis Pegenauete (eds.), *Diccionario histórico de la traducción en España*, p. 637.
- Cortijo Ocaña, Antonio (2012): «Preliminares», en *Francisco Petrarca con los seys Triunfos de toscano sacados en castellano, con el comento que sobre ellos se hizo (1512)*, ed. Roxana Recio, eHumanista, pp. i-iv.
- Crespo Güemes, Emilio, ed. (1979): *Heliodoro, Las Etiópicas o Teágenes y Cariclea*, Madrid, Gredos.
- Crinito, Pietro (1505): *libri de poetis latinis*, Florentiae, Philippum Iuntam.
- Cristóbal López, Vicente (2009a): «Horacio (traducciones al castellano)», en Francisco Lafarga y Luis Pegenauete (eds.), *Diccionario histórico de la traducción en España*, pp. 533-537.
- Cristóbal López, Vicente (2009b): «Virgilio», en Francisco Lafarga y Luis Pegenauete (eds.), *Diccionario histórico de la traducción en España*, pp. 1156-1161.
- D**ANTE ALIGHIERI (1515): *La traducción del Dante, de lengua toscana en verso castellano*, trad. Pedro Fernández de Villegas, Burgos, Fadrique Alemán de Basilea.
- Del Amo Lozano, Milagros (2011): «La traducción de Persio de Bartolomé Melgarejo: edición y nota introductoria», *Myrtia*, 26, pp. 171-221.
- Dionysius Carthusianus (1540): *Operum minorum tomus tertius*, Colonia, Melchor Novesiano.
- Domínguez Manzano, D. (2001): «El estoicismo como moral en Vives, el Brocense y Quevedo», *Ingenium. Revista de historia del pensamiento moderno*, 5, pp. 105-131.
- Doñas, Antonio (2007): «Versiones hispánicas de la *Consolatio Philosophiae* de Boecio: testimonios», *Revista de Literatura Medieval*, 19, pp. 295-312.
- Doñas, Antonio (2009a): «Boecio, Anicio Manlio Severino», en Francisco Lafarga y Luis Pegenauete (eds.), *Diccionario histórico de la traducción en España*, pp. 128-129.
- Doñas, Antonio (2009b): «El *accessus ad auctorem* en la "versión interpolada" de la *Consolatio Philosophiae*», en *Medievalismo en Extremadura: Estudios sobre Literatura y Cultura Hispánicas de la Edad Media*, eds. Jesús Cañas, F. Javier Grande y José Roso, Cáceres, Universidad de Extremadura, pp. 1263-1274.
- Doñas, Antonio (2012): «La consolación de la Fi-

- losófia de Boecio, en traducción anónima (1497)», Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, pp. 1-6.
- E**PICTEO (1595): *Epicteti Stoici Philosophi Encheiridion...*, Hieronymo Wolphio interprete, Colonia, Officina Birckmannica.
- Epicteto (1612): *Doctrina del estoico filosofo Epicteto, que se llama comúnmente Enchiridion*, trad. Francisco Sánchez de las Brozas, Madrid, Juan de la Cuesta.
- Epicteto (1630): *El manual de Epicteto y la tabla de Cebeas, filósofos estoicos, traducidos de griego en castellano por el M. Gonzalo Correas*, Salamanca, Jacinto Tabernier.
- Epicteto (1655): *Epicteti Stoici philosophi Enchiridion, una cum Cebetis Thebani Tabula*, Cantabrigiae, Academia Typographeo Impensis G. Morden Bibliopole.
- Epicteto (1993): *Doctrina del estoico filosofo Epicteto, que se llama comúnmente Enchiridion*, ed. Luis Gómez Canseco, Badajoz, Diputación de Badajoz.
- Escobar Borrego, F. Javier (2001): «Textos preliminares y posliminares de la traslación del *Asinus aureus* por Diego López de Cortegana sobre el planteamiento de la traducción», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios latinos*, 21, 151-175.
- (2002): «La traducción-comentario de las *Bucólicas* de Virgilio por Juan Fernández de Idiáquez (Barcelona, 1574)», en Begoña López Bueno (coord.), *La égloga*, Sevilla, Universidad de Sevilla, pp. 265-294.
- (2003): «Una edición del siglo XVI de hecho desconocida: la traducción del *Asinus aureus* por Diego López de Cortegana (Sevilla, Domenico de Robertis, 1546)», *Il confronto letterario*, 39, pp. 7-14.
- F**ERNÁNDEZ LÓPEZ, Sergio (2018): «Vidas de autores italianos en traducciones impresas del Siglo de Oro», en *Vidas en papel. Escrituras biográficas en la Edad Moderna*, eds. Valentín Núñez Rivera y Raúl Díaz Rosales (Anejos de *Etiópicas*, II), pp. 205-246.
- Fortuny Trevi, Filomena (2005): «Diego López y la Declaración Magistral a las sátiras de Juvenal», en *Amica verba. In honorem Prof. Antonio Roldán Pérez*, eds. Ricardo Escavy, Eulalia Hernández, J. Miguel Hernández y M. Isabel López, vol. I, pp. 273-286.
- Fuentes González, P. Pablo (2009a): «Epicteto», en Francisco Lafarga y Luis Pegenaute (eds.), *Diccionario histórico de la traducción en España*, pp. 349-350.
- Fuentes González, P. Pablo (2009b): «Luciano», en Francisco Lafarga y Luis Pegenaute (eds.), *Diccionario histórico de la traducción en España*, pp. 722-724.
- Fumaroli, Marc (2007): «La “herencia de Amyot”: La crítica de la novela de caballería y los orígenes de la novela moderna», *Anales Cervantinos*, 39, pp. 235-262.
- G**ARCÍA ARMENDÁRIZ, J. Ignacio (2009): «Luca-no», en Francisco Lafarga y Luis Pegenaute (eds.), *Diccionario histórico de la traducción en España*, pp. 720-722.
- García Gómez, M. Dolores (2010): *Testigos de la memoria. Los inventarios de las bibliotecas de la Compañía de Jesús en la expulsión de 1767*, Alicante, Universidad de Alicante.
- García Gual, Carlos (2005): «Sobre las novelas antiguas y las de nuestro siglo de oro», *Edad de Oro*, 24, pp. 93-106.
- García Gual, Carlos (1989): «Sobre la versión española de El Asno de oro por Diego López de Cortegana», en *Homenaje al Profesor Antonio Vilanova*, coords. M. Cristina Carbonell y Adolfo Sotelo Vázquez, Barcelona, PPU, vol. I, 297-308.
- García Pinilla, Ignacio J. (2012): «López de Cortegana y el entorno eclesiástico: Inquisición y Cabildo», en *La metamorfosis de un inquisidor: El humanista Diego López de Cortegana*, eds. F. J. Escobar, Samuel Díez y Luis Rivero, Huelva, Universidad de Huelva, pp. 111-131.
- Gaytán, Juan, trad. (s. XVII): *Versiones de obras de Ovidio, Horacio y san Jerónimo*, BNE, ms. 7892.
- Gil Fernández, Juan (1986): «Apuleyo y Delicado. El influjo del *Asno de Oro* en *La Lozana andaluza*», *Habis*, 17, pp. 209-219.
- Gil Fernández, Juan (2006): «Terencio en España: del Medievo a la Ilustración», en *Estudios sobre Terencio*, coords. Andrés Pociña, Beatriz Rabaza y M. de Fátima Silva, Granada, Universidad de Granada, pp. 431-460.

- Gil Fernández, Juan (2008): «Diego Mexía de Fernangil, un perulero humanista en los confines del mundo», en *Humanismo español entre el viejo y el nuevo mundo*, eds. Jesús M. Nieto y Raúl Manchón, León, Universidad de León, pp. 67-141.
- Gómez Gómez, Juan M. (2009): «La imitación de la *Eneida* en *Las Navas de Tolosa*. Poema heroico de Cristóbal de Mesa», en *'Nulla die sine línea'*. *Humanistas extremeños: de la fama al olvido*, eds. C. Chaparro, M. Mañas y D. Ortega, Cáceres, Universidad de Extremadura, pp. 115-129.
- González Rovira, Javier (1994): «Heliodoro, Aquiles Tacio y los preceptistas españoles», *Epos: Revista de filología*, 10, pp. 337-354.
- Gouguenheim, Sylvain (2009): *Aristóteles y el Islam. Las raíces griegas de la Europa cristiana*, Madrid, Gredos.
- Gracián, Baltasar (1993): *Obras completas*, vol. II, Madrid, Turner.
- Griffin, Clive, *The Crombergers of Seville. The History of a Printing and merchant dynasty*, Oxford, Clarendon Press.
- Grigoriadu, Teodora (2006): «Francisco de la Reguera: un traductor más y único continuador de Luciano de Samósata en el Siglo de Oro», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios griegos e indoeuropeos*, 16, pp. 181-193.
- Grigoriadu, Teodora (2010): *La obra de Luciano samosatense, orador y filósofo excelente*. Ms. 55 de la Biblioteca Menéndez y Pelayo: edición y estudio, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense.
- Güell, Mónica (2009): «Paratextos de algunos libros de poesía del siglo de Oro. Estrategias de escritura y poder», en *Paratextos en la literatura española. Siglos XV-XVII*, ed. Michel Moner, Madrid, Casa de Velázquez, pp. 19-36.
- Guillén, Claudio (1982): «Quevedo y el concepto retórico de la literatura», en *Academia literaria renacentista II. Homenaje a Quevedo*, ed. Víctor García de la Concha, Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 483-506.
- Guzmán Arias, Carmen (1987): «El Brocense, editor de Pomponio Mela», *Estudios románicos*, 4, pp. 557-561.
- HAMLIN, Cinthia Maria (2012a): «El comentario de la *Divina Comedia* de Fernández de Villegas: características generales y actitudes humanistas», *eHumanista*, 21, pp. 437-466.
- (2012b), «Perspectivas y planteamientos de una poética: reflexiones sobre poesía y ficción en el comentario a la *Comedia* de Fernández de Villegas», *eSpania*, 14. [En línea].
- (1552): *Heliodori Aethiopiae Historiae libri decem, nunc primum e graeco sermone in latinum translata*, Stanislaw Warszewiczki Polono interprete, Basileae, Ioannem Oporinum.
- (1554): *Historia etiópica de Heliodoro traslada[da...] en vulgar castellano por un secreto amigo de su patria y corregida según el griego por él mismo*, Amberes, Martín Nucio.
- (1547): *Historie Aethiopique d'Heliodore...*, traduite de grec en françois par Jacques Amyot, Paris, Etienne Groulleau.
- (1584): *Martini Crvsi Aethiopiae Heliodori Historiae Epitome*, Francofurti, Excudendabt Ioannes Wechelus.
- (1614): *Historia de los dos leales amantes Theágenes y Chariclea*, trad. Fernando de Mena, Barcelona, Gerónimo Margarit.
- (1615): *Historia etiópica de los amores de Teágenes y Cariclea*, trad. Fernando de Mena, Madrid, Alonso Martín.
- Highet, Gilbert (2018): *La tradición clásica I: Influencias griegas y romanas en la literatura occidental*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Horacio Flaco, Quinto (1562): *Q. Horatii Flacci poetae venusini omnia poemata cum ratione carminum*, Venetiis, Apud Ioannem Mariam Bonellum.
- (1599): *Quinto Horacio Flacco, poeta lírico latino. Sus obras con la declaración magistral en lengua castellana por el doctor Villén de Biedma*, Granada, Sebastián de Mena.
- Hunt, Richard William (1948): «The introduction to the "Artes" in the Twelfth Century», *Sudia mediaevalia in honorem admodum Reverendi Patris Raymundi Josephi Martin*, Brugis Flandorum, De Tempel, 1948, pp. 85-112.
- JIMÉNEZ DELGADO, José (1987): *La Obra poética de don Luis de Góngora y Argote*, Madrid, Castalia.
- (ed.) (1994): *Luis de Góngora, Soledades*, Madrid, Castalia.

- Jauralde Pou, Pablo (1998): *Francisco de Quevedo (1580-1645)*, Madrid, Castalia.
- (dir.) (2011-2012): *Diccionario filológico de Literatura española. Siglo XVI, Siglo XVII, 1 y 2*, Madrid, Castalia.
- Jáuregui, Juan de (2002): *Antídoto contra la pestilente poesía de las «Soledades»*, ed. José Manuel Rico García, Sevilla, Universidad de Sevilla.
- Jiménez de Urrea, Jerónimo (1992): *Diálogo de la verdadera honra militar*, ed. Domingo Ynduráin, Madrid, Ministerio de Defensa.
- Jiménez Patón, Bartolomé (1987): *Elocuencia española en arte*, ed. Gianna Carla Marras, Madrid, *El Crotalón* (anexo 1).
- Jiménez Ruiz, José (ed.) (2010): *Francisco Sá de Miranda, Poesía castellana completa*, Málaga, Universidad de Málaga.
- LAFARGA**, Francisco y Pegenaute, Luis (eds.) (2009): *Diccionario histórico de la traducción en España*, Madrid, Gredos.
- Lawrence, Jeremy N. H. (1999): «La tradición pastoril antes de 1530: imitación clásica e hibridación romancista en la *Traslación de las Bucólicas de Virgilio* de Juan del Encina», en *Humanismo y literatura en tiempos de Juan del Encina*, ed. Javier Guijarro, Salamanca, Universidad, pp. 101-121.
- Lepe García, Rocío (2013a): *Historia de Hipólito y Aminta. Estudio y edición crítica*, Tesis Doctoral, Huelva, Universidad de Huelva.
- (2013b): «La *Historia de Hipólito y Aminta* de Francisco de Quintana: Fuentes y modelos genéricos», *Etiópicas: revista de letras renacentistas*, 9, pp. 261-352.
- (2014): «La *Historia de Hipólito y Aminta*: un modelo estructural complejo», *eHumnista: Journal of Iberian Studies*, 28, pp. 724-747.
- Lipsio, Justo (1604): *Los seis libros de las políticas o doctrina civil de Justo Lipsio*, trad. Bernardino de Mendoza, Madrid, Imprenta Real.
- Lucano, Marco Anneo (1514): *M. Annaei Lucani cordubensis Pharsalia*, Parisiis, In edibus Ascensianis.
- (1540): *La historia que escribió en latín el poeta Lucano*, trad. Martín Lasso de Oropesa, [S.I.], [s.n.].
- (1728), *M. Annaei Lucani cordubensis pharsalia sive belli civilis libri decem*, Lugduni, Samuel Luchtmans.
- (1783), *Pharsalia, eiusdem ad Calpurnium Piso-nem Poemaion praemittitur notitia literaria studiis Societatis Bipontinae*, Biponti, ex Typographia Societatis.
- Luciano de Samosata (1538): *Luciani Samosaten-sis Opera quae quidem extant omnia*, ed. Jacobus Moltzer, Francfort, Cristianum Egenolphum.
- (s. xvii): *Las historias verdaderas de Luciano escritas en lengua castellana por Francisco de la Reguera*, BNE, ms. 17729. .
- MARGUET**, Christine (2009): «El porqué de la ficción. El paratexto de la novela de amor y aventuras (novela bizantina) de los siglos XVI y XVII», en *Paratextos en la literatura española. Siglos XV-XVIII*, eds. M. Soledad Arredondo, Pierre Civil y Michel Monner, Madrid, Casa de Velázquez, pp. 223-236.
- Marías Martínez, Clara (2016): «La recepción de Horario en el Siglo de Oro. Traducción en prosa y verso. Y estudio de caso de *nil admirari* (EP I,6)», *Camena*, 18, pp. 1-24.
- Martí Grajales, Francesc (1927): *Ensayo de un diccionario biográfico y bibliográfico de los poetas que florecieron en el Reino de Valencia hasta el año 1700*, Madrid, Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, pp. 128-177.
- Martín Abad, Julián (1995): «Un edición sevillana del siglo XVI de hecho ignota», en *De libros y bibliotecas. Homenaje Rocío Caracuel*, coord. Sonsoles Celestino, Sevilla, Universidad de Sevilla, pp. 211-218.
- Martín Abad, Julián y Moyano Andrés, Isabel (2002): *Estanislao Polono*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá.
- Martinengo, Alessandro (1998): *El «Marco Bruto» de Quevedo, una unidad en dinámica transformación*, Bern, Peter Lang, 1998.
- Mascarell, Purificació (2011): «Lazarillos y metamorfosis. Estudio de las relaciones *El asno de oro*, el *Lazarillo de Tormes* y su *Segunda Parte*», *Lemir*, 15, 271-284.
- Mela, Pomponio (1644): *Compendio geográfico y histórico del orbe antiguo*, trad. José Antonio González de Salas, Madrid, Diego Díaz de la Carrera
- Menéndez Pelayo, M. (1950): *Biblioteca de traductores españoles*, vol. I, Santander, CSIC.

- Minnis, Alastair and Scott, A. B. (1988): *Medieval Literary Theory and Criticism c. 1100-1375. The Commentary Tradition*, Oxford: Clarendon, 1998, pp. 439-58.
- Miralles, Carles (1988): «Diego López de Cortegana i Beroaldo», en *Studia in honorem prof. M. de Riquer*, Barcelona, Quaderns Crema, vol. III, pp. 363-381.
- Moncada, Francisco de (1642): *Vida de Anicio Manlio Torcuato Severino Boecio, escrita por don Francisco de Moncada, marqués de Aytona*, Frankfurt, Gaspar Rotelio.
- N**AVARRO LÓPEZ, J. Luis (1993): «La *Vergilii Maronis Vita* de Pietro Crinito. Las ediciones de 1513 y 1516 de Juan Sobrias», *Excerpta Philologica*, 3, pp. 285-312.
- Nebrija, Antonio de (1521): *Aelij Antonij Nebrisenensis grammatici atque regii historiographi in A. Persii Flacci satyras interpretatio*, Alcalá, Gillén de Brocar.
- Núñez González, Juan M. (2009): «Cicerón, Marco Tulio», en Francisco Lafarga y Luis Pegenaute (eds.) *Diccionario histórico de la traducción en España*, pp. 227-230.
- Núñez Rivera, Valentín (2012): «De Lucio a Lázaro», en F. J. Escobar, Samuel Díez y Luis Rivero (eds.), *La metamorfosis de un inquisidor: El humanista Diego López de Cortegana (1455-1524)*, Huelva, Universidad de Huelva, pp. 213-233.
- Núñez Rivera, Valentín (2016): «Atisbos lucianescos en los *Lazarillos*», en Pierre Darnis, Elvezio Canonica, Pedro Ruiz Pérez y Ana Vian Herrero (eds.), *Sátira menipea y renovación narrativa: del lucianismo a Don Quijote*, Burdeos / Córdoba, Presses Universitaires de Bordeaux / Universidad de Córdoba, pp. 175-193.
- Núñez Rivera, Valentín (2017): «Valoraciones críticas del *Lazarillo* en el Siglo de Oro: Género, lengua y estilo», en *Memoria de un honrado aguador. Ámbitos de estudio en torno a la difusión de "Lazarillo de Tormes" (Prosa, Teatro, Cultura)*, eds. Frederick de Armas y Julio Vélez Sainz, Madrid, SIAL / Prosa Barroca, pp. 49-67.
- Núñez Rivera, Valentín (2020a): *Vidas preliminares. Paratextos biográficos del Siglo de Oro*, Anejos de *Etiópicas*, 5, Huelva, Universidad de Huelva.
- Núñez Rivera, Valentín (2020b): *Escrituras del yo y carrera literaria. Las biografías de Manuel de Faria y Sousa* (Biblioteca Biográfica del Renacimiento Español), Huelva, Universidad de Huelva.
- O**SMOND, Patricia J. (2015): «Pomponio Leto's life of Sallust. Between *vita* and *invektiva*», *Renaissanceforum*, 9, pp. 35-62.
- Ovidio Nasón, Publio (1589): *Las transformaciones de Ovidio, traducidas del verso latino en tercetos y octavas rimas por el licenciado Viana en lengua vulgar castellana*, Valladolid, Diego Fernández de Córdoba.
- Ovidio Nasón, Publio (1608): *Primera parte del Parnaso Antártico de obras amatorias*, trad. Diego Mejía, Sevilla, Alonso Rodríguez Gamarra.
- P**AOLINI, Devid (2017): «Sobre el conocimiento de Plauto y Terencio en Italia y España en el siglo XV», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios latinos*, 37.2, pp. 303-316.
- Pejenaute Rubio, F. (1993): «La traducción española del *Asinus aureus* de Apuleyo hecha por Diego López de Cortegana», *Livius*, 4, pp. 157-167.
- Pellicer y Saforcada, J. Antonio (1778): *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles*, Madrid, Antonio de Sancha.
- Pérez Custodio, V. (1998): «La intención de Cortegana al traducir a Apuleyo: deleite *versus* doctrina», en *Estudios de la Universidad de Cádiz ofrecidos en memoria del profesor Braulio Justel Calabozo*, Cádiz, Universidad de Cádiz, pp. 163-169.
- Pérez Gómez, Leonor (1993-1994): «Boecio y sus traductores: a propósito del metro III, 9 del *De Consolatione Philosophae*», *Florentia Illiberitana: Revista de estudios de antigüedad clásica*, 4-5, pp. 391-416.
- Persio Flaco, Aulo (1523): *Auli Flacci Persii satyrici ingeniosissimi et doctissimi satyrae cum quinque commentariis*, Parisiis, Iodoci Badius Ascensius.
- (1599): *Auli Persii Flacci Saturae sex, cum ephrasi et scholiis Franc. Sanctii Brocen.*, Salamanca, Diego de Cosío.
- Persio Flaco, Aulo (s. XVI): *Elio Persio Flaco Sátiras*, BNM, Ms. 3679.

- Persio Flaco, Aulo (1609): *Aulo Persio Flaco traducido en lengua castellana por Diego López, natural de Valencia*, Burgos, Juan Bautista Varesio.
- Petrarca, Francesco (1510): *De los remedios contra próspera e adversa Fortuna*, trad. Francisco de Madrid, Valladolid, Diego Gumiel.
- Petrarca, Francesco (1510): *Francisco Petrarca con los seys triunfos de toscano, sacados en castellano con el comento que sobrellos se hizo*, Logroño, Arnao Guillén de Brocar.
- Pineda, Victoria (1998): «El arte de traducir en el Renacimiento (La obra de Francisco de Támarara)», *Criticón*, 73, pp. 23-35.
- Plazenet, Laurence, ed. (2008): *La Historie aethiopiique. Traduction de Jacques Amyot*, París: Champion.
- Pociña Pérez, Andrés (2009): «Séneca, Lucio Aneo», en *Diccionario histórico de la traducción en España*, eds. Francisco Lafarga y Luis Pegenaute, Madrid, Gredos, pp. 1036-1038.
- QUEVEDO VILLEGAS**, Francisco de (1635): *Epicteto y Focilides en español con cononantes, con el origen de los estoicos y su defensa de Plutarco y la defensa de Epicuro contra la común opinión*, Madrid, María Quiñones.
- Quevedo Villegas, Francisco de (1990): *Poesía original completa*, ed. J. Manuel Blecua, Barcelona, Planeta.
- Quevedo Villegas, Francisco de (2012), *España Defendida*, ed. V. Roncero, New York, Instituto de Estudios Auriseculares.
- Quintana, Francisco de (1635): *Historia de Hipólito y Aminta*, Sevilla, Andrés Grande.
- RAMÍREZ**, Alejandro (1966): *Epistolario de Justo Lipsio y los españoles*, Madrid, Castalia.
- Redondo Pérez, G. (2019): «Que no debe darse crédito fácilmente a la murmuración: historia de una traducción condicionada de la calumnia de Luciano a principios del siglo XVII», *Revista de Literatura*, 81, pp. 279-290.
- Rodríguez Ortega, Davinia (2016): «Heredera de Pedro de Madrigal: María de Quiñones, impresora de ingenios aureos», *Estudios ibero-americanos*, 42, pp. 1066-1094.
- Rodríguez Pantoja, Miguel (1990): «Traductores y traducciones» en *Los humanistas españoles y el humanismo europeo*, Murcia, Universidad de Murcia, pp. 91-124.
- Román Bravo, José (2012): «Seis comedias de Terencio en la traducción de Pedro Simón Abril», Alicante: Biblioteca Virtual Cervantes, pp. 1-8.
- SALUSTIO**, Cayo Crispo (1550): *C. Crispi Salustii de L. Sergii Catilinae coniuratione*, Coloniae, Marninus Gymnicus.
- (1615): *Obras de Cayo Crispo Salustio traducidas por Ennauel Sueiro*, Amberes, Juan Keerberghio.
- Sánchez Madrid, Nuria (2015): «Tácito en Lipsio: elogio de la constancia y revitalización de los males públicos», *Hybris. Revista de Filología*, 6, pp. 51-70.
- Scobie, Alexander A. (1978): «The influence of Apuleius' *Metamorfoses* in Renaissance Italy and Spain», en *Aspects of Apuleius' Golden Ass*, eds. B. L. Hijmans, Jr., y R. Th. van der Paardt, Groningen, Bouma, pp. 211-230.
- Seco Santos, Esperanza (1989): «Influencia de la literatura italiana en la española», *Didáctica. Lengua y Literatura*, 1, pp. 121-132.
- (1990a): «Cultura italiana: Dante y su *Divina Comedia*», *Didáctica. Lengua y Literatura*, 2, pp. 231-242.
- (1990b): «Historia de las traducciones literarias del italiano al español durante el Siglo de Oro (influencias)», *Cuadernos para la investigación de la literatura hispánica*, 13, pp. 41-98.
- Séneca, Lucio Anneo (siglo xv): *Epístolas de Séneca a Lucilio, las cuales hizo trasladar Fernán Pérez de Guzmán, de lengua toscana en lengua castellana*, BNM, ms. 8368.
- (1515): *Lucii Annaei Senecae sanctissimi philosophi lucubriones omnes, additis etiam nonnullis, Erasmi Roterodami cura*, Basilea, Johannes Frobenius.
- (1555): *Flores de L. Anneo Séneca, traducidas de latín en romance castellano por Juan Martín Cordero, valenciano*, Amberes, Critóbal Plantino.
- Segura Ramos, Bartolomé (2009): «Salustio Crispo, Gayo», en Francisco Lafarga y Luis Pegenaute (eds.), *Diccionario histórico de la traducción en España*, pp. 1006-1007.
- TÁCTICO**, Cayo Cornelio (1574): *C. Cornelii Taciti Historiarum et Annalium libri qui existant*,

- Iusti Lipsii studio emendati et illustrati*, Antuerpiae, ex Officina C. Plantini.
- (1613): *Las obras de C. Cornelio Tácito traducidas de latín en castellano por Emanuel Sueyro, natural de la ciudad de Anvers*, Amberes, Herederos de Pedro Bellerio.
- (1614): *Tacito español con aforismos por don Baltasar Álamos de Barrientos*, Madrid, Luis Sánchez.
- (1614): *Los cinco primeros libros de los Anales de Cornelio Tácito*, trad. Antonio de Herrera, Madrid, Juan de la Cuesta.
- Terencio Africano, Publio (1577): *Las seis comedias de Terencio escritas en latín y traducidas en vulgar castellano por Pedro Simón Abril*, Zaragoza, Juan Soler.
- (1599): *Las seis comedias de Terencio conforme a la edición de Faerno, impresas en latín y traducidas en castellano por Pedro Simón Abril, natural de Alcaraz*, Barcelona, Jaime Cendrath.
- Tierno Galván, Enrique (1948): «El tacitismo en las doctrinas políticas del siglo de oro español», *Anales de la Universidad de Murcia*, 6, pp. 895-988.
- V**IAN HERRERO, Ana: «El diálogo lucianesco en el Renacimiento español. Su aportación a la literatura y el pensamiento modernos», en *El diálogo renacentista en la Península Ibérica / Der Renaissance Dialoga uf der Iberischen Halbinsel*, ed. Roger Friedlin, Stuttgart, Steiner Verlag, pp. 51-95.
- Vilanova, Antonio (1989a): «El *Asno de oro* de Apuleyo, fuente y modelo del *Lazarillo de Tormes*», en *Erasmus y Cervantes*, Barcelona, Lumen, pp. 127-141.
- (1989b): «Un episodio del *Lazarillo* y el *Asno de oro* de Apuleyo» en *Erasmus y Cervantes*, Barcelona, Lumen, pp. 142-154.
- Villena, Enrique de (1994): *Traducción y glosas de la Eneida. Libros I-III*, ed. Pedro Cátedra, Madrid, Turner.
- Virgilio Marón, Publio (1475): *Virgiliti opera*, Venetiis, Nicolaum Ienson Gallicum.
- Virgilio Marón, Publio (1586): *La Eneida de Virgilio, príncipe de los poetas latinos, traducida en octava rima y verso castellano*, trad. Gregorio Hernández de Velasco, Alcalá, Juan Íñiguez de Lequerica.
- Virgilio Marón, Publio (1615): *La Eneida de Virgilio de Cristóbal de Mesa*, Madrid, Viuda de Alonso Martín.
- Vives Coll, Antonio (1959): *Luciano de Samosata en España (1500-1700)*, Valladolid, Sever-Cuesta.
- W**ATT, W. Montgomery (2004): *The influence of Islam on medieval Europe*, Edinburgh, Edinburgh University Press.
- Webber, Edwin J. (1957): «Manuscripts and Early Printed Editions of Terence and Plautus in Spain», *Romance Philology*, 11, pp. 29-39.
- Weeler, Stephen M. (2015): *Accessus ad auctores: medieval introductions to the authors*, Kalamazoo, Western Michigan University.
- Weiss, Julian (1990): *The Poett's Art. Literary Theory in Castille c. 1400-1600*, Oxford, University Press.
- Z**APATA, Antonio (1632): *Novus index librorum prohibitorum et expurgatorum...*, Sevilla, Francisco de Lira, 1632.

Vidas paratextuales en traducciones del Siglo de Oro. De Apuleyo a Virgilio, de Sergio Fernández López, anejo número 6 de *Etiópicas. Revista de letras renacentistas*, compuesto con Gill Sans Nova, Minion Pro y Palatino, terminó de maquetarse el día 13 de diciembre de 2020, festividad de santa Lucía.

Títulos publicados

1. Valentín Núñez Rivera y Raúl Díaz Rosales (eds.), *Etiópicas (2004-2016). Memoria de variación lección.*
2. Valentín Núñez Rivera y Raúl Díaz Rosales (eds.), *Vidas en papel. Escrituras biográficas en la Edad Moderna.*
3. Gabriel Lobo Laso de la Vega, *Varones y hombre doctos, eminentes e insignes en letras*, estudio y edición de María Heredia Mantis.
4. Abigaíl Castellano López y Adrián J. Sáez (eds.), *Vidas en armas. Biografías militares en la España del Siglo de Oro.*
5. Valentín Núñez Rivera, *Vidas preliminares. Paratextos biográficos de escritores en el Siglo de Oro.*
6. Sergio Fernández López, *Vidas paratextuales en traducciones del Siglo de Oro, de Apuleyo a Virgilio.*

SERGIO FERNÁNDEZ LÓPEZ, *Vidas paratextuales en traducciones del Siglo de Oro. De Apuleyo a Virgilio.* ■ Anejo número 6 de *Etiópicas. Revista de letras renacentistas* 🍷 Huelva, 2020.